

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1887

ESCRITO POR LOS SEÑORES

AVILÉS (D. Angel), BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CAÑETE (D. Manuel),
CASTELAR (D. Emilio), CASTRO Y SERRANO (D. José),
FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ FLÓREZ (D. Isidoro), FERRARI (D. EMILIO), FRONTAURA (D. Carlos),
GRILO (D. Antonio F.), JACKSON VEYÁN (D. José), LANDERER (D. José J.),
MAS Y PRAT (D. Benito), ORTIZ DE PINEDO (D. Manuel), PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Manuel del),
REINA (D. Manuel), SALVADOR DE SALVADOR (D. José), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo),
SBARBI (D. José María), THEBUSSEM (El Doctor), TRUEBA (D. Antonio de), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

AÑO XIV.



MADRID,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm 20.

1886.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

	Págs.		Págs.
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.....	5	Una Noche en Tortoni, poesía, por D. Manuel Reina.....	81
Año astronómico, por D. A. P.....	5	El Hombre-pájaro, cuento popular, por D. Antonio de Trueba.....	83
Santoral.....	6	El Corazón (carta á una señora), poesía, por D. José Salvador de Salvador.....	89
El Cardenal Cisneros (bosquejo biográfico), por D. Luis Vidart.....	11	Recuerdo, poesía, por D. Eduardo Sánchez de Castilla.....	92
El Legajo de cartas, por D. José Fernández Bremón.....	23	El Mundo de Júpiter, por D. José J. Landerer.....	94
La Monina, por D. Eduardo de Palacio.....	29	Camino del Paraíso (del <i>Registro de joyas perdidas</i>), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	100
Cosas, por D. José María Sbarbi.....	33	Las Estaciones, poesía, por D. José Jackson Veyán.....	110
Recuerdos de viaje, por D. José de Castro y Serrano, individuo de número (electo) de la Real Academia Española.....	38	«Té, café, opio y tabaco», por D. Narciso Campillo.....	112
Arenga de Hipatia (fragmento del poema <i>La Muerte de Hipatia</i>), por D. Emilio Ferrari.....	42	«Un Crimen», poesía, por D. Benito Mas y Prat.....	120
Fórmulas, por el <i>Doctor Thebussem</i> , cartero honorario de España y de sus Indias.....	46	«Lo insondable», soneto, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.....	121
El Insigne actor español D. Joaquín Arjona, por el Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia Española.....	55	El Duelo de los gorriones, por D. Angel Avilés.....	122
«A Cuba», poesía, por D. Antonio F. Grilo.....	69	Prólogo del <i>Romancero de Colón</i> (fragmentos de la parte primera), por D. José Velarde.....	125
La Blanca luna, por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, individuo de número de la Real Academia Española.....	72	La Hermana loca, por D. Carlos Frontaura.....	131
		El Album de una niña, poesía, por D. Manuel del Palacio.....	140
		Las Rosas, por <i>Fernanstor</i> (D. Isidoro Fernández Flórez.).....	142
		Anuncios.....	144

GRABADOS.



	Págs.		Págs.
BELLAS ARTES			
«Esperanza», cuadro de José Zenisek.....	4	«Cabeza de estudio», por D. Casto Plasencia.....	124
«La Tarde en un convento del Tesino», por Stuckelberg.....	14	«Coquetería infantil».....	133
«Aguamanil de cristal de roca, con aplicaciones de oro y pedrería. (Museo del Prado).....	18	«Dibujo original», por la Srta. D. ^a Adela Crooke.....	136
«El Heredero de los blasones».....	22	RETRATOS.	
«Regina», por Benjamín Vautier.....	26	El Cardenal Jiménez de Cisneros.....	10
«En el puente de Triana», por García Ramos.....	32	El actor D. Joaquín Arjona (siete retratos).....	54
«Críticos del arte», por Leloir.....	35	Sra. Mila Kupfer, distinguida <i>prima donna</i>	119
«El Hombre-orquesta».....	41	Excmo. é Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá.....	139
«La Escuela de las vestales».....	45	VARIEDADES.	
«Estudio de pintor», por A. Glisegti.....	48	Un Egoísta.....	28
«En la fuente», por Schlefinger.....	51	En Invierno.....	37
«Casco que perteneció á D. Juan de Austria.» (Armería Real).....	57	Día de invierno.....	67
«¡Abandonado!».....	60	Un Paisaje de Cuba, por Campuzano.....	68
«Leyendo poesías de Rabelais», por Vineá.....	63	Un ingenio en la isla de Cuba, por Campuzano.....	71
«Mañana de primavera», por Augusto Fink.....	77	Aldeana de la Selva Negra.....	74
«Juzgando el efecto».....	80	Alsaciana.....	93
«Mal guardián», por H. Estevan.....	82	El Mundo de Júpiter (tres grabados).....	95 y 98
«El Preferido».....	85	La Catarata de San Paulo (Brasil).....	97
«Para su amado», por Herder.....	88	Faros flotantes entre Europa y América: Una estación en el Atlántico. El Conde de Lesseps y su comitiva visitando las obras del Canal de Panamá.....	108
«El Escultor Pajou haciendo el busto de la Condesa Dubarry», por Jorge Cain.....	99	Puerta y torres de Serranos, en Valencia.....	130
«Noticias de la guerra», por Jiménez Aranda.....	101	¡Muy buenos días! (Del natural).....	138
«Soldados de Maestrich».....	105	Viñetas varias: 21, 29, 36, 44, 53, 69, 70, 81, 89, 91, 92, 110, 111, 114, 120, 121, 122, 140 y 142.	
«El Fumador», por Meissonier.....	116		
«Una Elegía», por Carbonell.....	123		

Joset Zenisek



«ESPERANZA.»

(Cuadro de José Zenisek.)

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	7	Indicción romana.	XV
Epacta.	VI	Letra dominical.	b
Ciclo solar.	20	Letra del martirologio romano.	f

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	16 de Enero.
Septuagésima.	6 de Febrero.
Sexagésima.	13 de Febrero.
Quincuagésima.	20 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	23 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	10 de Abril.
Patrocinio de San José.	1.º de Mayo.
Letanias.	16, 17 y 18 de Mayo.
Ascensión del Señor.	19 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	29 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	5 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	9 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento.	25
Santísimo Corazón de Jesús.	17 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	19 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	3 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	21 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	2 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	13 de Noviembre.
Adviento.	27 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I. — El 2, 4 y 5 de Marzo.	III. — El 14, 16 y 17 de Septiembre.
II. — El 1, 3 y 4 de Junio.	IV. — El 14, 16 y 17 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves próximo precedente.
La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). 28 de Mayo.
Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témporas.
Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). 28 de Junio.
De Santiago Apóstol. 23 de Julio.
De la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). 13 de Agosto.
De Todos los Santos. 31 de Octubre.
De Navidad (con abstinencia de carne). 24 de Diciembre.
También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 6, 7, 8 y 9 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 18 de Abril, y se cierran respectivamente el 22 de Febrero y el 26 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 6 de Febrero; el 1, 12, 13 y 20 de Marzo; el 1, 2, y 13 de Abril, y el 2 y 4 de Junio.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0 ^h 10 ^m 4.2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 23 de Julio. — <i>Cánticula.</i>
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 23 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera.</i>	En Libra, el 23 de Septiembre. — <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 20 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 21 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 22 Dic. — <i>Invierno.</i>

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 10 h. y 4 m. de la noche.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 12 h. y 12 m. de la tarde.
OTOÑO. — Entra el 23 de Septiembre á las 8 h. y 39 m. de la mañana.
INVIERNO. — Entra el 22 de Diciembre á las 2 h. y 50 m. de la madrugada.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

FEBRERO 8. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.
Principio del eclipse á las 9 de la mañana.
Medio del eclipse á las 10 y 7^m de idem.
Fin del eclipse á las 11 y 15^m de idem.
El principio de este eclipse será visible en toda la América Septentrional y en casi toda la Meridional, en parte de Asia, en el estrecho de Behering, en parte de la Australia, en todo el Océano Pacífico, en parte del Atlántico, en casi todo el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.
El fin de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en la Isla de Cuba, en gran parte de Asia, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en casi todo el Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico y del Índico, en casi todo el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.
Valor de la máxima fase, ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,432: tomando como unidad el diámetro de la Luna.
El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 52° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).
El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 27° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
FEBRERO 22. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 6^h 15^m 9, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 171° 31' al E. de San Fernando, y latitud 37° 39' S.
El eclipse central principia en la Tierra á 7^h 33^m 9, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 146° 59' al E. de San Fernando, y latitud 51° 51' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 8^h 48^m 3, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 128° 39' al O. de San Fernando, y latitud 49° 11' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 10^h 42^m 5, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 63° 15' al O. de San Fernando, y latitud 21° 30' S.

El eclipse termina en la Tierra á 12^h 05^m, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 85° 28' al O. de San Fernando, y latitud 7° 1' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Australia, en parte de la América Meridional, en gran parte del Océano Pacífico y del Mar Polar Antártico.

AGOSTO 3. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 7 y 21^m de la tarde.

Medio del eclipse á las 8 y 34^m de la noche.

Fin del eclipse á las 9 y 47^m de idem.

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa y Asia, en África, en la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Índico, en parte del Atlántico y Pacífico, en casi todo el Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Artico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y África, en gran parte de Asia y de la América Meridional, en parte de la Australia, en todo el Océano Índico, en casi todo el Atlántico, en casi todo el Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Artico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,420: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 50° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 29° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

AGOSTO 18. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 14^h 40^m 7, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 40° 41' al E. de San Fernando, y latitud 37° 28' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 15^h 46^m 3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 17° 36' al E. de San Fernando, y latitud 51° 39' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 16^h 50^m 7, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 108° 13' al E. de San Fernando, y latitud 53° 47' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 18^h 28^m 4, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 179° 45' al E. de San Fernando, y latitud 24° 34' N.

El eclipse termina en la Tierra á 19^h 34^m 0, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 159° 39' al E. de San Fernando, y latitud 9° 57' N.

Este eclipse será visible en gran parte de Europa, en casi toda el Asia, en una pequeña parte de África y de la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en parte del Océano Pacífico y en casi todo el Mar Polar Artico.

JULIO.		AGOSTO.	
Oras del Sol.	Ocasos del Sol.	Oras del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
4.34	7.34	4.58	7.13
4.34	7.33	4.59	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.35	7.33	5.01	7.10
4.36	7.32	5.02	7.08
4.37	7.32	5.03	7.07
4.37	7.32	5.04	7.06
4.38	7.32	5.05	7.05
4.39	7.31	5.06	7.03
4.39	7.31	5.07	7.02
4.39	7.31	5.08	7.01
4.40	7.29	5.09	6.59
4.41	7.29	5.10	6.58
4.42	7.28	5.11	6.57
4.42	7.27	5.12	6.55
4.43	7.27	5.13	6.54
4.44	7.26	5.14	6.52
4.44	7.25	5.15	6.51
4.45	7.24	5.16	6.50
4.45	7.24	5.17	6.48
4.46	7.23	5.18	6.47
4.47	7.22	5.19	6.45
4.47	7.21	5.20	6.44
4.48	7.20	5.21	6.42
4.48	7.19	5.22	6.40
4.49	7.18	5.23	6.39
4.49	7.18	5.24	6.37
4.50	7.17	5.25	6.36
4.50	7.17	5.26	6.34
4.51	7.16		
4.52			
4.53			
4.54			
4.55			
4.56			
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	5.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45

SEPTIEMBRE.

5.27	1 Juev. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.33	5.41	16 Viern. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires. — <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.08
5.28	2 Vier. Ntra. Sra. de la Consolación ó Correa, san Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.	6.31	5.42	17 Sáb. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, santa Columba, virgen y mr., y el bto. Pedro Arbués, mártir. — <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Órdenes.</i>	6.06
5.28	3 Sáb. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japón.	6.29	5.43	18 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Sra., santo Tomás de Villanueva, arz. de Valencia, y san José de Cupertino, conf.	6.05
5.29	4 Dom. Stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vgs.	6.28	5.44	19 Lun. San Jenaro, ob., y compañeros mártires, santa Pomposa, virgen y mártir, y el beato Alonso de Orozco.	6.03
5.30	5 Lun. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Commemoración de san Julián, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26	5.45	20 Mart. San Eustaquio y compañeros mártires, san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.	6.01
5.31	6 Mart. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25	5.46	21 Miérc. San Mateo, apóstol y evangelista.	6.00
5.32	7 Miérc. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.47	22 Juev. San Mauricio y compañeros mártires.	5.58
5.33	8 Juev. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrián, mr.	6.21	5.48	23 Viern. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Jantipa y santa Polixena. — (OROÑO.)	5.56
5.34	9 Vier. San Gorgonio, mártir, santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, san Gregorio de Oset, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20	5.49	24 Sáb. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.	5.55
5.35	10 Sáb. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japón.	6.18	5.50	25 Dom. San Lope, ob., san Formerio, mártir, y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mártir de la sevicia judaica.	5.53
5.36	11 Dom. El Dulce Nombre de María, san Proto y san Jacinto, hermanos, mártires.	6.16	5.51	26 Lun. San Cipriano y santa Justina, vgs., mrs., y san García, abad.	5.51
5.37	12 Lun. San Leoncio y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco, todos mrs.	6.15	5.52	27 Mart. San Cosme y san Damián, hermanos, mártires.	5.50
5.38	13 Mart. San Felipe, mártir.	6.13	5.53	28 Miérc. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adolfo y san Juan, mrs., sta. Eustoquia, vg., y el bto. Simón de Rojas, cf.	5.48
5.39	14 Miérc. La Exaltación de la santa Cruz, y santa Catalina de Génova, viuda. — <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.11	5.54	29 Juev. La Dedicación del arcángel san Miguel.	5.46
5.40	15 Juev. San Nicomedes, presb. y mr., san Emila, diácono, y san Jeremías, mártires de Córdoba.	6.10	5.55	30 Viern. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.	5.45

Oros del Sol.	OCTUBRE.	Ocasos del Sol.	Oros del Sol.	NOVIEMBRE.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
5.56	1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43	6.29	1 Mart. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	4.57
5.57	2 Dom. Nuestra Señora del Rosario, los santos Angeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	5.41	6.31	2 Miérc. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquia, virgen y mártir.	4.56
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 33 m. de la m., en <i>Aries</i> .		6.32	3 Juev. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermenegol, obispo.	4.55
5.58	3 Lun. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5.40	6.33	4 Vier. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.	4.54
5.59	4 Mart. San Francisco de Asís, fundador de la orden de los Menores.	5.38	6.34	5 Sáb. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53
6.00	5 Miérc. San Plácido y comps., mrs., san Frollán y san Atilano, obs.	5.36	6.35	6 Dom. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
6.01	6 Juev. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.35	6.36	7 Lun. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
6.02	7 Vier. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	5.33	6.38	8 Mart. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50
6.03	8 Sáb. Santa Brigida, viuda y fundadora de la orden del Salvador de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	5.32		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 4 h. y 47 m. de la t., en <i>Leo</i> .	
6.04	9 Dom. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Elenuterio, mártires.	5.30	6.39	9 Miérc. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
6.05	10 Lun. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	5.29	6.40	10 Juev. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respiocio, y Ninfa, virgen.	4.48
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 4 h. y 43 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .		6.41	11 Vier. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
6.06	11 Mart. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27	6.42	12 Sáb. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.	4.46
6.07	12 Miérc. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrano, cf.	5.25	6.43	13 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.	4.45
6.08	13 Juev. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	5.24	6.45	14 Lun. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4.44
6.09	14 Vier. San Calixto, papa y mártir.	5.22	6.46	15 Mart. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.	4.43
6.10	15 Sáb. Santa Teresa de Jesús virgen y fundadora de la Descalcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	5.21		☽ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 54 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .	
6.12	16 Dom. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.19	6.47	16 Miérc. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.	4.43
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 10 h. y 20 m. de la n., en <i>Libra</i> .		6.48	17 Juev. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, vg.	4.42
6.13	17 Lun. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.	5.18	6.49	18 Vier. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.	4.41
6.14	18 Mart. San Lucas, evangelista.	5.16	6.50	19 Sáb. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.	4.40
6.15	19 Miérc. San Pedro de Alcántara, cf., patrón de Coria.	5.15	6.52	20 Dom. San Félix de Valois, fundador de la orden de la Santísima Trinidad.	4.40
6.16	20 Juev. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	5.13	6.53	21 Lun. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.	4.39
6.17	21 Vier. San Hilarión, abad, santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	5.12	6.54	22 Mart. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4.38
6.18	22 Sáb. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, virgenes y mártires.	5.11		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 28 m. de la m., en <i>Acuario</i> .	
6.19	23 Dom. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	5.09	6.55	23 Miérc. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.38
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 31 m. de la t., en <i>Acuario</i> .		6.56	24 Juev. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, virgenes y mártires de Córdoba.	4.37
6.20	24 Lun. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	5.08	6.57	25 Vier. Santa Catalina, virgen y mártir.	4.37
6.21	25 Mart. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	5.06	6.58	26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.— <i>Cierranse las velaciones</i> .	4.36
6.23	26 Miérc. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Engracia, mártires.	5.05	6.59	27 Dom. <i>I de Adviento</i> . Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	4.36
6.24	27 Juev. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	5.04	7.01	28 Lun. San Gregorio III, papa.	4.36
6.25	28 Vier. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.03	7.02	29 Mart. San Saturnino, obispo y mártir.	4.35
6.26	29 Sáb. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	5.01	7.03	30 Miérc. San Andrés, apóstol.	4.35
6.27	30 Dom. Santos Claudio, Lupericio y Victorio ó Victórico, mártires, y el beato Alonso Rodríguez.	5.00		☽ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 5 m. de la t., en <i>Géminis</i> .	
6.28	31 Lun. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.— <i>Ayuno</i> .	4.59			
	☽ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 16 m. de la n., en <i>Tauro</i> .				

DICIEMBRE.

7.04	1 Juev. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Juev. San Eusebio de Verceli, obispo y mártir.	4.35
7.05	2 Vier. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.17	16 Vier. San Valentín y compañeros, mártires.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.35
7.06	3 Sáb. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilariá, mártires.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.17	17 Sáb. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco de Sena, confesor.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordenes</i> .	4.35
7.07	4 Dom. <i>II de Adviento</i> . Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japon.	4.34	7.18	18 Dom. <i>IV de Adviento</i> . La Expectación de Nuestra Señora, vulgarmente Nuestra Señora de la O.	4.36
7.08	5 Lun. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Lun. San Nemesio, mártir.	4.36
7.09	6 Mart. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.19	20 Mart. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	7 Miérc. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	7.20	21 Miérc. Santo Tomás, apóstol.	4.37
7.10	8 Juev. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Juev. San Demetrio y compañeros, mártires.—(INVIERNO.)	4.38
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 y 56 m. de la madr. ^a , en <i>Virgo</i> .			☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 6 h. y 47 m. de la m., en <i>Aries</i> .	
7.11	9 Vier. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.21	23 Vier. Santa Victoria, virgen y mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.38
7.12	10 Sáb. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Ealalia (ó Olalla) de Mérida, y santa Julia, virgenes y mártires.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.21	24 Sáb. San Gregorio, presbítero y mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	4.39
7.13	11 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Dámaso, papa.	4.34	7.21	25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.14	12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	26 Lun. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	13 Mart. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.	4.34	7.22	27 Mart. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Miérc. San Nicasio, ob. y mr., san Espiridión y san Pompeyo, obs.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.35	7.23	28 Miérc. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 7 h. y 7 m. de la n., en <i>Sagitario</i> .		7.23	29 Juev. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Vier. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros mártires.	4.43
				☽ <i>Luna llena</i> , á las 8 de la m., en <i>Cáncer</i> .	
			7.23	31 Sáb. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



EL CARDENAL CISNEROS

PRELADO VIRTUOSO, POLÍTICO DE SINGULAR VALÍA É INSIGNE PROTECTOR DE LAS CIENCIAS Y DE LAS LETRAS.

Nació en Torrelaguna el año 1437. Murió en Roa el día 8 de Noviembre de 1517.

EL CARDENAL CISNEROS

BOSQUEJO BIOGRÁFICO.



«El nombre de Cisneros pasa de un siglo á otro como la más pura, como la más bella, como la más santa de nuestras glorias.»

(El CARDENAL CISNEROS, *Estudio biográfico por D. Carlos Navarro y Rodrigo.*)

INTRODUCCIÓN.

CONSIGNAN repetidamente las páginas de la Historia un hecho que merece muy detenido estudio y reposadas meditaciones. La constitución moral de los pueblos se asemeja, sin duda, á la constitución física de las varias regiones del planeta que habitamos, en la influencia que ejercen sus peculiares condiciones sobre los seres individuales que en su seno viven y se desarrollan. Sabido es que así como hay terrenos que espontáneamente producen bellas flores y sazonados frutos, hay también otros que, estériles y mal dispuestos, ni aun con el auxilio del trabajo del hombre llegan á alcanzar la fecundidad de aquéllos; y por semejante manera, hay pueblos donde las flores de la poesía ó los frutos de la ciencia parecen espontánea manifestación del genio nacional, y otros donde la asidua labor del tiempo y el progreso de la cultura apenas consiguen otro resultado que la formación de una literatura artificial ó de una ciencia exótica, que siempre e tan amenazadas de muerte por el continuo oleaje de las vicisitudes sociales.

Ejemplos que confirman cuanto acabamos de decir se hallan leyendo con cuidado la historia de la Península Ibérica; historia en la que admiraremos el esplendor de las bellas artes; historia en la que veremos á la poesía ibérica gloriosamente representada en la antigua Roma por Séneca, Lucano y Marcial, en la Edad Media por el Romancero castellano, y en los tiempos modernos por el teatro de los siglos XVI y XVII, el poema de Camoens, la novela picaresca y la inmortal creación épica del inmortal Cervantes. Y fácil sería evocar la memoria de pintores, músicos, estatuarios y arquitectos nacidos en la Península Ibérica, cuyos nombres ocupan señalado lugar en el templo de la Fama.

Pero comparado con este gallardo y casi permanente florecimiento del arte peninsular, aparecen hartó estériles las manifestaciones de la actividad de portugueses y españoles en otras esferas de la vida humana; y se ve un ejemplo de tan funesta esterilidad en la escasez de hombres de Estado, origen de la falta de buen gobierno, que es la frecuente dolencia de los dos pueblos ibéricos. Así puede decirse que los grandes estadistas que aparecen como legítimas glorias de Portugal y de España son seres excepcionales, varones preclaros, que han formado su carácter y su inteligencia, no

en la intimidad con el medio social que les rodeaba, antes bien separándose de este medio social y buscando en las profundidades de su pensamiento y en las energías de su espíritu luz para su razón y fuerza para su voluntad.

Es la gobernación del Estado arte que halla su guía en el ideal de la justicia y del derecho, pero que para cumplir sus fines ha de reconocer siempre y á toda hora la condicionalidad de las circunstancias históricas, para respetarla y mejorarla progresiva y gradualmente. *Lo mejor es enemigo de lo bueno*, dice un proverbio castellano; y la verdad es que las fantasías meridionales suelen destruir el bien que existe en nombre de otro bien mejor, que por ser prematuro, aun no puede realizarse.

Todo lo hasta aquí expuesto se encamina á preparar la explicación de las aparentes anomalías que se presentan en la vida y hechos del célebre cardenal D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros; porque explicación requiere—y nosotros hemos de procurar indicarla en el estudio biográfico que ahora emprendemos,—porque explicación requiere la aptitud claramente probada para los negocios del mundo en el asceta que vivió separado durante largo tiempo de todo trato social; explicación requiere la unión en una misma persona del fervor del creyente que hace quemar los libros que no se conforman con los dogmas de su religión; y el amor á la ciencia que funda la Universidad de Alcalá y lleva á cabo la magna empresa de la publicación de la Biblia políglota.

Si; fraile místico, gobernante hábil, caudillo valeroso y sabio promovedor de la cultura nacional, Fray Francisco Ximénez de Cisneros es para el historiador concienzudo un problema psicológico que la sana razón ha de examinar muy detenidamente, si no le satisface, como no debe satisfacerle, la fácil solución de la vulgar malicia que llama hipocresía á la piedad, y absurdo fanatismo á las creencias religiosas de aquel humilde franciscano que tan contra su voluntad fué llamado á suceder al *Gran Cardenal de España* en el arzobispado de Toledo y en el consejo de los Reyes Católicos.

I.

*Nacimiento y familia de Cisneros.—Sus estudios.—Su nombramiento de arce-
preste de Uceda.—Su energía para sostener la justa posesión de este beneficio
eclesiástico.—Su entrada en la orden de San Francisco y su vida de peni-
tente.*

Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, dice así:

«Antes de comenzar la historia, haré lo que los antiguos usaron escribiendo los hechos de sus principes. No contaré patrañas ni ficciones fabulosas en la genealogía de Carlos, rey de España y emperador de los cristianos, como las dijeron de Alejandro Magno, haciéndole descender del gran

Hércules, y á Hércules hijo de Júpiter. Y de Julio César afirmaron que traía su origen de la diosa Venus. De Ciro, rey potentísimo de los persas, lisonjeándole dijeron que lo había criado y dado leche una perra. De Rómulo y Remo, fundadores de Roma, tuvieron por cierto que los crió una loba, como los veo colgados de sus pechos en monedas de aquel tiempo. De esta manera fingieron tales y otros disparates por engrandecer sus príncipes y hacerlos de otra masa diferente de la natural de los hombres. Diré breve y verdaderamente las dos líneas de padre y madre del César rey de España, que son tales, que sin fingir parecerá ser dos sucesiones las más antiguas, continuas y nobles que de reyes ha habido en el mundo después que Dios lo formó criando al primer hombre.»

En confirmación de las últimas palabras que acabamos de copiar, el obispo de Pamplona comienza la genealogía del César rey de España desde nuestro padre Adán, que fué criado en viernes, el sexto día del mundo, 3960 años antes de Jesucristo.

Si Sandoval halló modo de probar la nobleza hereditaria del César desde Adán, fundador de dinastías y también ascendiente de los más humildes plebeyos, no es de extrañar que el P. Quintanilla, en su *Arquetipo* (1), haya presentado un árbol genealógico donde la familia del cardenal Cisneros se ve emparentada con el glorioso fundador de la monarquía asturiana D. Pelayo, con el rey Pipino, Carlo Magno y otros personajes de sangre real.

De lo expuesto se deduce un visible progreso. Los historiadores de la antigüedad greco-romana se proponían demostrar que los héroes descendían de los dioses; los biógrafos de la época del Renacimiento y de los siglos posteriores, ya se contentan con que los varones ilustres desciendan de reyes y príncipes, esto es, de otros varones ilustres por su alta jerarquía social, pero que están muy lejos de las divinas jerarquías.

Nació Cisneros en Torreiguna, pueblo de Castilla la Nueva, el año de 1437; y sus padres, á pesar del árbol genealógico del padre Fr. Pedro de Quintanilla, parece que se hallaban más próximos á las clases populares que á los rangos de la nobleza, si bien se dice que eran de hidalgo abolengo, aunque carecían de bienes de fortuna, y en este mismo caso se hallaban sus más cercanos parientes.

La historia biográfica del cardenal Cisneros se puede con-

(1) *Arquetipo de virtudes y espejo de prelados, ó vida del Cardenal Cisneros*, por Fr. Pedro de Quintanilla y Mendoza. También el Dr. D. Pedro Pérez del Pulgar, en su *Vida y motivos de la común aclamación de Santo del venerable siervo de Dios D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros*, y otros varios escritores, sostienen la opinión favorable al ilustre abolengo del conquistador de Orán, afirmando que su padre, D. Alfonso Ximénez de Cisneros, descendía de la misma familia que el famoso D. Rodrigo de Cisneros, *rico-home de pendón y caldera*, y que su madre, D.^a Marina, Mariana ó María García Astudillo de la Torre, era hija y nieta de caballeros de Santiago y de Alcántara, de quienes, dice el Dr. Pérez del Pulgar, se procrearon los Condes de Coruña y de Barajas. En realidad, todas estas afirmaciones genealógico-nobiliarias carecen de pruebas históricas. Ni siquiera se sabe con certeza el nombre de pila de la madre, ni la fecha exacta del nacimiento de Cisneros; fecha del nacimiento que la mayoría de los historiadores fijan en el año de 1437, y algunos en el de 1436, sin que sea posible señalar el día ni el mes; y bien se comprende que ignorándose tales particularidades, las noticias genealógicas del P. Quintanilla y del Dr. Pulgar son alardes de ingenio, en que se ha olvidado el precepto del gran escritor que dijo: «La Historia no pasa partida si no le muestran quitanza.»

siderar dividida en dos grandes períodos. Comprende el primero desde la fecha de su nacimiento hasta el año de 1492, en que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel la Católica; nombramiento que señala el principio del segundo período de su vida, que entonces toma el carácter de lo que hoy llamamos *vida pública*.

El primer período también se puede considerar subdividido en tres partes. En la primera se ve al joven Gonzalo — pues este fué su primer nombre de pila, que cambió por el que ahora se le conoce cuando hizo su ingreso en la orden franciscana, — en la primera se ve al joven Gonzalo asistir á las escuelas de Alcalá y Salamanca; dedicarse desde luego al estado eclesiástico; estudiar afanosamente el derecho civil y canónico; tomar el grado de bachiller; trasladarse á Roma; adquirir allí fama de teólogo y jurisconsulto, y regresar á España cuando supo el fallecimiento de su padre, trayendo una bula del Papa, de las llamadas de *expectativa*, por la cual se le nombraba para el primer beneficio de determinada renta que vacase en el arzobispado de Toledo.

En la segunda parte se ve al presbítero Cisneros tomando posesión de la vacante ocurrida al morir el arcipreste de Uceda, en virtud de la gracia apostólica en su favor otorgada, y poco después aprisionado en el castillo de Uceda, y más tarde en la torre de Santorcaz, de orden del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, que por estos medios quería obligarle á que renunciase á su derecho al beneficio que disfrutaba, y que, según parece, había ofrecido á uno de sus familiares. Y en este punto comienzan á mostrarse las altas dotes de carácter de que andando el tiempo había de dar tantas y tantas pruebas el perseguido arcipreste de Uceda. La prisión de Cisneros duró seis años, sin que en tan largo tiempo vacilase su voluntad de mantener su derecho, consignado en la concesión papal; y el arzobispo Carrillo sin duda hubo de convencerse de la ineficacia de su procedimiento, y resolvió ponerle en libertad y dejarle en pacífica posesión de su beneficio eclesiástico.

No se ocultaban á Cisneros los inconvenientes que podía acarrearle su dependencia de un Prelado que tan mal le había recibido, y se apresuró á permutar su arciprestazgo de Uceda por la capellanía mayor de la catedral de Sigüenza dando así una prueba de que la perspicacia de su entendimiento no era menor que la energía de su carácter, en su larga prisión claramente demostrada.

Residiendo Cisneros en Sigüenza hubo de tratar al Obispo de la diócesis, que á la sazón lo era el después famoso consejero de los Reyes Católicos, D. Pedro González de Mendoza, y bien pronto este Prelado conoció la singular valía del Capellán mayor y le dió el nombramiento de Vicario general para el gobierno de su diócesis.

Llegamos á la tercera y última parte en que hemos considerado dividido el primer período de la vida del cardenal Cisneros; y es tan notable la singularidad de lo que ahora vamos á referir, que nos parece de todo punto necesario hacer algunas consideraciones previas, en que procuraremos no traspasar los estrechos límites de este bosquejo biográfico.

Es fácil hallar en los generalmente llamados *libros de misa* unos versos que, en verdad sea dicho, no son modelo de belleza, pero que pueden serlo de lógico y bien fundado razonamiento. Dicen así:

Que tengo de morir es infalible;
 Dejar de ver á Dios y condenarme
 Triste cosa será, pero posible.
 ¡ Posible !.... ¡ y río, y duermo, y puedo holgarme !
 ¡ Posible !.... ¡ y tengo amor á lo visible !
 ¿ Qué hago ? ¿ en qué me ocupo ? ¿ en qué me encanto ?
 ¡ Loco debo de ser, pues no soy santo !

Estos versos presentan con rigor lógico la regla de vida del verdadero creyente. No aspiro á ser santo; comprometo la salvación eterna de mi alma por la satisfacción de pasajeros apetitos; esto sólo tiene un nombre, insensatez; más aún, locura rematada. Así debe discurrir el creyente, así discurrió sin duda el Vicario general de la diócesis de Sigüenza, y dejando todos sus empleos y beneficios, que le producían la renta anual de dos mil ducados, tomó el hábito en la orden de San Francisco, que acaso era la más rígida de las que entonces existían en España. Sus penitencias y la austeridad de su conducta le dieron tal fama de santo, que su confesionario se vió tan concurrido, y fueron tantas las consultas que se le hacían por personas de todas clases y condiciones, que de nuevo se vió arrastrado á ocuparse en los negocios mundanos de que había tratado de separarse, y para poder realizar sus propósitos de hacer una vida contemplativa y solitaria, pidió y obtuvo de sus superiores el permiso necesario para trasladarse al convento del Castañar, situado entre las asperezas de los montes de Toledo, y allí construyó por sus propias manos una pequeña ermita ó choza en que apenas cabía su cuerpo, y en tan incómoda habitación pasaba los días y las noches orando y meditando, manteniéndose, como los antiguos anacoretas, con hierbas y agua, y á las veces, como esquisito manjar, con pedazos de pan duro.

II.

Cisneros es nombrado confesor de Isabel la Católica y Provincial de su orden.— Su plan de reformas de las órdenes religiosas.— Su resistencia para aceptar el nombramiento de Arzobispo de Toledo.

El Obispo de Sigüenza, D. Pedro González de Mendoza, había sido elevado á la alta dignidad de Arzobispo de Toledo; el Papa le había dado un puesto en el Colegio de Cardenales, y los Reyes Católicos le habían elegido por su consejero y ministro; y D. Pedro González de Mendoza, á quien se conoce con el dictado del *Gran Cardenal de España*, miraba mal que el antiguo Capellan mayor de la catedral de Sigüenza se hubiera encerrado en un convento, y decía *«que prendas tan extraordinarias como las de Cisneros no debían estar sepultadas durante mucho tiempo en la obscuridad de un claustro.»* Consecuente con estas palabras, cuando Fr. Hernando de Talavera fué nombrado Arzobispo de Granada, halló ocasión oportuna para procurar que Cisneros viniese á la Corte, ocupando el cargo de confesor de la Reina doña Isabel la Católica, que el nuevo Arzobispo dejaba vacante. Habló Mendoza á la Reina y la hizo tantos elogios de Cisneros, que D.^a Isabel entró en deseos de conocerle; y cuando esto se verificó, quedó tan prendada de sus virtudes y talentos, que desde luego halló acertado el consejo del Cardenal, é hizo que se le manifestase el deseo que tenía de que se encargara de la dirección de su conciencia. Un escritor de aquellos tiempos refiere la sorpresa que produjo en la Corte la aparición del nuevo confesor, cuyo macerado cuerpo y

pálido semblante parecía que resucitaban la espiritualidad fervorosa de los anacoretas que vivieron en los primeros siglos de la era cristiana.

Corría el año de 1492 cuando Cisneros aceptó, no sin gran repugnancia, el cargo de confesor de la Reina Católica, poniendo la condición de que se le permitiera observar las reglas de su Orden y residir habitualmente en un convento siempre que no fuese necesaria su presencia en la Corte. Todo se le concedió en la misma forma que lo había solitado; pero parece que Dios tenía dispuesto que su vida se asemejase más á un rudo combate que á una tranquila plegaria, porque dos años después de su nombramiento de confesor fué elegido Provincial de su Orden en el capítulo general celebrado en Burgos, y habiendo visitado los muchos conventos que se pusieron bajo su jurisdicción, halló tan relajadas en ellos las reglas de su disciplina interior, y aun las de su vida moral, que creyó necesario emprender un plan general para la reforma de tales abusos. Esta idea mereció la aprobación de la Reina Católica, y para llevarlo á cabo solicitó y obtuvo un Breve del pontífice Alejandro VI, expedido con la fecha del 27 de Marzo de 1593. Para la ejecución de este Breve nombraron los Reyes Católicos, por Reales despachos de 4 de Septiembre de 1593, á los Prelados que les merecían más confianza (1). No hay que decir hasta dónde llegó el empeño que puso el confesor de la Reina en que se realizasen todas las reformas por su iniciativa emprendidas, y el vigor de su voluntad tuvo ocasión de mostrarse con toda su fuerza para conseguir y vencer los obstáculos que clérigos y seglares tenazmente le oponían, que el abuso inveterado siempre tiene muchos defensores. Esta fué la segunda vez en que brillan las al parecer opuestas cualidades de Cisneros, cualidades que así le llevaban al reposo contemplativo del cielo como á la activa decisión que es necesario emplear en los negocios de la tierra.

Á principios del año 1495, hallándose gravemente enfermo en su palacio de Guadalajara el *tercer rey de España*, que es el título que por donaire daban los cortesanos al cardenal Mendoza, se cuenta que Isabel la Católica, en una de las visitas que le hizo durante los últimos tiempos de su enfermedad, hubo de consultarle acerca de quién sería conveniente que le sucediese en la silla de Toledo; y el Cardenal, respondiendo á esta consulta, aconsejó á la Reina que no nombrase á ninguna persona de la primera nobleza, porque si se juntaba tan alta dignidad eclesiástica con las conexiones de familias poderosas, se corría el riesgo de que si el nuevo Arzobispo era de genio turbulento, de lo cual ya se había dado algún caso, podría oponerse á las resoluciones de la autoridad Real; riesgo que se evitaría dando el nombramiento de Primado de las Españas al humilde fraile Ximénez de Cisneros. Oyó la Reina Católica el consejo de su antiguo Ministro, y lo tuvo tan en cuenta, que por más que hizo el Rey D. Fernando para que muerto Mendoza ocupase su hijo D. Alonso la silla de Toledo, no pudo conseguirlo. Cisneros fué llamado cierto día á la cámara Real, y

(1) Quien quisiere conocer los pormenores de los hechos referentes á la reforma de las órdenes religiosas, puede recurrir al *Informe que hizo á Su Majestad en 16 de Junio de 1726 D. Santiago Agustín Riol*, que se halla en el tomo III del *Semanario Erudito*, publicado por D. Antonio Valladares de Sotomayor.



«LA TARDE EN UN CONVENTO DEL TESINO.»—(Cuadro de Stuckelberg.)

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

recibió de manos de la Reina una bula que le dijo leyese á su presencia; y como no tenía ni la menor noticia de lo que esta bula podía decir, fué tan grande su asombro cuando fijó su vista en el sobrescrito y leyó: «*Á nuestro venerable hermano Francisco Ximénez de Cisneros, electo arzobispo de Toledo*», que involuntariamente, y sin darse cuenta de lo que hacía, dejó caer el pliego, exclamando:—«*Esto no puede ser; esto no puede hablar conmigo*», y salió precipitadamente del aposento, sin saludar á nadie y dejando estupefactos á los que presenciaban tan desatentadas acciones.

«La Reina, dice un historiador (1), lejos de incomodarse por este impolítico proceder, esperó á que se calmaran las primeras impresiones de la sorpresa; pero como viera que Cisneros no volvía, envió á dos de los grandes señores que creyó que tenían más influencia con él, á buscarle y persuadirle que aceptase el cargo. Presentáronse aquéllos inmediatamente en el convento de San Francisco de Madrid, en cuya villa se hallaba entonces la Reina con su corte; pero hallaron que Cisneros se había ya marchado. Sabido el camino que llevó, tomaron caballos, y siguiéndole con la diligencia posible, lograron alcanzarle á tres leguas de distancia de la población, encaminándose á pie y de prisa, en medio del calor del día, hacia el convento de San Francisco de Ocaña. Quejáronse de que se hubiera ido con tanta precipitación, y por fin consiguieron persuadirle de que volviera á Madrid. Regresó, en efecto; pero ni las razones ni las exhortaciones de sus amigos, apoyadas en los deseos de la Reina, pudieron vencer sus escrúpulos para que aceptase un cargo de que se reconocía indigno. Decía *que esperaba pasar el resto de su vida en el tranquilo cumplimiento de sus deberes religiosos, y que se hallaba ya en edad muy avanzada para ejercer un cargo de tanta responsabilidad, y para el cual no tenía capacidad ni vocación*. En tal dictamen se mantuvo obstinadamente por más de seis meses, hasta que se obtuvo segunda bula de Su Santidad mandándole que no rehusara por más tiempo admitir un nombramiento que la Iglesia había tenido á bien confirmar. Esto no dejaba ningún pretexto para oponerse, y Cisneros consintió, aunque con visible repugnancia, en ser promovido á la primera dignidad eclesiástica del reino de España.» Y esta dignidad, como observa el mismo historiador, era la más alta, no sólo de España, sino acaso de toda la cristiandad, después de la Silla Pontificia, y además confería á su poseedor una eminente categoría civil como Canciller mayor de Castilla, y por lo tanto una importante influencia en la resolución de los negocios del Estado.

III.

Las reformas eclesiásticas de Cisneros.—La fundación de la Universidad de Alcalá.—La edición de la Biblia políglota.—Conversión de los moros de Granada.—Conquista de Orán por el cardenal Cisneros.

Así como el primer período de la vida de Cisneros lo hemos considerado dividido en tres partes, el segundo período puede también considerarse dividido en el mismo número de partes. La primera podría titularse: *Cisneros confesor de Doña Isabel la Católica y reformador de las órdenes religiosas*; y el relato de esta parte ha sido lo que en el anterior capi-

tulo ha ocupado nuestra pluma. *El Arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros* habría de titularse la segunda parte; y la tercera, *El Cardenal Cisneros, regente de Castilla*.

Son tales y tan grandes las empresas llevadas á cabo por el Arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros, y se prestan á tan diversos y aun contradictorios comentarios, que hallamos suma dificultad para relatarlas y decir nuestra opinión acerca de ellas, sin traspasar los estrechos límites del presente bosquejo biográfico. Habremos, pues, de dar á nuestra narración la forma descarnada y poco atractiva de apuntes brevísimos, en que los hechos han de aparecer expuestos sin pormenores, y los juicios sin los fundamentos que son necesarios para que puedan influir en el ánimo de los lectores que con ellos no estén de acuerdo.

Aceptada por Cisneros la alta dignidad para que le había designado la Reina, fijó su atención en la conveniencia de hacer extensiva al clero secular la reforma que se estaba realizando en las comunidades religiosas. Inmensas dificultades se opusieron al cumplimiento de tales propósitos; pero Cisneros, contando siempre con el decidido apoyo de Isabel la Católica, todas las venció, y el fruto de sus reformas, según el testimonio de los escritores coetáneos, fué una notable mejora en la moralidad pública y privada del clero; mejora que ha merecido y merece el elogio, así de los historiadores católicos, como el de los protestantes y aun el de los más radicales librepensadores.

No alcanzan la misma unanimidad en el elogio los procedimientos que usó el nuevo Arzobispo de Toledo para conseguir la conversión al cristianismo de los moros de Granada. La dádiva que corrompe y la fuerza que intimida, tales fueron los medios por los cuales consiguió Cisneros la conversión de los moros granadinos; y como el éxito—pase el neologismo—produce casi siempre el aplauso de los contemporáneos, aunque luego merezca la censura de la Historia, se dice que hasta el prudente Fr. Hernando de Talavera, que siempre había sido partidario de que se respetase la capitulación de Granada, donde se concedía á los moros el derecho de conservar su religión, cambió de parecer y llegó á decir *«que Cisneros había alcanzado un triunfo más sublime que el de Fernando é Isabel, porque éstos no habían conquistado más que el territorio, al paso que aquél había ganado las almas de Granada.»*

Si grandes son las censuras que se han escrito al juzgar el modo y forma con que Cisneros consiguió llevar á cabo la conversión de los moros granadinos, aun son mucho mayores las que se formulan sobre el hecho de haber dispuesto que fuesen quemados en una plaza pública, como así se verificó, todos los libros arábigos que en Granada se pudieron recoger; libros que si bien en su mayor parte eran copias y comentarios del Corán, los restantes trataban de materias literarias y científicas, ajenas á la religión mahometana. No se sabe el número de volúmenes que fueron pasto de las llamas, pues hay historiador que lo hace ascender á más de un millón, y según otros, no pasaba de cinco mil. Solamente trescientos tratados de medicina se salvaron de la voracidad del fuego, porque sin duda el Arzobispo de Toledo consideró que la diferencia de religiones no había de influir gran cosa en la aplicación de los métodos curativos á los cristianos ó á los infieles. Así reconoció Cisneros el

(1) William H. Prescott en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, traducida al castellano por D. Pedro Sabau y Larroya. (Madrid, 1846.)

poder igualitario de la enfermedad, que concluye siempre con la vida; poder igualitario que ya se había reconocido en plena Edad Media con la creación simbólica de las famosas *Danzas de la Muerte*.

Reservando para más adelante la opinión que nosotros tenemos formada acerca de los dos últimos hechos que acabamos de relatar, seguiremos la rápida enumeración de las potentes y múltiples manifestaciones del genio singularísimo del gran Cisneros, que si en 1499 dispone el *auto de fe* de Granada, en el siguiente año de 1500 emplea toda su fecunda actividad en la fundación de la célebre Universidad de Alcalá de Henares, y poco tiempo después, en 1502, emprende la tarea, en aquel entonces difícilísima, de coleccionar los textos de la Biblia escritos en las antiguas lenguas, según el plan ideado por Orígenes, y consigue ver abierta la matrícula de su Universidad en Julio de 1508, y ver terminada la edición de su *Biblia Poliglota ó Complutense*, según la nombran por el lugar donde fué impresa, después de quince años de asiduos trabajos, en el de 1517.

Y mientras que en Alcalá se realizaban estas grandes creaciones científicas y literarias, Cisneros, nombrado cardenal por el Papa Julio II, y teniendo ya setenta años de edad; Cisneros, cuya energía de carácter parece que aumentaba con el transcurso del tiempo, y cuyas rentas parecían inagotables, propuso á D. Fernando V, que á la sazón gobernaba en Castilla por muerte de D.^a Isabel la Católica y por el mal estado de las facultades intelectuales de su hija D.^a Juana, Cisneros propuso á D. Fernando V que le permitiese hacer la conquista de Orán; y como el Rey le pusiera la dificultad de los grandes gastos que había de ocasionar la realización de tal proyecto, respondió Cisneros que corría de su cuenta el pago de todo lo que fuera necesario, y que él mismo dirigiría la expedición militar, si en ello no había inconveniente. Aceptó D. Fernando tan barato y cómodo procedimiento de hacer conquistas, y á mediados de Mayo del año 1509 un ejército, compuesto de doce mil infantes y cuatro mil jinetes, mandado por el cardenal Cisneros en persona, y dirigido en lo que podría llamarse la parte técnica por el célebre conde Pedro Navarro, después de una sangrienta batalla se apoderó por asalto de la plaza de Orán, al grito de ¡*Santiago y Cisneros!*, y así quedaron enlazados los laureles de la guerra con las palmas de la paz en la corona que ciñe la frente del humilde fraile elevado por Isabel la Católica á la dignidad de Arzobispo de Toledo (1).

La reforma del clero secular y regular, la Universidad de Alcalá de Henares, la *Biblia Complutense*, la conquista de Orán... Quien tanto hizo por mejorar las costumbres del clero, por acrecentar el conocimiento de las ciencias y de las letras y por encaminar la política exterior de España hacia las cercanas costas del continente africano; quien como Cisneros creía en la absoluta verdad de la religión católica, y probaba la sinceridad de esta creencia vistiendo debajo de los suntuosos ornamentos de su alta jerarquía eclesiástica el hábito franciscano puesto sobre sus desnudas carnes, y dur-

miendo en un jergón colocado sobre duras tablas; quien como Cisneros creía y como Cisneros practicaba lo que sus creencias exigen, no es de extrañar que fuese intolerante con los moros de Granada y emplease la amenaza y la fuerza para conseguir una conversión que, según su juicio, les abría de par en par las puertas de los cielos. Quien como Cisneros conserva siempre un enlace perfectamente lógico entre lo que piensa y lo que hace, podrá merecer la censura de los historiadores que no estén de acuerdo con su modo de pensar, pero nunca podrá negarle la sana crítica el respeto y hasta el aplauso que merecen los varones honrados que practican el bien en la medida que lo conocen.

Claro es que como el crítico no puede penetrar en lo íntimo de la conciencia de los personajes históricos, todo juicio moral que acerca de ellos se formule acaso puede ser equivocado; pero esta consideración, que hablando en general es muy exacta, no lo es tanto en sus aplicaciones á los caracteres en que se consigue hallar la unidad superior que rige las varias manifestaciones de su actividad personal; y en nuestro sentir, Fr. Francisco Ximénez de Cisneros se halla en este caso. Su fe católica es la unidad que informa su pensamiento y la regla de todas sus acciones, aun cuando estas acciones sean en la apariencia de todo punto contradictorias. Y nótese bien que su fe católica no le impide manifestar á la Reina de Castilla que creía que estaba mal informado el pontífice Alejandro VI al expedir un Breve, fecha 9 de Noviembre de 1496, disponiendo no se pasara adelante en la reforma de las órdenes religiosas hasta que este asunto fuera sometido al examen de la Cabeza visible de la Iglesia; y la Reina, alentada con esta opinión, encargó á sus representantes en Roma que procurasen la revocación del indicado Breve, la cual se alcanzó, no sin grandes trabajos, en el siguiente año de 1497.

Y nótese también que el espíritu autoritario de Cisneros jamás le induce al servilismo de que se hallan tantos ejemplos en las costumbres cortesanas. Recién nombrado Arzobispo de Toledo, hace gala Cisneros de no atender á una recomendación de la Reina que acaba de conferirle tan alta dignidad; y años más tarde se apodera de una orden firmada por el rey D. Felipe I, en que se lastimaba la justicia, y no duda en hacerla pedazos, presentándose inmediatamente al Monarca para convencerle, como en efecto lo consigue, de que no debe insistir en mandar que se haga aquella conocida injusticia.

Así, el respeto á la autoridad no es para Cisneros ni ciego fanatismo en religión, ni servil complacencia en los negocios políticos.

IV.

El cardenal Cisneros y el Dado de Lovaina son nombrados Regentes de Castilla.—Gobierno del cardenal Cisneros.—Sus disposiciones para la organización del ejército.—Carta del rey D. Carlos I de España, dirigida á Cisneros.—Juicio de lo que se dice acerca de la muerte del cardenal Cisneros.

Para relatar con la debida especificación los hechos que se comprenden en la tercera y última parte en que hemos considerado dividido el segundo período de la vida del cardenal Cisneros, tendríamos que exponer gran número de consideraciones preliminares en que se fijase la atención sobre el estado de los varios elementos, el clero secular y regular, la

(1) Los profesores de la Academia General Militar D. Modesto Navarro y D. Pedro A. Berenguer, en su libro *Notas de historia militar* (Toledo, 1886), dicen lo siguiente: «En esta expedición á Orán organizó el Cardenal Cisneros los escopeteros á caballo, que pueden considerarse como el origen ó primera idea de los dragones.»

nobleza y el pueblo, que constituían en aquel entonces la naciente unidad de la nación española; tarea que sería por extremo ardua y prolija; y sin embargo, sólo mediante este trabajo preliminar podría aquilatarse el mérito eminente del gran político de quien con razón se dice en un soneto de don Enrique Funes, publicado en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA:

En su mano el poder hunde y humilla
De la grandeza el valimiento falso,
Y en su sepulcro, tumba de Castilla,
El César alemán planta el cadalso
De Sorolla, de Acuña y de Padilla.

Renunciando con disgusto á convenientes ampliaciones, recordaremos tan sólo la muy conocida verdad de que España al comenzar el siglo XVI encerraba en su constitución íntima todos los gérmenes del poderoso feudalismo anárquico que aparece en el reinado de Enrique IV; feudalismo anárquico reprimido por la energía en el mando de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón; pero que muertos los Reyes Católicos, enferma su infortunada hija D.^a Juana, y viniendo á ocupar el trono de Castilla un inexperto mozo nacido en tierra extranjera, podía reaparecer con nuevos bríos y poner en grave peligro la recién formada y aun no firme unidad de la nación española. Y sin más comentarios, pues la ocasión no los consiente, seguiremos nuestro relato biográfico.

Al morir en Madrigalejo el Regente de Castilla y Rey de Aragón D. Fernando V (Enero de 1516), nombró para el gobierno de Castilla al cardenal Cisneros, y para el de Aragón á su hijo natural D. Alonso, arzobispo de Zaragoza. El Deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, tenía también otro nombramiento de Regente de Castilla que le había dado el heredero de la monarquía de los Reyes Católicos, Carlos I de España, en la previsión de la muerte de su abuelo, muerte que estaba anunciada con anticipación por la larga enfermedad que llegó á producirla. Los dos nombramientos carecían de validez legal; que mal podía nombrar Regente de Castilla quien, como D. Fernando, no era Rey de esta tierra, y en el mismo caso se hallaba el joven Carlos, que sólo era el heredero de la Corona, en tanto que viviera su madre la Reina D.^a Juana y no fuese declarada por las Cortes como definitivamente incapacitada para ejercer el gobierno de la nación. Los dos Prelados, con buen acuerdo, resolvieron consultar el caso con el futuro Rey de Castilla, y la respuesta fué una carta en que se confirmaban los poderes dados á Cisneros por el Rey de Aragón y se confería al Deán de Lovaina el cargo de Embajador ó representante de D. Carlos de Austria, aunque sin privarle explícitamente de los poderes que con anterioridad tenía concedidos. En esta carta D. Carlos al dirigirse á Cisneros le apellidaba «*Reverendísimo en Cristo Padre, Cardenal de España, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, nuestro muy caro y muy amado amigo*»; y le decía «*que aun cuando el Rey su abuelo no le hubiera nombrado, él mismo no pidiera, ni rogara, ni exigiera otra persona para la Regencia; sabiendo que así cumplía al servicio de Dios y al suyo, y al bien y pro de los reinos.*»

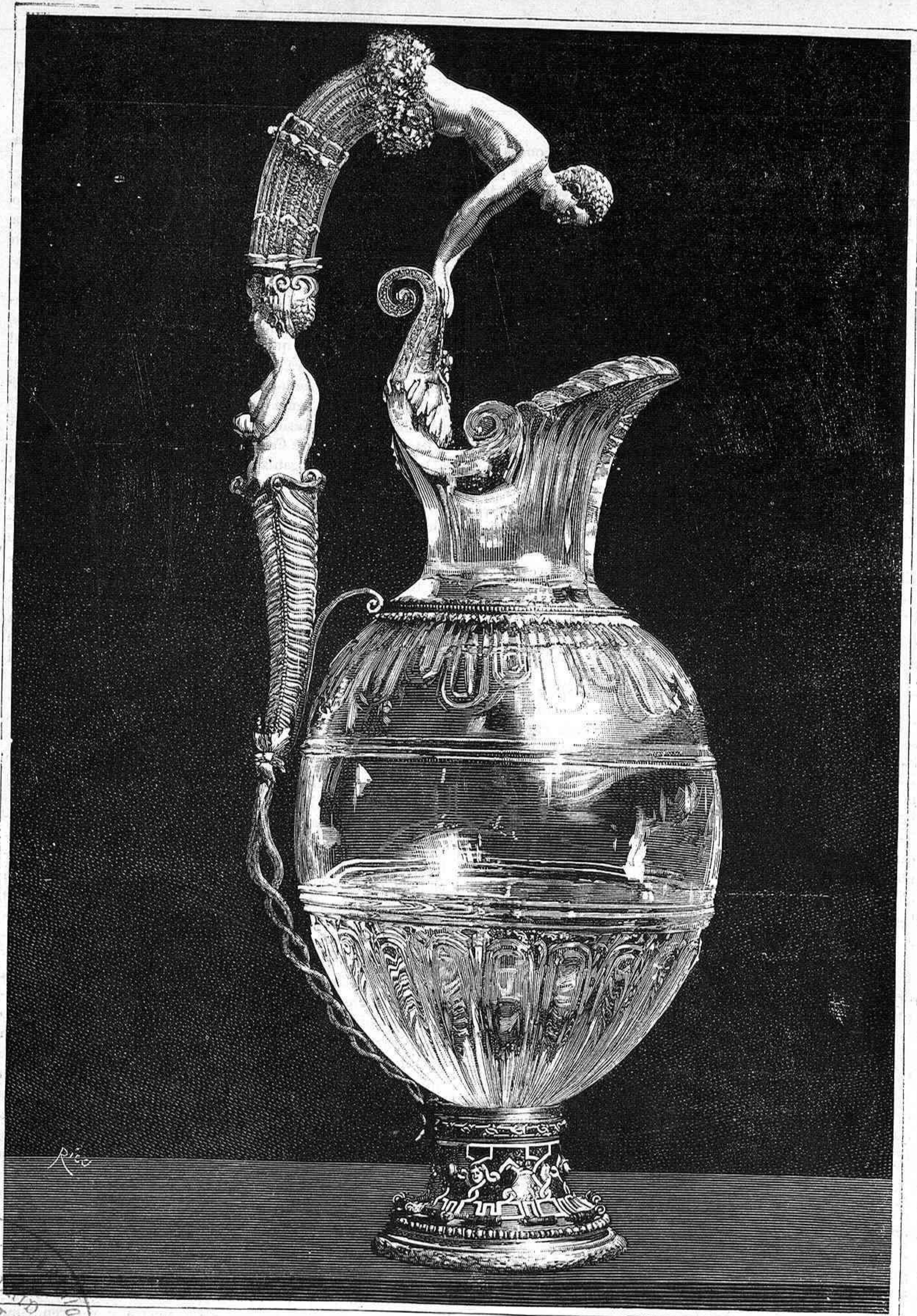
El Cardenal de España no extremó sus exigencias, y aceptó desde luego la participación en el gobierno del Deán

de Lovaina, que por la docilidad de su carácter no le había de oponer ningún obstáculo á su poderosa iniciativa.

Corrían los primeros meses del año 1516 cuando Cisneros, autorizado ya por el príncipe D. Carlos, tomó el gobierno de Castilla, y seguramente que ante su perspicaz mirada aparecieron todos los gravísimos peligros que amenazaban destruir la obra de la unidad de la patria española, tan hábilmente conseguida por el esfuerzo de los Reyes Católicos. Lo hemos dicho ya: el mayor peligro se hallaba en el poderío de la nobleza, que aun recordaba con pena los tiempos de la Edad Media, en que el poder Real se hallaba á merced de sus ambiciones, ora nobles y gloriosas como las que simboliza el Cid Campeador, ora bastardas é indignas como las que conmueven el trono de D. Juan II, y como las que después de muerto el Cardenal de España habían de malograr el generoso anhelo de Castilla en la guerra de las Comunidades. La idea de organizar una fuerza pública encargada de hacer respetar la autoridad del poder monárquico, idea entrevista por D. Alvaro de Luna; la idea de organizar lo que hoy se llama *ejército permanente* cruza por la imaginación del Cardenal, y queriendo asesorarse con el parecer de personas competentes en el asunto, pide su opinión al coronel Rengifo, que gozaba fama de entendido; y evacuada esta consulta, que le confirma en la bondad de su idea, expide con fecha 27 de Mayo de 1516 lo que hoy llamaríamos una Real orden, que puede y debe considerarse como la base de toda la legislación de España durante siglos en lo relativo al reclutamiento de la fuerza pública.

Entre las dos clases de fuerza armada que existen, las instituciones de seguridad pública, destinadas á reprimir los atentados contra el derecho de carácter individual, y lo que hoy se llama *ejércitos nacionales*, *la nación en armas*, como los nombran en Alemania, *el armamento nacional*, como en español debemos decir; *ejércitos nacionales* cuya misión es reprimir los atentados contra el derecho de carácter colectivo, esto es, el atentado que puede cometer una nación tratando de privar á otra de su independencia ó de mancillar su honra, ó un partido político ó una provincia alzándose en armas contra el poder del Estado; entre las *instituciones de seguridad pública* y los *ejércitos nacionales*, se halla el *ejército permanente*, que es algo más que las instituciones de seguridad pública y que es algo menos que los ejércitos nacionales. Y esta clase de fuerza armada era precisamente la que debía crearse para reprimir las turbulencias de los poderosos nobles, porque también estas turbulencias eran algo más que atentados al derecho de carácter individual, sin llegar á ser atentados de carácter colectivo, como los que producen las ambiciones de un pueblo conquistador, de un partido político ó de una provincia levantisca. Así Cisneros organizó la fuerza pública, no con arreglo al ideal abstracto de los sabios de gabinete, sino conforme á las necesidades políticas de su tiempo; que siempre será regla de conducta en legisladores y estadistas tener muy presente aquel famoso dicho de Solón: «*No doy á los atenienses las leyes que yo juzgo mejores, sino las que entiendo que pueden recibir, según el estado en que actualmente se hallan.*»

La consulta hecha por el cardenal Cisneros al coronel Rengifo animó al capitán Hernando Pérez á dirigirle una Memoria que se conserva aún en el Archivo de Simancas, y comenzaba en esta forma: «Muy ilustre y reverendísimo



Rico

MADRID
BIBLIOTERA

AGUAMANIL DE CRISTAL DE ROCA TALLADO, CON APLICACIONES DE ORO Y PEDRERÍA,
EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO.

señor: Porque he visto que V. S. se inclinaba á cosas de artes de guerra, parecióme que servía á V. S. Rma. en que viesse este memorial, é daré razón cuando V. S. Rma. fuere servido, de todo lo que aquí digo. Como vea la desorden é poca industria é mucho descuido que en este arte militar de guerra, parecéme que los que han de vivir de este oficio é arte que deben ser astrutos (*instruidos*).... parecéme que los hombres de guerra han de ser examinados é saber la razón de su oficio, porque de otra manera non se pueden decir hombres de guerra.... porque veo que en todos los oficios para usar de ellos como oficiales son examinados, non sé qué es la causa de que en este non lo sean, siendo oficio de tanta honra é gran peligro, que claramente se puede decir oficio Real, porque con él se sostienen é crescen los estados de los grandes Principes.» Y después de esta introducción ponía un programa de estudios, como ahora diríamos, en forma de preguntas, que abrazaba desde los conocimientos de lo que podría llamarse filosofía de la guerra, hasta los pormenores de la organización y táctica de las tropas, y del ataque y defensa de las plazas fortificadas. En esta Memoria del capitán Hernán-Pérez se ve el influjo de la iniciativa reformadora del Cardenal Cisneros, y el acierto de los militares que comprendieron desde los comienzos de la organización del ejército permanente la necesidad de que conociesen el arte de la guerra los que habían de ejercer el mando en calidad de *oficiales*; teoría que, después de tanto tiempo como ha transcurrido desde su iniciación hasta ahora, aun no se ha llevado á la práctica con todas sus lógicas consecuencias.

Las disposiciones respecto á la organización de la fuerza armada, que antes mencionamos, lucharon con la tenaz oposición de la nobleza, y hasta con la de las clases populares, que desconocían en esta ocasión sus verdaderos intereses; pero de todo triunfó la enérgica voluntad del Cardenal-Regente, puesto que, según dice el Conde de Clonard, el alistamiento de los soldados se llevó á cabo en todas las poblaciones de Castilla, produciendo un total de 31.800 hombres sujetos á la disciplina militar.

Si Cisneros merece grandes elogios por su acierto en la organización de la fuerza armada, por la rapidez con que desbarató los planes de los franceses que querían reconstituir el antiguo reino de Navarra, y por su actividad en oponerse á las rapiñas del corsario Barbarroja, aunque el resultado de esta empresa no correspondiese á sus esfuerzos, no los merece menores por la energía con que sujetó á los más poderosos magnates (1), aun cuando en este punto la razón legal — valga la frase — no siempre estuvo de parte del Regente, que, obedeciendo á las órdenes del príncipe D. Carlos, le hizo proclamar Rey de Castilla sin previa declaración de la incapacidad para regir el reino de su madre D.^a Juana.

El príncipe D. Carlos no auguraba, con la conducta que siguió en los primeros años de su reinado, las calidades de carácter resuelto y superior inteligencia que andando el tiempo habían de ilustrar su nombre, puesto que se dejaba dominar por sus consejeros, y principalmente por su antiguo

(1) La muy conocida anécdota en que se refiere que Cisneros, dirigiéndose á los grandes de Castilla, les manifestó que el mejor fundamento de su poder eran las piezas de artillería y las picas de los infantes que desde el balcón de su palacio se veían; esta anécdota podrá no ser verdadera, pero es verosímil; y se puede aplicar á ella el refrán italiano que dice traducido al idioma de Castilla: «*Si no es verdad, está bien inventado*».

ayo Guillermo de Croy, señor de Chievres, á quien los castellanos llamaban Xevrés, como se prueba por aquellos dichos populares, sátira y escarnio de su inmoral codicia, que hasta nosotros han llegado con más ó menos exactitud: «*Salveos Dios, ducado de á dos, pues Mr. de Xevrés no topó con vos*»; ó de otro modo: «*Doblón de á dos, norabuena estés, pues con vos no topó Xevrés*».

Las peticiones de dinero que D. Carlos hacía á los castellanos fueron tan grandes y tan repetidas, que Cisneros y el Consejo le dijeron en una representación encaminada á poner coto á estos despilfarros: «En los meses que V. A. se sienta en el trono lleva gastado más que los Reyes Católicos, sus abuelos, durante los cuarenta años de su reinado.» Claro es que tales frases no podían sonar bien en la corte del nuevo Rey de Castilla, y quizá, y sin quizá, al mismo Rey habían de parecerle poco respetuosas; y así se explica la causa que produjo aquella carta, modelo de fría ingratitud, que D. Carlos dirigió á Cisneros poco tiempo después de su llegada á España. En esta famosa carta se daban gracias al Regente por todos sus servicios, se le señalaba el pueblo de Mojados como sitio donde se le recibiría y se oirían sus consejos, después de lo cual se le decía que podría retirarse á su diócesis á esperar de Dios la recompensa que verdaderamente merecía. En Roa se hallaba el cardenal Cisneros cuando llegó á sus manos la despedida epistolar del Rey, tan cortés en la forma como indigna en la realidad de sus conceptos, y hay algunos historiadores que suponen que aquella evidente prueba de la regia desestimación fué la causa de su muerte, acaecida el 8 de Noviembre de 1517; pero otros historiadores más avisados han comprendido que la varonil entereza del conquistador de Orán no consiente tal suposición, y que la circunstancia de que el fallecimiento del Cardenal se verificase pocos días después de haber recibido la carta del inexperto D. Carlos no es razón suficiente para que exista entre ambos hechos una relación de causalidad, porque es viciosa la conclusión lógica de que todo hecho sea causa de los hechos que inmediatamente le suceden. No siempre se debe decir: *después de... luego, á causa de...*

También se ha escrito que Cisneros murió envenenado por orden de alguno ó algunos de los magnates flamencos que rodeaban al joven Rey, para evitar que su autorizada palabra pudiese ejercer influencia en la regia voluntad, y ésta se inclinase á cortar los abusos que á su sombra se estaban realizando. Cuando murió el ilustre cardenal D. Fray Francisco Ximénez de Cisneros contaba más de ochenta años de edad, y su salud hacía muchos meses que se hallaba quebrantada por el asiduo trabajo del gobierno de Castilla. Para explicar la muerte de un octogenario que está enfermo no es necesario poner en duda la fortaleza de su espíritu, ni manchar la memoria de sus enemigos con la sospecha de un asesinato.

V. La justicia en los juicios de la Historia — Grandeza moral de la política del cardenal Cisneros. — Juicio acerca de Cisneros, que se halla en la Historia del reinado de los Reyes Católicos, por William H. Prescott.

La Historia es el más justo de los tribunales humanos. La verdad rompe las nieblas de las preocupaciones sociales en plazo más ó menos corto, porque así en lo moral como en lo

físico, no hay nublado eterno, ni tempestad sin bonanza. Se ha dicho: la razón concluye siempre por tener razón; y la Historia es la palabra de la razón eterna rectificando sin cesar los extravíos que pueden cometer y que de hecho cometen los seres racionales en su existencia temporal. Así ante la Historia es baldón la apoteosis del César romano, gloria inmarcesible el suplicio de Sócrates, y símbolo de honor la afrentosa cruz en que espiró Jesucristo.

Y el fallo inapelable de la Historia ensalza á Cisneros sobre todo encarecimiento, considerándole grande por sus talentos, aun más grande por la energía inquebrantable de su espíritu, y aun mucho más grande por la virtud de la sinceridad que brilla en todos sus procedimientos gubernamentales, en época donde la vil mentira se consideraba como lícito ardid de los políticos hábiles.

Recientemente un crítico extranjero ha puesto en tela de juicio el verdadero estado mental de la infortunada doña Juana, indicando la vehemente sospecha que puede existir de que su locura fuese más bien la criminal invención de bastardas ambiciones que el funesto resultado de sus desventuras conyugales; y nosotros, para destruir la serie de razonamientos y datos en que funda sus conjeturas aquel sa-gaz crítico, sólo encontrábamos una razón valedera, el testimonio de Cisneros en el período que medió desde la muerte de D. Felipe el Hermoso, Septiembre de 1506, hasta que el Rey Católico se encargó del gobierno de Castilla, Agosto de 1507; puesto que el Arzobispo de Toledo, que ocupó entonces la presidencia de un Consejo de gobierno provisional, compuesto de los Duques del Infantado y de Nájera, del Almirante de Castilla y de dos magnates flamencos, era incapaz de prestarse á la infame superchería de suponer loca á la reina D.^a Juana si en realidad no lo fuera.

La misma convicción que nosotros tenemos acerca de la veracidad de Cisneros tenía también el ilustre Fr. Benito Jerónimo Feijóo, que en su notable discurso *La política más fina*, esto es, la política que emplea como su habitual procedimiento la verdad en las palabras y la justicia en sus propósitos, ponía al Regente de Castilla en 1516 como ejemplo de esa noble y levantada política, que, con mayor fundamento que la música de Wagner, puede aspirar á florecer en lo porvenir, porque hoy por hoy, en este último tercio del siglo XIX, los políticos al uso aun consideran como cándida utopía el generoso pensamiento del autor del *Teatro Crítico*. Y sin embargo, lo cierto es que la fuerza moral que hace tan fecunda la acción del cardenal Ximénez de Cisneros consiste en la unidad de su pensamiento y la rectitud de sus miras. Cisneros como gobernante se inspira siempre en la idea del bien general, y para realizar esta idea cree necesario el empleo de la fuerza, y peca alguna vez por abuso de los medios coercitivos, que, después de todo, son la necesaria garantía del derecho; pero jamás recurre al dolo ni á la mentira, medios tan frecuentemente usados por los políticos de su tiempo.

Nos sería fácil amontonar citas de los elogios tributados al fundador de la Universidad de Alcalá por sus biógrafos y panegiristas; pero estos elogios, si estaban autorizados con los nombres del elocuente obispo de Nîmes, Monseñor Flechier; del P. Fr. Pedro de Quintanilla, que estuvo encargado de conseguir la canonización de Cisneros; del canónigo francés Mr. Marsolier, ó de otros escritores católicos, ya eclesiásticos ó seculares, podrían ser tachados de parcialidad en sus

juicios sobre un fraile revestido con las altas dignidades de Cardenal de la Iglesia, Inquisidor general y Primado de las Españas. No podrá suscitarse tal objeción si citamos aquí las palabras de nuestro amigo el ex ministro D. Carlos Navarro y Rodrigo, esto es, de un hijo del siglo XIX, afiliado siempre en los partidos liberales, y por lo tanto, irreconciliable enemigo de la Inquisición y del absolutismo teocrático. Y sin embargo, el Sr. Navarro y Rodrigo ha escrito: «El nombre de Cisneros pasa de un siglo á otro como la más pura, como la más bella, como la más santa de nuestras glorias.» La alabanza no puede ser ni mayor ni más completa (1).

Si se dijera que el patriotismo ha podido perturbar el criterio de los historiadores nacionales, salgamos de España y hallaremos en la república democrática de los Estados Unidos al ilustre William H. Prescott, que en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel* se ocupa con gran detenimiento del cardenal Cisneros, censurando razonadamente algunas de sus determinaciones gubernamentales, no aceptando el espíritu autoritario que informa su política, pero siempre poniendo de relieve la grandeza de su entendimiento y la pureza de sus virtudes.

Nosotros no hallamos mejor remate para este bosquejo biográfico que copiar aquí algunos de los párrafos de los que consagra Prescott á examinar sintéticamente la vida y costumbres de Cisneros, cuando después de relatar los pormenores de su fallecimiento dice:

«Tal fué el fin de este hombre extraordinario y el más notable de su tiempo bajo muchos aspectos. Su carácter fué de aquel temple vigoroso y altivo que se eleva sobre las flaquezas y debilidades ordinarias de la humanidad; su genio, que era del orden más elevado, cual el de Dante ó el de Miguel Ángel en las regiones de la fantasía, nos llena de ideas de su poder, que excita una admiración aproximada al terror. Sus empresas fueron, según hemos visto, las más atrevidas, y la ejecución de ellas no menos resuelta. Desdeñábase de ganar la fortuna por aquellos medios suaves y flexibles que frecuentemente son los más fáciles; iba á sus fines por el camino más derecho; en esto hallaba frecuentemente multitud de dificultades, pero parecía que las dificultades tenían cierto atractivo para él, por la ocasión que le presentaban de desplegar toda la energía de su alma. A estas cualidades juntaba una variedad de talentos que sólo suelen encontrarse en caracteres más blandos y flexibles. Aunque educado para el claustro, se distinguió tanto en el gabinete como en las campañas. Tenía, en efecto, para las últimas, sin embargo

(1) El escritor británico Robertson, en su *Historia del reinado del emperador Carlos V*, traducida al castellano por D. Félix Ramón Alvarado, también elogia mucho al Cardenal Cisneros. Las obras del Obispo Flechier, del Canónigo Marsolier, del P. Quintanilla y del Dr. Pulgar, citadas en varios lugares de este escrito, pueden considerarse más como apologías que como historias de la vida de Cisneros. A esta misma clase pertenece el *Compendio de la vida y hazañas del Cardenal Cisneros*, por el maestro Eugenio de Robles, capellán de muzárabes en la santa iglesia de Toledo, y aun también la obra biográfica del Dr. Hefele, catedrático en la Universidad de Tubinga. El antiguo biógrafo Alvar Núñez de Castro y los modernos D. Basilio Sebastián Castellanos, D. Carlos Navarro y Rodrigo, D. José Quevedo y D. Hemenio Suaña, son los más imparciales; y sin embargo, no consiguen salvarse del poderoso influjo que ejercen en el ánimo de todos los historiadores las virtudes del prelado, los talentos del gobernante y la energía del político; virtudes, talentos y energía que forman los rasgos característicos de la ya casi legendaria figura del regente de Castilla D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros.

de ser tan contrarias á su profesión ordinaria, verdadero genio natural, y manifestó el gusto que tenía en ellas declarando, según testimonio de un biógrafo, «*que el olor de la pólvora le agradaba mucho más que los suaves perfumes de la Arabia.*»

Al llegar aquí el historiador norte-americano, que es demócrata y librepensador, censura á Cisneros por su política marcadamente absolutista y por su intolerancia religiosa; y al terminar estas censuras se apresura á decir:

«Pero al mismo tiempo que debemos condenar la política del hombre de Estado, no podemos menos de respetar sus principios. Por más errada que fuese su conducta, según nuestro modo de ver, se fundaba siempre en un deseo poderoso de cumplir con sus deberes. Esto, y el hallarse convencidos de ello los demás, *era lo que constituía el secreto de su gran poder, esto es lo que le hacía no temer las dificultades ni los peligros personales.*.... Sus miras eran muy superiores á las consideraciones del interés particular: como político, identificaba su propia persona con el Estado; como eclesiástico, con los intereses de su religión: castigaba con severidad toda ofensa hecha á estos objetos; pero olvidaba fácilmente cualquiera injuria personal, y se le presentaron muchos casos en que acreditarlo. Por sus medidas de gobierno se publicaron numerosos libelos contra él; los despreció como vanos desahogos del disgusto ó mal humor, y nunca persiguió á sus autores.

»Su generosidad se manifestó bien en el modo con que gastó sus grandes rentas: dábales á los pobres y para grandes objetos de utilidad pública: no levantó la fortuna de su familia; tenía hermanos y sobrinos, pero se contentó con proporcionarles un decente mantenimiento, sin emplear en su favor las grandes rentas y cargos que se le habían confiado para el servicio público; y la mayor parte de los bienes que dejó al tiempo de su muerte, quedaron para la Universidad de Alcalá.

»Fué irreprochable en su conducta moral.... Era sobrio, parco, casto. En este último particular era tan escrupuloso, que procuró no pudiese recaer sobre él ni la menor sospecha.... En cierta ocasión, yendo de viaje, le invitaron á que pasara la noche en casa de la Duquesa de Maqueda, diciéndole que esta señora se hallaba ausente; pero la Duquesa estaba en casa y entró en su aposento antes que el Cardenal se retirara: «*Me habéis engañado, señora*—dijo Cisneros levantándose incomodado;—*si tenéis algo que tratar conmigo, mañana me hallaréis en el confesionario*»; y dicho esto se marchó bruscamente del palacio.

»Llevó á tal punto su austeridad y penitencia, que puso en peligro su salud.... Rara vez dormía más de cuatro horas, ó á lo sumo cuatro y media; los ratos que empleaba en afeitarse, así como en la mesa, se hacía leer trozos edificantes, ó bien variaba y oía las discusiones de algunos de sus hermanos teólogos, que generalmente versaban sobre una cuestión sutil de teología escolástica. Este era su único recreo.»

«Ya he indicado la semejanza que Cisneros tenía con el gran Ministro francés, Cardenal de Richelieu. En último análisis ésta más bien consistió en las circunstancias de la posición que ambos tuvieron, que en sus

caracteres, si bien sus rasgos principales no fueron absolutamente diferentes.... Uno y otro alcanzaron sus grandes fines por la rara combinación de eminentes dotes mentales y de grande actividad en la ejecución, cosas que reunidas son siempre irresistibles.... El fondo moral de sus respectivos caracteres era totalmente diverso. El del Cardenal francés le constituía el egoísmo puro y sin mezcla: su religión, su política, sus principios, todo estaba subordinado á aquella cualidad fundamental: podía olvidar las ofensas hechas al Estado, pero no las que se le hacían á él, las cuales perseguía con rencor implacable; su autoridad estaba materialmente fundada en sangre; sus inmensos medios y favor se emplearon en el engrandecimiento de su familia; aunque violento é impetuoso, era capaz de disimular y fingir; y bien que arrogante hasta el extremo, buscaba el suave incienso de la lisonja.... Richelieu murió como había vivido, tan execrado por todos, que el pueblo enfurecido casi no dejó que sus restos se enterrasen pacíficamente. Cisneros, por el contrario, fué sepultado en medio de las lágrimas y lamentos del pueblo, honrando su memoria aun sus enemigos, y siendo reverenciado su nombre por sus compatriotas hasta el día de hoy como el de un santo.»

Así termina su juicio acerca del cardenal Cisneros el autor de la *Historia del reinado de los Reyes Católicos*. El traductor castellano de esta historia, D. Pedro Sabau, añade una nota que dice: *No tanto*, aludiendo á la última palabra que dejamos copiada. Tiene razón el Sr. Sabau: la canonización de Fr. Francisco Ximénez de Cisneros, pedida por Felipe IV á los Papas Inocencio X y Alejandro VII, hasta ahora no ha sido concedida; pero sin duda el demócrata y librepensador William H. Prescott puso en los españoles el reflejo de la admiración que en su ánimo causaban las excelsas virtudes del Inquisidor castellano. Lo hemos dicho anteriormente, y ahora lo repetiremos: la Historia es el más justo de los tribunales humanos.

LUIS VIDART.

Madrid, 12 de Junio de 1886.





EL HEREDERO DE LOS BLASONES.

ATENE CIENTIFICO Y ARTISTICO DE MADRID
BIBLIOTECA



EL LEGAJO DE CARTAS.

Madrid, 16 de Noviembre de 1836.

Querido Luis:



oy miliciano: mis compañeros de clase me acaban de reclutar: es una lástima que no se haya podido completar la compañía con estudiantes, porque descomponen mucho la formación los paisanos barrigudos que se alistaban con preferencia: sí, se ha observado que los liberales más robustos son los más dados á vestir el uniforme. Me han prometido hacerme cabo, y tengo ansia de ponerme los galones, porque es una humillación haber cumplido veinte años y no ser nada. Te aseguro que no seré un cabo vulgar; he empezado á estudiar á los caudillos más famosos, desde Sesostris hasta Cardero; y un cabo ilustrado puede aspirar á todo, cuando un sargento sin ilustración ha nombrado los ministros que hoy gobiernan. Aludo al sargento García, el que nos dió la Constitución del año 12 y trajo prisionera á la Monarquía desde la Granja á Madrid, con el mayor respeto, en coches lujosos y rodeada de fusiles.

Comprenderás que mis nuevos estudios me obligan á descuidar la ciencia del Derecho. No hay ciencia superior á la de la guerra: he conocido á Espartero, el nuevo general del ejército del Norte; los patriotas esperan mucho de él.

¿Quién sabe si ha de ser el salvador de España?

Tengo ganas de batirme, aunque sea con mis catedráticos: no puedes figurarte la cara que ponen algunos cuando entramos en clase vestidos de uniforme: el capitán de mi compañía, con objeto de hacerles rabiar, ha conseguido permiso para que hagamos el ejercicio en el Seminario de Nobles, donde se ha instalado la Universidad; no han podido negarse en el templo de la ciencia á que tengamos dos horas diarias de instrucción. Acaso nos la guarden para los exámenes, pero hemos prometido examinarnos con fusil y bayoneta.

Si no fuera por estas distracciones, nos aburriríamos mucho; desde el motín de la Granja no hemos vuelto á tener otro, si se exceptúa el asesinato del general Quesada, á quien algunos milicianos trajeron á rastras desde Hortaleza. Yo ví su cuerpo desfigurado y hecho una lástima, colocado en una mesa del café Nuevo, que le servía de burlesco catafalco. Me pareció una barbaridad; odio las crueldades, aunque me gusta oír las bandas de tambores que recorren las calles tocando á generala. Por eso no he querido asociarme con los *vengadores de Alibeau* (1), aunque ya sabes mis ideas. La forma de gobierno es el vestido de la nación, y la nación puede mudar de ropa siempre que se use la que lleva, ó

(1) Sociedad secreta francesa que se introdujo entonces en España. Alibeau era un regicida que atentó contra la vida de Luis Felipe.

cuando se le antoje. No obstante, hay compañeros que me llaman reaccionario, porque concedo que los reyes son personas, y porque niego el título de héroe que se ha dado en la tribuna al general que fusiló á la madre de Cabrera.

Me parece bien que Mendizábal funda las campanas y venda las alhajas de los templos, y derribe conventos para hacer plazas, y se saque el país á pública almoneda, siempre que haga cañones con el bronce y compre municiones con el dinero; la guerra por la libertad es el estado natural de un pueblo vigoroso. Me parece bien que los hombres se destrocen á cañonazos en el campo de batalla, pero no que se asesinen.

Sabe que he tenido que cortar parte de mi magnífica melena por estética militar; la melena larga y el morrión no se avienen. Es un sacrificio que la patria debe agradecerme.

Me aburro, querido Luis, me aburro mucho: sabes que todas las mujeres me son indiferentes, y puedo decir con Figaro, en su magnífico artículo *El Día de difuntos*, que leo todos los días desde que lo publicó: sí, puedo decir señalando la losa de mi corazón: ¡Espantoso letrado! ¡Aquí yace la esperanza!

La última vez que la ví, dos meses hace, estaba hermosa como siempre, pálida y fría como el marmol; sus ojos y cabello negros destacaban sobre las abiertas alas de su sombrero de paja calado y todo cubierto de flores; su cuello esbelto y el nacimiento de su seno tenían un marco de gasa en forma de hojas, que eran el cuello del vestido blanco con dibujos también claros; dos lindas charreteras caían sobre las mangas huecas y anchas, que se estrechaban cerca de la muñeca para encajar sobre los guantes, y su cinturón abrochado con un lazo oprimía el talle más bonito que se pasea por el Prado.

No quiero recordarla. ¿Quién diría que aquel cuerpo de hada tiene un corazón de judío avaricioso? Elvira es una muerta para mí. Pero ¿no soy también otro cadáver?

He tenido que desengañar á Petra; la pobre llora y jura que me quiere; pero yo no puedo amar: por otra parte, nada dice á mi espíritu una muchacha vulgar, que hace media y me borda un par de tirantes todas las semanas. ¡Ay! Elvira me cantaba la *Atala* y recitaba de memoria trozos de *Don Alvaro*. No tiene idea, seguramente, de que existen en el mundo los tirantes.

¿Y á qué recordar? ¿No bebemos casi todas las noches para olvidar y embrutecernos, cuatro ó cinco amigos, todos jóvenes y todos desengañados como yo? La orgía es el único refugio de la existencia. Cinco jóvenes, víctimas todos de la falsedad de las mujeres, que no estiman ni comprenden el amor espiritual. ¿Qué importa que los excesos acorten la vida? ¿Vale acaso la pena de conservarla?

¡Ah, si yo supiera hacer versos como un amigo nuestro,

llamado Pepe Zorrilla, que me recitó la otra noche una serenata magnífica, todavía inédita, digna de ser leída en el Liceo! ¿Sabes lo que haría? Un drama titulado *Los Amantes de Teruel*. Si; pronto se estrenará, y silbará, según las personas entendidas, uno de ese título, escrito por un oficial de ebanista; un tal Hartzenbusch. Lástima de pensamiento, que habrá degollado ese infeliz poeta, creyendo que expresar el amor sublime es lo mismo que barnizar una chapa de caoba.

Y vuelta con el amor. No hay más amor que el amor que se vende en el mercado del placer, ni más distracción que vejar todas las noches á los pacíficos vecinos turbando su sueño y mortificándolos para que sufra la humanidad egoísta, ni más goce que la orgía, la guerra, la revolución eterna y la destrucción de todos los poderes de la tierra y el cielo. Sólo hay tres amores verdaderos: el de la libertad, el de la patria y el de la república.

¡La patria! Créese que esté otra vez en peligro, y los buenos ciudadanos empiezan á desconfiar de Calatrava y Mendizábal y de la Constitución que van á hacer las Cortes. Si hay traición, si están vendidos á D. Carlos, mi compañía será la primera en pronunciarse. Ya lo hemos decidido.

Adios: tu desgraciado amigo

LEOPOLDO.



Madrid, 15 de Mayo de 1848.

Querido Luis:

Por los periódicos habrás sabido la jarana del 26 de Marzo y el pronunciamiento del regimiento de España el 7 del corriente. La primera me sorprendió en la calle de Alcalá, volviendo del Prado con mi mujer y mis dos niños, el ama y la niñera. La calle estaba llena de gente cuando sonaron los tiros, y empezó una espantosa carrera que desbandó las familias y causó muchas desgracias: vi caer en el suelo una señorita y que la pisaba el cuerpo sin consideración un elegante que acaso la dirigió en el Prado su lente de concha. No puedo olvidar, ya que pasó el susto, su figura espantada. Había perdido el sombrero y llevaba descompuesta la melena lustrosa, caída el ala de un bigote y tiesa la otra por el cosmético hasta tocar con la patilla: aquel desorden era cómico en un caballero vestido con exquisita corrección: corbata alta y tirillas de mucho vuelo, frac azul abrochado, gabán abierto de talle muy bajo con gran faldón, y botas barnizadas. A decir verdad, no debíamos tener nosotros mejor facha cuando pudimos refugiarnos todos en un portal inmediato. Teresa, mi mujer, que llevaba su traje más bonito, de color de ceniza, sin frunces, con una hilera de picos por delante, con botones y borlas, y sombrero de terciopelo gris con plumas, de hechura de tartana, tenía el traje desgarrado por los pisotones, y el sombrero sin forma. Pasamos la noche en la habitación de un pobre zapatero, sin más luz que un candil, que yo apagaba para economizar el aceite, teniendo que encenderle cuando creíamos oír tiros ó paso de tropas: ¡qué útil me fué aquella noche una caja de fósforos de trueno que me habían regalado! Esta invención es digna de la maravilla del gas, digna de las que se atribuyen al ferrocarril que algún día disfrutaremos, si hay orden y paz

alguna vez: si los fósforos se generalizan, la noche no tendrá tinieblas: pero tienen el gran inconveniente de ser veneno puesto al alcance de todos: yo encierro los fósforos bajo llave.

Pero ¿puede haber paz entre nosotros? Bien es verdad que esta vez el chispazo ha sido general en Europa desde la caída de Luis Felipe y la proclamación de la República en Francia. Espanta, á todos los que tenemos algo, lo que sería de España á estas horas sin la energía de Narvaez y la bravura de Lersundi, si se hubieran apoderado de Madrid el 26 de Marzo los 500 hombres armados de trabucos que se lanzaron á la calle, ó se hubiera hecho dueño del país el tambor mayor del regimiento de España y nos golpease con su porra. Y no soy sospechoso: hago justicia á mis adversarios: sabes que soy esparterista, mas ahora se trataba de derribar el trono. La República es una ilusión de los primeros años, ó una preocupación de los que no aprenden con el tiempo, sin negarte que acaso pueda realizarse en otro siglo, cuando el progreso se consolide. Nosotros estamos muy atrasados, porque hemos pasado en guerra continua todo lo que va de siglo, empleado por las demás naciones en adelantar. Hace falta un hombre que funda los cañones como Mendizábal fundía las campanas.

Me preguntas cómo lo paso..... Mi mujer es buena; nos queremos, y los chicos son muy lindos; podríamos tener carruaje; asistimos á la ópera y á los bailes del Circo siempre que hay buena función; hemos visto casi todos los estrenos del Príncipe, y dos ó tres veces los dramas que han alborotado al público este año: el *Don Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz, y *La trenza de sus cabellos*, de Rubí, ambos desempeñados admirablemente por Matilde Díez y Romea; y aun solemos ir al Instituto para oír á Calañazor, y á la Cruz, donde representa la compañía de Dardalla comedias andaluzas. Pasamos el verano en el Escorial, huyendo del calor y con arreglo á la moda. Me sobra dinero: soy rico, pudiendo apreciar lo que esto vale, porque antes no lo era. Y sin embargo, me aburro y hallo mi vida monótona y pesada. La familia sujeta y quita libertad; los niños molestan y preocupan con sus enfermedades y peligros; me gustan otras mujeres que no son mías, y tengo que aparentar, sin tenerla, una gravedad de padre de familia.

Quisiera viajar y estoy atado; ver la China y la América, toda la Europa y Tierra Santa. Salir de noche disfrazado con mi marsellés, mi chaleco de botones de filigrana, pantalón ancho, faja de seda, zapato de lazo y sombrero calañés, para enamorar á las manolas del Rastro, que ahora las hay soberbias. Si, me aburro de vestir con arreglo al patrón de Utrilla, obligatorio para todos, y de dar vueltas en el Prado. En donde hace falta la revolución es en las costumbres. Cuando todos nos paseamos gravemente, vestidos según el figurín de París, me dan ganas de interrumpir aquella seriedad y hacer piruetas imitando les solos de la Guy.

Hoy me he encontrado una cana, mejor dicho, la ha descubierto Pepa, la niñera de mi hijo: estaba yo acariciando á Leopoldín, que ella tenía en brazos, cuando me dijo:

—¡Ay, señorito, le ha salido á V. una cana!

—Arrancamela tú—dije, reparando entonces que es una morenilla muy graciosa.

—No entiendo de peluquería—replicó con gracia—y le puedo hacer daño.

Por fin separó la cana, yo di el tirón, y entre los dos echamos una cana al aire.

La verdad es que aquella chiquilla vale mucho. Hoy he salido con ella al Retiro para pasear al chico: debe haberse recibido algún parte telegráfico importante, porque estuvimos viendo subir y bajar la bola en los aparatos de la torre, aunque cesó pronto el movimiento; sin duda leeremos mañana en la *Gaceta* un despacho telegráfico por este estilo:

«París está consternado por la muerte de.....» (interrumpido por las nieblas).

¡Si vieras cuánto echo de menos los tiempos de nuestra juventud! ¡cómo nos divertíamos en alegres francachelas! ¡Elvira! ¡Petra! eran más espirituales que las muchachas de hoy; aun conservo tirantes de los que ésta me bordaba.

Adiós, que voy á los toros con el niño: Pepa se ha empeñado en que la llevase en calesín.

Tu verdadero amigo

LEOPOLDO.



Madrid, 20 de Mayo de 1860.

Querido Luis:

Vengo de saludar á mi ilustre jefe D. Leopoldo O'Donnell, el vencedor de los marroquíes, el creador de la unión liberal, es decir, del partido conservador práctico y sensato. Pasaron las fiestas de la entrada triunfal del ejército en Madrid, y aun cantan los muchachos por la calle el himno de la guerra de Africa, y resuena el nombre de Prim como el de los héroes fabulosos: los soldados están contentos y no hay uno que se haya quedado sin corona: parece un ejército de reyes. Sin la insurrección de San Carlos de la Rápita, la prisión de D. Carlos y su hijo en la famosa tartana, y el fusilamiento del general Ortega, suceso misterioso en que parece se hallaban complicados altos personajes, todo hubiera sido júbilo, aclamaciones y alegría. La gloria atrae, y la unión liberal aumenta sus partidarios entre la juventud inteligente: díganlo Núñez de Arce y Alarcón, notables periodistas, que se han hecho de los nuestros.

La verdad es que el gobierno del general O'Donnell ha vencido con gloria y facilidad á sus enemigos, y el país florece y adelanta bajo su administración: Madrid se embellece por instantes: hay crédito y dinero, y los hombres de negocios estamos satisfechos. Porque ya habrá llegado á tu noticia que he hallado al fin la clave de mi verdadera inclinación: yo había nacido para las especulaciones industriales y bursátiles. Soy consejero de algunos ferrocarriles, accionista de las sociedades más acreditadas, y encarno perfectamente en el mercantilismo de mi época.

Sólo la fiebre de los negocios podría consolarme de mi viudez y soledad. Desde que perdí á mi mujer y poco después á mis dos hijos, mi vida es muy triste. Se acabó para mí la tranquila existencia de familia: los besos infantiles de mis hijos; sus gracias y travesuras, que nunca fatigaban. Ahora vivo solo con mis criados; y las que vienen á acompañarme, entran en mi casa como la tempestad, desordenándolo todo y pidiéndome lo que más estimo: tendrán más gracia, más infernal atractivo, pero el alma no se satisface

con la excitación material de los sentidos. Nunca me he fastidiado tanto.

¿Querrás creer que la desvergonzada Inés ha tenido el atrevimiento de decirme que se casará conmigo cuando se cansé de correrla?

—¿Me crees tan imbécil?—respondí al instante.

—¡Psh!—contestó riéndose.—Ni más ni menos que los demás hombres: sé que te gusto mucho, y me costaría poco obligarte á hacer toda clase de locuras.

He reflexionado mucho sobre la verdad que está pudiera encerrar, y he roto con Inés, buscando otra y luego otras de tipo semejante, hasta que su tipo se desgaste y me aburra.

¡Chico! mi cara empieza á arruinarse, y el peluquero me incita continuamente á teñirme el pelo: yo me resisto; si no se conociera! Pero el pelo teñido sólo engaña al mismo que se lo tiñe.

Con los ferrocarriles y el telégrafo, las costumbres varían rápidamente: ya no se veranea en el Escorial y la Granja, sino en los puertos de mar de las provincias: Madrid pierde el color local: los provincianos abandonan sus trajes pintorescos, y apenas se encuentra en esta corte una calesa.

Me han dicho que Elvira, la espiritual Elvira, tiene casa de huéspedes. No he querido visitarla, porque mi presencia la humillaría. ¿Sabes quién me dió la noticia? Petra, que hoy es una jamona muy guapa, generala y condesa, y que ya no me hace caso cuando la hablo de amores.

—Es V. otro—me contesta;—ha perdido V. la esbeltez que tan bien le sentaba hace veinticinco años, cuando llevaba aquella levita ajustada, sujeta en el pecho por cordones, con grandes solapas, corbata y cuello muy altos.....

—Mucho recuerda V. mi traje.

—Como que voy creyendo que estuve enamorada de la ropa.

—Voy á dar cuenta de ese triunfo á Utrilla, que tiene por competidor un sastre literato.

Sí, querido Luis: Caracuel sólo habla del Duque de Rivas, Hartzbusch, Bretón, García Gutiérrez, Vega, Tamayo, Ayala, Serra, Cazorro, Eguilaz, Larra, Florentino Sanz, y niega que haya decadencia en el teatro, con tales autores, sin contar los muchos jóvenes que cada día demuestran su talento; pero los críticos se quejan en sus revistas. En lo que tienen razón es en escandalizarse de los sueldos enormes que exigen los actores, pues este año tronó la empresa del Príncipe por los mil quinientos reales que tenía señalados Matilde Díez por función. A mi juicio, lo que pierde al teatro de verso es la afición á la música: este año, además del Real, la hemos tenido en el teatro de Jovellanos y en Lope de Vega. El público se divierte en la zarzuela, y los autores de nota desdeñan ese género como poco literario, exceptuando Ventura de la Vega, que es hombre de mucho mundo y se inclina ante el gusto general, sin rebajarse nunca. Por cierto que la zarzuela empieza á transformarse y reducirse á un acto, en forma de pasillos, en que nadie aventaja al gracioso escritor Narciso Serra.

Muchas más cosas te diría, si no tuviera que vestirme para asistir á una sesión de magnetismo. Desde que el prodigioso Herman magnetizó al rey D. Francisco, se ha hecho de moda recibir el flúido, y la clase elevada se disputa á todo el que tiene la propiedad de transmitirle. Hay incrédulos, pero todos van cayendo dormidos por el magnetizador á fuerza



«REGINA.»—(Cuadro de Benjamin Vautier.)



de pases y miradas. La humanidad ha conquistado un mundo nuevo y misterioso, al que dan más importancia algunos pensadores que al descubrimiento de Colón. Sin embargo, creo que tiene sus inconvenientes. ¿Será posible magnetizar á un pueblo y hacerle esclavo de un prestidigitador político? Pero podría ser un bien, si le magnetizase un hombre tan ilustre como O'Donnell, en un reinado tan feliz como el de nuestra querida soberana.

El magnetismo y el crédito. Aunque se burle de ellos Selgas, son la base de nuestra civilización: aquél concluirá con las preocupaciones del espíritu, revelándonos las verdades sobrenaturales: el segundo, llenando el mundo de empresas industriales, hará imposibles las guerras y pacificará á los hombres para siempre. Sólo se hará la guerra á los pueblos atrasados que interrumpen el concierto universal.

¿Te acuerdas de Pepa la niñera? Tiene un puesto de agua en el Prado y un frasco de aguardiente superior reservado exclusivamente para tu antiguo y verdadero amigo

LEOPOLDO.



Madrid, 15 de Noviembre de 1873.

Querido Luis:

¡Qué vejez tan triste y agitada nos preparan!; porque, no podemos ocultarlo, nos vamos haciendo viejos; están al caer los sesenta, y empiezan á conocerlo las mujeres, aunque te aseguro que no hay una cana en mi cabeza. Afortunadamente, las libertades de la novela y de los bufos han influido en las ideas, desterrando antiguos escrúpulos: la revolución, trastornándolo todo, ha empobrecido muchas familias acostumbradas al lujo; y hasta la construcción de las casas, impropias para la vida cómoda, ha lanzado la mujer á la calle: de todo lo cual resulta gran libertad de costumbres, y mezcla de gentes que antes vivían separadas, y hace tolerable la existencia á los hombres maduros que pueden soportar esta vida cara y ruinosa para algunos. Si; la mujer encarece con exceso y se hace cada vez más interesada. Yo recuerdo que hace diez años, cuando estuve loco por Inés, hasta el punto de quererme casar con ella, olvidándolo y perdonándolo todo, ella misma me dijo noblemente:

—No puede ser, porque te quiero y te desacreditarias casándote conmigo.

Y ella misma me salvó. Los jóvenes sostienen el desinterés de las mujeres del día; no han alcanzado nuestros tiempos: ¿no es verdad que eran antes más generosas y tenían más gracia?

Murieron la pobre Petra y su marido, y Pepa la aguadora, é infinidad de amigos: yo no sé cómo, desapareciendo tanta gente, no se despuebla el mundo. Yo me encuentro fuerte; doy grandes paseos por la Castellana, que nunca ha estado tan poco concurrida; y no hago caso del médico, que me recomienda huir de la mujer. ¡Imposible! Me siento joven interiormente, y aun creo que nunca he sido tan joven como ahora. Pertenece indudablemente á una generación más vigorosa que la nueva.

España no tiene arreglo si no triunfan de una vez los carlistas, que llevan la mejor parte desde que se desorganizó

el ejército y los soldados se burlaron de sus jefes. Y es que en España los hombres públicos descuidan el estudio de las ciencias sociales y políticas, que son las ciencias superiores á las cuales me entrego con locura. ¿Por qué no habré pasado mi vida estudiándolas? Ellas me indican que el derecho es la base de todas las sociedades, y estamos padeciendo la desorganización natural de un estado que niega todos los derechos.

Por eso el país se disuelve en cantones; las turbas se imponen á la Asamblea y hacen que se proclame la república; desaparece un día el presidente del Estado y huye á Francia; los que tienen fusiles tiranizan á las gentes pacíficas.... y entretanto los ferrocarriles cortados, el telégrafo interrumpido, la escuadra disminuída y los arsenales sublevados, todo da motivo para creer que el país se ha vuelto loco.

Y eso que en Madrid no podemos quejarnos; la gente no ha cesado en el verano de asistir de noche á los jardines del Retiro, desahogó que nos hemos procurado para pasar bien el verano: los voluntarios de la libertad son gente pacífica, como ninguna de las milicias anteriores, por estar formados con dependientes de la villa; y si no tenemos Real, ni se inaugura el teatro de Apolo, recién construído en la calle de Alcalá, aquí hay orden relativo, y sólo hacen locuras las autoridades. Empiezan á convertirse en alfonsinos muchos revolucionarios; pero desde que murió Prim asesinado, y Serrano perdió su popularidad, no hay general alguno que pueda encauzar esto; y en España no se hace nada, como no lo haga un general.

Creo que soy carlista; en último caso, las Cortes que excluyeron á D. Carlos y sus descendientes en 1835 eran un tribunal compuesto de enemigos, y protestó del hecho media España sublevada á favor de los proscritos, condenados sin defensa.

En poco tiempo han muerto el gran pintor Rosales, Ríos Rosas, y hace pocos días las actrices del Español cubrían de flores el carro mortuorio que conducía á Bretón de los Herreros. ¡Cuánta ruina!

Terminaré mi carta con un episodio que seguramente no te esperas.

Me acabo de mudar de casa: cuando fui por primera vez á verla, la portera, una vieja que parecía setentona, más arrugada que una nuez, y con los ojos llorosos y el cuerpo de la hechura de un talego, me dijo santiguándose:

—¡Válgame Dios! ¡Si creo que es usted D. Leopoldo Salazar!

—Si lo soy; ¿me conoce usted acaso?

—¡Que si le conozco!.... Nos hemos conocido mucho hace bastante años....

—¿En dónde?

—En muchas partes; tenía entonces otra posición; no adivinará usted quién soy....

Querido Luis, no he vuelto aún de mi sorpresa.

¡Era Elvira! Si; aquella abuela tan martirizada por el tiempo, y que fué mi primer amor, es hoy la portera de mi casa.

Todos los días me detiene y me habla de mis tiempos: yo no la escucho, y me entretengo en jugar con su nietecilla Pilar, encantadora niña de tres ó cuatro años.

Compadece á tu pobre amigo

LEOPOLDO.

Madrid, 30 de Enero de 1886.

Querido Luis:

¡Oh qué tiempos aquellos, hace seis ó siete años nada más, en que salía á la calle diariamente! El mundo se ha enfriado, y sólo se puede vivir al lado de la estufa.

Agradéceme esta carta: tres meses hace que no salgo de casa, donde estoy clavado en mi sillón y atarazado por el reuma, sin más distracción que *El Siglo Futuro*, mis libros de teología moral y mi petaca, ni más compañía que la de Elvira, insoportable vieja que sólo me habla de la otra vida y de hacer testamento: como la quitaron la portería, la tuve que recoger en mi casa, y á la verdad no me arrepiento.

Chico, estoy decidido á casarme; la muchacha está conforme, y aunque hay alguna diferencia de edad entre nosotros, ella tiene quince años y yo setenta y uno, estoy dispuesto á que se verifique el matrimonio, digan las gentes lo que quieran: cada cual debe casarse á su gusto, no al de los demás.

No sé si alguna vez te he hablado de Pilarcita, la nieta de Elvira: ha sucedido lo natural: el trato nos hizo estimar mutuamente: ella me hace los cigarros y cuida del arreglo de mi cuarto; en fin, nos hemos gustado y somos novios.

Hasta ahora no hay más inconveniente que mi reuma; pero apenas pueda levantarme.....

.....
Cuando el anciano D. Luis acabó de leerme las cartas anteriores, se detuvo en los puntos suspensivos.

—Esa carta última no está concluida—dije.

—No—respondió D. Luis;—murió el pobre Leopoldo escribiéndola; es una carta interrumpida por la muerte; pero ¿no es verdad que esas cinco cartas que he entresacado entre el legajo de las tuyas son el extracto de su vida, vacilaciones, cambios de ideas y carácter, y demuestran la variedad de individuos que hay dentro de un mismo hombre, dentro de la unidad de su conciencia?

—Sí, señor; y explican la lógica de las mudanzas políticas que tanto criticamos en los hombres públicos, cuando los ideales se desgastan en el uso de la vida. Y la poesía con que vemos el pasado y la prosa de lo presente.

—¿Hizo testamento?

—Le tenía hecho dejando su fortuna á Pilarcita, que acaba de casarse con un teniente.

—¿Si no hace cuatro meses que murió D. Leopoldo!

—Eran amores antiguos. ¡Pobre amigo! he soñado esta noche que me escribía esta carta desde el cielo:

Querido Luis:

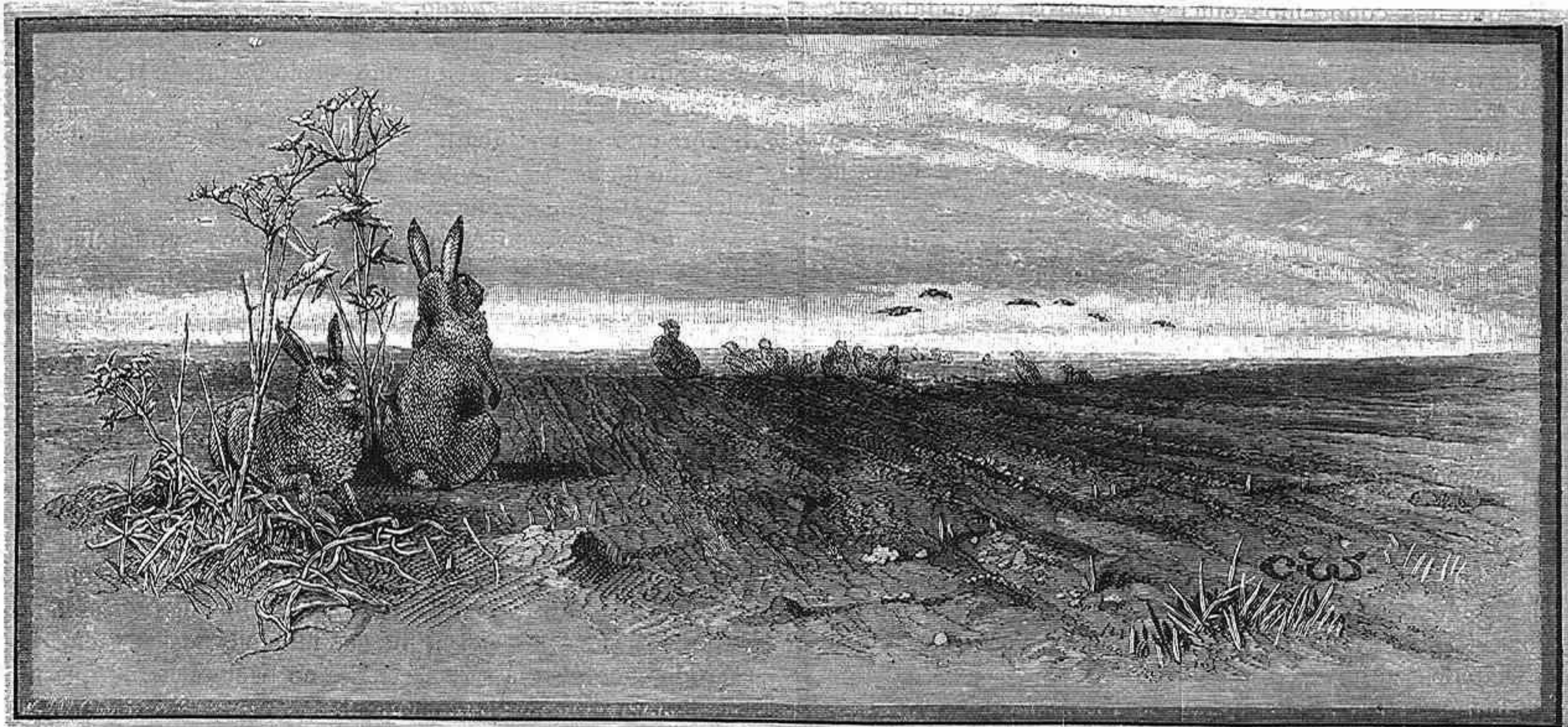
Estoy en la gloria, rodeado de bienes, y no puedo olvidar la tierra desde el cielo. No sabes lo que recuerdo á Pilarcita; ella sí que era un ángel, y no éstos que revolotean á mi lado. Jamás hallaré un lugar tan grato como mi gabinete de Madrid; compadéceme; paso la eternidad echando de menos aquel sillón tan cómodo, mi reuma y mi petaca.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



UN EGOÍSTA.





LA MONINA.



K el hombre es más débil que malo, dice Balmes, y dice bien.

No somos malos, somos débiles.

Esta debilidad nos lleva á cometer ó á tolerar iniquidades é injusticias.

Cuando no somos delincuentes, somos cómplices, por lo menos en dos pesetas.

El hombre es una obra perfecta, pero.....

Luisito era mi amigo íntimo.

Habíamos estudiado juntos en la Academia de ingenieros mecánicos.

Luis era un carácter, como dicen ahora.

Es decir: un muchacho incapaz de doblegarse á voluntad ajena.

Esto parece significar que Luis era un niño mal educado; pero no, era un chico excelente en su trato, y aun distinguido por sus maneras.

Sus ideas de independendencia no iban más allá de cierto límite. Cuando le decían:

—Tú te casarás con Rosita —que era su novia, replicaba con fiereza de Tenorio matriculado:

—Primero me caso con las de abajo.

Las de abajo, en el idioma del juego del monte, son dos cartas más próximas al banquero que las otras dos.

Pero como el hombre no puede predecir lo que ha de ocurrirle, ocurrió á Luis que, terminada su carrera, casó con Rosita.

La muchacha era un ángel.

Durante seis meses Luis fué un marido perfecto.

Cariñoso, complaciente, casi empalagoso.

No hablaba sino de *ella*, de su mujer.

—¿Qué dirás que ha hecho hoy? —preguntaba.

—¡Hombre! —le respondíamos los amigos —habrá hecho tantas cosas.....

—Pues un plato de dulce de cocina que no hay repostero en Europa que le sueñe.

—Es lo mismo que nos decía la patrona, ¿recuerdas? «Hoy van ustedes á comer una paella, que ha de dejarles memoria.»

—¡Hombre, hombre!

—Y efectivamente, recuerda que la comimos; yo lo recuerdo bien; en día de Santa Mónica, patrona de la nuestra; y también recuerdo que estuvimos los dos para salir de este mundo, pero en exprés.

—Es verdad.

—Una paella con cangrejos de Roquefort, es decir, con gusanos.

Luis no gustaba de estos recuerdos.

Su mujercita era su encanto, y lejos de ella no había felicidad.

Habrán observado ustedes que las muchachas recién casadas sienten cierta repulsión á los amigos y condiscípulos ó compañeros de sus maridos; así como celos de que las roben parte de atención y de cariño.

¡La mujer recién casada es tan dulce en los primeros tiempos!

Pues el hombre no se queda corto.

¡Qué ternezas en la luna de miel! ¡qué recelos cuando la esposa mira cualquier pariente ó amigo, cuando sonríe, siquiera saludando al portero ó al criado!

Es que nos conocemos ellas y nosotros, y dudamos de nuestra respectiva fidelidad.

Luis no salía de su casa sin que le acompañara Rosa.

Al teatro, al paseo..... siempre con su Rosita.

Como le decía algún amigo:

—Antes la llevabas en un ojal de la levita, y ahora la llevas del brazo.

—Cuando el hombre se decide á ser marido, á entrar en la sociedad, á crear familia, ha de cumplir lealmente con sus deberes.

—Sí, señor.

—Ha de ser buen esposo—continuaba Luis con entusiasmo creciente—y buen padre.

—Y buen hijo político: no olvides el cariño de tu suegra—le aconsejaba algún amigo.

—Y buen tío y excelente primo—observaba otro.

La casa donde habitaban Luis, su esposa y la suegra, era un Paraíso antes de que sirvieran los postres.

Es decir, antes de probar la manzana.

Por esta razón no se permitía la entrada á los que fuimos condiscípulos y amigos de Luis.

Éramos personas sospechosas, como decía doña Susana, la mamá política de Luis y afirmaba Rosa.

Pasaban los días jugando como chiquillos, los cónyuges, la mamá, hasta las criadas.

No se veía una cara seria.

Ni cuando doña Susana recordaba al señor de Enríquez Alcaide Mariscal y Palomino Negro, su difunto, conseguía entristecer á los moradores en aquel nido de amor y felicidad.

—¡Pobrecito!—repetía la viuda.—Si viviera, ¡cuán feliz sería á nuestro lado!

—Algo daría porque nos viera—apuntaba Luis.

—Y él también—añadía doña Susana, enternecida momentáneamente.

Excitaban la envidia de los matrimonios mal avenidos, y aun de la gente soltera, aquellos cónyuges, modelos de cariñosa ternura.

En paseo, en el teatro, en las reuniones.

Pensaron en recibir un día en cada semana, y resolvieron no consumir la suerte, para evitar tropiezos y complicaciones.

—Abrir la puerta para los amigos es entregarse atados de pies y de manos para que nos molesten y nos despedacen—opinó Luis.

La madre y la niña asintieron.

Se habían mudado al piso entresuelo de la misma casa dos hermanitas, «huérfanas de un *brigadiel* cada una», según ellas decían.

Eran dos buenas mozas, jóvenes, elegantes y hermosas.

Particularmente la menor de ellas era una preciosidad.

—Son dos señoritas muy principales—decía el portero;—el mobiliario que han traído vale un capital; en fin, tienen hasta loro.

Vivían con una señora mayor, algo andaluza como ellas, y viuda de otro *brigadiel*.

A contar por el número de viudas voluntarias de *brigadieres*, que andan por ahí, el ejército español ha de haber perdido en pocos años más de un millón de jefes con esa graduación.

Una de las jóvenes era rubia.

La otra lucía cabello negro.

La tía, castaño *entrepelao*.

Su trato era esmeradísimo.

Como que estaban relacionadas con lo mejor de Madrid en el género masculino.

Señoras no las visitaban.

—Como no *conosemos*, y *hase* poco que nos *hayamos* en Madrid, no tenemos amigas—decía la tía.

—Hemos pasado en América *argunos* años—apuntaba alguna de las niñas—y estamos aquí sin *relaciones*.

—Solamente—añadía la otra niña—las que tenemos *por mor* de papá.

—¿Papá vive?

—No *señó*; murió de *brigadiel*.

—¿Qué enfermedad será esa?—se preguntaba la persona que oía esta revelación.

Como Luis y su esposa y compañía ocupaban el entresuelo del lado, á los pocos días Rosa y las vecinas se saludaban.

Se veían en el balcón, y como las mujeres son tan comunicativas con las mujeres, no tardaron en armar conversación.

A doña Susana parecieron buenas muchachas las vecinas.

Cuando conoció á la tía, no vaciló en declararla marquesa de reemplazo ó generala de cuartel.

—Es una señora, no hay más que verla—decía.

A Luis no parecieron mal las vecinas, sin parecerle tan bien como á su mamá política.

Rosa era la única refractaria al trato con aquellas mujeres.

Presentimientos quizás, ó emulación de la hermosura de las vecinas.

—Son preciosas—decía;—particularmente la de los ojos negros.

Esta predilección se comprende, porque Rosa los tenía azules.

—La del pelo negro es una mujer hermosa—opinaba también doña Susana.

Y luego decía:

—Y están muy bien educadas; saben francés y otras lenguas, tocan algo en el piano.....

Luis, sin darse cuenta de la razón, sospechaba que aquellas señoritas huérfanas y aquella tía no eran muy católicas, como suele decirse.

Pero no podía negar que fuesen muy hermosas.

—¡Ojalá no lo fuesen!—pensaban Luis y Rosa.

—Yo soy débil—continuaba pensando Luis.

—¡El hombre es débil!—proseguía reflexionando la esposa.

María Mercedes era un peligro para cualquiera mujer recién casada.

Sin que esto fuera despreciar á Amparo.

Amparo pudiera ser el cielo para algún peregrino.

Pero María Mercedes era más mujer; vamos, tenía más salientes, más figura.

Los ojos negros de María Mercedes se fijaron alguna vez en Luis.

El fidelísimo esposo la saludaba, y ella le correspondía.

Conversación «no habían gastado aún.»

Llegó un día en que Luis, mi buen amigo, pensó:

—Esta María Mercedes es más guapa que mi Rosa.

Este «mi» es la nota más deseada, la que mejor suena en la escala del amor, y la que lastima el oído después de algún tiempo de oirla á diario.

Los días no pasan inútilmente.
 Nadie calcula *à priori* la influencia poderosa de veinticuatro horas en el ánimo y en la voluntad de cualquiera persona.
 Rosa era un ángel.
 Pero María Mercedes era más hermosa.
 —Luego, que Rosa era mi Rosa—confesaba el pobre Luis,
 —y María Mercedes, no.
 Rosa no tocaba el piano más que dentro de los límites de la *Stella confidente* y de los vales de *Les Cloches de Cornerville* y trozos de *Traviatta*.
 Y todo esto con algunas variaciones de su invención.
 María Mercedes tocaba y cantaba como una profesora; desde *Sonámbula* hasta las habaneras y los tanguitos del hermoso país de las bellezas ardientes y de la caña y del café.
 María Mercedes era superior en méritos exteriores á la inocente Rosa.
 Y luego, como el hombre es débil, según hemos convenido.....
 Dicho sea en descargo de Luis, se defendió contra las tentaciones.
 Luchó como un héroe.
 Pero empezaron los disturbios domésticos.
 El carácter de Rosa se agrió.
 Doña Susana empezó á usar y aun á abusar de sus derechos maternales.
 Ya no reinaba en aquel nido de amores la alegría que en los primeros meses.
 Por cualquier motivo estallaba la guerra civil.
 Luis apelaba á la estratagema de la fuga.
 Cuando no podía acudir á este medio, reñía, «levantaba la voz», como dice la gente, y sacaba el Cristo; es decir, llegaba al extremo de ejercer la tiranía conyugal.
 ¿Que Rosa pretendía ir al teatro?
 Pues, no señor, no iba.
 —¡Yo no admito ni tolero imposiciones!—repetía Luis.
 —Soy el dueño de mi casa y soy el dueño de mis actos.
 Rosa protestaba.
 Doña Susana caía enferma, y así continuaba hasta el día siguiente.
 Se nombraba al difunto Palomino Negro.
 Se lamentaban madre é hija de haber conocido á Luis.
 Se hablaba de separación, de divorcio.....
 —¿Qué pasa aquí? ¿Quién tiene la culpa?—se preguntaba Luis.
 ¿Quién?
 Algunos meses después se lo explicaba él mismo, y lo decían cuantas personas le conocían.
 La culpa era de María Mercedes.
 ¿Cómo llegaron á esto el marido modelo y la distinguida y hermosísima María Mercedes, hija de un *brigadiel*, muchacha candorosa y bien educada?....
 Pues ahí verán ustedes.
 Ello fué que se vió á Luis con María solos y en un carruaje, en el paseo de los coches.
 Que ella, esto es, María se desgajó del hogar doméstico de su tía.
 Que abandonó á su hermanita.
 Que en los círculos distinguidos se dijo que María Mercedes era la amada por Luis.

Que vivían juntos.....
 Y lo que era peor para él: que la hermosa María Mercedes le dominaba, le ponía en ridículo y se burlaba de él y le gastaba su fortuna en caprichos y puerilidades.
 —¿Y Rosa?—le pregunté un día.
 —No me hables de ella: tiene un carácter imposible.
 —Pero tú sabrás contemporar..... El hombre, cuando se decide á ser marido, ha de ser modelo de esposos y de padres y de.....
 Entonces me confesó lo que había hecho.
 —Si quieres—añadió—te presentaré á mi *monina*
 —¿Tu *monina*?
 —Sí, la llamo así porque me parece un mote más cariñoso que su nombre.
 No la abandonaba.
 Al paseo, al teatro, á baños, iba siempre con su *monina*.
 —Soy feliz—me decía;—he roto pacíficamente con Rosa; no la abandonaré, aunque ella no necesita de mí para vivir; es rica; no hemos tenido hijos, de suerte que soy libre.
 —¡Pero Luis!
 —El hombre de entendimiento ¿ha de sujetarse á las prácticas de la rutina? El matrimonio verdadero es el que se forma por la unión espontánea de dos seres, y no el que sanciona con sus ridículas tradiciones la sociedad. Mi esposa verdadera es mi *monina*.
 Y luego añadía:
 —¡Qué mujer, chico! Es un ángel. ¿Por qué no tropezaría yo con ella antes que con aquella necia? ¡Buena diferencia! Mi *monina* es mujer espiritual, artista.....
 —Pues en ese caso, y ya que no te sirven consejos ni observaciones, nada tengo que decirte, y adiós, monín.
 Le dije, y no volví á verle en algún tiempo.
 El suficiente para que la *monina*, conociendo que la fortuna de Luis disminuía con harta rapidez, ó encontrando mejor postor, le plantase y desapareciera de la mansión de la felicidad, sin despedirse del empresario.
 Cuando lo supe, fuí en busca de mi amigo, á quien Madrid conocía y toreaba con el mote de *Monsieur Monín*.
 —Ya te habrás convencido—le dije—de los peligros que ofrecen esos amores *monisimos*.
 —Sí; pero ¿qué quieres? El hombre es débil.
 —Mira, Luis, hablemos con franqueza: el hombre es tuno.
 —Tienes razón.

Hoy vive con su Rosa y sin doña Susana, que ha salido de esta vida en busca de su Palomino Negro.

Y son felices Rosa y Luis, porque éste asegura que ha escarmentado para siempre.

A lo cual replica ella con mucha gracia y con mucha justicia:

—Si yo necesitara sufrir un escarmiento semejante para volver á tí, ¿qué dirías?

Y alguna vez le pregunta, al tiempo que le acaricia:

—¿Vas á ser bueno, *monín*?



ATENEUM CIENTIFICO, LIT
MADRID
BIBLIOTECA
ARTISTICO +

«EN EL PUENTE DE TRIANA.»—(Cuadro de García Ramos.)

COSAS.



No hay palabra más elástica que la palabra *COSA*; á todo se pliega, á todo se amolda, á todo se refiere, todo lo significa, dado el carácter indeterminado que la distingue. Por significarlo todo, hasta significa *nada*; y como si no fuera bastante ese imperio omnimodo de que en nuestra lengua disfruta, todavía ha venido el prurito, cada vez en aumento, de afrancesarlo todo en nuestro suelo, á dilatar más y más sus dominios en ocasiones en que lo rechaza la índole peculiar de nuestra habla, cuando no el eufemismo, ó séase la *biensonancia*. Discurremos, pues, ahora algo acerca del particular, ó como dirían otros: Discurremos *alguna cosa* acerca de la *cosa*.

Y que sea verdadera la proposición que acabo de sentar respecto de la enorme influencia que la lengua francesa está ejerciendo en la nuestra de algún tiempo á esta parte, basta, para comprenderlo, el hecho de que nuestra Academia compendia en sola una definición la significación de la palabra *cosa*, al decir que vale «todo lo que tiene entidad, ya sea corporal ó espiritual, natural ó artificial, real ó abstracta», en tanto que los léxicos franceses le destinan multitud de acepciones. No quiere decir esto, ni mucho menos, que con lo dicho por la Academia Española se pueda satisfacer debidamente en todos los casos sin excepción á cuantos usos se presta la significación de esta voz; pero también es cierto que en la definición citada todo se comprende, siquiera sea de una manera harto vaga y general.

Una acepción de esta palabra, que salta desde luego á la vista, y cuya omisión en las páginas del Diccionario se hace tanto más extraña cuanto que pertenece al tecnicismo gramatical, es la de su oposición con la palabra *persona*. Se dice, v. gr.: *Amar á Dios, aborrecer el vicio, decir verdad*. En la primera de estas frases la acción del verbo *amar*, seguido de la preposición *á*, recae en la persona *Dios*; en las otras, la acción de los verbos *aborrecer* y *decir*, sin preposición intermedia, recae en las *COSAS vicio y verdad* (1).

Y no sirve el que nos salga ahora alguien con la embajada de que las personas no son *cosas*, porque á eso replicaré que en ocasiones sí lo son: la Academia misma lo reconoce así cuando dice: «*Poquita cosa*. Familiarmente dicese de la persona débil en las fuerzas del cuerpo ó del ánimo.»

Fuerte cosa, dice la Academia, y dice bien, es «*cosa molesta, difícil y trabajosa*»; pero así como consigna que *perdida cosa* es lo mismo que *cosa perdida*, no hubiera hecho nada de más en decir que también se dice *cosa fuerte* en igual significación á la arriba enunciada, de que me sal-

drá garante un cantar popular, de todos conocido, que dice así:

Tres cordeles á un tiempo
Me están tirando,
Y el que menos me tira
Me está matando;
Y es *cosa fuerte*,
Que el que menos me tira
Me da la muerte.

De igual manera consigna *cosa dura*, pero no *dura cosa*, que es lo mismo, en comprobación de lo cual bastará con citar el siguiente ejemplo de Villegas, el cual resume ambas formas por los términos siguientes:

No amar es *cosa dura*,
Y amar es *dura cosa*;
Pero amar sin retorno,
La más dura de todas.

A quien no haya filosofado un tanto acerca de los primeros de la lengua, le parecerá una perogrullada eso de decir que lo mismo es *COSA fuerte* que *fuerte COSA*, *COSA dura* que *dura COSA*, y *COSA perdida* que *perdida COSA*; pero de que no hay tal *cosa* se convencerá tan luego como pare mientes en que no siempre tienen igual valor ciertos calificativos antepuestos como pospuestos á los sustantivos, pues, sin ir más lejos (y este ejemplo se echa también de menos en el Diccionario de la Academia), *cosa cierta* es aquella que no da lugar á la duda por ser real y verdadera su existencia, en tanto que *cierta cosa* lleva en sí una idea indeterminada, indefinida ó vaga, por cuanto se calla su naturaleza y razón de ser ó concepto.

He dicho antes que por significarlo todo (*la palabra COSA*), hasta significa *nada*. Vamos á verlo.

Si bien la palabra *nada* parece á primera vista como «la negación de la existencia», eso es debido á que su uso casi común es en proposiciones negativas; pero, ¿quién podrá desconocer que entra á veces en proposiciones afirmativas?... «¿Hay *nada*, hay *algo*, ó hay *cosa* en el mundo más lisonjera para el corazón que el aliviar la suerte infortunada de su prójimo?» Esto se dice, y está bien dicho; ¿por qué? porque la palabra *nada* es sinónima de *cosa*, de que será buen testimonio el que *nada* tiene por equivalente en francés á *rien*, y á *res* en catalán; y sabido es que *res*, en latín, origen de estas últimas voces, lo que significa es *cosa*.

La palabra que nos ocupa entra modernamente á formar parte abusiva de nuestro lenguaje, como ya indiqué arriba, plagándolo de galicismos sin cuento á cuál más innecesarios y hasta ridículos, y probando una vez más la falta de riqueza y galanura de que en ocasiones adolece la lengua de nuestros vecinos de allende los Pirineos puesta en parangón con la nuestra. Sirvan de ejemplo:

(1) GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA, pág. 72, edic. de 1874.

En español afrancesado.

En español neto.

La COSA dirá.
¿Cómo pasó la COSA?

La COSA es que.....
El nombre no hace nada á la COSA.

Usted nos da palabras, y no COSAS.

Nada hay más común que el nombre de amigo; pero nada más raro que la COSA.

¿Sabes una COSA?
Vamos á la COSA.
Comprendo la COSA.

Alguna COSA de bueno.
No valer gran COSA.

La COSA no lo vale.
Así van las COSAS.

Es la misma COSA.

Una COSA es decirlo, y otra COSA es hacerlo.

Con lo dicho basta y sobra para que cualquiera pueda formarse un juicio cabal de lo mucho que pierde una lengua cuando se la despoja de sus propias ricas vestiduras para cubrirla, sin necesitarlo, con las inferiores del vecino.

Y cuenta con que la palabra que viene sirviendo de tema á este esbozo tiene un gran número de aplicaciones en nuestra lengua, regularmente en frases figuradas y en refranes, y cuya mayor parte en vano se buscarían en las columnas de nuestros diccionarios. Pondré aquí algunos ejemplos, tomados á la ventura, que comprueben mi aserto

¡No es COSA lo del ojo!

Como quien no quiere la COSA.

Capítulo de otra COSA.

La COSA no tiene (trae ó lleva) malicia.

Ello dirá.
¿Qué ha pasado? ó ¿Qué ha sido ello?

El caso es que.....
El nombre es lo de menos, ó nada supone, ó es lo que menos importa.

Déjese usted de palabras, y vengan hechos ó realidades (1).

Nada más común que el nombre de amigo; pero nada más raro que encontrar uno que lo sea de veras.

¿Sabes qué te digo?
Vamos al asunto, al grano.
Estoy al cabo; no necesito de más explicaciones.

Algo bueno.
Valer poco; ó, cuando más, No valer cosa, ó Valer poca cosa.

El asunto no lo merece.
Así anda ello, ó Así anda el mundo.

Es lo mismo; ó Lo mismo da; ó Es indiferente.

Una cosa es decirlo, y otra hacerlo; ó No es lo mismo decirlo, que hacerlo (2).

La COSA marcha (1).
Cada COSA, para su COSA.
Estar, ó Quedarse como si tal COSA.
Cualquiera COSA es, chorizos (ó longanizas) con huevos.
Las COSAS, claras; y el chocolate, espeso.
Las COSAS al derecho las hace cualquiera; la gracia está en hacerlas al revés.

Las COSAS, en caliente.
Haber casos y COSAS.
Hay COSAS que más vale creerlas que ir las á averiguar.
Hay COSAS que no están escritas.

Las COSAS de admiración no las cuentas.
COSAS tenedes, el Cid, que farán hablar las piedras.
Tres COSAS demando (¡si Dios me las diese!): la tela, el telar y la que la teje (2).

Las COSAS claras las bendice Dios.
No hay COSA más barata que la que se compra.
No hay COSA segura en esta vida.
COSA cumplida, sólo en la otra vida.
No haber COSA con cosa.

Tres COSAS hacen al hombre medrar: Ciencia y Mar, y Casa Real.

Á la muerte no hay COSA fuerte.
El que no duda, no sabe COSA alguna.
COSAS que van y vienen.
Dejando una COSA por otra.

Tres COSAS echan de su casa al hombre: el humo, la gotera y la mujer vocinglera.

Oír, ver y callar, reclus COSAS son de obrar.
No todas las COSAS suceden de un mismo modo.
Tal vez hay que se busca una COSA, y se halla otra.
Como quien no quiere la COSA.

Como quien hace otra COSA; ó
Como quien tal COSA no hace.
Cada COSA en su tiempo, y los nabos en Adviento.
Munda, y descuida; no se hará COSA ninguna.

Ni COSA que lo valga.
Quien desalaba la COSA, ése la compra.
Otra COSA es con guitarra.
Quien las COSAS mucho apura, no tiene vida segura.

Todas las COSAS de este mundo, cuando menos, son dos.
En efecto, nada se da naturalmente simple ó sencillo: todo es más ó menos compuesto ó complicado; el hecho que más indiferente parece á primera vista, lleva ordinariamente en sí una segunda intención, cuando no una duodécima; cualquiera diría que, á medida que han ido civilizándose los pueblos, han progresado juntamente el dolo y el fraude, y que, en vez de ser el lenguaje el vehículo para declarar la verdad, es el medio más á propósito para disfrazarla. Pero..... vamos á otra cosa.

En este mundo no hay COSA como llegar á tener una persona COSAS.

Consideremos fisiológicamente por un momento este ver-

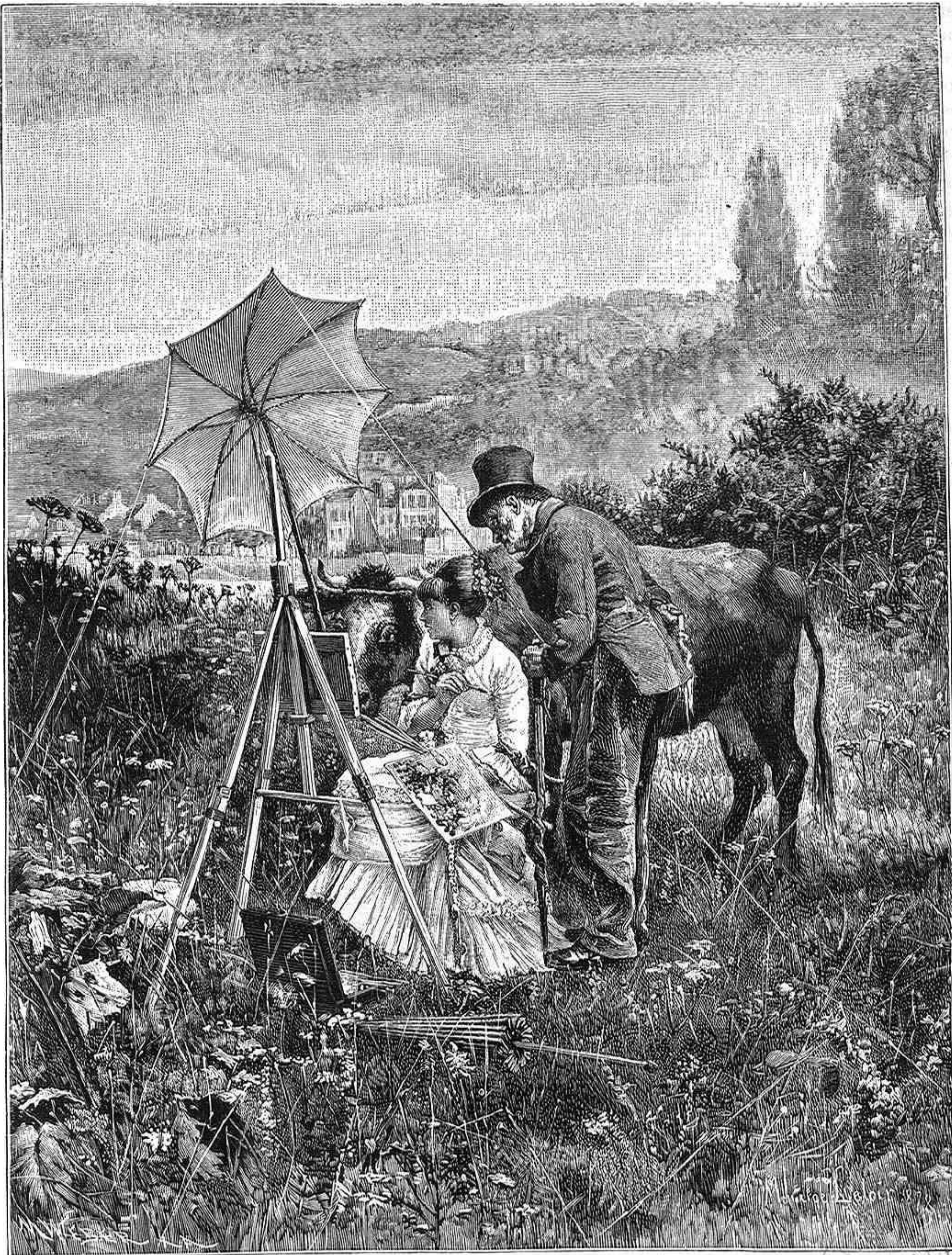
(1) *Menos borla y más limosna, y Menos espuma y más chocolate*, son dos refranes españoles, no incluidos en el Diccionario de la Academia, y que se adecuan perfectamente á la idea arriba expresada.

(2) También tenemos un refrán para el caso presente, y es: *No es lo mismo predicar que dar trigo*, que tampoco consigna la Academia Española.

La primera de las dos fórmulas legítimas acabadas de apuntar arriba se expresaba antiguamente en nuestra lengua, siguiendo las huellas de su madre la latina, por medio del término *uno* (*unum*), en concepto de nombre neutro, según el tecnicismo gramatical. Semejante modo de hablar, tan varonil y lacónico como elocuente, es lástima que vaya cayendo en desuso (así como otros muchos que se encuentran en iguales ó parecidas circunstancias), y todavía más lástima que, al ir desapareciendo de nuestro suelo el oro de nuestra habla, vayamos sustituyéndolo con el oropel de tanto extranjerismo.

(1) De estructura galicana esta locución, está reconocida ya por nuestra Academia, y sancionada (verbo *Marchar*) desde el año de 1879 en la 11.ª edición de su Diccionario.

(2) La Academia escribe de la siguiente manera este refrán: *Tres cosas demando si Dios me las diese: la tela, etc.* Así puntuado, nada quiere decir; y si algo dice, es precisamente todo lo contrario de lo que se intenta significar.



«CRÍTICOS DE ARTE.» — (Cuadro de Leloir.)



dadero tipo de una de las fases humanas, y demos fin luego al presente mal bosquejado rasguño.

Existe en la sociedad una especie de buleto, patente, salvoconducto ó pasaporte para decir y hacer algunas personas impunemente cuanto se les antoja, y no sólo impunemente, sino hasta con aplauso de la generalidad; semejante diploma responde al nombre de: ¡COSAS de Fulano!

En efecto: Que se produce ese sér privilegiado faltando en sociedad á las reglas de urbanidad y cortesanía; nadie se da por ofendido, porque.... ¡son COSAS de Fulano!

Que un quídam que se ha comido los caudales de medio mundo, y por equivocación no arrastra una cadena, sube al poder, y, queriendo acreditarse de justificado y celoso, persigue hasta llegar á perder á un infeliz pobrete, sólo porque se había interesado éste en una mezquindad....— ¡COSAS de Fulano!

Que otro tal arrastra coche, ostenta lujosa casa y opípara mesa, y cobrando varios sueldos por otros tantos destinos que no desempeña, le está debiendo al mundo entero por la sencillísima razón de que á nadie paga....— ¡COSAS de Fulano!

Que aquella lengua viperina es la delicia de las tertulias, tanto más cuanto más se ceba en quitarle el pellejo al prójimo....— ¡COSAS de Fulano!

Que aquel otro danzante se pavonea muy estirado con el

título de autor, merced á que, cual el grajo de la fábula, no conoce más pluma que la que ha quitado á otros pájaros, y, sin embargo, de todos es aplaudido....— ¡COSAS de Fulano!

Que el de más allá.... Pero doblemos la hoja, porque siendo tantas y tales las cosas y los casos que con este motivo nos asaltan ahora la imaginación, tendríamos que engolfarnos en un maremágnum del que no podríamos salir sin que se nos aplicase la contestación que dió cierto farruco que volvía de la iglesia de oír el sermón.—Instábase su señorita á que le dijera circunstanciadamente lo que había dicho el predicador, y el pobre muchacho, que en su vida las había visto más gordas, no salía de: «Mi ama, hanus dichu muchas y lindas cosas.»—«Bien; pero, ¿qué cosas son esas que ha dicho?»—«Hanus dichu muchas y lindas cosas.» Y de aquí no le sacaba ni el carro de la basura. Acosado ya en fuerza de tan imprudente empeño, pues el del ama de la casa equivalía en esta ocasión á pedir peras al olmo, echó la cerradera á la cuestión, diciendo:

—Mi ama, yo no sabré decir otra cosa á su merced, sinu que el padre, para cada cosa sacaba su cosa.

Desde entonces quedó en refrán la contestación del rapaz que había abierto los ojos á la luz del día en las tierras que riega el Miño.

JOSÉ MARÍA SERRA.





CIENCÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

EN INVIERNO.

RECUERDOS DE VIAJE.

NOSOTROS entramos en Suiza por donde se debe entrar en los países pintorescos, por un túnel, ó como si dijéramos, por un anteojo. Habíamos amanecido en las llanuras de Macón, el Valdepeñas de Francia, y aun cuando el terreno no es tan árido como el de la Mancha española, ofrece, como el nuestro, poco interés. De repente se alza una montaña ante nuestros ojos, nos introducen en ella, y un momento más tarde no acertamos á decir si es Suiza la que se nos entra, ó nosotros los que entramos en Suiza.

Siempre que atravesamos un gran túnel, nos sucede lo propio: creemos asistir al ensayo de la muerte. La obscuridad de un túnel no se parece á ninguna obscuridad; el aire frío que por allí circula no se parece á ningún aire; los ruidos que en él se producen no se parecen á los otros ruidos: si uno se hubiera muerto alguna vez, se imaginaria que le iban á enterrar la segunda. Los indios adivinaban la civilización al labrar sus tumbas en forma de túnel. La única ventaja que sobre aquéllos ofrecen estos agujeros modernos, es que tras de su medroso camino hay siempre un valle que sonrío. Esto le sucede á la entrada de Suiza por la parte de Francia.

Hacia un sol muy hermoso, contra la costumbre de las cordilleras al amanecer; y el Ródano, que por allí es un río blanco, parecía enteramente de plata. Sólo en la magnitud y belleza del río sobrepaja al paso de nuestros Pirineos el paso de los de Ginebra; los mismos puntos de vista, la propia vegetación, idéntica grandeza; hasta la misma aptitud belicosa y pacífica á la vez de los montañeses que los labran.

Nosotros nos instalamos en el centro de la ciudad, que es donde deben instalarse los viajeros para dominarlo todo y estar cerca de todas partes. Nuestro hotel brotaba del Lago, como del lago brota toda la antigua Ginebra; teníamos á nuestro alrededor el agua suficiente para que pareciera un mar, y los edificios bastantes para que pareciera un pueblo. Al frente se destacaba un monte cubierto de verdura y de caseríos; era el Monte Blanco: á la derecha y por detrás nos circuía otro monte obscuro y poblado de antiguas edificaciones, sobre las que descollaba una torre de iglesia; era el monte de San Pedro, ó, con más propiedad ahora, de Calvino; cercaban nuestra casa fábricas y tiendas de relojería; por último, el letrero de la calle más próxima, que pudimos leer con la ayuda de nuestro anteojo, decía así: *Calle de Juan Jacobo Rousseau*. ¿Qué más Ginebra?

Aprovechando los primeros momentos de la mañana nos dirigimos á la altura, porque en las ciudades nuevas los llanos se ven á todas horas, y lo que el viajero debe buscar antes es lo inaccesible. É inaccesible parecía ciertamente la

subida á la catedral de San Pedro, pues callejuelas hay á su alrededor que, no pudiendo soportar la rampa, se ascienden por escalones con pasamanos para no caer. Todo el barrio en que se halla situada es sucio, negro, tortuoso y de una estrechez tal, que lo asemejaría á un barrio de gitanos, si no presentara á trechos las señales de una muy refinada civilización. Hay en él, por ejemplo, edificios suntuosos, como la Casa de la Ciudad, las oficinas del Gobierno y algunos antiguos palacios que lo aristocratizan; pero no aludimos con ellos á la cultura, sino con las librerías que allí se encuentran, los almacenes de estampas, las tiendas de relojeros, de anticuarios, de mueblistas, de sastres, y los establecimientos de comer y beber barato. En uno de estos, que no tenía mejor apariencia que la de nuestras tabernas, se hallaban almorzando cuando pasábamos nosotros treinta ó cuarenta hombres de blusa, pobremente vestidos, como allí lo está el pueblo trabajador; pero que en vez de escandalizar con sus gritos ó sus desórdenes, escuchaban atentamente la música de un piano que tocaba una señora de tan modesta apariencia como ellos. En aquellas esquinas de calles, además, que casi se dan la una con la otra, se veían triples muestras de reloj, movidas por alambres eléctricos, que señalaban la hora de la ciudad, la de Berna y la de París, para indicación del movimiento de los ferrocarriles. Por último, no había chicos desarrapados ni gente vagamunda por ninguna parte.

La cuesta de Guillermo Tell nos condujo á una plaza donde pudieron muy bien reunirse los cantones á fines del siglo XIII, para bajar contra el Austria por aquellos desfiladeros al compás de una música como la de Rossini. Un banco de madera que al pie de un magnífico árbol había, nos convidaba al reposo frente de la catedral.—«Esta pobre Suiza (nos decíamos allí), cuyo suelo es tan endeble é infecundo; cuya aspereza obliga á los ferrocarriles á gatear por sus montañas; cuyas lagunas obligan á sus habitantes á nadar sobre el campo; cuya situación en el centro de Europa la somete al embate continuo de todas las ambiciones, ¿cómo ha podido adquirir, tras de su revuelta historia, este grado de prosperidad y de cultura? Ella, que ha sostenido guerras de religión y guerras civiles; ella, que tenía que mandar á sus hijos á sueldo para que los mantuvieran los poderosos de otras partes; ella, que carecía de industria, de elementos de cambio, de mares y de colonias; ella, que sólo poseía un hermoso cuerpo, ¿cómo ha podido agenciarse esta bella alma?»—Y entonces advertimos que el fenómeno consistía en haber amalgamado el orden con la libertad. Suiza es un pueblo que parece creado para ser visto: sus lagos azules, sus montañas verdes, su aire saludable, su ingerencia en el mapa central de Europa y su carácter humanitario y obsequioso, atraen allí un ejército de extranjeros que viven

libremente en el seno de la naturaleza y ordenadamente en el seno de la sociedad. Aceptando un solo despotismo, el despotismo del orden, y ofreciendo una sola garantía, la garantía de la justicia, los confederados de las montañas helvéticas reúnen en torno suyo una población cosmopolita que los mantiene. Á la sombra de ésta nacen y florecen las industrias, se ejercitan las actividades, se difunden los bienes, se abarata el gobierno, se moraliza y contenta el país. —«¿Por qué nuestra (España (nos decíamos) no se coloca también en disposición de que la vean? ¿Por qué nuestras hermosas montañas del Norte y nuestros risueños valles del Mediodía no atraen con los encantos de su suelo y de su clima la población opulenta y maltratada de Europa? —Porque en España (nos contestábamos) cuando tenemos orden solemos no tener libertad, y cuando tenemos libertad, de seguro carecemos de orden.»

Estas y otras muchas cosas semejantes discurriamos mientras tomábamos aliento. La iglesia estaba cerrada y no podía verse sino en compañía de un *cicerone* que nos esperaba con sus vulgaridades y majaderías de costumbre, sin dejarnos admirar lo bueno que contuviese. Además, un cartel que pendía de la verja del atrio nos aconsejó dejar la visita para la noche, y luego diremos por qué. La fachada del templo es románica, no bastante antigua para ser buena, ni bastante moderna para ser graciosa; y es tanta la soledad que la circuye, por lo difícil del acceso hasta sus umbrales, que la plaza aquella parece más lugar de recogimiento y meditación que el templo mismo. No suben carruajes, ni pasan bestias, ni hay comercio á su alrededor; algunas casas de gentes acomodadas que se han establecido allí, sin duda por el silencio, y unos árboles seculares que tienen tranquila carta de naturaleza donde se les antojó nacer; eso es todo. *Plaza de los Filósofos* se llama, y quizá vivieron en ella Calvino, Rousseau, Gessner, Muller, Lavater, Necker y tantos otros que ilustraron la escuela filosófica de Ginebra.

La convocatoria que leímos en el atrio no anunciaba ningún *Miserere*, ni ningunas vísperas ó triduos; anunciaba con la mayor formalidad, para las ocho en punto, un concierto de órgano á peseta la entrada. Aquella noche representaban en el teatro *Las Cien Virgenes*, á peseta también, y entre profanación y profanación, escogimos la más solemne.

El Lago de Ginebra es como esos hombres de bien que no se incomodan nunca: el día que lo hacen hay que temblar. Parece mentira que aquella charca de agua, que permite la construcción de casas y calles con su enrejado de puentes para dominarla en todas direcciones, rizada apenas por el venticillo de la atmósfera y por las máquinas de los esquifes de vapor, se levante y encrese con la pujanza aterradora que lo verifica. Desde el principio de la tarde nubes negruzcas cubrían el horizonte; los chubascos se sucedían sin interrupción con alguna violencia; los cocheros habían procedido á cerrar sus carruajes, y las familias inglesas y americanas no asaltaban, como de costumbre, los borricos para subir al Monte Blanco. A nosotros nos contristó la idea de si no se verificaría el concierto en la catedral. El conserje de nuestro hotel nos dijo que sí, pues nunca el Sr. Haring había dejado de tenerlo cuando lo anunciaba.

A las siete y media, pues, con una lluvia gruesa que azotaba el rostro, con los rugidos del lago que ponían en el alma cierto estupor, y con la obscuridad y aislamiento propios de

la noche, nos encaminamos casi á tientas por las cuestas arriba, en busca del postigo de la catedral. La *Plaza de los Filósofos*, que de día estaba triste, esta vez estaba pavorosa. Las altas y gruesas cañas de los olmos se doblaban al empuje del viento como míseros mimbres, y si abajo en el lago los buques corrian riesgo de zozobrar, allí desde la altura podía temerse que zozobrase la montaña. En un pliegue del manto de la iglesia se divisaba un agujero con luz: era el despacho de billetes. ¿Para qué? Para que entráramos el viento y nosotros.

Al tomar nuestra entrada, el conserje nos dijo: «Se conoce que sois muy aficionado, caballero.» Y nos recordó esos industriales de nuestro país que se empeñan en disuadirnos de que les compremos alguna cosa. ¡Cuán orgullosos nos sentimos de nuestra afición y de nuestro atrevimiento! La *soirée* de Mr. Haring, uno de los primeros organistas de Europa, iba á ser para nosotros solos. Cinco minutos antes de la hora salió una mujer del despacho de billetes con un quinqué de reflejo que se le apagaba, y se encaminó á la iglesia. Seguimosla silenciosamente, y penetramos en el templo cuando ella ya salía de colocar á la entrada el velón. No había nadie.

La iglesia nos había engañado por la mañana con sus remiendos greco-romanos de la peor época. Es de estilo ojival, nada menos que del siglo x, trazada elegantemente en forma de cruz latina, con tres espaciosas naves y un gusto de perfecta arquitectura cristiana, á cuyo culto perteneció en su origen. Pero Calvino hizo con ella lo que con la religión católica: mutilarla para que pudiera servirle á él. Han desaparecido los retablos, las imágenes, las pinturas y cuanto complementa entre católicos la casa de Dios: parece un templo robado.

Esta noche estaba imponente, y aunque por sus rastros de destrucción era menos piadoso, tenía algo más de artístico. Al proyectarse nuestra sombra en las basas de las columnas y en los testeros raspados de las capillas, creímos estar representando la escena del caballero Bertrán en *Roberto el Diablo*, y casi estuvimos por cantar con él: — *Le rovine son queste dell'antico recinto, ove un asilo del signore alle figlie Rosalia consacró.* — Porque á nuestra derecha había una tumba con su estatua yacente, á la cual sólo le faltaba el ramo de los conjuros. Y para que la ilusión fuese mayor, entraron al mismo tiempo en la iglesia cuatro señoras, que aun cuando no venían vestidas de bailarinas, ni traían los cabellos destrenzados, ostentaban una seductora marcialidad: debían ser francesas, porque se les conocía en el aire, y porque se sentaron en el único banco donde daba la luz. A los pocos minutos apareció una familia de siete personas, hombres, mujeres y niños: éstos debían ser ingleses, y lo probaremos. No ha quedado en la iglesia más obra de arte que un trozo de sillería de coro, de escuela florentina, el cual es maravilloso de adornos y esculturas, y sirve de acompañamiento á la silla original desde donde celebraba Calvino. Esto se repite en Ginebra á todas horas para inducir á los viajeros á que visiten la catedral, y como los recién llegados se dirigieron allí, con su *cicerone* á la cabeza, y sin mirar á ninguna parte ocuparon la sillería, no nos cupo duda de que eran ingleses. Además, sólo ellos llevan niños á esos espectáculos medrosos.

Quando nos reunimos los doce en un silencio absoluto,

sólo contrariado por el rugir del aire en los cristales del templo, apareció una luz verde en el órgano, y luego otra, que dieron nueva arquitectura á las tinieblas de lo alto, pues que el órgano ocupa el fondo superior de la nave principal. Eran dos quinqués con pantalla que iban á alumbrar al músico. Entonces, sin que precediera entonación ni sacadura de registros, es decir, nada profano ni vulgar, desatóse allá arriba en solemne arpegio de trompetas un torbellino de armoniosos acordes, que suspendieron el ánimo y dejaron absorta la fantasía. En aquel momento es cuando asustaba la iglesia.

El órgano había sido ofrecido pocos años antes á la catedral de San Pedro por el Consistorio de Ginebra, para dotar al culto reformado de una maravilla que pudiese competir con los que ostentan otros cultos, singularmente el católico. Pasa por ser el mejor de Suiza, y los órganos de Suiza pasan por ser los mejores de todas partes. Fué construído en Francia, sin embargo, pero ante una comisión de profesores y artistas del país que vigilaron y dirigieron las obras. Tiene cuarenta y seis registros diferentes, desde el pjar hasta el rugir del trueno, y sus voces medias, que son siempre las más difíciles de obtener, asombran por la claridad del timbre y la dulzura de la modulación. En esto ha habido algo de fortuna, porque con los órganos sucede lo que con otras muchas obras de la industria moderna. Nunca se ha conocido la mecánica como hoy, nunca mejor la acústica, nunca la aleación y purificación de los metales; y con todo eso, los órganos mejores de la actualidad apenas sostienen parangón con los medianos de la antigua iglesia. Aquellos organeros ignorantes, como los ignorantes campesinos, como los alarifes, escultores y mecánicos de toda especie que hacían iglesias, daban á sus órganos un sabor religioso, tan solemne, tan litúrgico, tan varonil, que ante ellos los de ahora parecen hembras. En los órganos del día se pueden tocar óperas; en los otros no podía tocarse más que el *Tantum ergo*.

Sacaron los ginebrinos á oposición la plaza de organista, con la solemnidad propia de tan grande alhaja, y un hijo del país, que había estudiado con el célebre Lachner de Maguncia, la obtuvo por aclamación, pues era un maestro consumado. Ya hemos dicho que se llamaba Haring, y como su mérito exigía extraordinaria recompensa, y como el culto protestante no es el de toda la ciudad ni el de los extranjeros que la visitan, acordó el Consistorio que pudiesen celebrarse tres veces por semana conciertos de órgano, en horas excusadas, para que á todos les fuese dado admirar el instrumento y el artista.

Esto atenúa un tanto la rara impresión que produce el anuncio de la fiesta religioso-musical á cuatro reales.

Y ciertamente aquello no era fiesta; ni un templo reformado, donde no existe sacramento ni imágenes, se profanaría gran cosa aun cuando lo fuese. Aquello es un culto al arte, tributado en ocasión oportuna y en el único sitio donde el órgano puede oírse; porque el órgano fuera de la iglesia se desnaturaliza y pierde sus atractivos de resonancia y color sagrado. Haring no profanaba el órgano, sino que lo enno-

blecía, y su clásica habilidad no era justo que quedase obscurecida por falta de medios.

Tocó, después de la introducción, que era obra suya y para dar á conocer las dotes del instrumento, los *Kiries* de la gran Misa de Cherubini; uno de los admirables preludios de Sebastián Bach; la escena de la coronación de *El Profeta*, de Meyerbeer; una melodía de Schubert, dedicada al campo, y la gran *Alleluja*, de Handel, bajo cuyo peso armónico parecía que se derrumbaba la iglesia.

El órgano es el rey, decimos mal, es el gigante de los instrumentos. Ninguno le alcanza en poderío, ni en volumen, ni en su fiera grandeza. Hasta cuando apiana sus sonidos y se domestica, digámoslo así, por la mano del hombre, es el poderoso que se avasalla sin descender de su rango; todo lo dice, todo lo expresa, pero, sobre todo, canta la gloria.

Nadie puede fingir la moral humana con medios físicos como el órgano: no es la reunión, como dicen algunos, de todos los instrumentos; es un instrumento que reúne la virilidad corpórea que á todos les falta.

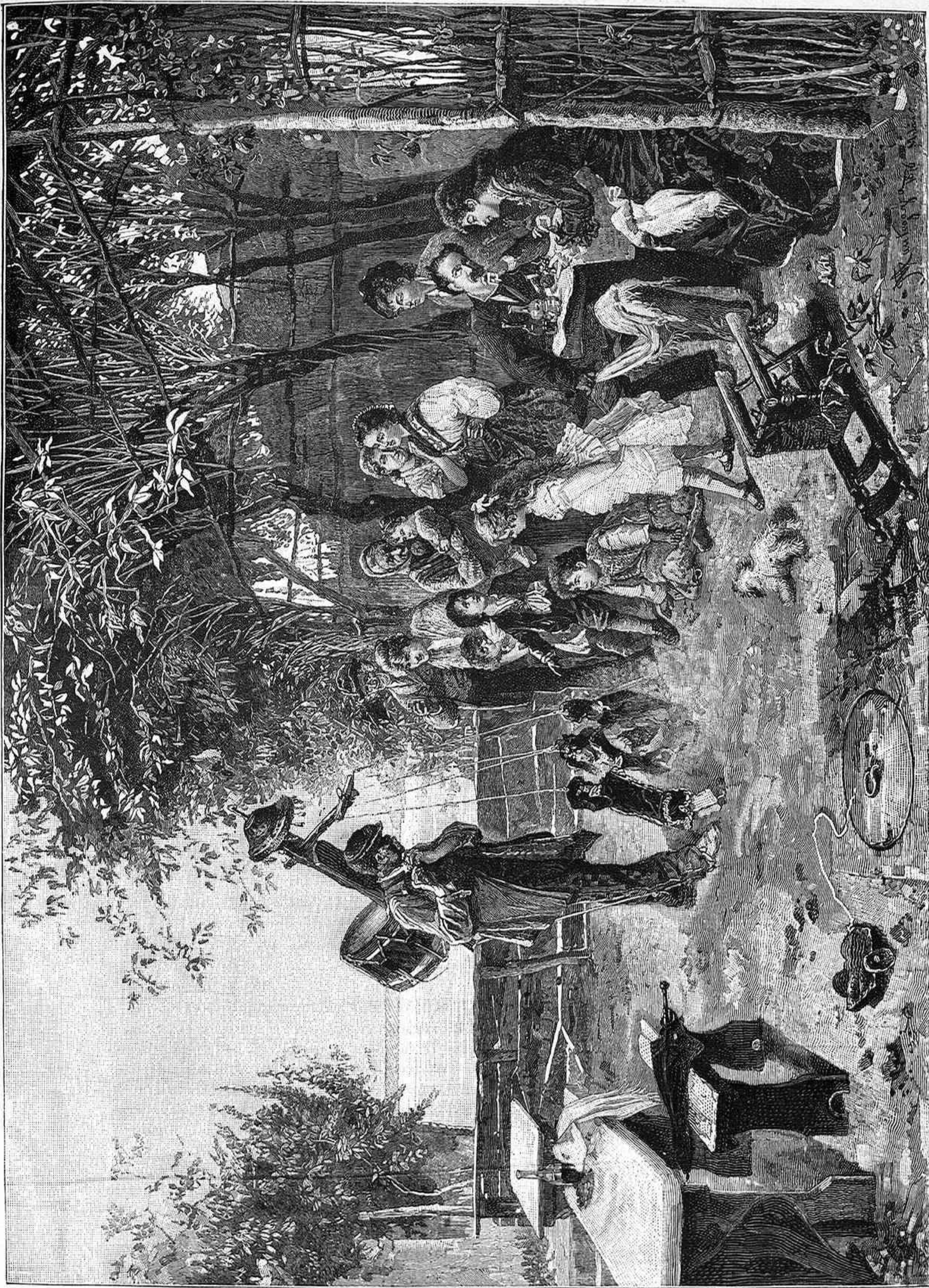
El órgano esta noche representaba por completo su papel; cogía el viento de la tempestad, lo encadenaba en sus tubos de plomo, y por medio del alma de un artista que se había inspirado en los traductores de las más bellas armonías de la naturaleza, se apoderaba de todas las almas, pocas ó muchas, allí presentes, y las conducía al conocimiento de la perfección moral de la propia naturaleza, es decir, allí donde no alcanza el aire ineducado y salvaje de la atmósfera.

Singularmente cuando el órgano imita multitud, controversia y explosiones, no tiene rival ni aun en la más numerosa orquesta, sobre todo si la lucha es religiosa, porque la orquesta participa de una terrenalidad que el órgano excusa por completo. En música, además, los efectos seguros son los del contraste, y el contraste no reside en ningún instrumento, ni en la unión de muchos instrumentos, como reside en el órgano. Esta vez, cuando todavía gritaba la multitud en un pasaje y las *contras* ensordecían el templo con su zumbido, hacia ya rato que una melodía dulce y angélica se iba destacando por la espalda del órgano, y al cesar éste en sus sonoridades tumultuosas, quedaba ella escueta y libre, como debe quedar el alma después de las tempestades del cuerpo. No queremos aludir siquiera á la ventaja de que el órgano obedece á uno sola inspiración, porque temeríamos empequeñecer el asunto; pero en manos de un hombre como aquél, en quien la orquesta entera está subordinada á su inteligencia y gusto artístico, el órgano es una perfección sólo comparable á la máquina que tuviese memoria, entendimiento y voluntad.

Una hora duró la sesión, que se pasó en vuelo; y á las nueve, impelidos por la furia del viento, que amenazaba bajarnos á empujones, descendimos los doce valientes del Monte Negro, mucho más satisfechos y gozosos, sin duda alguna, que lo estarían á la misma hora los cándidos admiradores de *Las Cien Virgenes* ó los exploradores atrevidos del Monte Blanco.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.





EL HOMBRE-ORQUESTA.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ARENKA DE HIPATIA.

(FRAGMENTO DEL POEMA «LA MUERTE DE HIPATIA».)

En vano hoy en mi boca sedienta de justicia
Querrás hallar ¡oh pueblo! la ciencia de Platón;
No es hora al puro goce de la verdad, propicia,
La que en los tiempos suena de espanto y turbación.

Ante el inmenso duelo que de repente apaga
Sobre los labios todos las risas del placer,
Crecida de las sombras, que al universo amaga
Con perdurable noche sin nuevo amanecer;

Cuando en la arcada rota del templo solitario
El árabe camello seeste en libertad,
Y olvida por los riscos del áspero Calvario
Las sendas del Olimpo la ciega humanidad,

Doquiera, nuestro oprobio con lágrimas escrito,
Enfrente, de amenazas preñado el porvenir,
No queda otra elocuencia que el indignado grito;
Tan sólo hay un ejemplo que dar: el de morir.

¿No véis? el seno estéril; por fuerzas enemigas,
Del pecho, antes ubérrimo, secado el manantial,
Su frente, coronada de torres y de espigas,
Abate sobre el polvo Cibeles inmortal.

No pueblan ya los dioses la gran naturaleza
De juegos y de amores, de risas y de luz;
Tan sólo sobre el mundo su trágica tristeza
Proyectan, extendidos, los brazos de una cruz.

De los arcadios montes no huella ya la falda,
Corriendo tras las ninfas el bullicioso Pan,
La hirsuta piel de lince pendiente de su espalda
Y ornados los cabellos de rústico azafrán;

Al aire sacudiendo los tirsos cimbradores
Donde ágiles se enroscan culebras del Ladón,
Sus danzas desenvueltas tejiendo sobre flores,
De los ruidosos címbalos al destemplado són,

No corren por las selvas, desnudas, las bacantes,
Del vértigo y del vino tomadas á la par,
Ni al ebrio dios consagran, aullando delirantes,
La ofrenda del harnero sobre el campestre altar;

No se abre en hondo surco la arena del estadio
Bajo la llanta de oro del carro volador,
Mientras de pie y ansiosos, por el extenso radio
Cien mil espectadores levantan su clamor.

Ni baten sobre el yunque de sus abruptas fraguas
Dactilos y curetas el duro pedernal,
Ni las nereidas hilan debajo de las aguas
Aljófares de espumas en rucas de coral.

Callado está el oráculo; rendida y sin aliento
Cayó la Pitonisa del trípode á los pies;
El polvo que en los valles arremolina el viento,
Mármol de Partenones y Capitolios es.

¿Que fué de aquellas naves cercadas de prodigios,
Que el piélagos azotando con remos de marfil,

Al són de liras jonias y caramillos frigios
Bogaban hacia el puerto de Delos la gentil?

¿Quién sabe de la ciencia que el velo desgarraba
Del tiempo, ante los ojos del inspirado augur?
¿Dónde hoy, á los mugidos de la hecatombe brava,
Con sangre de las víctimas humea la segur?

Esfinges esculpidas en rocas seculares
Donde encerró el Egipto su enigma colosal,
Granitos erizados en selvas de pilares,
Vegetación disforme del libico arenal;

Proféticas encinas del bosque de Dodona,
A que prestara el viento la voz del frenesi,
Laureles con que Delfos tejiera su corona
Cuando aun al mundo hablaba la inspiración allí;

Adelfas que á la margen creciendo del Iliso
Bordábais sus orillas con desigual festón,
Rebaños que las hojas amargas del citiso
Paciais á la sombra del verde Citerón;

Abejas que poblásteis las hayas del Himeto,
Cigarras que alegrásteis las cuencas del Tempé,
Montículos de Súnium, laderas del Taigeto,
Vestigios de las artes, reliquias de la fe;

Llorad vuestro abandono. Ya el hombre miserable,
Turbado por ensueños de ascético terror,
En vez de la armoniosa belleza inalterable,
Adora los sangrientos emblemas del dolor;

Y sólo ve en la vida, que cruza peregrino
Trocando sus halagos por hambre y desnudez,
La tienda que una noche levanta en el camino,
Y al despuntar el alba, recogerá otra vez.

¡Oh dioses! ¡De qué modo contrastan los cristianos
Misterios tenebrosos del ágapa común,
Con los gentiles goces, que en días no lejanos
Al mundo deslumbraban con su esplendor aún!

¿Quién ¡ay! como en el friso marmóreo se conserva,
Con la perenne vida que le prestó el cincel,
La augusta ceremonia del culto de Minerva,
No lleva en su recuerdo, grabada dentro de él?

Atenas hierve en fiestas. Aquí, en marciales danzas
Se cruzan los caudillos que á Grecia honraron más,
Al choque estrepitoso de escudos y de lanzas
Que marca de sus giros el bárbaro compás;

Allá, entre las columnas del pórtico severo
Que cercan los umbrosos olivos del jardín,
Al són de los rotundos hexámetros de Homero
Los rápsodas divierten las horas del festín.

Ya un año retiradas del ateniense suelo
A lo alto de la Acrópolis, entre himnos de placer,
Diez vírgenes habían bordado el sacro velo

De manos de las Gracias salido al parecer;

Y á miles de cautivos de todas las naciones
Devuelta por tres días la dulce libertad,
Entre armoniosos cantos y aceptas libaciones,
La Pompa lentamente recorre la ciudad.

¡Cuál, llena la falange de gala y gentileza,
Paso abre á los heraldos que van de dos en dos,
Con el beocio casco cubierta la cabeza
Y en alto el caduceo, de la falange en pos.

Tras éstos, encorvando los brazos con arillos
Como asas modeladas en ánfora sutil,
¡Qué hermosas las canéforas, sobre anchos canastillos
Conducen las primicias del opulento Abril;

Y viérais luego, al eco de músicas divinas,
Pasar á las esclavas ceñidas de laurel,
Llevando á la cadera las urnas cristalinas
De cuyos bordes fluye la límpida hidromiel!

Con un rumor confuso que extiéndese y circula,
Creciendo según crece la pública inquietud,
Cual mies que bajo racha de temporal ondula,
Se agita en la carrera, por ver, la multitud:

Es que llegar se mira la nave artificiosa
Montada en ruedas y hecha de sándalo y carey,
En donde izado á un mástil va el péplos que á la diosa
Se ofrecerá con sangre de la inmollada grey.

Detrás, ¡cómo retoza con sus becerros tiernos
El toro, conducido del áspero ronzal;
Qué es ver cómo sacude los enramados cuernos,
En torno de la madre balando el recental!

La clámide á los hombros, ceñida la sandalia,
Los grupos de mancebos descúbrense por fin,
De potros que pacieron la hierba de Tesalia,
Como ágiles centauros, asidos á la crin;

Y á modo que las olas al paso del navío
Se apartan contenidas, cerrándose en pos de él,
Así tras el cortejo, las masas del gentío
Se estrechan, se confunden, se agolpan en tropel.

¡Oh Grecia, musa eterna, Sibila de la historia,
Cuyos cabellos, cuerdas de nuestras liras son!
¿Quién puede tu hermosura borrar de la memoria,
Ni al culto de tu nombre cerrar el corazón?

Tus golfos se recortan en frescas ensenadas,
Tus montes ensombrece, pomposo, el abedul,
Las islas te circundan cual perlas desgranadas
De tu collar, ó cisnes en el remanso azul.

Tú diste á todo un alma. Por tí su imperio ejercen
La fiera de los bosques y el águila veloz,
Las ramas como brazos, lascivas, se retuercen,
El eco habla en las grutas del viento con la voz;

En tí las espesuras detrás de cada fronda
Descubren un silvano dormido en el marjal,
Y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
El pecho de una ninfa que habita su cristal.

¡Salud, Hélada madre! De Jonia y de Corinto
Besada por los mares que arrullante á la vez,
Tu suelo fué tallado como un inmenso plinto
Donde la forma alzara su augusta desnudez.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza;
Para tus hijos, ebrios de juventud sin fin,

La vida era un tributo rendido á la belleza,
La muerte un dulce sueño por término á un festín.

Si acaso en tus ana'es relampaguea el odio,
Ó el crimen comparece de la Justicia al pie,
El arma vengadora con mirto cubre Harmodio,
Y triunfan de las leyes las gracias de Friné.

Entre tus puras manos la línea que ondulante
Sus ricas inflexiones doquiera desplegó,
Fué verbo del granito, fué ritmo palpitante
Del himno que á los cielos la piedra levantó;

En cada huella tuya trazada sobre el barro
El molde de una Venus dejastes al pasar;
Las chispas que encendieron las ruedas de tu carro,
Constelación de estrellas subieron á formar.

¡Cuán otros nuestros tiempos! Hoy ti iste el alma humana,
La tierra sacudida por interior vaivén,
Anuncian la espantosa catástrofe cercana
Que atónitos los siglos aproximarse ven.

Oid. En todas partes, cual torrencial diluvio,
Cual témpanos dispersos de despeñado alud,
El Vístula y el Óder, el Elba y el Danubio
Vomitan de cien pueblos extraña multitud.

Por cima de las tumbas que le dilatan sordas,
En medio de las ruinas que abate el huracán,
Resuena el formidable galope de esas hordas
Que un mundo hecho pedazos á disputarse van.

¿Quién son? Nadie lo sabe; del Norte y del Oriente
Secreta voz escuchan que ordénales partir;
El que del mar las olas en la borrasca cuente,
Podrá de sus legiones el número decir.

¿Buscáis donde acamparon? Allá por las alturas
Lo dicen los despojos del animal montés.
¿Queréis seguir su marcha? Mirad esas llanuras
Taladas, esos pueblos hundidos á sus pies.

Allí viene el sicambro de roja cabellera,
El hérulo salvaje de abigarrada faz,
El hunno que á caballo trafica y delibera,
El franco indomeñable y el sármata voraz.

Y vienen en pos suyo sus hembras desgredadas
Que afilan las frameas en el altar de Odín,
Y recorriendo el campo después de las jornadas,
Al buitre y á la hiena disputan el botín.

Y al par viene con ellos, cual prenda de rescate,
Su prole embrutecida por el continuo horror,
Que en el sangriento carro, la noche del combate,
Sobre armas destrozadas, engendran sin amor.

A pie, sobre animales, sirviéndoles de barcos
Los troncos de las selvas que desgajó el destal,
Rugiendo, mientras pulsán la cuerda de sus arcos,
Las bélicas estrofas de un canto nacional,

Afluyen, inundando las polvorosas sendas,
Y todo á su designio parece obedecer;
Los brutos son sus guías, los árboles sus tiendas,
Su cómplice el espanto que inspiran por doquier.

No hay salvación. Ya Roma, que su grandeza expia
Desde el infame lecho de su áureo lupanar,
Volviendo, amedrentada, del sueño de la orgía,
Les oye ante sus puertas, fatídicos, aullar.

No hay salvación. En breve celebrará el cristiano

Su culto, de esas teas á la siniestra luz,
Y con el hacha misma del opresor germano
Se esculpirá en los templos la vencedora cruz.

Nosotros, ¡ah! nosotros, de nuestra estéril obra
Los esparcidos restos mirando en rededor,
¿En dónde fijaremos la planta sin zozobra?
¿A dónde volveremos los ojos sin horror?

Como el patricio austero que su materna tierra
Por extranjeras manos despedazada ve,
Y á inabundables costas, de grado, se destierra,
Llevándose en el pecho la patria con la fe,

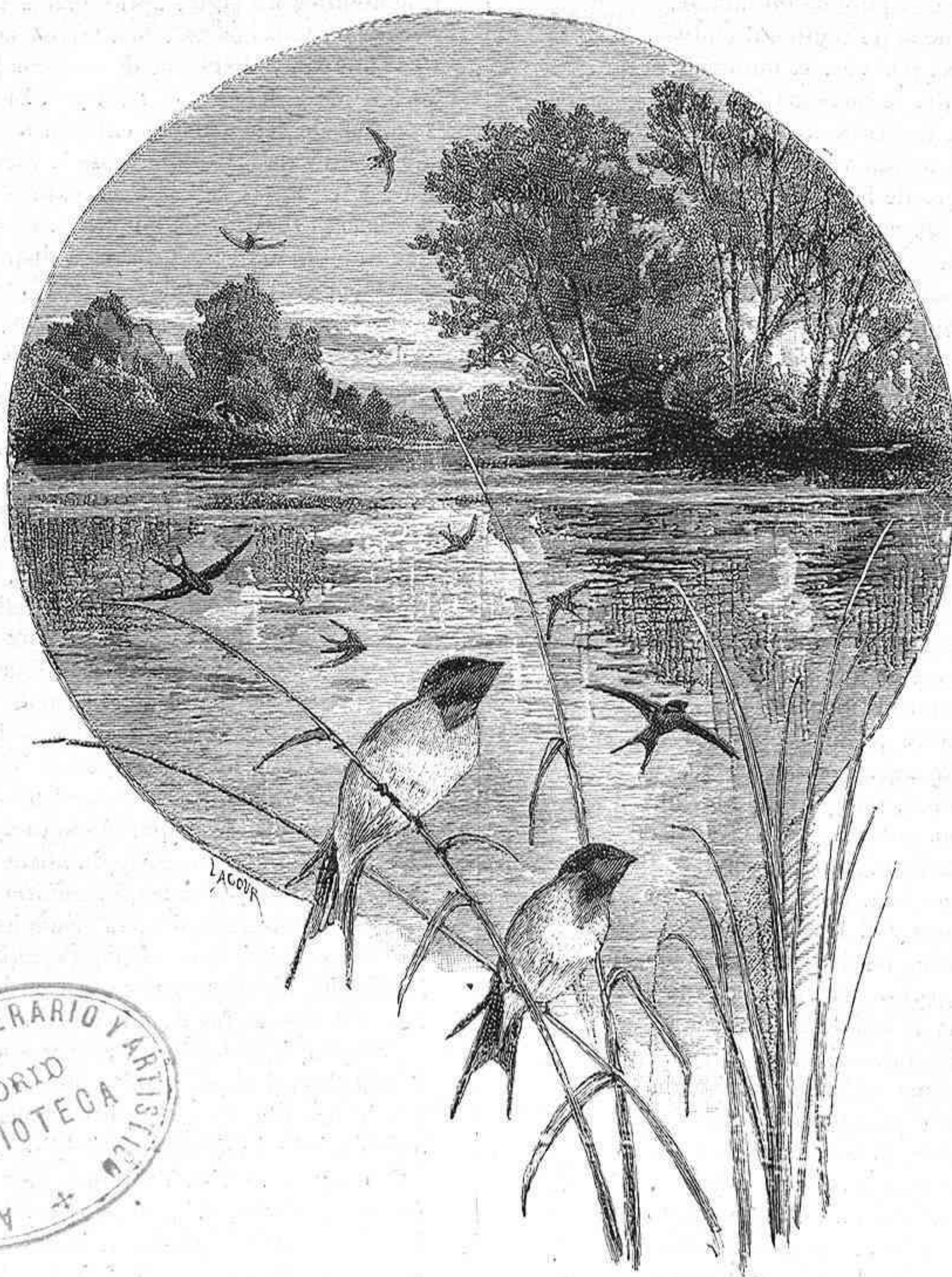
Proscritos de la vida, vencidos de la suerte,
En tanto el cielo anubla la densa oscuridad,
Tranquilos, al encuentro salgamos de la muerte,
Llevando con nosotros el alma de una Edad.

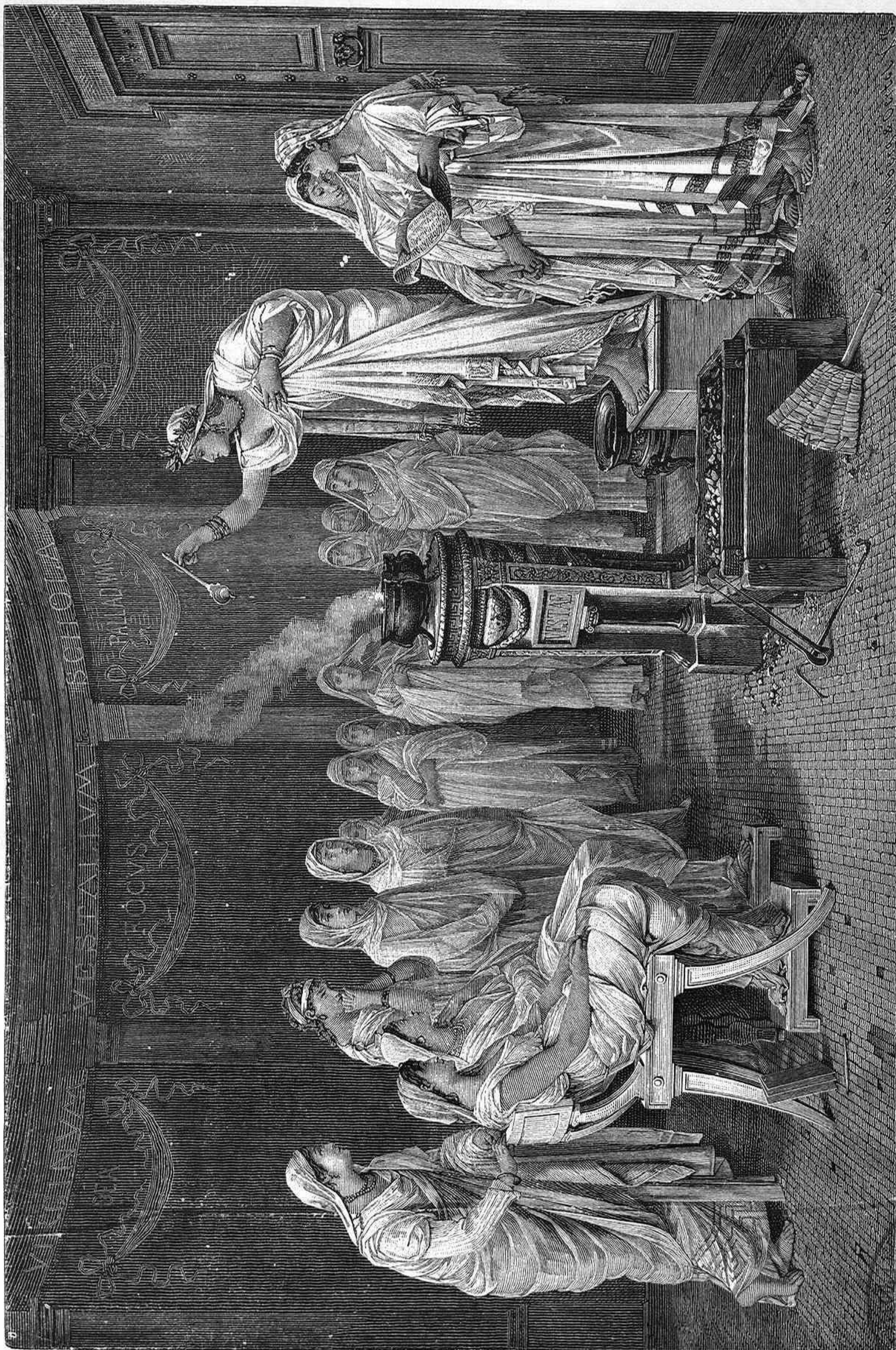
Caigamos, mas no á modo de ejército maltrecho
Que en fuga vergonzosa desbándase al morir;
Caigamos abiaizados al mundo que hemos hecho,
En torno á nuestra enseña, de cara al porvenir.

¡Quién sabe! En las tinieblas el misterioso germen
Trabaja soterrado para brotar en flor;
Durante el largo sueño que en el capullo duermen,
A los insectos nacen sus alas de color.

No puede ser que todo disípese ó sucumba
En esta dolorosa transformación social.
El alma de un gran pueblo con él no se derrumba,
Y sepultada viva, para romper su tumba,
Tan sólo espera, acaso, la vez providencial.

EMILIO FERRARI.





LA ESCUELA DE LAS VESTALES.

MADRID
BIBLIOTECA
ATENEO CIEN
ERARIO Y ARTIS

FÓRMULAS

POR EL DOCTOR THEBUSSEM.

§ I.



N oficial de marina literato, observador y reparón por añadidura, que hace años me favorece con su amena correspondencia epistolar, consignaba en una de sus últimas misivas lo siguiente:

«Por no leer á la ligera ninguna de las interesantes cartas de Vm., no han pasado inadvertidas para mí las letras que figuran al final de ella.— ¿Es casual ó intencionado el cambio que hace Vm. de poner *que le besa la mano* en vez de *que su mano besa*?— Yo supongo que será lo segundo para evitar las dudas á que se presta en español el posesivo *su*, que á veces puede aplicarse á dos personas; y en el caso de que se trata, tanto al amigo que escribe como á la persona á quien se dirige la epístola, lo cual nunca puede acontecer con el giro que Vm. emplea.—Si el cambio ha sido casual, atribuya Vm. mis indicaciones á la idea que tengo de que Vm. nada hace al acaso, y de que en todos sus escritos, hasta en las cosas más sencillas, procura Vm., y en realidad lo logra, ceñirse á las reglas más estrictas de la lógica y de la gramática.»

A tan honrosa y lisonjera observación de mi corresponsal, diré que ciertamente por la ambigüedad del pronombre *suyo*, cuando por apócope se reduce á *su*, no se sabe con firmeza si al escribir en el remate de una carta *que besa su mano*, se estampa el beso en la propia mano del autor (según la usanza del saludo moruno), ó en la de la persona á quien la misiva se dirige.

Las últimas ediciones de la Gramática y Diccionario de la Academia sancionan el uso general de las cartas de nuestros días, advirtiéndolo que las mayúsculas ó minúsculas Q. B. S. M. ó q. b. s. m. significan *que besa su mano*; y aun cuando ni uno ni otro libro apuntan *que su mano besa*, claro es que trocadas las letras es fácil comprender la abreviatura sin necesidad de más explicaciones.

Harto sabido es el caso del deudor que no pagaba por *varias razones*, de las cuales la primera se reducía á no tener dinero.... «Pues no diga V. más, replicó el acreedor, que con ésa basta.»

Partidario yo del principio de autoridad cuando la autoridad es respetable, diré que la primera razón que tengo, y con ella basta, para usar la frase *que le besa su mano*, es la de que la usaba mi sabio maestro el eminente D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

Y cuando Hartzenbusch lo dijo,
Estudiado lo tendría.

Citemos, sin embargo, algunos textos para confirmar que

debe escribirse *la mano* y no *su mano*, en el caso de que tratamos.

Previenen las leyes de Partida que sepultado que sea el Rey, deben los principales personajes del reino venir al Rey nuevo besándole el pie é *la mano*, en conocimiento de señorio....; que un ome se puede facer vasallo de otro otorgándose por vasallo é *besándole la mano*....; y que al Rey, tanto los ricos-omes como los otros de su señorio son tenudos *de le besar la mano*.

Cervantes dice: «Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél y asiéndole de *la mano se lu besó*....»

«Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez *la mano* y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante....»

«Dió los escudos Sancho, unció el carretero y besó *las manos* el leonero á Don Quijote por la merced recibida....»

En el final de la carta que dirigió Teresa Panza á la Duquesa, se consigna que «Sancha mi hija y mi hijo besan á vuestra merced *las manos*.»

Hablando Cervantes por su propia boca y no por la de los personajes de sus obras, dice en las dedicatorias de *Gulatea* y segunda parte de *Don Quijote*: «besa *la mano* de V. S.... y venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle *las manos* y yo los pies como criado que soy de V. Excelencia.»

Explica el Diccionario que la frase *besar la mano* se usa de palabra ó por escrito en señal de urbanidad, y que *besalamano* es esquila con la abreviatura B. L. M., que se redacta en tercera persona y que no lleva firma. Si el pronombre *su* fuese admisible, tendríamos *besasumanos* al mismo tiempo que *besalamanos*, y no nos extrañaría leer que el *Ministro de Hacienda besa su mano al Sr. D. Fulano de Tal*, etc., ni tampoco que al saludarnos algún sujeto empezara diciendo *beso á Vm. su mano*, en vez de *beso á Vm. la mano*, según aconsejan el buen uso y los hablitas.

Textos de gran autoridad para estas cuestiones juzgo los *Formularios de cartas*, libros á mi parecer de gran importancia, y dignos de estudio por revelar más y mejor que otros las costumbres de nuestros antepasados. Desde el siglo xv en adelante hallamos al final de las cartas mensajeras estas cortesías:

Las manos de vuestra señoría besa;

Las manos de vuestra señoría beso;

Besa las manos á vuestra señoría;

Beso las manos á vuestra señoría, etc., etc.

Distinguen y señalan los autores del siglo xvi la gran diferencia que había en usar de una ú otra locución, y cuál se consideraba de mayor ó menor respeto, por ser (añaden) *tan*

delicado esto de las cortesías, que aunque se diga una misma cosa, con sólo ponerlo detrás ó delante hace gran diferencia y es notado el que lo hace. Ponen ejemplos para aclarar su doctrina, y manifiestan que

Las manos de vuestra señoría *besa*, es más que las manos de vuestra señoría *beso*;

Las manos de vuestra señoría *beso*, es más que *beso* las manos á vuestra señoría;

Besa las manos á vuestra señoría, es más que las manos de vuestra señoría *beso*, etc., etc.

Y sigue por este orden llenando páginas el buen Gaspar de Texeda, y haciendo unas distinciones (teológicas que digamos) de cortesías, que á nuestros oídos casi se confunden y quiebran de puro sutiles.

Una pragmática de 1586 abolió las epistolares, previniendo que comenzase la carta ó papel por la razón ó por el negocio, sin poner debajo de la ✠ cruz en lo alto, ni al principio del renglón, ningún título, ni cifra, ni letra, y acabar la carta diciendo *Dios guarde á V. S.*, ó á *Vm.*, ó *Dios os guarde*. Y luego la data del lugar y del tiempo, y tras ella la firma, sin que preceda ninguna cortesía. Lo ordenado en esta disposición, que subsiste hoy en la correspondencia de oficio, debió dar origen á la frase *de la cruz á la fecha*, para significar desde el principio hasta el fin de alguna cosa.

En el siglo XVIII resucitó el besar la mano, diciéndose *besa la mano de Vm.*; y en el XIX nació y hoy subsiste la fórmula *que besa su mano*, á la cual hallamos preferible la de *que le besa la mano*, por las razones que se dejan manifestadas.

Y por cierto que no he podido salir de la duda que tengo hace años, reducida á saber en qué se funda la costumbre de que ahora *la mano* se bese generalmente en singular y *los pies* siempre en plural. Sirva de autoridad y ejemplo que cuando Sancho Panza escuchó la relación de la vida del caballero del Verde Gabán, dice la historia que con devoto corazón y casi lágrimas le besó *los pies* una y muchas veces; y que al recibir nuestro famoso escudero el gobierno de la insula que le mandaba el Duque, le ordenó Don Quijote que se hincase de rodillas y besase *los pies* á su excelencia por la merced que le había hecho. Causaría extrañeza leer al final de carta dirigida á una señora la frase de *le besa el pie* en vez de *los pies*, que es la apuntada en el Diccionario y la que, de palabra ó por escrito, se usa hablando con personas reales, por respeto y sumisión, y con damas, por cortesía y rendimiento. Y es raro, por consecuencia, que no se usen ni se mencionen en el léxico *besalospies* para dirigirse á las señoras, como se usan *besalamanos* para escribir á los caballeros. Debieran existir papeles para cada sexo, ya que son diversas las fórmulas que se emplean con las damas y con los galanes.

Convendría asimismo que se discutiese y aclarase, por ser de gran importancia, el punto que oí proponer á mi excelente amigo Castro y Serrano, quien sostiene, y á mi ver con mucha razón, lo absurdo de la frase con que las mujeres contestan al saludo de..... *Señora!*, á *los pies de Vm.*, diciendo..... *Caballero!*, *beso á Vm. la mano*.

¿Dónde se ha visto, leído ú oído, dice Castro, que las damas españolas besasen en público y como señal de cortesía la mano de los hombres?—Creo que fuera sencillo demostrar

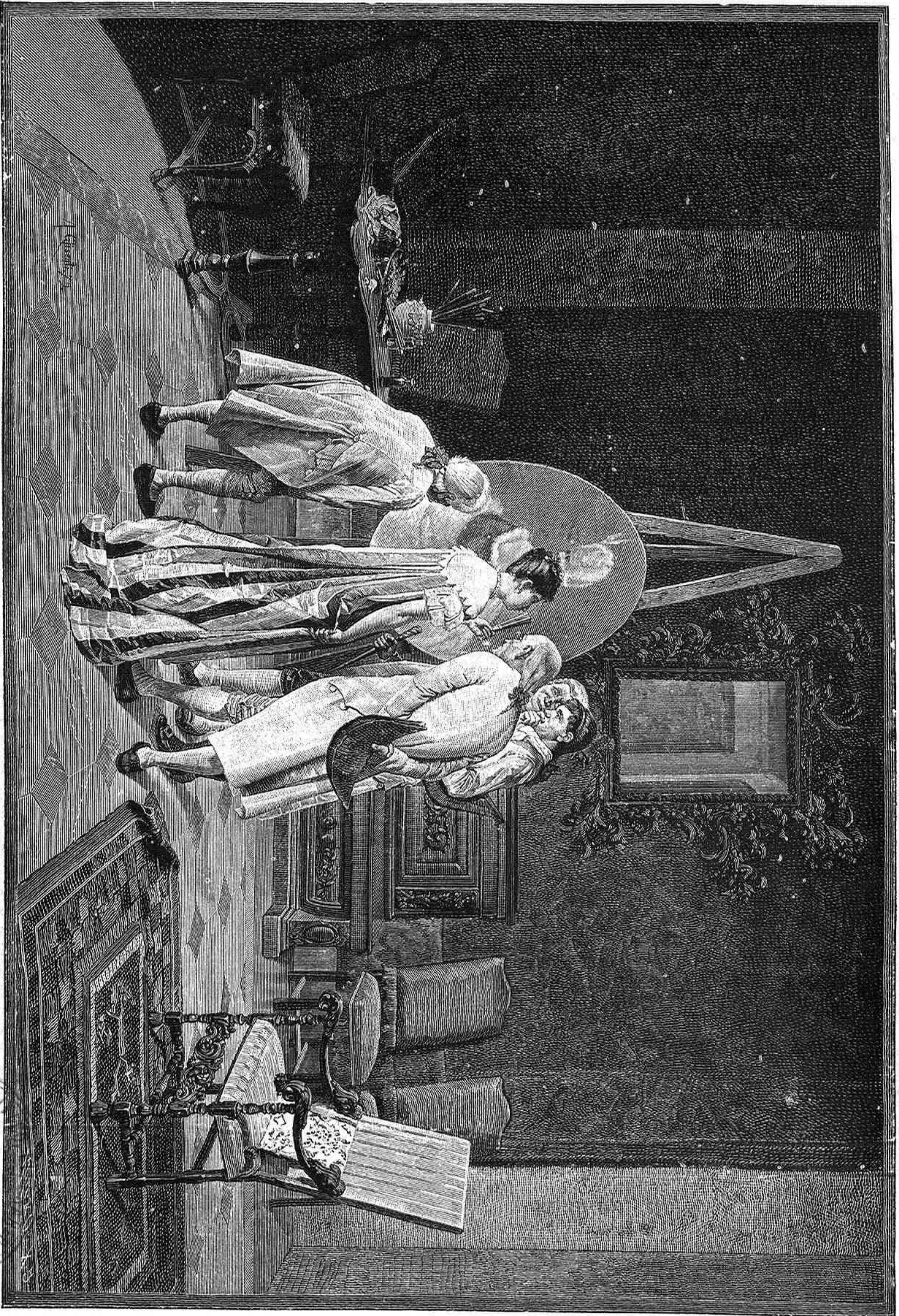
con pinturas, historias, novelas y comedias de los siglos XVI, XVII y XVIII, que los caballeros son los que han besado las manos á las señoras.—Al decir el galán á *los pies de Vm.*, la dama, correspondiendo á semejante señal de cortesía y rendimiento, debe contestar con otra frase que dé á entender:—«muchas gracias»;—«no se humille Vm. tanto»;—«no baje Vm. hasta los pies»;—*caballero, bese Vm. la mano*.—Vemos, pues, que la variante ó trueque de una sola letra ha dado origen á la frase absurda de nuestros tiempos, según la cual se toma el rábano por las hojas y se manifiesta lo contrario de lo que se intenta explicar. Y si es lícito tener al Quijote por biblia de las costumbres españolas, diremos que Sancho suplicó á Dorotea le diese *las manos para besárselas* en señal de que la recibía por su reina y señora...; que Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denuedo fué á *besar las manos* á la Duquesa....., y que cuando el hidalgo hablaba con la semidoncella por el agujero del pajar, le dijo: tomad esa mano.... *no os la doy para que la biséis*, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos y la anchura y espaciosidad de sus venas. Por descabellado juzgaríamos que el Manchego, modelo de caballeros, se dejase besar la mano por las señoras; y no menos que algún galán de Lope ó Calderón admitiese tal prueba de amor ó cortesía por parte de una dama. Si posible fuera tomar declaración á las de nuestros tiempos, seguro estoy de que pocas habrán besado realmente manos varoniles, y muchas las que, á semejanza de Luscinda, habrán permitido que algún Cardenio tome una de sus blancas y bellas manos para llegársela á la boca (casi por fuerza, se entiende), caso que explicó un poeta moderno, diciendo que

El amante logra asir
Dos manos de blanca tez,
Y tras corto resistir,
Se las deja ella oprimir.....
Oprimiéndole á su vez.

§ II.

Queda indicado el gran valor de los *Formularios de cartas* para el estudio de las antiguas costumbres. Consagraremos algunos renglones á semejante materia, por ser indispensables para tratar del *Muy Señor mío*, disparatado ingreso de nuestras cartas, ya que antes nos ocupamos del *que besa su mano*, disparatado final y remate de las mismas.

Desde el siglo XVI al XIX tenemos el *Art y stil pa scriure à totes psones*, de Tomás Perpenya; los formularios de Gaspar Texeda, tan raros como curiosos; el de Juan de Iciar; las *Cartas familiares*, de Diego Martínez, de Juan Vicente y de Paulo Manzanares; el *Secretario de Señores*, de Pérez del Barrio; el *Estilo de cartas*, de Jerónimo Zaldívar, dedicado al cabildo de la iglesia metropolitana de Zaragoza; el *Secretario español*, por Sobrino; la *Práctica de Secretarios*, por D. Gaspar de Ezpeleta, caballero de la orden de Santiago; el *Nuevo estilo de misivas*, por Begas; el *Arte de cartas*, por D. Manuel Thesauo; el *Epítome de la elocuencia*, escrito en verso por Artiga; el *Secretario de Comerciantes*, por Iturburu; el *Arte epistolar*, por Melchor Sas; la *Retórica*, del presbítero Marques Espejo; el *Novísimo Manual*, de Saura; el *Correo*



«ESTUDIO DE PINTOR.»—(Cuadro de A. Glisetti.)

CIENCO GIENTI
MADRID
BIBLIOTECA
ARTISTICA

de amor, de Argimiro Blay; el *Ramillete de los amantes*, por Constanzo..... y otros ciento, sin contar los latinos de Verrepæi, Palmireno, Erasmo, Apollonio, etc., ni los muchos y curiosos formularios manuscritos que tanto abundan en diversas bibliotecas públicas y privadas. Si tales libros merecieran la honra de ser llamados á concurso bibliográfico por algún centro literario, quizá no faltasen plumas autorizadas y discretas que nos reseñasen su historia en Europa, describiendo al por menor los tratados españoles, con sus dedicatorias á príncipes y magnates; sus censuras y aprobaciones por un Lope de Vega y otros preclaros ingenios, y sus versos laudatorios de Espinel y de Cervantes, en demostración de que en ciertas épocas eran necesarios á todas las clases sociales, según advertía el poeta Juan de Tapia al consignar á mediados del siglo XVI en el *Estilo de cartas*, de Iciar, dirigido nada menos que al Ilustre Señor Ruy Gómez de Silva, que

El rústico y el galán
Que son torpes en decir,
Y los que no lo serán,
Con estas cartas podrán
Tener arte de escribir:
Quedarán después de vistas
Todos muy aprovechados,
Teólogos y Juristas,
Los mecánicos artistas
Y diferentes estados.

Si las repetidas ediciones de los actuales formularios son para uso exclusivo del vulgo, y no sirven ni se hallan, por consiguiente, en las secretarías de reyes, príncipes y obispos, en los siglos pasados no sucedía lo mismo. La aceptación y reimpressiones de las *Cartas mensajeras*, del ya citado Gaspar de Texeda, dedicadas por los años de 1547 á 1552 al nuncio don Juan Poggio, obispo de Tropea, al licenciado Galarza, del Consejo de S. M., y al Duque de Frías, condestable de Castilla, justifican la importancia que tuvo dicho libro por aquellas calendas.

Dice allí que el secretario debe ser sabio, fiel y experimentado, y tener el estilo grave y amoroso para poner gusto donde fuere menester.....; que las cartas han de llevar algún zumo, porque las secas no se reciben ni obedecen de buena gana.....; que aquel á quien se escribe amorosamente, hace con voluntad lo que hace el caballo por las espuelas.....; que en una carta, más que en otra ninguna demostración, vemos el retrato de lo que alcanza el que la escribe....., y que quisiera el autor del libro tener la lengua y la pluma de fuego, para quemar el mayor vicio que se puede cometer en el arte del bien escribir. El vicio consiste en poner *el, le, haga, vea y su*, cada cosa de estas sin ninguna *merced*, aunque se le deba á quien se escribe; ó sea que en lugar de decir «haga Vm. lo que le pareciere» dicen «haga él lo que le pareciere»; en vez de «fulano hijo de Vm.,—fulano su hijo», etc., cosas todas que no tienen otro nombre sino una gentil disrección de mala crianza y uso de palabras enfermas y afeminadas.

Numerosas páginas consagra Texeda á los títulos, cortesías y *sobre-escritos*, porque *esto del sobre-escribir avisadamente* (dice) *es menester mirar en ello por ser cosa muy notada*; así como previene, con respecto á las cortesías, *que algunos son mal criados por usar demasiadas, como otros lo son por quitar la que se debe*. Pone la lista de tratamientos para todas las categorías sociales, empezando por

Su Santidad y siguiendo por diversos reyes, príncipes, infantes, grandes, cardenales, arzobispos, obispos, señores, caballeros, ciudades, priores, guardianes, cabildos, monjes, canónigos y religiosos, hasta terminar con los ciudadanos, mercaderes, escribanos y notarios, ó *particulares que sean menos que éstos*.

Con respecto á las mujeres avisa que tienen otra ley en el escribir; y es la de cercenar títulos y cortesías, y ser éstas amorosas. De las viudas en Castilla dice que después de firmar la carta ponen una raya de tinta por su nombre, borrándolo como señal de soledad y tristeza.

Manifiesta que *vos* es el tratamiento más inferior; que después sigue el impersonal, y luego *vuestra merced*; que *excelentísimo* es más que *muy excelente*, é *ilustrísimo* más que *muy ilustre*. Además de estos y otros altos tratamientos, según los dictados de la persona, existían para el uso general, que digamos, los de *inclito, circunspecto, reverendo, espectral, eximio, egregio, noble, magnífico, prudente, virtuoso*, etc.

Fácil es comprender que el mayor número de las cartas empezaba con el superlativo, escribiéndose, v. gr.:

Muy noble señor;

Muy reverendo señor;

Muy magnífico señor, etc.

Aquí se ve que el *muy* se ponía en el lugar conveniente para demostrar el grado sumo de la significación del adjetivo. Pero eran tales las dificultades de aplicar á cada persona el que su vanidad le dictaba, y de tener en la uña la minuciosa escala gradual de Texeda, que así como hoy fuera motivo de queja escribir *Don* en vez de *Señor Don* al que no tiene tal tratamiento de *señoría*, entonces también se enojaba de ser calificado, v. gr., de «prudente»—el que se creía *noble*, ó de «circunspecto»—el que se juzgaba *inclito*. Por eso sin duda manifestó Cristóbal de Castillejo que

Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se recibe,
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.

Para cortar por lo sano, comenzó á fines del siglo XVII la costumbre de abandonar el peliagudo calificativo, empezando las misivas con las voces de *Señor mío* á secas, en las cuales existe rigurosa concordancia gramatical. Llegan los últimos años del XVIII, y entonces nace la peregrina locución de *Muy señor mío* (producto híbrido del *Muy noble* ó *virtuoso señor* y del *Señor mío*), que el uso repetido y constante ha llegado á convertir en eufónica para nuestros oídos.

La Gramática (1880) dice que en la mencionada frase el *muy* modifica al *señor*. Así será; pero entendiéndose que la tal modificación pretende elevar y engrandecer, que no deprimir al *señorío*. Y como el término de cortesía *señor* es sustantivo masculino de los que no admiten para el caso que nos ocupa aumento ni disminución, resulta que *muy señor mío* viene á ser como si dijéramos — *muy brigadier mío* — *muy abogado mío* — ó *muy canónigo mío*.— Si *muy señor* indicase más respeto y consideración que *señor* sólo, tengo por cierto que á los reyes se les diría *muy señor*, y que en el Credo, Ave Maria, Salve, Confesión y Artículos de la Fe se hubiera puesto —creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro

muy señor.....; llena eres de gracia, el *muy* señor es contigo.....; ea, pues, *muy* señora abogada nuestra.....; para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro *muy* señor.....; que roguéis por mí á Dios nuestro *muy* señor.....; creo que nuestro *muy* señor Jesucristo nació de Santa María Virgen....., y por último, empezariamos el acto de contrición exclamando: *Muy* señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

Repito, pues, que la causa y origen del *muy* señor mío nos la dan los citados formularios de cartas. Súplase el adjetivo magnífico, noble, virtuoso, ilustre ú otro de ellos, y resultará claro y gramatical que se ha querido decir—muy ilustre—ó—muy virtuoso—ó—muy noble—ó—muy magnífico *señor mío*.

Para confirmar el aserto de que la redacción de las misivas revela algo de las ideas y estado social de cada época, copiaré algunas muestras de los formularios correspondientes al primer tercio del siglo XVIII.

Dicen así:

UNA SEÑORA SE QUEXA DEL PRESIDENTE DE LA SALA POR LA PRISIÓN DE UN CRIADO.



Señor mío: esta mañana he echado de menos en mi asistencia á Don N., paje mío, y al preguntar el motivo de faltar de ella, me han respondido que la ronda que anoche iba mandando el Alcalde Don N. le llevó preso á la cárcel, sin más motivo (enfádame el decirlo) que de haberle encontrado á deshora paseando las calles, con aquella alentada libertad que suele disimularse á hombres mozos, cuando no la mezclan con perjudiciales é indecentes travesuras. Yo creyera que sólo el nombre de criado mío podría ser bastante para indultarle de la prisión; pero sin duda debo persuadirme de que ignorantes y poco advertidos los ministros, se olvidaron de esta obligación. V. S. me haga el gusto de mandar ponerle luego en libertad, y advertir para otra vez que por motivos tan menores no se ha de avergonzar con el público de una cárcel á quien viste mi librea, pues me bastará el menor aviso de sus inquietudes para que yo las castigue con mis severidades.—Guarde Dios, etc.

RESPUESTA.



Excmo. señora:

Señora: Hasta ahora que leo el nombre de V. E. en el papel con que se es servida honrarme, no había oído en el preso que la ronda hizo anoche el de criado de V. E., ni puedo persuadirme á que lo supiese el Alcalde Don N., porque tiene muy bien aprendidas las obligaciones de atento; y aunque por nuestra ignorancia no merecíamos toda la mortificación con que V. E. viste las expresiones de su orden, la venero como es justo y obedezco como debo, enviándole á V. E. con libertad á Don N., bastándole la sola prerrogativa

de criado de V. E. (con cuyo título todos nos honramos), para que yo cese en el intento de la averiguación del por qué á hora tan irregular andaba buscando los peligros en la soledad de las calles.—Guarde Dios á V. E., etc.

CARTA DE PASQUAS, CON TRATAMIENTO DE SEÑORÍA.



Señor mío: En este festivo tiempo de Pasquas, llego á ofrecirme gustoso al servicio de V. S., más por deuda forzosa de mi obligación, que cumplimiento molesto del común estilo, y lográndolas V. S. con todo el lleno de gozo que le previene mi buen afecto, debo yo asegurármelas muy dichosas, mayormente mereciendo mi obediencia que la libre V. S. de la ociosidad en que la tiene, con repetidos empleos de su mayor agrado y satisfacción, cuya vida guarde nuestro Señor los muchos años que deseo.—Zaragoza y Diciembre á 13 de 1721.—B. L. M. de V. S., su más cierto y seguro servidor, D. N.—Señor Don N.

RESPUESTA, CON TRATAMIENTO DE MERCED.



Señor mío: Recibo la de Vm. de 13 de éste, en que continuándome sus favores, se sirve anunciarme las Pasquas del Nacimiento de nuestro Señor; y admitiendo mi estimación su atenta y grata memoria de Vm., estaré igualmente gozoso de que la Divina Clemencia se las comunique á Vm. con el lleno de las mayores felicidades, y que no se olvide Vm. de mandarme con repetidos empleos de su agrado y satisfacción, cuya vida guarde Dios los muchos años que deseo. Madrid y Diciembre á 22 de 1721.—B. L. M. de Vm., su más afecto servidor, D. N.—Señor Don N.

Hoy nos sorprende y admira la redacción de semejantes cartas, por su olor á espadín y peluca. Entré los papeles de amantes, *materia peligrosa* al decir del M. R. P. Presentado Fray Joseph Pinedo, censor del libro, se hallan los que copio:

SEGUNDO PAPEL QUE ESCRIBE UN GALÁN Á UNA SEÑORA, QUE BIEN QUIERE, DÁNDOLA Á ENTENDER POR ÉL SU AFICIÓN.

Señora: Segunda vez vuelvo á tomar la pluma entre medroso y confuso, dudando si en cuenta de lo rendido se me perdonará lo osado; mi delito consiste en querer á Vmd.; y si éste lo es, confíesole y como reo me expongo al castigo de las iras de Vmd., que siendo tuyas las tendré por dulces, con propósito no de enmendarme, y sí de continuar la empresa hasta tanto que merezca saber si Vmd. me hará dichoso dándome permiso para que en la hoguera de mi ardor arda continuamente la memoria de Vdm., de quien espero se ha de dar por servida de mi fina voluntad, si no para corresponderla como agradecida, compadeciéndose lastimada. Guarde Dios á Vmd. más que á mí, etc.



«EN LA FUENTE.»—(Cuadro de Schleginger.)



RESPUESTA DE LA DAMA, ADMITIENDO.

Señor mío: Sus corteses expresiones de Vmd. disculpan el atrevimiento, aunque debe Vmd. advertir que las mujeres de mis obligaciones deben, por razón de estado, hacer gala de altivas sin incurrir en la nota de ingratas, asegurándole á Vmd. que el continuo paseo de mi calle y mirar mis ventanas ha puesto mi descuido en reparo, noticiándole por otra que aunque no esté en posesión de admitido, no desagrada con lo que sirve. Dios guarde á Vmd. muchos años, etc.

RESPUESTA DE LA DAMA, EXTRAÑANDO LA DECLARACIÓN DEL GALÁN.

Señor mío: El más propio y severo castigo para su atrevido y licencioso papel de Vm., era el dejarle yo sin respuesta; pero para no darle lugar á que me ofenda ni aun con la duda de pensar si el callar podría ser parte de conceder, he tomado la pluma (sin reparar en que es gastar el papel en lo menos digno) para hacerle ver á Vm. el desengaño y la novedad que me ha hecho el que la mal pensada proposición de Vm. haya podido haber, ni aun como ente de razón, en su pensamiento. Guarde Dios, etc.

PAPEL DE UNA DAMA Á UN GALÁN COBARDE.

Afición es solamente la que me obliga á escribiros. Así no amor, que no estoy tan ciega. Si queréis ser venturoso, no seáis cobarde; que yo que intento ser entendida, os doy de esta suerte la mano para levantaros. No perdáis la ocasión, pues en ella consiste vuestra ventura. *Quien pretende ser vuestra igual.*

Creo que á las damas y galanes de nuestros tiempos les produciría desamor la lectura de semejantes papeles, que habían de sospechar hijos de pluma burlona y maleante ó de gente falta de razón y de juicio.

En la actualidad se reimprimen y tienen gran despacho las fórmulas de cartas redactadas á la moderna, que el vulgo alto y bajo usa como norte y guía para sus escritos. El formulario viene á ser el ropaje de la idea, y nada más cómodo que hallar un vestido á la moda ya listo y arreglado. La sociedad se halla bajo la presión de una atmósfera de formularios, de la cual le es imposible separarse. Á formularios se sujetan las ceremonias, oraciones y certificados de la Iglesia en bautismos, matrimonios y entierros. Copia de la fórmula usada en los antiguos tiempos son las cartas llamadas *de ruego y encargo* que en nuestros días dirigen los Reyes de España á los *Reverendos en Cristo Padres Arzobispos y Obispos* en ciertas y determinadas ocasiones. Á fórmulas se arreglan las misivas que unos á otros se escriben los soberanos. Con fórmula se redactaban los antiguos privilegios rodados, cartas plomadas, cédulas, albalaes y pragmáticas, lo mismo que hoy se extienden las leyes, decretos y reales órdenes. Las bulas de carne, de cruzada y de difuntos, y los títulos y diplomas de cargos civiles y militares, cruces y honores, se copian de formulario. Los pleitos, sentencias, escrituras y otros productos de golillas y curiales, modelos en su mayor número de la minerva más ridícula, mazorral y grotesca que puede exhibir el habla castellana, nacen de

plantillas y formularios. De fórmula son muchos discursos del parlamento, muchos artículos de fondo y muchas reseñas de bodas, saraos, bailes, fiestas y banquetes, que imprimen los periódicos. Las participaciones de casamiento y defunción; los carteles de toros, teatros y novenas; los billetes de lotería ó de banco; las letras, recibos, pagarés y otros infinitos documentos, obedecen también á fórmulas ciertas, fijas y determinadas.

Y hasta las Academias científicas ó literarias, que representan el *non plus ultra* del saber humano, toleran, admiten, usan y sancionan la aplicación de un formulario que convierte al individuo en juez de su propia causa. Y el pobre electo todo conmovido, y vergonzoso, y turulato, y abochornado, según nos explica, al verse tan sin merecerlo en aquel augusto recinto, se cubre un poco con la garnacha de la modestia y declara paladinamente su insuficiencia, rudo ingenio, pobreza de fama, exiguo valer, propia pequeñez, cortos trabajos, escasos merecimientos, falta de ciencia, humildad de doctrina, y otras mil lindezas por el estilo, que parecen indicar á la corporación que anduvo desacertada y torpe en elegir, ó que abre para el ingreso las puertas de la misericordia y no las de la justicia.

Aplauso y loa merecen aquellos sabios y literatos (pocos en verdad) que en semejante ocasión no han levantado la bandera de la modestia ni se han acogido á la sombra del formulario. Y vitores merece también el insigne poeta dramático que en el preámbulo de su discurso de recepción espetó á la Academia Española las siguientes palabras: «Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oídos de escuchar el poco variable tema con que los académicos electos se esfuerzan en obscurecer sus propios merecimientos, impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud la benevolencia del voto con que los habéis favorecido, y conozco lo mucho que de estéril tiene una fórmula tan admitida como exhausta de originalidad.....» (1).

Bien sé que el autor de estos renglones no tuvo la intención que he querido atribuirle; pero, en fin, si semejante indirecta hubiese anulado la costumbre académica, claro es que en el discurso de contestación no leeríamos (porque muerto el perro, acabada la rabia) lo de que en el brillante, luminoso, bello, filosófico, útil ó elocuente discurso *que acabáis de oír*, se contiene la prueba del mérito del nuevo compañero, cuyo ingreso es motivo de júbilo para la corporación. Existen, pues, dos fórmulas recíprocas á las cuales, si no podemos aplicar el igualmente ciertas de los matemáticos, no se les negarán dotes de finura, educación y buena crianza. ¡Que vivan mil años para bien de las letras y galardón de la modestia!

§ III.

Creo que el resumen de cuanto queda manifestado se halla en los corolarios siguientes:

(1) La persona que dudase si este párrafo es ó no de D. Tomás Rodríguez Rubí, puede consultar el tomo II, página 417, de la obra intitulada *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1817 la Real Academia Española. Madrid, Imprenta Nacional, 1860.*—En este libro se falta á la buena costumbre de apuntar el día, mes y año en que se leyó cada discurso, novedad que hallamos indigna de imitación y de aplauso.

PRIMERO. Que conviene conservar las fórmulas, por mentirosas que sean, pues sabiéndose de antemano que carecen de verdad, nadie puede llamarse á engaño con lo que ellas digan.

SEGUNDO. Que la mentira puede y debe expresarse sin faltar á las leyes de la gramática y del bien decir, según prueban, entre otras, las fórmulas usadas en los discursos de recepciones académicas.

TERCERO. Que en tal supuesto parecen más correctas las frases de *Señor mío*, *Querido señor*, *Muy querido señor*, ú otra equivalente á las usadas hoy en varias naciones de Europa, que la española de *Muy señor mío*, la cual casi (y sin casi) puede calificarse de ridícula, porque según el Diccionario significa ó es igual á... *Señorón mío*.

CUARTO. Que las damas nada arriesgaban en trocar el engaño del—*bese á Vm. la mano*—con la falsedad de *bese Vm. la mano*, por ser ésta más lógica y galante, y hallarse fundada en las antiguas costumbres españolas.

QUINTO. Que juzgamos preferible, por lo claro y clásico,

escribir al final de las cartas mensajeras *que le besa la mano*, en vez de *que besa su mano*.

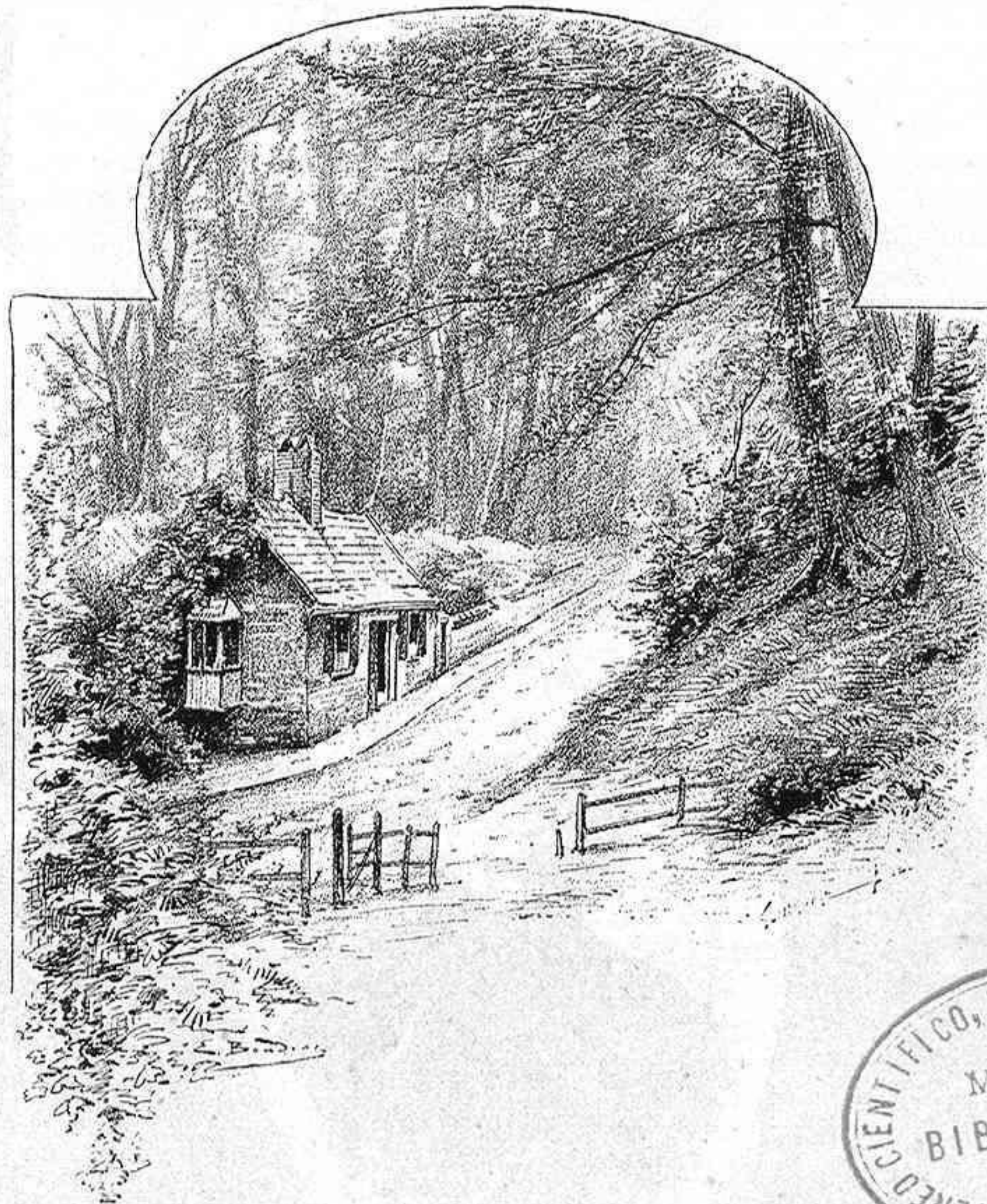
SEXTO. Que es tan corta la substancia del presente artículo, y tan fútiles, insignificantes y de escaso interés los temas que en él se apuntan, que bien pudiera ofrecerse un premio de diez mil pesetas á quien presentase otro más baladí, más trivial y peor hilado.

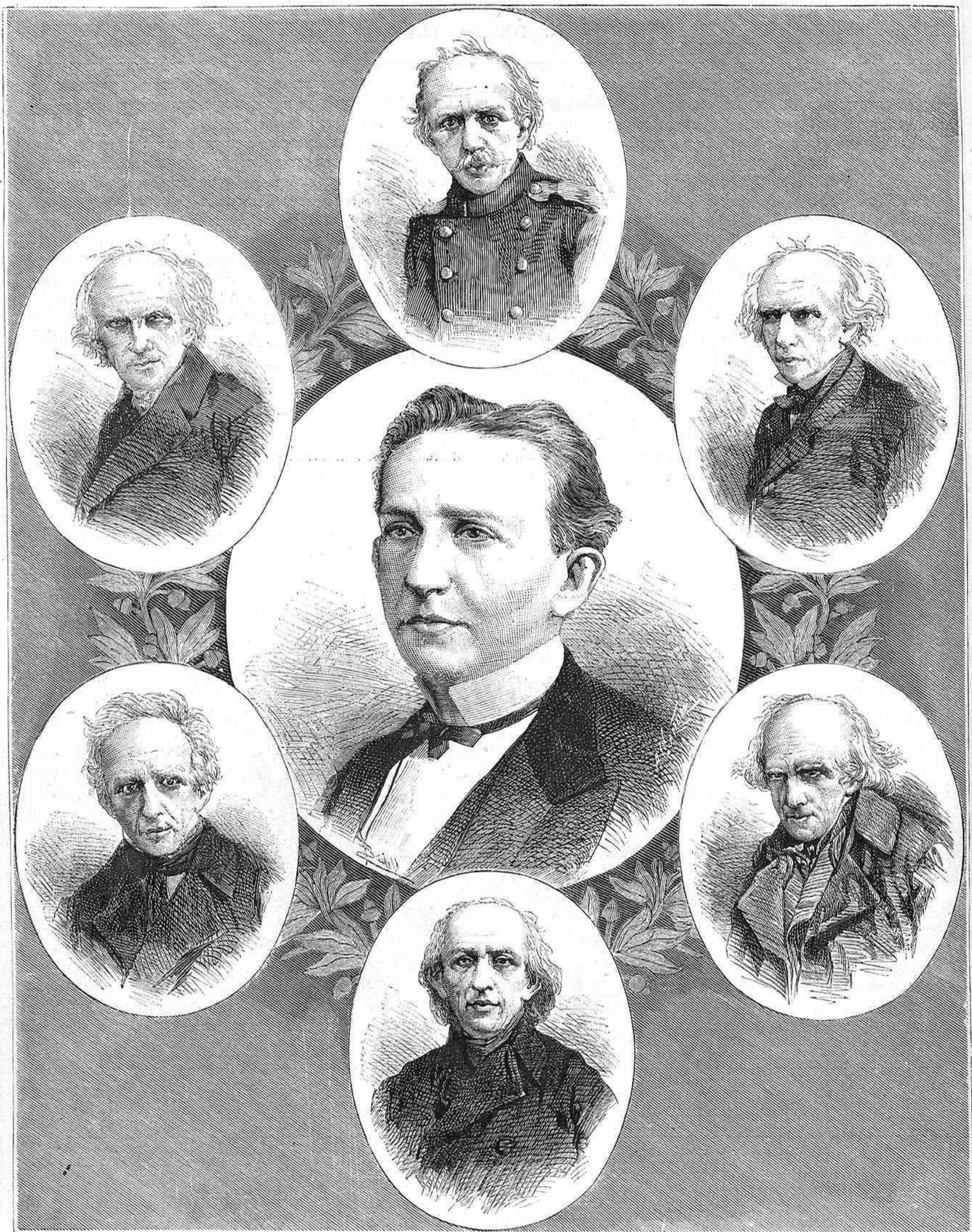
Y como unos lectores tendrán esto último por mera fórmula académica, y otros por expresión de la verdad, me conviene decir, con el célebre mono adivino de Maese Pedro, *que parte de las cosas son falsas y parte verisímiles, y que si quieren saber más, el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, pues por ahora se le ha acabado la virtud* al

DOCTOR THEBUSSEM,

Cartero honorario de España y de sus Indias.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia) y Julio á 27 de 1886 años.





EL ACTOR D. JOAQUÍN ARJONA.

«LA ESCALA DE LA VIDA.»
«UN AVARO.»

«LA ALDEA DE SAN LORENZO.»
«UN AGENTE DE POLICÍA.»

«LOS LAZOS DE LA FAMILIA.»
«EL TÍO TARARIRA.»



EL INSIGNE ACTOR ESPAÑOL JOAQUIN ARJONA.

I.

DESDE que en el siglo XVII dijo Boileau que *la crítica es fácil y el arte difícil* (y á fuer de preceptista y de crítico debía saberlo, máxime siendo también elegante cultivador de la poesía) han repetido ese aforismo cien y cien veces, sin que hasta ahora se haya tomado nadie, que yo sepa, el trabajo de comprobar su completa exactitud. Dicho sea con perdón de aquel esclarecido maestro considerado largo tiempo como un oráculo y mirado actualmente con injusto desdén, de los dos términos de su antedicha proposición sólo el segundo me parece incontestable. Pero no proponiéndome dilucidar hoy este punto ni enumerar aquí las dificultades de la crítica, tan grandes, á mi juicio, como las del arte, aunque de naturaleza muy diferente, habré de concretarme á reconocer que en efecto el arte es difícil, sean cualesquiera el objeto á que se dirija y los medios que emplee para hablar al alma.

Dando por sentado que realizar obras de arte es ardua cosa, en lo cual no hay divergencia de pareceres, cumple á mi actual propósito añadir que en el ancho círculo de las manifestaciones artísticas hay unas más difíciles que otras, que acaso ninguna excede en dificultades á la representación teatral, como encargada de mostrar la realidad de la vida en apariencia que ilusione y cause interés, poniendo en relieve á los ojos del espectador, con tinte poético, pero esencialmente verdadero, y á veces en todo su desarrollo, pasiones y caracteres humanos.

Si se atiende bien á los peculiares medios de expresión de las distintas bellas artes, y muy en particular á los que son ineludible instrumento de las figurativas ó plásticas, nadie juzgará exagerado este parecer. Lo mismo el pintor que el escultor cuyas obras de mérito viven y se perpetúan (teniendo además la ventaja de poder ser quilatadas exactamente en todas partes y en todas épocas), aunque la llama del genio los ilumine y posean las facultades imaginativa y sensitiva más extraordinarias y vigorosas, no les será dado representar en ninguna de sus creaciones donde figure como principal elemento el ser humano sino un momento de la vida. En cambio el actor encargado de interpretar cualquier personaje importante del poema escénico ha menester representarlo en muchos momentos, y hasta en los varios accidentes de una vida entera, no sólo manteniendo sin alteración la unidad é identidad del carácter que lo determine, sino modificándola según los casos en armonía con los afectos que le muevan ó con las diversas circunstancias en que se encuentre durante el curso de la acción. Esta variedad de matices y de pormenores adecuados á la índole de cada cual de las situaciones por que el interlocutor vaya pasando, no menos indispensable que la unidad fundamental

del carácter que haya el artista de animar é individualizar en las tablas, sobre exigir estudio constante de la sociedad, de las costumbres, de los sentimientos, de cuanto es propio del hombre ó puede influir de algún modo en sus acciones y suscitar lógicamente su manera de proceder, requiere en el actor dramático dotes y facultades personales que para nada necesitan los que profesan artes como la pintura ó la escultura.

Si á esas dificultades inherentes á las peculiares condiciones de la representación teatral se une la triste idea de que la inspiración del actor, aun la más sublime y más felizmente expresada, además de nacer y morir en un mismo punto, ha de reproducirse cada vez que se ejecute el poema que le sirva de fundamento; si se tiene en consideración que, por lo fugaz de su naturaleza, el mérito de inspiración tan costosa no puede ser bien conocido ni apreciado sino de aquellas personas que hayan asistido á las representaciones de la comedia ó del drama que el actor interprete, ¿cómo no admirar la abnegación y entusiasmo del que sigue tan espionosa carrera? ¿Cómo no aplaudir un amor al arte condenado por ley fatal á no legar á los futuros ningún testimonio permanente que dé razón de sus calidades y que justifique su gloria? Tal es, no obstante, la inevitable condición á que se reduce el hombre de superior talento que consagra la actividad de su espíritu á la representación escénica, y que logra conmover ó encantar á sabios é indoctos en la esfera del teatro. Al número de los heroicos é inspirados artistas dedicados desde la primera juventud con incansable avidez y con sediento amor de gloria á las fatigas de la escena, tan fecundas en grandes placeres y en grandísimos sinsabores, perteneció el egregio actor JOAQUÍN ARJONA, honra del arte dramático español del presente siglo.

Cuando Arjona comenzó á brillar en nuestros mejores teatros, la situación de los de España era menos deplorable que hoy día, sobre todo en lo concerniente á los tres principales factores de la representación dramática: el *poeta*, el *actor* y el *público*. Entonces los poetas cómicos se llamaban Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega; los dramáticos Martínez de la Rosa, Larra, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, y algo después Tamayo y Adelardo Ayala, sucesores unos de nuestra gran pléyada de ingenios de los siglos de oro, soles otros del drama contemporáneo, llevado por ellos á un grado de perfección no igualado, ni mucho menos excedido, posteriormente. Entonces contaba la escena española entre sus astros de primera magnitud actrices como Joaquina y Teresa Baus; como Pepa Palma, Pepa Valero y Matilde Díez; como Bárbara y Teodora Lamadrid; y actores como Latorre, Caprara, García Luna, Mate, Valero, Cubas, Guzmán, Julián Romea, Lombía, Montañó, y varios más que no han tenido (salvo rarísimas excepciones) quien dignamente los reemplace. Entonces también era el público

muy distinto de lo que es ahora, porque todavía no lo habían civilizado los aires de la libertad sin freno hasta el punto de hacerle posponer obras de verdadera belleza artística, eficaces para interesar á espíritus bien cultivados, á producciones sin sustancia, cuando no á las estupideces ó vilezas de caricaturas políticas groseramente personales.

Y no se crea que al hacer esta observación pago tributo al común sentir de los que opinan que para los viejos

cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Aunque me encuentro ya muy distante de la juventud, no soy de los que reniegan del tiempo en que viven, ni de los que desconocen ó afectan desconocer sus inconvenientes y sus ventajas. Seguro estoy de que cuantas personas hayan visto representar á los actores y actrices mencionados anteriormente convendrán con este dictamen, no lo estimarán consecuencia de sistemática preocupación en favor del tiempo pasado. Porque bien mirado, si prescindimos del anciano Valero, raro ejemplar de la eterna juventud del alma, que se ha sobrevivido á sí propio, y en quien las facultades físicas tan indispensables para el actor no pueden ahora menos de resentirse al peso de la edad que abrumba al laureado octogenario; si hacemos caso omiso de Vico, de Mario, de Rafael Calvo, de Victorino Tamayo, y de algunos otros como Cepillo y Mata, ¿dónde están hoy los aventajados sucesores, no ya de aquellos preclaros maestros, sino de artistas como Manuel y Fernando Ossorio; como José Calvo, tan notable en *Virginia* y en *La Ricahembra*; como Esteban del Río, chistoso continuador de la castiza tradición de Cubas; como el padre de los Tamayos, tan bien inspirado en *Teresa*, en *Doña Mencía*, y en mil otras producciones; como Pizarroso, acertadísimo en *Dalila* y en *Crisálida y mariposa*; como Caltañazor; como Enrique Arjona, á quien dejó en sombra la gran fama de su hermano Joaquín, y que en papeles de característico rayó tan alto como el que más? Y tratándose de actrices, desde que en la flor de su juventud y en la plenitud de su gloria se retiró voluntariamente del teatro Elisa Boldún, ¿cuál, sino Elisa Mendoza Tenorio, ha logrado alguna vez elevarse á la altura en que alcanzaron tantos y tan legítimos triunfos Joaquina Baus, Teodora Lamadrid y Matilde Díez? Ciertamente que María Tubau es actriz de dotes muy recomendables, y que á Pepita Hijosa, que al principio de su carrera dió muestras de superior talento en *Lances de honor* (soberana creación de nuestro admirable Tamayo), le ha perjudicado mucho haber vivido largo tiempo alejada de la escena; pero aunque así no fuese, una golondrina no hace verano, según dice el adagio vulgar. El hecho es que son pocas, muy pocas las actrices que entre nosotros pueden hoy satisfacer, en ninguno de los diversos géneros dramáticos, á las personas ilustradas y de buen gusto.

Hay más aún, y eso es quizá lo que principalmente me ha decidido á escribir estos renglones. Por lo mismo que el actor dramático no lega á la posteridad monumento alguno donde pueda apreciarse con entero conocimiento de causa el valor de sus facultades y de su talento; por lo mismo que su fama póstuma depende de la opinión ó de la buena voluntad de sus contemporáneos, es en éstos casi un deber, que puede considerarse cual obra meritoria y plausible, poner las cosas en su punto y hacer justicia al mérito verdadero. El de Ar-

jona, estimado en vida cumplidamente por críticos juiciosos é imparciales, no ha tenido después de su muerte la resonancia que el de otros actores célebres coetáneos suyos á quienes el arte no debió tanto como á él, y que no han dejado á su paso por el teatro nacional estela tan luminosa y fecunda. ¿No es esta razón bastante para consagrar un recuerdo á la memoria del actor insigne?

II.

D. Joaquín Arjona y Ferrer nació el año de 1817 en la hermosa reina del Guadalquivir, donde vió también por primera vez la luz del día el eminente decano de nuestros actores, D. José Valero, digno rival de cuantos han sobresalido en nuestra época, ya en la tragedia y en el drama, ya en la comedia de costumbres ó en piececillas meramente divertidas. Fueron padres del héroe de esta narración el coronel D. Manuel de Arjona, hermano del celeberrimo Asistente de Sevilla D. José Manuel de Arjona (que tanto procuró hermosear la ciudad del Betis, y á quien su extraordinario poder é incontrastable autoridad hicieron que los sevillanos le apellidasen hiperbólicamente *Rey de las Andalucías*), y la actriz D.^a Josefa de Nicolás Ferrer, que á su natural donosura, claro ingenio y finos modales unía en el teatro singular espontaneidad para expresar y dar valor á los chistes, prendas que le valieron gran fama en el género cómico y le conquistaron alta posición entre las actrices que por entonces se denominaban *graciosas*.

De distinto carácter, aunque ambos de noble índole y ánimo despierto, Joaquín Arjona y su hermano mayor Enrique recibieron desde un principio esmerada educación, merced á la cuidadosa solicitud del cariño maternal. En los días de la niñez, y aun en los primeros de la juventud, mostrábase Enrique de genio alborotado é impetuoso, tenaz en sus voluntariedades, aficionadísimo á divertirse, y no muy apegado al estudio; viéndose obligada su madre á ser con él en ocasiones muy rigurosa, para enfrenarle un tanto y poner coto á sus muchachadas ó travesuras. Joaquín, al contrario, manifestó desde luego profundo amor al saber, espíritu juicioso y reflexivo, y un empeño tal en no dar disgustos á su madre, que le granjeó lugar preferente en el corazón de aquella señora, amantísima de todos los suyos.

Como los recuerdos de la niñez se graban en el alma de un modo que no se borra jamás, pareceme estar viendo aún á Joaquín Arjona según le ví por vez primera en los ya remotos días en que tuve el gusto de conocerle. Tendría yo entonces unos ocho años: acababa de entrar con mi muy querido amigo Carlos Solano (que heredó después el título de Marqués de Monsalud y hasta su reciente y doloroso fallecimiento me ha conservado fraternal cariño) en el Colegio que dirigía en Sevilla D. Andrés del Pino Auriolés, contiguo á la iglesia parroquial de San Martín. Entre los muchachos á quienes, por su constante aplicación y felicísima aptitud, estimaba con particular predilección aquel hábil y bondadoso maestro, se llevaba la palma Joaquín Arjona. El que andando el tiempo había de ser gloria de la escena, era de todos los chicos que se denominaban allí *mayores* quien más sobresalía en cuantas materias se estudiaban, distinguiéndose principalmente en los ejercicios de lectura, lo mismo en prosa que en verso.



CASCO QUE PERTENECIÓ A D. JUAN DE AUSTRIA, EXISTENTE EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID. — (De fotografía de Laurent.)



A pesar de que nos llevaba algunos años, Solano y yo tardamos poco en hacer amistad íntima con Arjona, en darle atenciones y preferencias que no tenía con otros compañeros de nuestra edad, modernos como nosotros. Había en aquella casa la piadosa costumbre de celebrar á 13 de Agosto el día de San Casiano, maestro de escuela en Ímola, martirizado por no haber querido renegar de la fe cristiana, y del cual hace Prudencio en sus hermosísimos himnos honrosa conmemoración. Á tan solemne fiesta asistían convidadas, amén de varias personas notables, las familias de los educandos. Los ejercicios que se ejecutaban consistían en coros cantados por los alumnos, en un discurso alusivo á la vida, virtudes y excelencias del Santo mártir, y en la recitación de algunas composiciones poéticas. Para la lectura del discurso fué elegido Joaquín Arjona, como el más aventajado entre los discípulos de mayor edad. Solano y yo tuvimos la satisfacción de ser escogidos para recitar las poesías, aunque pertenecíamos al número de los llamados *menores* y hacía pocos meses que estábamos en el Colegio. Todavía recuerdo la especie de infantil orgullo que despertó en mí la cariñosa indulgencia de aquel respetable auditorio. Aún me figuro estar oyendo los calorosos aplausos que la lectura del discurso proporcionó al que tantos había de recibir en los principales teatros de nuestra península y en varios de la América española. ¡Quién me hubiera dicho entonces, al oír con gozo entrañable aquellos primeros aplausos tributados en público á Joaquín Arjona, que más de cuarenta años después había de oír también los últimos en acto de muy distinta naturaleza, pero de gran solemnidad y esplendor, en el que ambos tomamos parte, como en la fiesta de San Casiano, ante un auditorio, si menos íntimo y familiar, mucho más brillante y numeroso!

Á poco de haberse celebrado en el bien acreditado Colegio de D. Andrés del Pino la mencionada fiesta del 13 de Agosto, abandonó Arjona aquellas aulas para emprender, en las que los PP. Jesuitas de la calle Real de San Marcos ilustraban con sus fecundas lecciones, el estudio del latín y de las humanidades. De igual suerte que en la primera enseñanza logró Arjona en breve sobresalir en sus nuevos estudios, captándose desde luego por su aplicación y buena conducta la afectuosa benevolencia de los reverendos maestros encargados de aleccionarle y dirigirle.

Á esta época se remonta el primero de sus triunfos escénicos, al cual se debió tal vez que empezase á germinar en su alma la idea de seguir la profesión teatral, en vez de la carrera universitaria á que le destinaban sus padres.

Por aquel tiempo (debió ser á fines de 1830 ó á principios de 1831) figuraba en el Teatro Principal de Sevilla, situado entonces en la calle de la Muela con vuelta á la de San Acacio, la mejor compañía dramática de España. Era su empresario y director el celeberrimo francés D. Juan Grimaldi, persona de gran ilustración y de carácter muy varonil, cuyas discretas advertencias y sanos consejos habían formado ó mejorado á nuestros principales actores, y el cual contribuyó más adelante á echar los cimientos de la fama artística de Julián Romea, ensayándole con particular esmero el difícil papel de *Glocester* en *Los Hijos de Eduardo*, primero de sus grandes triunfos teatrales. En dicha compañía figuraban como primera actriz la famosa Concepción Rodríguez, esposa del director, á la que no igualaba ni mucho menos

aventajaba entre nosotros ninguna otra, y como primer actor el insigne Carlos Latorre, á quien, en el género trágico especialmente, tampoco igualaba ni excedía por aquel tiempo ninguno de sus rivales. Había, además, en tan selecta reunión de artistas dramáticos y cómicos personas de tanto mérito como Bárbara Lamadrid, Joaquín Caprara y el ingenioso y chistosísimo Cubas. En esta compañía ocupaba con general estimación la plaza de *primera graciosa* Pepa Ferrer, según llamaban todos en el teatro á la madre de Joaquín Arjona. Utilizando el arte con que éste declamaba y la extraordinaria precocidad de Teodora Lamadrid, niña entonces de muy cortos años, dispuso Grimaldi para un beneficio la representación del drama traducido del francés con el título de *Pablo y Virginia*, encargando los respectivos papeles de protagonistas á los dos niños citados, verdaderos actores en miniatura. El éxito sobrepusó á cuanto podía esperarse. La obra hubo de repetirse varias veces durante la temporada con gran aplauso del público. Sin embargo de ello, el entusiasmo con que los espectadores acogieron la feliz interpretación del interesante papel de *Pablo*, que hubiera podido engreír á cualquier artista de acrisolada reputación, no desvaneció á Joaquín Arjona á pesar de que contaba tan pocos años, ni le apartó por un momento de los estudios preparatorios de la carrera á que se habían propuesto dedicarle.

Continuólos en Zaragoza, á cuyo teatro fué contratada Pépa Ferrer el año siguiente. En los inmediatos sucesivos prosiguió estudiando con igual perseverancia en la opulenta Barcelona, á donde por igual razón tuvo que marchar con su familia. Dejándose llevar en aquel emporio de cultura del constante afán de ilustrarse con varios conocimientos, dedicóse con ahinco al francés, idioma que llegó á escribir y hablar correctamente; sobresaliendo al par, durante los años 33 y 34, en el estudio de las matemáticas, de la música y del dibujo. No contando por entonces con otro apoyo que el de su madre ni con más bienes de fortuna que su despejado entendimiento, puso Arjona este capital á *ganancia de luces y virtudes*, como alguien ha dicho. En su vivo anhelo de ser útil á la que tanto se desvelaba y sacrificaba por educarlo bien y proporcionarle medios de adquirir una posición honrosa (dado que para recoger el fruto de cualquier carrera facultativa necesitaba emplear bastantes años sin posibilidad de inmediata ganancia), discurrió que el mejor modo de no serle gravoso y de corresponder á sus esfuerzos era consagrarse desde luego á la escena, con la cual le habían ya familiarizado y connaturalizado hasta cierto punto la profesión de su madre y la circunstancia de haber ejecutado con buen éxito, desde que representó en Sevilla *Pablo y Virginia*, varios papeles de niño. Renunció, pues, á seguir la carrera de medicina, que contrariaba su natural vocación, y obtenido el beneplácito materno decidió arrostrar los inconvenientes y peligros de la del teatro.

III.

Por aquel tiempo era más difícil que lo ha sido posteriormente escalar de improviso altas posiciones en política, en administración, en artes ó en literatura. Conservábanse aún mejores hábitos de disciplina en las distintas esferas de la

vida social, y no era dable, por lo tanto, á cualquier astuto ú osado advenedizo atribuirse la calidad de personaje ó de genio, ya merced al interesado empuje de una pandilla de secuaces, ya por indiscreto favor de unos cuantos amigos, bastante ciegos ó despreocupados para ir contra el viento empuñándose atrevidamente en deslumbrar y enbaucar á la multitud con el fin de someterla al propio dictamen. Cediendo al influjo de estas circunstancias, Arjona empezó por el principio su carrera de actor, cuando aun no contaba diez y ocho años de edad, contratándose en la Cuaresma de 1835 para la compañía donde iba á figurar su madre en primera línea, y que debía actuar desde Pascua de Resurrección en el teatro de Granada. Á pesar de sus felices disposiciones y de su varia ilustración, superior á la de muchos de sus compañeros de más alta categoría teatral, no se creyó Arjona rebajado ni humillado en la de *parte de por medio*, que según el tecnicismo de bastidores equivalía á la de aspirante ó meritorio de muy corto haber. Modesto por naturaleza, de carácter varonil, de juicio tempranamente maduro, exacto conocedor de sus facultades y de su talento, sabía que la precipitación y la impaciencia son comunmente enemigas del buen éxito, y no ignoraba lo que podría llegar á conseguir por sus pasos contados en el ejercicio del arte, favorecido con el auxilio bienhechor del estudio y de la experiencia. Los hechos tardaron poco en acreditar sus previsiones.

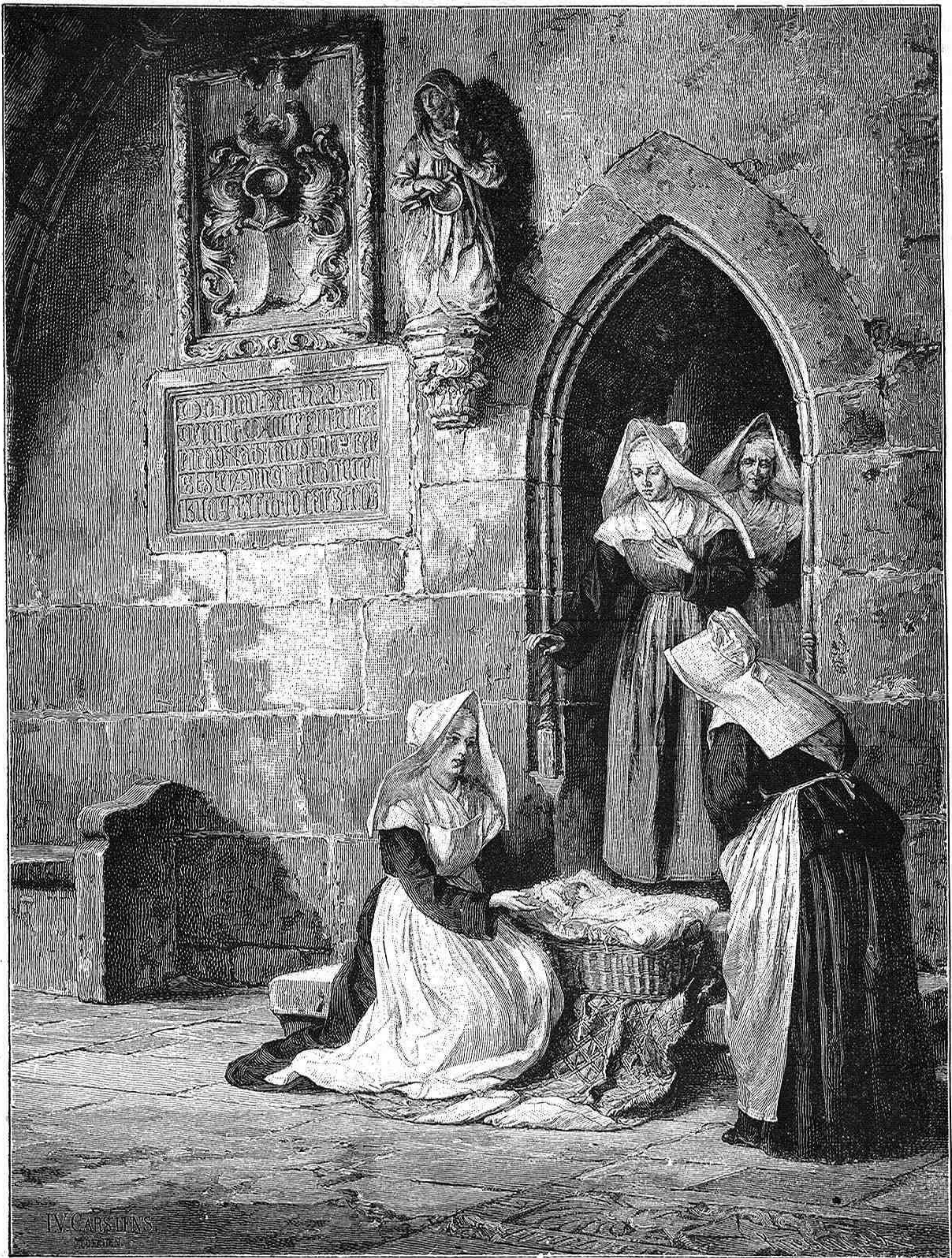
En aquellos días el teatro había comenzado á experimentar en nuestro país una verdadera transformación. La escuela romántica, que desde algunos años antes imperaba en la escena francesa, empezaba también á captarse entre nosotros el favor público en poemas originales como el *Macías* de Larra y *La Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, ó en traducciones, que se representaban sin demora en los mejores teatros de nuestra península, de los dramas y comedias más notables del novísimo repertorio francés. Semejante circunstancia contribuyó mucho á realizar las aspiraciones artísticas del novel actor. Como la mayor parte de las obras dramáticas que á la sazón se componían abundaba en crecido número de personajes, y el de éstos excedía con frecuencia al de artistas de primero y segundo orden contratados por las empresas de teatro, las de provincia, y aun las de Madrid, necesitaban á menudo echar mano de actores de clase inferior para desempeñar papeles de cierta importancia. Á esa coincidencia debió Arjona el darse á conocer desde un principio en términos ventajosos. La falta del personal necesario para interpretar algunos dramas de los que más gustaban entonces, hizo que se confiara repetidas veces á nuestro principiante el encargo de desempeñar papeles muy superiores á la subalterna posición que ocupaba en la compañía. Por fortuna logró en todos ellos salir airoso, gracias á los naturales impulsos de su talento, al afán con que los estudiaba, al gran empeño que ponía en caracterizarlos convenientemente.

Las muestras que dió de su aptitud para sobresalir en diversos géneros desde estos primitivos ensayos, le fueron muy provechosas. El hábil empresario del teatro granadino D. José Mayquez y el distinguido primer actor D. José Tamayo, encargado de la dirección de escena, comprendieron fácilmente lo mucho que podían dar de sí el talento y los recursos artísticos de Arjona, y se propusieron abrir al desarrollo de sus facultades más ancho campo, sacándolo al

año siguiente de la humilde condición de *racionista ó parte de por medio*. Al obrar así, llevados de la profunda simpatía que había despertado en ambos el joven pundonoroso é inteligente que sin ninguna clase de exigencias les prestaba tan útil concurso, no sólo procedían con su habitual nobleza y encadenaban la voluntad de una actriz como Pepa Ferrer, amantísima de su hijo y muy querida del público, sino miraban y atendían á su interés propio.

Conociendo bien la no común formalidad é indole caballerosa del precoz artista, dejaron á su arbitrio elegir el puesto que debía ocupar en adelante, considerando que había desempeñado con igual acierto papeles de géneros muy diferentes, ya en la cuerda de *galanes jóvenes*, ya en la de *graciosos* ó en la de *característicos*. Una proposición como ésta hubiera servido á la mayor parte de los dedicados al arte cómico, aun siendo ya hombres formales, para llenarse de viento, para exigir lo que en razón y justicia nadie les habría concedido. Arjona, prudente de suyo, dócil siempre á los consejos de su madre, se limitó á pedir la plaza de *segundo gracioso*, que le ofrecía menos ventajas y menos sueldo que algunas otras que le hubieran otorgado sin dificultad. Al hacerlo así tuvo en cuenta, no sólo su mediana estatura, que no le parecía la más á propósito para desempeñar con brillantez los papeles de *galán*, sino el fruto que en piezas jocosas podría recoger de las atinadas lecciones de un actor de tan gran mérito y que le quería tanto como el anciano D. Pedro Cubas, *primer gracioso* de la compañía y modelo que se había propuesto seguir. Tan acertada resolución fué para él fecunda en satisfactorias consecuencias, porque aquella misma temporada le proporcionó éxito ruidoso que acrecentó notablemente su fama colocándole en primera línea, sin necesidad de apelar á violentos esfuerzos.

Uno de los autores dramáticos que estaban entonces más en boga, cuyas producciones, apenas estrenadas en París, pasaban traducidas á los demás teatros europeos, era el sucesor de Picard, el célebre Eugenio Scribe, á quien sus compatriotas los corifeos de la novísima escuela naturalista juzgan hoy con cierto aire desdeñoso, pero al cual no podrá quitar ninguno la gloria de haber sido en nuestros días, hasta cierto punto, regenerador ó renovador de la comedia francesa. La primera tal vez de las obras en que ingenio tan celebrado y tan popular en todas partes abandonó el carácter ligero y entretenido de sus primitivas producciones para emprender nuevo rumbo, dirigiéndose á esferas más altas y de mayor trascendencia, fué la comedia en cinco actos y en prosa titulada *Bertrand et Raton*. Sátira política, no al modo de las groserísimas personales que ahora bosteza en España la literatura industrial, sino compuesta con sumo arte y finura, la comedia de Scribe, estrenada el 14 de Noviembre de 1833 en el teatro parisiense genuinamente conservador de las tradiciones clásicas, tuvo un éxito en alto grado satisfactorio para el autor. Llegada á Madrid, logró la fortuna de caer en manos del más ingenioso de nuestros críticos, del célebre autor del *Macías*, cuyos escritos firmados con el seudónimo de *Figaro* gozaban entonces de gran popularidad, y á 17 de Enero de 1835 se estrenó, traducida discretamente por él, en el coliseo de la Cruz. El éxito que alcanzó en esta corte con el título de *El arte de conspirar* fué tan estrepitoso y brillante como el que obtuvo en París. Debióse principalmente al singular acierto con que inter-



IV. CARSTENS
DRESDEN

¡ABANDONADO!

pretó el papel de *Bertran de Rantzau* (uno de los dos protagonistas de la obra) el célebre primer actor D. José García Luna, á quien poco después tuve ocasión de verla representar en Sevilla. En Granada se representó también al año siguiente con extraordinario aplauso, debido más que á nadie á Joaquín Arjona, que en el difícil y animado papel de *Juanillo* (el *Raton* de la comedia francesa) logró arrebatarse el entusiasmo del público. Este señalado triunfo del joven que en la anterior temporada teatral había comenzado su carrera en la humilde condición de mero *racionista*, dió á conocer sus relevantes facultades é hizo comprender á todos que no tardaría mucho en rivalizar con nuestros actores más ilustres.

IV.

Dos años después, en la Cuaresma de 1838, se contrató Arjona para el Teatro Principal de Sevilla con la mayor parte de la compañía que había estado actuando en Granada, á la cabeza de la cual figuraban como director de escena el distinguido actor D. José Tamayo y como primera actriz su casta esposa la admirable Joaquina Baus, modelo de hermosura, de inspiración, de talento, de dignidad de carácter. En aquella larga temporada (porque entonces el ajuste de las compañías cómicas se efectuaba comunemente por años enteros, salvo los días de Cuaresma, durante los cuales se cerraban los teatros en señal de respeto á la santidad de esa época de oración) se acrecentó notablemente la importancia del novel artista. Escriturado como *primer gracioso*, puesto que compartía con su querido maestro el septuagenario Cubas, dedicado ya con preferencia á papeles de *característico*, no se limitó á desempeñar los de la clase á que pertenecía, sino interpretó varios otros de distinto género, conquistándose cada vez más la simpatía de los espectadores.

Muy favorable debió ser la idea que de él formaron en Sevilla los más conocedores del arte, cuando un poeta y escritor tan aventajado como D. José Fernández Espino (que más adelante desempeñó con honra la cátedra de Literatura de la Universidad hispalense y el alto cargo de Director general de Instrucción pública), al dar aquel año á la escena su primer drama original en verso, titulado *Don Fadrique*, le confió el trágico papel de protagonista. Al poner en relieve la interesante figura del desventurado Maestre de Santiago, hermano del rey D. Pedro de Castilla á quien unos apellidan *cruel* y otros *justiciero*, y por cuya orden le mataron violentamente en el salón regio del Alcázar sevillano, demostró Arjona de un modo indudable el acierto con que había procedido en su elección el autor del drama. Los recursos de que el aplaudido *primer gracioso* hizo alarde, á pesar de su mediana estatura, en la interpretación de tan difícil papel de *galán*, contribuyeron poderosamente á decidir su suerte colocándolo en la categoría de los actores egregios, y tuvieron bastante eficacia para hacerle comprender que debía dejar á un lado los escrúpulos de su natural modestia.

Contratada la compañía, de que Arjona iba siendo elemento ineludible para funcionar en el Teatro Principal de Cádiz desde la Pascua de Resurrección de 1839, nuestro héroe siguió dando allí repetidas muestras de la flexibilidad de su talento y entusiasmado al público en papeles de diversa

indole. Aquel año mismo, durante su permanencia en la encantadora ciudad convertida por la imaginación de los poetas en inmenso canastillo de flores mecido en las olas del Atlántico, efectuó uno de los hechos culminantes de su vida privada, hecho que influyó también en su vida artística. Enamorado con la vehemencia propia de la juventud, cuando aun no contaba veinte años, de una actriz llamada D.^{ña} Manuela Láinez, joven de esbelta figura, de rostro delicado y expresivo, de exquisita sensibilidad, que á su claro entendimiento unía ingénita finura realzada por distinguidos modales, y que tendría próximamente la misma edad que él, pero á la cual nunca permitieron sobresalir en escena la timidez de su carácter y su poco apego al teatro, consiguió al fin vencer los obstáculos que hasta entonces había opuesto á su ardiente deseo el cariño maternal, á quien todo enlace, aun siendo muy ventajoso, parecía mezquino para el hijo amado. Obtenido el consentimiento de su familia (pues no era Arjona de los que menosprecian la autoridad paterna y atropellan por todo, á trueque de satisfacer sus pasiones ó sus caprichos), se unió en matrimonio con la que adoraba. Testigo de la ceremonia, que tuvo un aire patriarcal, pareceme estar viendo aún la íntima alegría de ambos cónyuges, las lágrimas de satisfacción de sus respectivas madres, el gozo desinteresado y sincero de los parientes y de los amigos.

Esposo ya, dedicóse Arjona con mayor ahinco al estudio, ansioso de adquirir nuevos lauros y de adelantar en su carrera. Él, que con tanto afán había procurado crearse una posición que le proporcionara medios de ayudar en su día debidamente á la buena madre cuya ternura cuidó siempre de atender á la educación y al desarrollo intelectual del hijo predilecto, lo mismo cuando quería que cursara la ciencia de Hipócrates, que cuando convino en que se dedicase á la escena, entró más en sí mismo, reconcentrando las fuerzas propias, persuadido de que, casado ya y con prole su hermano mayor; habiendo empezado su madre á padecer una especie de ahogúo que á veces la molestaba mucho, y que en plazo más ó menos corto podía imposibilitarla de representar anulando sus recursos; á punto él mismo de ser padre, necesitaba hacer nuevos esfuerzos para ponerse en aptitud de servir de sostén á todos los suyos, si llegaba á ser necesario y se realizaban las esperanzas que hacían concebir sus continuos triunfos teatrales.

Animado de estos hidalgos sentimientos, pasó á Málaga en 1840. Allí fué tan bien acogido aquel año, como en Sevilla y en Cádiz. Los que inmediatamente subsiguieron tuvo igual suerte en dicha ciudad y en otras andaluzas muy populosas, para las cuales se contrató ya en la codiciada categoría de primer actor. Sin embargo, á su ambición artística, estimulada por tan nobles propósitos, no le bastaban tales éxitos. Comprendiendo él bien que, á pesar de sus rápidos adelantos y de los aplausos que le tributaban, no se ensancharía y consolidaría su reputación interin no la sancionase de una manera eficaz el público de esta corte, se propuso hacer por lograrlo hasta el sacrificio del amor propio, costoso para todo el mundo, pero más aún para cuantos cifran porvenir y fama en los halagos del aura popular, sujeta desgraciadamente á caprichos ó veleidades. Con tal fin se contrató á principios de 1844 en la numerosa compañía que D. José Mayquez formó por encargo del famoso ban-

quero Salamanca para el Teatro del Circo de la Plaza del Rey, donde entonces actuaba también, con decidido favor de la alta sociedad madrileña, la extranjera compañía de baile de la Guy-Stephan. De aquella en que, á par de Arjona y de su familia, figuraban sus caros amigos Tamayo y la eminente primera actriz Joaquina Baus, ocupaba la jefatura como director de escena Valero, á la sazón en la plenitud de sus peregrinas facultades.

Los habituales concurrentes del Teatro del Circo hicieron desde luego justicia al mérito de tan buenos actores aplaudiéndolos con entusiasmo. Pero dóciles al imperio de la moda, solían acudir en mayor número, aplaudir con más fervor cuando, en vez de darles comedias ó dramas que conmoviesen su corazón y recreasen su entendimiento, hablaban á sus sentidos con vistosas decoraciones, con lujosas comparsas de bailarinas, con saltos y piruetas. Esto apenas disgustaba á los artistas dramáticos, principalmente á Valero, cuyo amor propio, puntilloso hasta la exageración en materias relativas al arte, se sentía contrariado y mortificado por tan insensata preferencia. Dado el carácter impetuoso y un tanto irascible de este gran actor justamente orgulloso de sus triunfos, acostumbrado á ser idolo del público en los principales teatros de la península que en aquellos días se lo disputaban con empeño, fácil era presumir que no acabaría la temporada en el de esta corte. Claro está que su extraordinario mérito, su maravillosa intuición en los diversos géneros del arte dramático no podía menos de suscitar admiración, haciendo prorrumpir al auditorio no pocas veces en entusiastas aclamaciones. Pero así y todo le ofendía que pantomimas bailables como *El Lago de las Hadas* ó *La linda Beatriz* despertasen más interés que las selectas creaciones de los mejores poetas felizmente interpretadas. Semejante disposición de ánimo le indujo á romper la escritura y ausentarse de Madrid antes de arribar al término de su compromiso.

Entre las obras estrenadas en el Circo mientras Valero permaneció al frente de la compañía de verso, ninguna tal vez obtuvo éxito más ruidoso y permanente que *El peluquero en el baile*, pieza en un acto arreglada á nuestra escena con buen gusto nada vulgar por el ingenioso *Estudiante* D. Antonio María Segovia. Joaquina Baus, Valero, Tamayo y Arjona, encargados de interpretarla, formaron cuadro tan perfecto que, aunque andaba el público distraído por su afición á los espectáculos de danza francesa, concurrió multitud de veces á saborearla. En esa obrilla logró Arjona afirmar aquí su justo renombre. Es imposible caracterizar con más distinción, con estudio más profundo de la realidad humana, con matices más verdaderos y delicados la figura, en cierto modo extravagante, del *Barón de Tockenbourg*, sin descender jamás al grotesco terreno de la caricatura (como lo habría hecho el noventa y nueve por ciento de nuestros cómicos) y sosteniendo con naturalidad imponderable la difícil acentuación del caballero alemán que se produce en lengua extraña. Para hacer ese papel con la elegante sobriedad y ática gracia con que lo hizo Arjona, se necesitaba ser un gran artista. Él, que sin duda lo era en sí, lo fué desde entonces para todos, por juicio unánime de cuantos tuvieron el gusto de admirarlo y no se cansaban de aplaudirlo. Esta circunstancia contribuyó singularmente á que, retirado Valero de la dirección de la compañía, se viese

obligado á sustituirlo en ella, cediendo á consideraciones atendibles, y lograrse realizar su aspiración de colocarse al frente de uno de los principales teatros de Madrid, sin ningún apremiante esfuerzo de parte suya, cuando apenas rayaba en la edad de veintisiete años.

V.

Hasta aquí me he detenido mucho más que pensaba en exponer los sucesos concernientes á la vida de Joaquín Arjona, llevado del atractivo que tienen los recuerdos lejanos para cuantos vivimos en el páramo de la vejez; considerando la exactitud con que exclamaba en tiempo de los Reyes Católicos el inclito Jorge Manrique, doliéndose del olvido en que caían las cosas antiguas:

Vengamos á lo de ayer
Que también es olvidado
Como aquello.

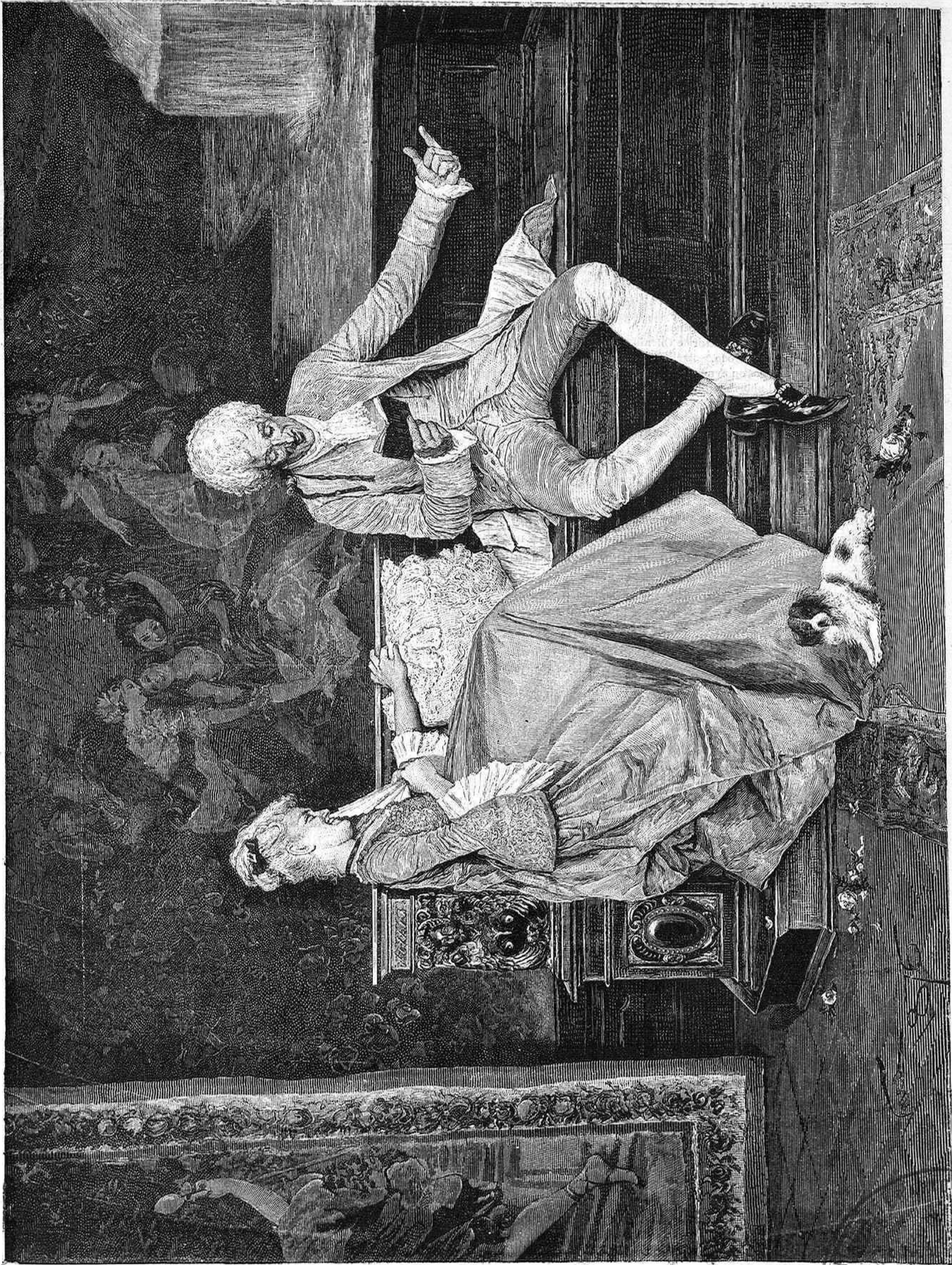
He tenido además en cuenta para hacerlo así, que las biografías de nuestro actor publicadas en periódicos ó diccionarios no contienen casi ninguna de las noticias que doy en los párrafos precedentes. Y como las circunstancias que concurren á la formación y desarrollo de los grandes ingenios ó egregios artistas ofrecen sumo interés para apreciarlos mejor en el apogeo de su gloria, he juzgado oportuno detenerme en lo menos conocido. De aquí adelante procuraré ser tan conciso como el asunto lo permita, porque los hechos á que he de referirme son más recientes y no han debido borrarse aún en la memoria de los amantes del teatro español.

Terminada su honrosa campaña en el de la Plaza del Rey, Arjona volvió á dirigir el de Cádiz en 1845. Acrisolada su fama por los fundados é incesantes elogios de la prensa madrileña, recibieronle allí de nuevo con vivo entusiasmo; y aunque aquella empresa y las de otras capitales se esforzaron por contratarlo para el año siguiente, no consiguieron torcer su propósito de perfeccionarse aún más estudiando en otros países la marcha y progresos del arte. Un hombre como él no podía menos de sacar fruto abundoso de tal excursión. Así es que al volver de París se lo disputaron las poblaciones donde era ya conocido, porque sabían que su nombre, su formalidad, su amor al trabajo eran para las empresas prenda segura de ganancia. Prefirió, no obstante, aceptar las ventajosas proposiciones que le hicieron en Barcelona, donde no habían tenido aún ocasión de conocerle, y donde estrenó en 1847, á par del insigne Carlos Latorre, el gran Teatro del Liceo. Desde éste pasó luego al de Santa Cruz: en ambos fué, por decirlo así, el niño mimado del público barcelonés.

VI.

Llegamos ya al periodo culminante en la vida artística del que ha originado estos renglones; á la época durante la cual puso Arjona el sello á su bien ganada reputación de actor eminente.

De cuantos ministros ha habido en España de medio siglo á esta parte, ninguno ha hecho tanto en pro de las artes y



«LEYENDO POESÍAS DE RABELAIS.»—(Cuadro de M. Vineca.)

ALFONSO GENTILI
BIBLIOTECA
Y ADICION
1874

de las letras como el Conde de San Luis. Á ningún otro deben los poetas dramáticos beneficio más digno de perdurable gratitud. Su creación del Teatro Español, inaugurado en 1849, y su Reglamento relativo á todos los teatros de España, vinieron á sacar á los ingenios de la especie de servidumbre en que yacían tiranizados, á comunicar nuevo ser á la decaída escena. ¡Con cuánta razón le decía por aquel tiempo, en su *Epístola gratulatoria*, el autor de *Los amantes de Teruel*, el inmortal Hartzenbusch:

« Por vos, Conde ilustre, fina
El de tractar al ingenio
Feo modo
Corona cingisle dina:
Non ya el cultor de Cilenio
Vive en lodo.
Mil quisieron ayudalle,
Mil ahorralle pretendieron
Días tristes:
Vos supistes solo honralle;
Vos lo que tantos dijeron,
Lo fecistes! »

Y así era en efecto: el Conde de San Luis estableció que los autores dramáticos recibiesen un tanto por ciento de la entrada en todas las representaciones de sus obras, disposición que ha proporcionado á varios pingüe renta, y efectuó el milagro de reunir en el antiguo coliseo del Príncipe, convertido en Teatro Español, á no pocos de los mejores actores de nuestra patria, y por consiguiente á Valero y á Joaquín Arjona.

De los comienzos de aquella institución, que pudo ser tan fecunda para el arte y á cuya inopinada ruina contribuyeron algunos de los que debían estar más interesados en mantenerla, darán razón á los lectores las palabras del ya difunto académico D. Eugenio de Ochoa, crítico tan ilustrado y severo como imparcial. Refiriéndose á las primeras funciones del Teatro Español decía en uno de nuestros más acreditados periódicos, á 29 de Abril del dicho año 49: « El aspecto que en los pocos días que lleva de vida va presentando el Teatro Español, anuncia una era nueva para las letras y para el arte escénico..... Cualesquiera que fuesen las causas que tenían alejados de Madrid á dos actores de tan indisputable mérito como los Sres. Arjona y Valero, es lo cierto, 1.º, que se debía procurar, en interés del arte, que desaparecieran esas causas para que uno y otro viniesen á Madrid; 2.º, que con la formación del Teatro Español esas causas han desaparecido, supuesto que ya tenemos en Madrid, y en el lugar que les corresponde, á esos dos excelentes actores. Natural es que todos los que se interesan por la prosperidad de la escena española se congratulen en vista de tan plausible resultado; y algo de ese legítimo sentimiento se nos figura entrever en los furiosos aplausos con que el público entero saluda todas las noches á esos dos actores á quienes tanto deseaba ver, y con respecto á los cuales parece como que se considera obligado á una especie de desagravio ó remuneración por todo el tiempo que han estado ausentes. Hay en toda gran reunión de personas un sentimiento instintivo de lo justo y de lo injusto que nunca engaña: el público conoce que esos dos actores han estado cinco años despojados sin razón de un derecho precioso para el artista de talento y de porvenir; y hoy, en virtud de su alta justicia distributiva, los indemniza como puede de aquel perjuicio, de que él sin embargo está inocente. De los innumerables

aplausos que hoy les prediga, los más van dirigidos á su raro mérito; otros van á cuenta de atrasos por los que en estos cinco años últimos ha dejado por fuerza de tributarles..... « El público, en suma, con su estrepitoso palmoteo de todas las noches celebra su propio triunfo en el de los señores Valero y Arjona. Quería que viniesen al primer teatro de Madrid y han venido; por eso está contento y aplaude. Nada más natural.» Naturalísimo era sin duda que así procediera tratándose de artistas de tanto mérito.

Arjona se estrenó en el Teatro Español con el *don Diego de El si de las niñas*, que el año antes había ejecutado en Barcelona por primera vez cautivando á los inteligentes pagados aún de la perfección con que Prieto lo representaba. En esa magistral comedia, que acaso no tenga rival en ningún teatro, y en la que todos sus intérpretes formaron una armonía de conjunto que no pudo menos de sorprender á espectadores poco acostumbrados á tal belleza, nuestro inspirado actor arrebató al público en términos indescriptibles (1). Poco después ejecutó *El Avaro*, donde alcanzó nueva victoria, secundado gallardamente por Teodora Lamadrid y Joaquina Baus, por Manuel Ossorio, Caltañazor y Boldún. Con tal motivo escribía el crítico antes citado: « El señor Arjona nos confirma cada día más en la alta opinión que nos hizo formar de su mérito desde el primero: es un excelente actor en toda la extensión de la palabra: lleno de talento, como lo prueba su perfecta inteligencia de los papeles que se le confían; apasionado de su arte, como se ve por el celo extremado con que los estudia y llega á dominarlos hasta en sus últimos pormenores; lleno de conciencia artística, en fin, como lo demuestra la franqueza suma, digámoslo así, con que acepta todas las exigencias de su papel, amoldándose admirablemente á la edad, á la figura, al traje, á los ademanes del personaje que va á representar (2). En el don Diego de *El si de las niñas* vimos al caballero bondadoso, respetable, cortés y de presencia agradable que imaginó Moratín: en *El Avaro* hemos visto al viejo sórdido, despreciable y casi odioso que quiso pintar Scribe..... « Lo repetimos: el Sr. Arjona es todo un actor. »

Para corroborar estas palabras de Ochoa, que resumen y caracterizan con exactitud la índole y condiciones artísticas de nuestro héroe, añadiré aquí las dichas treinta y tres años después por uno de los críticos más independientes, más agudos é ingeniosos de la generación de escritores que nos va empujando. En su excelente estudio acerca de *D. Manuel Tamayo y Baus*, el popular *Fernánflor* (D. Isidoro Fernández Flores), con su habitual perspicacia y ameno estilo, deja consignado lo siguiente: « Más favorecido por la naturaleza en las dotes intelectuales que no en las físicas, Arjona era todo pensamiento, estudio, labor; á fuerza de talento había llegado á ser elegante, siendo, como era, de figura vulgar; á fuerza de expresión, convencia en sus papeles de galán. Se diferenciaba de los demás actores en que

(1) Analizando su manera de interpretar'a, escribí entonces tres largos artículos. No los tengo, ni recuerdo bien el periódico en que los di á luz. Sospecho que hubo de ser *El País*, diario político que dirigía Gabriel Tassara y redactábamos Cayetano Cortés, Lorenzana, Manuel Rancés (hoy Marqués de Casalaiglesia), y yo.

(2) Lo demuestran palpablemente los seis retratos fotográficos, en otros tantos papeles de viejo, que orlan el suyo natural á la cabeza de este escrito.

siendo, como era, primoroso en los detalles, abarcaba el conjunto de la representación; pensaba por todos los actores; explicábales su propio valor artístico dentro de una obra; armonizaba voces, ademanes y actitudes; hacía hombres de carne y hueso de muñecos de palo. Todos los actores tenían talento mientras formaban parte de su compañía.»

VII.

Malgrado el pensamiento del Conde de San Luis por causas que no es de este momento apreciar; dispersa la numerosa compañía del Teatro Español, Arjona reunió algunos de los elementos que la formaban, para proseguir obra tan útil en lo que de él dependiese. Con ellos se refugió en el Teatro del Drama, establecido en el que fué convento de los Basilio en la calle del Desengaño, durante la temporada de 1851 á 1852. Equivócanse los biógrafos del célebre artista cuando aseguran que con posterioridad á aquel desastre hizo en 1850 una campaña gloriosa en el Teatro Español auxiliado de Victorino Tamayo, y que «en aquella famosa temporada» estrenó obras tales como *Virginia*, *Ángela* y *Alarcón*. Ni andan más atinados al afirmar que desde el año susodicho hasta el de 1857 «no volvió á figurar en los teatros de Madrid», y que después de esta fecha estrenó en Variedades la comedia de Eguílaz *Verdades amargas*. No recuerdo bien si Victorino Tamayo, apenas entrado en la juventud, era ya actor el año 50. Lo que sí recuerdo perfectamente es que ese año el Teatro Español no había dejado de existir con la organización que le dió el Gobierno. Un solo hecho basta para demostrarlo: en él, bajo los auspicios del Conde de San Luis, se dió á conocer Adelardo Ayala con su brioso drama *Un hombre de Estado*, á 25 de Enero de 1851. *Virginia* se estrenó en el Teatro del Príncipe; mas no el año 50, sino el 7 de Diciembre del 53; *Ángela* en Variedades á mediados de Noviembre del 52, y en la misma temporada y en el mismo teatro *Verdades amargas*, á la que *Alarcón* siguió muy pronto.

Lisonjeado, pero no engreído, con sus envidiables éxitos del Español, donde además de los citados papeles representó con igual aplauso muchos otros tan importantes como el *don Francisco de Quevedo* de *¿Quién es ella?*, dió Arjona principio á las representaciones del Teatro del Drama con *La escuela de los maridos*, en la cual mejoró nuestro Moratín la creación de Molière. En el cómico carácter de *don Gregorio* llegó al pináculo de la perfección artística. Desde aquel día el humilde coliseo de la calle del Desengaño fué á los ojos del público madrileño, que diariamente lo llenaba, el primero de la corte. En él se estrenaron, á par de otras obras, *Adriana Lecouvreur*, de Scribe, expresamente traducida por D. Ventura de la Vega, representada por todos con singular maestría, y en la que Teodora Lamadrid alcanzó el mayor de sus triunfos, y ella y Arjona superaron á cuantos dentro y fuera de España interpretaban sus mismos papeles; *La escuela del matrimonio*, una de las mejores, si no la mejor comedia de Bretón de los Herreros, y *La ley de raza*, hermoso drama de Hartzzenbusch.

Acompañada del favor público, tan bien organizada compañía se trasladó al Teatro de Variedades, de mayor capacidad que el de los Basilio, con intento de permanecer en él

la temporada del 52 al 53. Ni el infatigable director ni sus compañeros, que tanto le querían y respetaban, se durmieron allí sobre sus laureles. *Ángela*, del joven y ya magistral Tamayo; *El valor de la mujer*, de Bretón de los Herreros; *Boadicea*, de D. Juan Federico Muntadas; *Verdades amargas*, con la que se dió á conocer Eguílaz merced al ilustre actor, y otros dramas y comedias tan bien representados como fervorosamente aplaudidos, amén de piezas en un acto de menos importancia literaria, pero no de menos lucimiento para sus intérpretes, como *El tío Tavarira*, (arreglo de D. Ventura de la Vega) y *El Niño perdido* (ingenioso bosquejo de costumbres, original de D. Luis Fernández-Guerra), en las que Arjona ofrecía el contraste de un chico imberbe y de un octogenario caracterizados con insuperable acierto, siguieron despertando vivo interés, llevando al coliseo de la calle de la Magdalena copioso número de espectadores, demostrando que, afinado el gusto del público, no se contentaba ya con aplaudir aisladamente el mérito de uno ú otro artista, sino prefería cuadros completos aderezados con propiedad, con esmero y corrección.

La temporada sucesiva (del 53 al 54) tomó Arjona por su cuenta el Teatro del Príncipe. Reconocido generalmente como el más entendido quizá, como el más laborioso y de más escrupulosa conciencia artística de cuantos directores de escena habíamos tenido desde la época de Grimaldi, el que tanto contribuyó á formar actrices como María Rodríguez y actores como Manuel y Fernando Ossorio (y como más adelante Emilio Mario, que tan dignamente sigue hoy sus huellas) tuvo el gusto de dirigir en aquella temporada los pasos de Victorino Tamayo, todavía en los principios de su carrera, y la fortuna de aumentar el caudal de nuestra poesía dramática con producciones originales del mérito de *Un sí y un no*, comedia moratiniana de Hartzzenbusch; de *La Ricahembra*, modelo que honra á sus autores D. Manuel Tamayo y D. Aureliano Fernández-Guerra; de la *Judit* de Cervino; del *Rioja* de Adelardo Ayala; y sobre todo, de la *Virginia* de Tamayo, de la cual decía el gran Quintana que era *la mejor tragedia* de nuestra nación, y se puede añadir sin hipérbole que la mejor también del moderno teatro europeo. En este medio tiempo había conseguido Arjona otras dos victorias escénicas representando *El Agente de policía* y el papel de *cabo Simón* en el melodrama *La Aldea de San Lorenzo*. En este último probó, según observa atinadamente un biógrafo, «que se puede hacer llorar al público aun sin hacer uso de la palabra.»

El siguiente año cómico (del 54 al 55) siguió en el mismo Teatro del Príncipe obsequiando á sus favorecedores con obras de nuestros primeros ingenios, y entre ellas con *La locura de amor é Hija y madre*, sazonados frutos del laureado autor de *Virginia*, que había sabido granjearse con la hermosura de sus creaciones admiración universal. La temporada posterior (del 55 al 56) permaneció Arjona en dicho teatro, reforzada su compañía con el valioso auxilio de Julián Romea, que en *El Café* de Moratín, en comedias nuevas, ahora medianas, como *Al pie de la letra* de Bretón, ahora de relevante mérito, como *La bola de nieve* de Tamayo y *El tejado de vidrio* de Ayala, le prestó brillante concurso, rivalizando ambos con la noble rivalidad de la inspiración artística. Se ve, pues, que desde el año 51 al 57 Arjona figuró en los teatros de Madrid sin solución de

continuidad, como si dijéramos, ocupando en ellos y en la estimación del público lugar preferente.

Desde esa fecha realizó varias campañas no menos gloriosas para él que las referidas, ya en el Teatro de Lope de Vega (nombre por el cual trocó el suyo anterior el coliseo de la calle del Desengaño), en el que estrenó *Lo positivo* á 25 de Octubre de 1862, ya en Variedades, en el Príncipe ó en el Circo, donde el 1.º de Septiembre de 1863 estrenó también una de las más sublimes creaciones del teatro moderno, *Lances de honor*, de Tamayo. Á ese período se refieren otros dos de sus más notables triunfos, obtenido el uno en *La escala de la vida*, de D. Tomás Rodríguez Rubi, y el otro en *Los lazos de la familia*.

VIII.

En 1865 pasó con su compañía á la Isla de Cuba y á Méjico. Tanto en la reina de nuestras Antillas como en la capital de la antigua Nueva España le hicieron demostraciones de entusiasmo que rayaban en delirio (1). Hasta hubo allí aficionado que puso su biografía en variedad de metros, apurando el catálogo de los encomios. Pero, á decir verdad, en ese desahogo de un entusiasta la intención vale más que la literatura.

Vuelto á España de tan fructuosa expedición, entró á formar parte de la selecta compañía formada para actuar en el Teatro del Príncipe (de 1867 á 1868) por el activo empresario y excelente actor D. Manuel Catalina, cuya reciente pérdida llora el arte. La enfermedad mortal de Julián Romea, también contratado en ella, le impidió tomar parte en las representaciones, viéndose Arjona por tal circunstancia precisado á compartir con Catalina el peso del trabajo y la gloria del éxito durante aquella temporada, última que trabajó en los teatros de nuestra península.

Como en América le dispensaron tan cariñoso recibimiento y era hombre agradecido, fácilmente le indujeron á prometer que volvería. Esclavo de su palabra, tornó á Cuba el año 70 llevando consigo á Mario, decidido á visitar las principales poblaciones de las repúblicas del Sur. Una cruel dolencia, que al fin le ocasionó la muerte, impidió que realizase tal propósito y le obligó á regresar á Madrid antes de tiempo. En vano esperó hallar á su vuelta el suspirado alivio. Y como en el ejercicio del arte cifraba, no solamente su amor de gloria, sino la suerte futura de sus hijos, el hondo pesar de no poder practicarle le atormentaba constantemente dando pábulo á su enfermedad.

Estando aún en el vigor de la edad viril experimentó el dolor de perder á su joven esposa, á quien amaba tiernamente y á la que muy luego había retirado de la escena. De ella le quedaron tres hijos: Emilio, tan estudioso desde la niñez que todos los amigos de la familia le daban el nombre

de *Séneca*; Joaquín, muy parecido á su padre en el aspecto, en la modestia, en la bondad; Enriqueta, de lindo rostro y delicada figura, de carácter un tanto melancólico y soñador como el de su madre. Oficios de tal hizo con ellos durante algunos años la cariñosísima abuela, retirada también del teatro hacia tiempo, y cuya pérdida causó profunda herida en el alma del que siempre le consagró la mayor ternura.

Ufanábase Arjona con los triunfos literarios de su hijo mayor, que en dos distintas oposiciones á cátedra de Historia había contendido con D. Nicolás Salmerón y D. Miguel Merayta, demostrando superior juicio y más sólido saber que uno y otro. Y cuando Emilio, casado ya con una sobrina del célebre actor D. Juan Lombía, logró en la Universidad hispalense la cátedra que las intrigas y el espíritu de secta le habían negado en Madrid, los estragos de rápida enfermedad le arrebataron la vida el 17 de Agosto de 1873. En el estado de abatimiento físico y moral en que se encontraba Joaquín Arjona, tan terrible golpe influyó notablemente en el curso de su dolencia. Todavía, sin embargo, su amor al arte y su respeto á los ingenios esclarecidos le prestaron aliento para figurar, como antes dije, en un acto público de gran importancia.

El 8 de Noviembre de 1873 dejó de existir una de las más altas glorias del teatro español contemporáneo, el fecundo autor de *Marcela* y de *La escuela del matrimonio*. Artistas y escritores quisieron rendir homenaje de admiración á la memoria de D. Manuel Bretón de los Herreros; y, auxiliados por el Gobierno y por la Representación nacional, celebraron el 21 de Diciembre una *solemnidad artístico-literaria* en el salón de sesiones del palacio del Senado. Allí recitó Arjona la letrilla de *¿Quién es ella?* como no la había dicho jamás, aun habiéndola repetido en el teatro tan bien multitud de veces. Allí leyó el artículo de costumbres titulado *La Castañera* con tal perfección, con tan maravilloso colorido, que hizo prorrumpir en frenéticos aplausos á un auditorio compuesto de lo más ilustre de la corte. Esa recitación y esa lectura fueron el canto del cisne. Aquellos aplausos los últimos que oyó en público el gran actor. Veinte meses después, fortalecido con los consuelos de la religión, espiraba en brazos de sus hijos, rodeado de parientes, amigos, compañeros y discípulos, en el cuarto que habitaba en la casa número 2 de la calle del Florín.

Como recompensa á su mérito y á sus servicios habiábase otorgado el Gobierno en 8 de Junio de 1854 la cruz de Carlos III, y la encomienda de Isabel la Católica el 15 de Octubre de 1870. Nombrado profesor de número del Conservatorio para la enseñanza de la Declamación á 16 de Abril de 1865 (lo era *supernumerario* desde 28 de Marzo del 58), siguió las vicisitudes de aquel establecimiento, hasta que el 4 de Octubre de 1874 le confirmaron en su cátedra con el sueldo anual de tres mil pesetas. Desgraciadamente, apenas pudo desempeñarla desde ese nombramiento definitivo. Quien sobresalió en tantos papeles de géneros tan distintos, quien desenterró con feliz éxito comedias de nuestro teatro antiguo como *La verdad sospechosa* de Alarcón y *El lindo D. Diego* de Moreto, no habría podido menos de dar en su cátedra frutos saludables, dirigiendo la enseñanza por el camino del buen gusto.

Al morir Arjona, la prensa estuvo unánime en celebrarlo.

(1) Un periódico francés de Méjico, parangonando á nuestro gran actor con Federico Lemaître, que estrenó en París *La Alda de San Lorenzo*, escribía: «M. Arjona a réellement enlevé la salle, qui a éclaté en applaudissements prolongés, au passage ou la plus terrible des émotions, celle qu'il éprouve en se voyant repoussé par son fils comme un voleur, enlève au cador Simon l'usage de la parole.—La vérité, sans flatterie, c'est que M. Arjona est dans ce rôle un artiste consommé.»

Después le han echado en injusto olvido, como á Latorre, como á Mate, como á Lombía, como á tantos otros. Hoy los periódicos apenas recuerdan con elogio á más actor que á Julián Romea, del cual decía un gran crítico en la *Revista Española de Ambos Mundos*, por los años de 1853, que, á pesar de sus grandes cualidades, carecía de *la muy esencial*

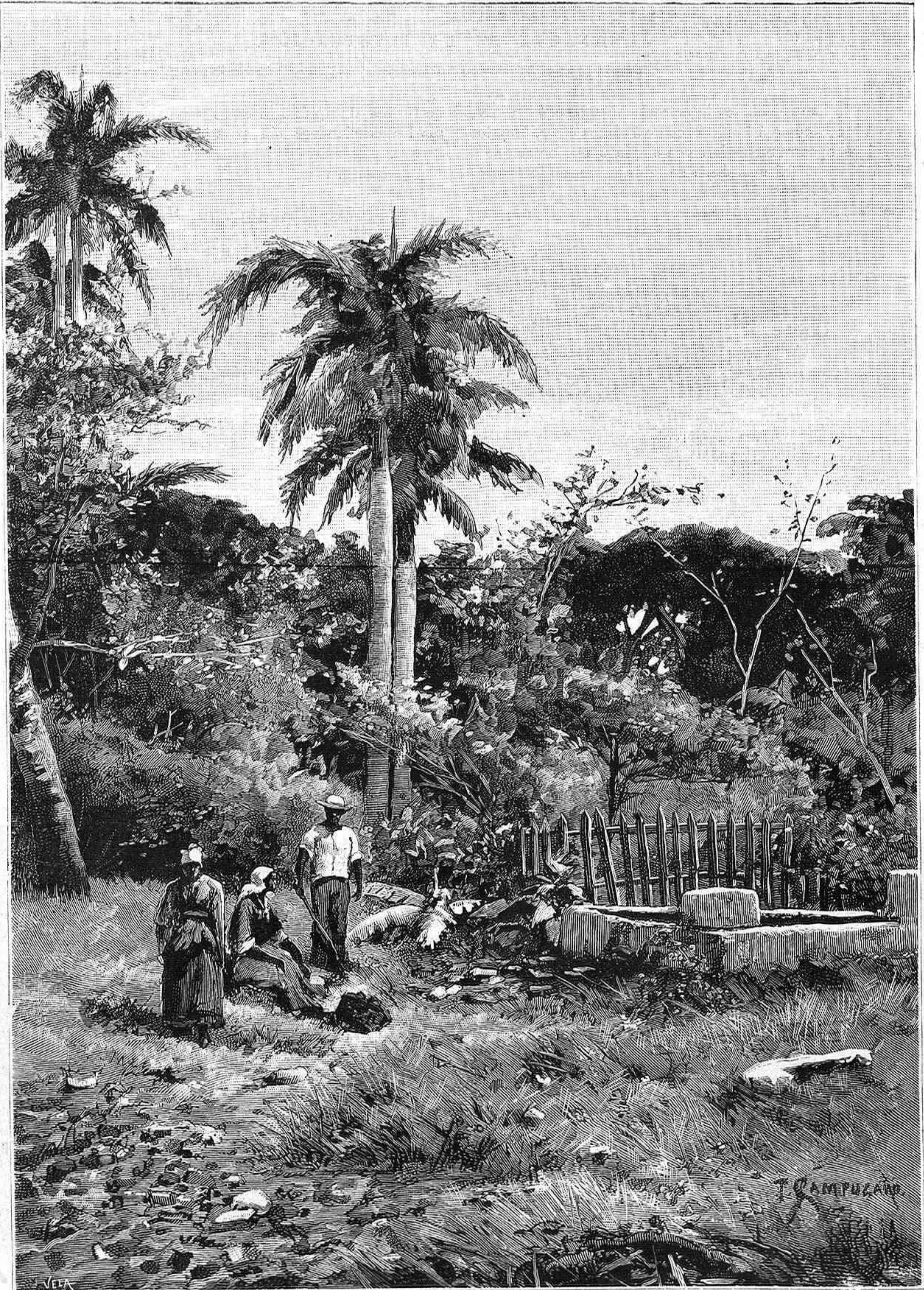
de formar discípulos. El espíritu de Arjona, que sabía formarlos, resplandece aún, para bien del arte, en el modo de ensayar y representar comedias de las compañías que dirige Emilio Mario.

MANUEL CAÑETE.



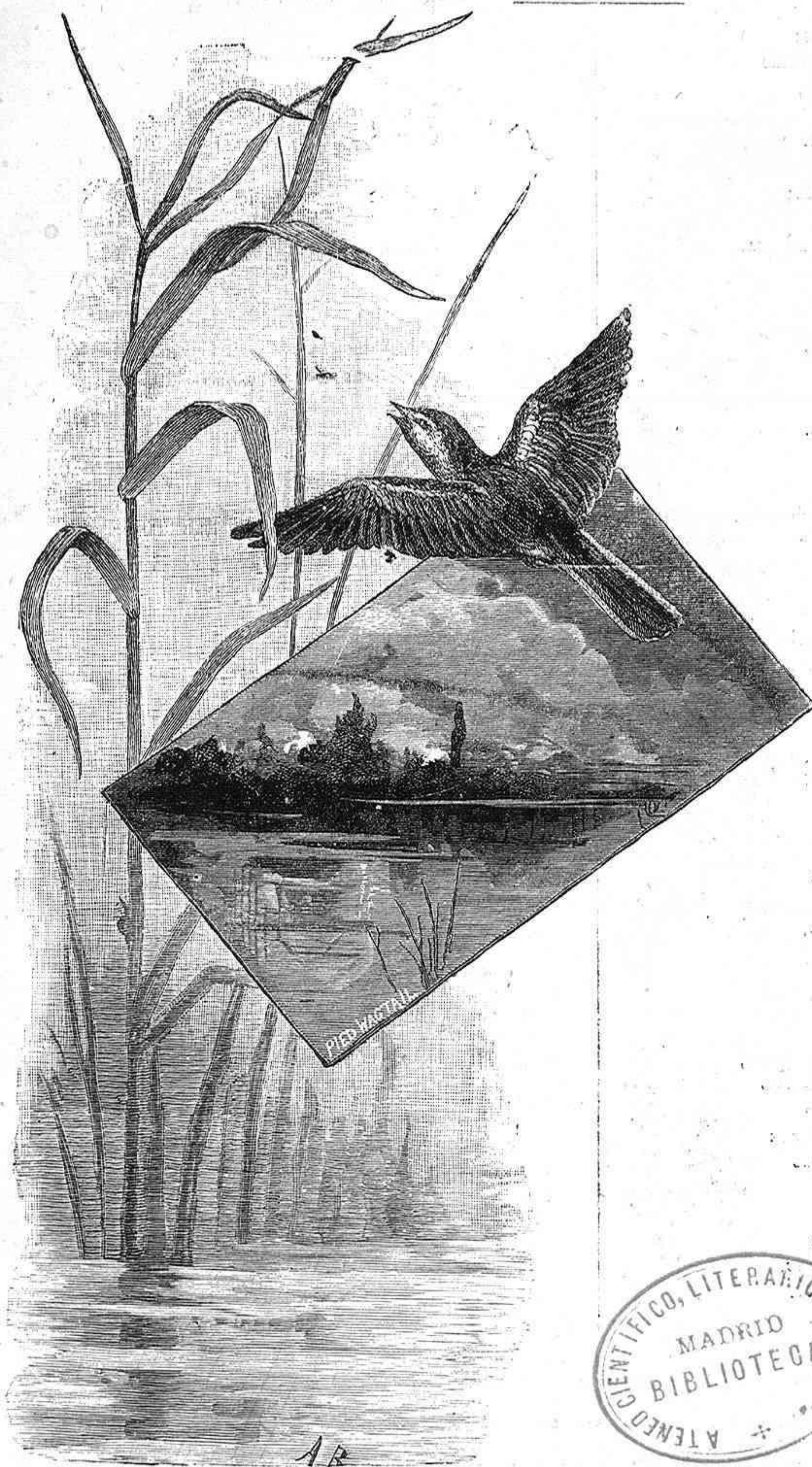
DÍA DE INVIERNO.





UN PAISAJE DE CUBA. — (Dibujo de Campuzano.)

Á CUBA.



¡Isla gentil, al pulsar
En tu honor el plectro mío,
Mi alma en mi canto te envió
Con el viento y con el mar!
Muere el sol..... y al matizar
Las nubes con su arrebol,
Te saludo de ese sol
En los últimos reflejos;
Para amarte desde lejos
Me basta ser español.

—
Sí; que cuando muere el día
Y el sol tras las cumbres arde,
Te consagro en cada tarde
Mi tierna melancolía.
Entonces mi fantasía,
Con tus recuerdos ufana,
A aquellas nubes de grana
Pretende, loca, ascender
Y volar..... y amanecer
En la costa americana.

—
En la luz de primavera
Con que tus colinas doras;
En las palmas cimbradoras
Que forman tu cabellera;
Sobre la fértil ribera
Que es tu eterno valladar,
Tus galas al ostentar
Entre todas elegida,
Pareces, virgen querida,
La Jerusalén del mar.

—
Sí; que cual perla guardada
Bajo el agua que murmura,
Fué tu cándida hermosura
Sólo al genio revelada.
Por eso en triunfal jornada,
Que aun bendice el Océano,
Colón, con osada mano
Y con esfuerzo valiente,
Levantó sobre tu frente
La cruz del templo cristiano.

—
La ondulante vela henchía
El aliento del marino,
Que del golfo cristalino
La inmensidad recorría.
El dedo de Dios le guía;
Le presta su bendición;
Le da sombra el pabellón
De la comarca española,
Y para mi patria sola
Abrió tus puertas Colón.



De allí, de tu fértil suelo,
Brotó intrépida la planta
Que en su pompa se levanta
Hasta mecerse en el cielo.
De virgen cándido velo
Te forman pálidas brumas;
Con sus alfombras de espumas
La mar tus plantas cubrió,
Y el iris mismo bordó
De tus pájaros las plumas.

Tu noche recuerda al día;
Tan breve y encantadora,
Que más que noche..... es aurora.
Llena de melancolía.
La luna en tí se extasia
Como vestal inocente;
Y cuando tu blanca frente
Esmalta con suave brillo,
Mezcla el ópalo amarillo
Con el nácar transparente.

En tí la planta se orea,
La hoja fragante y tostada,
Que en humo luego trocada
Nuestros sentidos recrea;
El plátano balancea
Su ramaje en tu verjel;
Frutos que envidia el pincel
En tu ardiente suelo entrañas,
Y las fibras de tus cañas
Destilan gotas de miel.

Y aun existe por tu mal
Quien á tus glorias ajeno
Desgarra tu amante seno
Con su bárbaro puñal;
Quien te acecha criminal;
Quien oculto te devora
Y anhela en nefanda hora,
Destrozándote á pedazos,
Arrancarte de los brazos
De la madre que te llora.

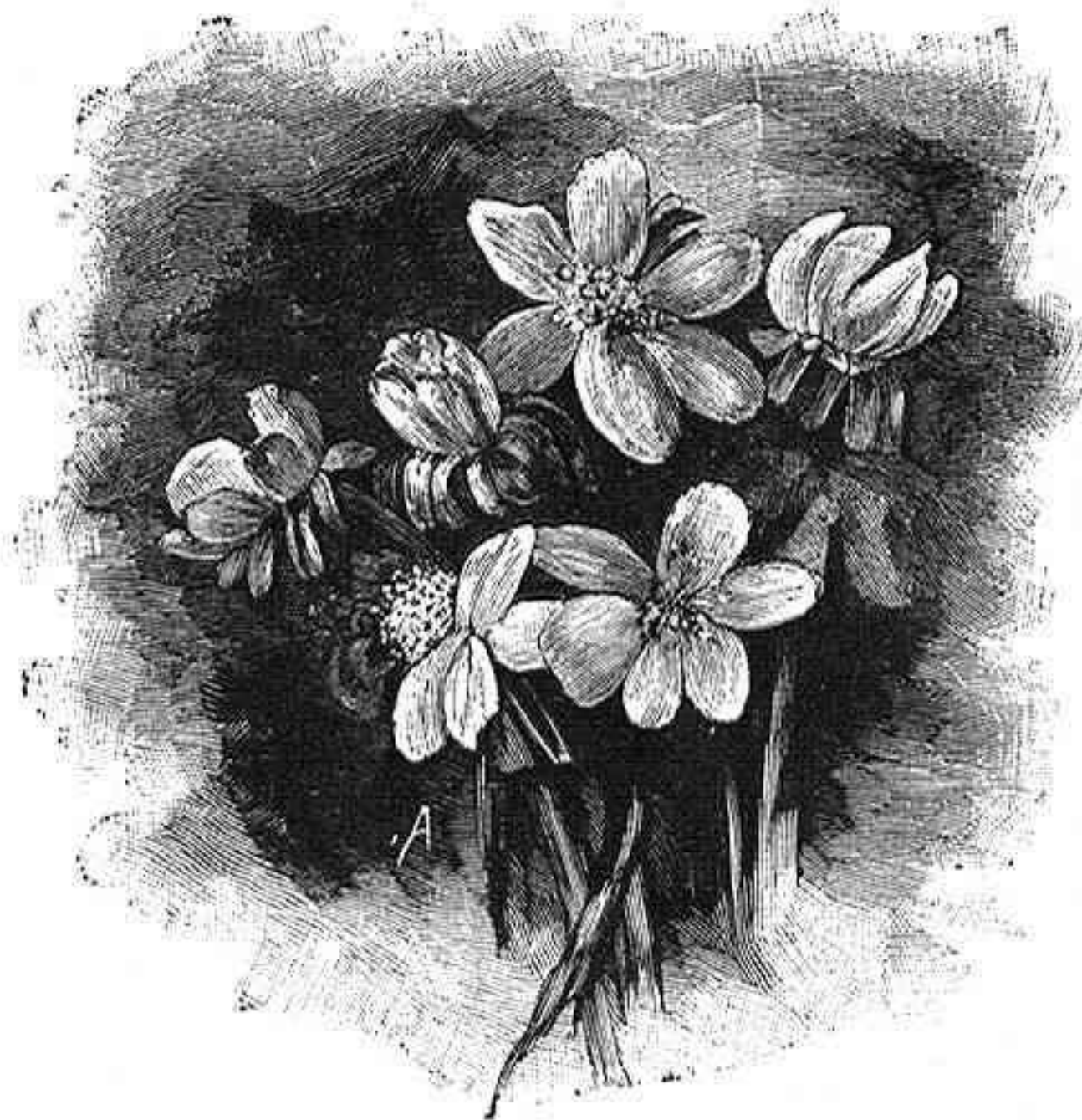
Quien te amarra á sus cadenas,
Y quien traidor más que bravo
Limpia el sudor al esclavo
Y arranca sangre á sus venas:
Si están tus comarcas llenas
De ese fecundo sudor,
Pregúntales qué es mejor
Á tus verdugos traidores;
Si sudor que engendra flores,
O sangre que inspira horror.

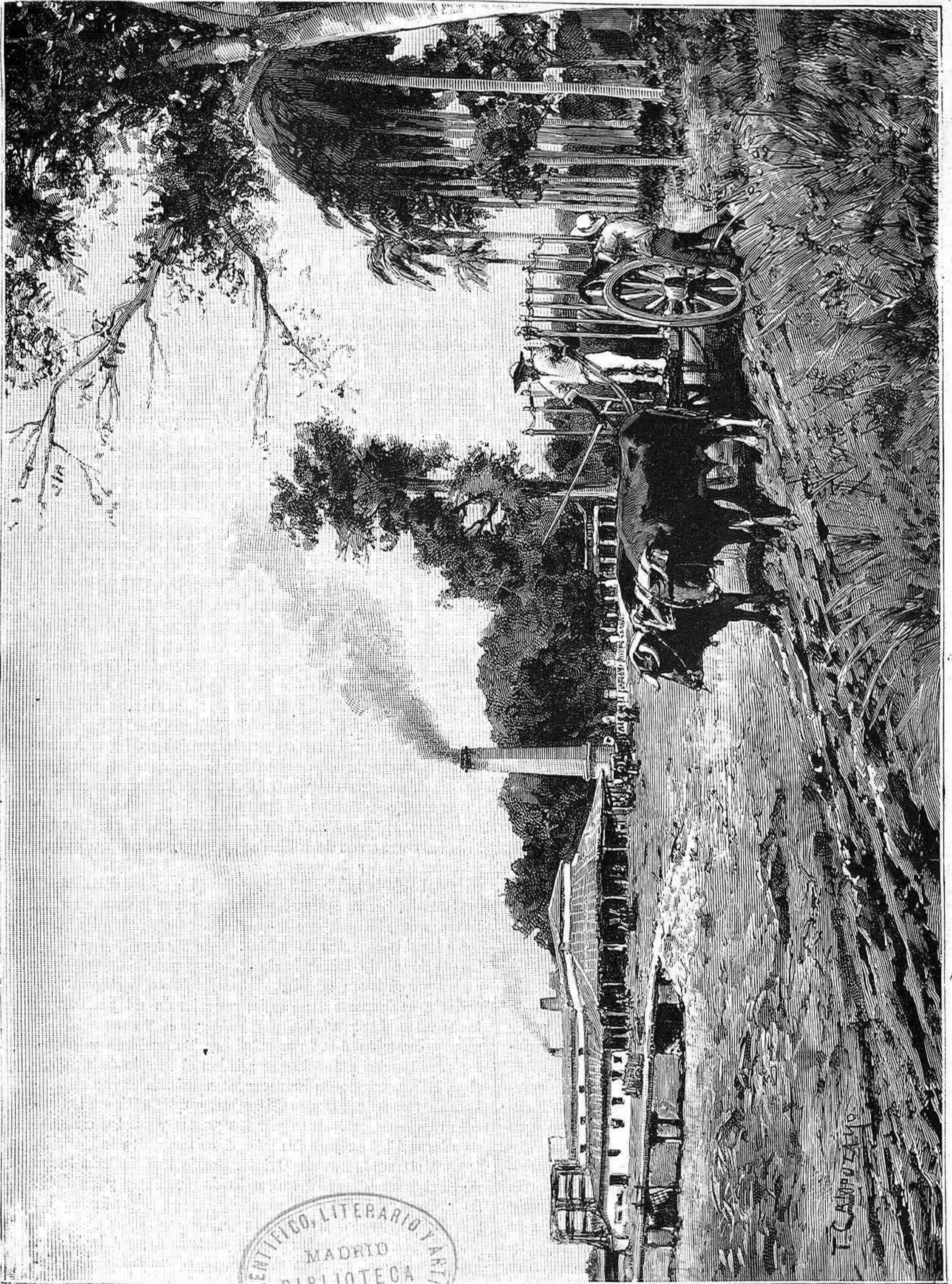
No temas el férreo yugo;
Levanta altiva la frente,
Que la virgen inocente
Nunca tiembla ante el verdugo.
Por algo al cielo le plugo
Fijar en tí su mirada;
Por algo jura en su espada
El guerrero, al defenderte,
Morir primero que verte
Ó vendida ó deshonrada.

Antes se obscurecerán
Los reflejos de tu sol;
Antes el pueblo español
Será el cráter de un volcán;
Antes tus héroes irán
De harapos viles cubiertos;
Antes en campos desiertos,
Heredad, valles, colinas,
Serán montes de ruínas
Y pirámides de muertos.

Antes en roncós clamores
Y en tremendo poderío
Saldrá del sepulcro frío
La voz de nuestros mayores;
Antes tus conquistadores
Pisotearán su laurel;
Antes en lucha crüel
Nos darán su maldición,
Desde sus naves, Colón;
Desde Granada..... Isabel.

ANTONIO F. GRILO.





UN INGENIO EN LA ISLA DE CUBA.—(Dibu o de Campuzano.)

ATENEUM CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

LA BLANCA LUNA.

*Inscius Actæon vidit sine veste Dianam
Præda fuit canibus non minus ille suis.*

OVIDIO. *Trist.* LIB. II.



SENTIRÍA como un bellaco el mortal capaz de aseverar que jamás fijó atención ó vista en el astro de los pálidos resplandores y de las perdurables tristezas. Cuando su argenteo disco nada en el sereno azul de noche sin estrellas ni nubes, hasta los niños la buscan y le tienden sus anhelosas manecitas, abriéndolas y cerrándolas al instinto de adquirir y lograr, ya rudimentario en la niñez, cáscara ó película donde se contienen y encierran todas las simientes productoras de ideas y acciones para los estados sucesivos de nuestra existencia. En tal inclinación de los niños originase la frase vulgar, que les cree, por pedigüños é interrogantes en la inquietud propia de su desarrollo intelectual, ó por juguetones y movedizos en la inquietud propia de su desarrollo material, tentados á demandar, si los consienten, miman y malcrian, hasta la luna en peso y en persona. Con frecuencia se me presentan á la memoria los vespertinos crepúsculos del valle meridional donde corrieron mis primeros años y despertaron mis primeras emociones. Cuántas veces, al anoecer, en el regreso de las huertas á los hogares, cuando acababan de tocar las campanas á oración y acabábamos de rezar nosotros el *Ave María*, descubriéndonos y parándonos acompañados del jornalero que llevaba su azadón reluciente al hombro y del leñador que llevaba sus tomillos olorosos á la espalda, surgía el astro de la noche por el oriente plateado á su luz, en contraposición al ocaso enrojecido por las reverberaciones últimas del sol; y al verla suspensa con tanta hermosura sobre la meseta de alta montaña, cual una hostia sobre las aras de sacro altar, nos arrobábamos como embobados, sintiendo afanes incontrastables por subir hasta las cumbres y acariciarla con nuestras manos. Ignoro qué misteriosísima superstición inspiraba los frecuentes avisos dados por las niñeras de no mirar á la luna mucho, pues recordábanse casos de haber bajado á comerse y tragarse los niños mirones. Podría repetir hoy graciosa disputa de hace cuarenta y más años sobre tal tesis, entre una vieja del lugar y un astrónomo del campo, industriados los dos por decires antiguos en cosas lunares. Juraba ella en Dios y en conciencia saber de cierto que descendía la luna en persecución de los niños malos, y achacaba él á embusterías de brujas tales consejas, provenientes de una cosa: de que la luna ofrece sobre su redonda superficie la imagen de triste pastorcillo, cargado con haces y circuido de ovejas, en los días de su luz más viva y de su plenitud más completa. Y en efecto, yo sé decir de mí que, mirando y remirando el disco en los plenilunios, encontraba por su esfera de transparente alabastro reproducido el tal

dibujo, como reproduce la plancha fotográfica los objetos sobre ella impresos por los correspondientes cristales. Y luego, allá en el examen de la ciencia infantil instintivamente aprendida, y análoga de suyo á la nutrición tomada por los poros en absorciones continuas, ya extraídas del suelo, ya del aire, preguntándome yo á mí mismo por qué veíamos un pastor y no ningún otro sér ú objeto, en la luna llena, me fué imposible de comprender y explicar tal misterio, hasta que vinieron á mis manos en la cátedra de latín los *Metamorfóseos* de Ovidio, los cuales muestran cómo las ninfas se convertían en las rocas de las marinas riberas ó en las adelfas de los secos torrentes. Y allí encontré la imagen del pastor visto por nuestros ojos, conteniendo vagos recuerdos de la fábula del mísero Endimión, dormido al susurro de los arroyos, al borde de la fuente, á la sombra de los árboles, y besado por su casta luna, en la voluptuosidad que presta de suyo, aun á los más castos, una tranquila noche de primavera ó estío, aromada por tantas esencias y henchida de tantas melodías. ¡Cómo se conservan las tradiciones universales en medio de su continua transformación! Los festejos con que celebramos los dos solsticios de invierno y estío, en las noches de Navidad y de San Juan, provienen de las liturgias helénicas; al comienzo de Febrero, por la Candelaria, encendemos luces como en sus lupercales antiguas las encendían los romanos por el mismo mes; ponemos, como los asiáticos, nuestros sepulcros á la sombra de los cipreses y de los sauces; coronamos nuestros poetas de laureles en el Parnaso moderno como en el antiguo, mientras á nuestros héroes los coronamos de roble bajo los arcos de triunfo; preferimos orientar la mayor parte de los templos, como los persas, hacia la salida del sol, y como los indios encendemos en Sábado Santo la lumbre divina y renovamos el agua lustral entre himnos y estremecimientos de natural alegría. Pues los dos aspectos de la historia de Endimión, las castas inclinaciones de Diana hacia él, correspondidas con amor audaz por el joven cazador, despedazado en castigo de tal audacia, se desparraman por las consejas de mi pueblo, por los cuentos de sus viejas, por los terrores de sus niños. El culto y devoción á la luna existía en los apriscos y en las majadas mucho antes de que allá, en el templo de la misteriosa Éfeso, coronasen los sacerdotes orientales con una cabeza de ternera un tronco de encina, y transmitiesen los mitos repetidos oralmente por los poetas y por los cantores populares á los poemas de Orfeo, á las teogonías de Hesiodo, á los *Metamorfóseos* de Ovidio, donde han hallado luego pintores y escultores los mármoles de rico Paros y las líneas de incomparable armonía para sus Dianas adoradas en los templos y sobre los altares del arte.

A ningún astro han los poetas cantado como á la blanca luna, porque ni rayo de nuestro sol ni centelleo de lejana estrella exhalan la poesía exhalada por el melancólico

satélite. ¡Cómo se deslizan sus resplandores mustios entre las ramas de los olmos! ¡Qué argenteo dan sus rayos á las ondulaciones del arroyo! ¡Cuál baño el de la luna llena cuando se refleja desde su zenit, en el silencio de la noche y en el misterio de las sombras, dentro de un lago tranquilo y cèleste! Quien haya visto la luna de Agosto y Julio en el Mediterráneo, comprende toda la clásica perfección del mundo antiguo, aquella hermosura sin contrastes, aquellas armonías concertadísimas, aquellas proporciones acabadas, aquellas consonancias de cielo y tierra; el mar parecido á un horizonte y el horizonte parecido á un mar, lloviendo aquél su luz con tanta calma y reverberándola éste á su vez en la superficie tranquila, como si recibiera por las rompientes y ondulaciones de sus aguas una lluvia de luminosas estrellas. El cementerio toma tristeza sublime del astro de las noches. Una estatua funeraria se reviste de grandeza sobrenatural en el incierto centelleo de aquellos rayos suaves. Los vascos llaman á la luna luz de los muertos. Así no hay para los arcos rotos, para las estatuas destrozadas, para los acueductos interrumpidos, para todas las ruinas, entonación como las que suelen prestarlas, envolviéndolas en gasas fúnebres, las noches de luna. Ved á sus tintas el murciélago, la lechuza, el buho, y os parecerán aves fantásticas recamadas de un destello ideal. Oid el ruiseñor, y os creeréis transportados al Paraíso. Los rayos de la luna, y las cuerdas de la guitarra, y las canturias del amante, y los latidos del corazón de la amada se corresponden á una en la serenata, como se corresponden las notas del pentágono y los colores del prisma en la Naturaleza. De aquí aquella impresión dejada en nuestros oídos por la célebre melodía de *Norma*, cuando se levanta la luna llena por los bordes del horizonte, y la sacerdotisa puesta de pie sobre las aras del dolmen rudo y bajo los ramajes del encinar sacro, recorta el muérdago de los troncos húmedos con su hoz áurea, y lo reparte á todos entre las cadencias de un himno, á cuyos acentos las sepulturas se abren como cálices de flores y las almas de los muertos se levantan para unirse al coro armonioso, demostrando la inmortalidad. Y con este himno se corresponde y enlaza la magnífica relación de Fausto, el cual, cansado de su ciencia, consumido en sus retortas, cubierto por el polvo de los libros como la momia por el polvo de los siglos, petrificado en su laboratorio de tristísimos esqueletos y vacías redomas, siente que le llaman á la poesía inmortal de la Naturaleza los rayos de la luna cernidos por los vidrios góticos y reverberados en las losas frías, convidándole á subir por las cimas de las montañas y á vagar por los senos de las selvas en busca del placer, para inmerger así todo su cuerpo en los efluvios de la vida cósmica y caldear toda su alma en las llamaradas del amor universal. La luna penetró en el pensamiento de Byron y lo iluminó con sus delicadísimos rayos. Una tarde venía del Lido por la entrada del Gran Canal que comienza en la piazzetta de San Marcos. La barca se deslizaba entre iris misteriosos al reverbeo de un crepúsculo fantástico en los cielos, y al reflejo de los cielos en las aguas arreboladas, de cuyos cristales salían los monumentos como de bello engarce compuesto por guirnaldas de perlas y de ópalos. Todas las torres de Venecia echaron al vuelo sus campanas en la víspera de gran fiesta religiosa; y sus conciertos, dulcificados por las lagunas, parecían venir de otros horizontes y hablar al espíritu de otros cielos, de otros soles, de

otros mundos. El escéptico, al eco del campaneo y al reverberar del crepúsculo, sintió cómo su alma tomaba sin quererlo alas de ángeles y propendía irresistiblemente á subir hacia lo infinito por medio de una oración que lanzaba de su seno tan espontáneamente como lanzan á las alturas sus vapores los hondos senos del mar. Y vió deslizarse, vestida de azul, calzada con la luna, por los aires arrebolados, sobre los lagos celestiales, entre aquellos edificios parecidos á evocaciones religiosas, la Madre del Verbo, saludada por coros de poetas, que llenaban todo el espacio, como las notas del órgano llenan todo el templo, produciendo los melodiosos adjetivos de una letanía sin fin.

Los seres más vulgares, por manera inconsciente, alcanzan las misteriosas relaciones entre nuestra complexión de hombres y la nocturna esposa del planeta. Si otras revelaciones no dijieran cómo nadamos en la vida universal, diríanlo á una las tristes y dolorosas de los humanos achaques. La nube formada en la curva del horizonte pesa con abrumadora pesadez sobre la curva de nuestro cerebro; y el rayo encendido allá en lo alto culebra por nuestros nervios y los sacude antes de que hayan estallado sus estampidos y centelleado sus chispas en la tempestad. El hierro de las minas viene por misteriosos conductos á los glóbulos de nuestra sangre; la cal del camino se aglomera en las armaduras de nuestros esqueletos; los jugos de la tierra se transfunden á nuestros humores; y vivimos del aliento de los árboles, cual ellos á su vez viven de nuestro aliento. Pues lo mismo sucede con esa luna tan recatada, que sólo quiere mostrarnos una de sus fases, lo mismo. Dejando aparte su relación sabida con las mareas, preguntadles á los pescadores, y os dirán cómo influye sobre los mariscos; preguntadle á los jornaleros, y os dirán cómo influye sobre la vegetación y sobre los frutos. En todo el Mediterráneo se reconoce cómo la luna del frío Enero tiene una especie de filtro, de calmante, de narcótico tan eficaz para las aguas, que nunca due men cual en ese mes, pareciéndose, por lo petrificadas é inmóviles, á turquesas unas veces, á esmeraldas otras, y las más á ópalos. El pobre labrador, cuando ve por Febrero madrugando tanto á su almendro y coronarse con las guirnaldas de rosáceas flores, tiembla por la terrible luna de Marzo. Roja la llaman los franceses en su habla popular, imputándole todas las heladas que abrasan los brotes de los árboles y ponen maltrechas las cañas de los sembrados en las prematuras primaveras. Por el Trópico no puede una herida quedarse á la luz de la luna, según lo mucho que se recrudece; y como nosotros padecemos de insolaciones, padécese de inlunación allí. Pero ¿qué más? un gran poeta puso el juicio de cada sér humano en los espacios de la luna, cual partidas de bautismo en libros parrquiales. Ha convenido el habla en llamar lunático á quien carece de madurez en sus pensamientos, de consecuencia en sus actos, de mesura en su vida, y que, ligero de propósitos, déjase arrastrar al acaso por el curso tortuoso de los acontecimientos sin dominarlos ni dirigirlos. Cuando le asalta de súbito un arrebató á cualquier vehemente, apasionado, loco, suele decir con acierto el vulgo que le ha cogido una mala luna, como se dice del borracho triste y pendenciero que le ha tomado mal vino. Compréndense todas estas supersticiones, llegadas hasta constituir cierta liturgia de la luna, cuando rudimentaria ciencia, desprovista de auxiliares é instrumentos, imaginaba los dos primeros astros



ALDEANA DE LA SELVA NEGRA.

del espacio á los dos que ven mayores nuestros sentidos en día y noche. Mas, creedlo, aumentando el conocimiento relativo de nuestro cielo, y disminuyendo ese conocimiento la importancia del satélite, no disminuye por eso el poder atribuido á los rayos lunares sobre las cosas humanas. Prescindamos de aquella religión antipagana y monoteista, que hizo como un símbolo de sus victorias la media luna, tan brillante y hermosa por los desiertos y por los cielos de Arabia. Prescindamos de aquellos pueblos sabeístas, que reduciendo la teología y sus dogmas á nociones astronómicas, mejor dicho, astrológicas, personificaron en la luna todo el lado femenino de la divinidad. Prescindamos de aquellos otros pueblos sacerdotales que profesaron el dogma de la inmortalidad, é hicieron de la luna, tan dulce, aquella Hécaté sombría, conduciendo en los pliegues de sus sombras las almas de los muertos á los abismos infernales. No hablemos siquiera de las liturgias más santas entre los pueblos más cultos, que mueven ciertas fiestas mayores en correspondencia con los movimientos lunares y determinan días y semanas solemnes por la luna creciente y por la luna llena. Podrá parecerse diminuta en nuestros cálculos matemáticos; una mortaja de generaciones extintas atada inseparablemente á nuestra tierra como el sudario de un muerto al caluroso cuerpo de un vivo; tosco pedrusco tan triste y tan pavoroso como la losa ó inscripción de un sepulcro; pero por esto mismo quizás á su luz confiarán los tristes las penas más hondas y más calladas de sus pechos, y los poetas las inspiraciones más elegíacas de sus fantasías, y los músicos las serenatas más melódicas de sus arpas, y los amantes sus vagos suspiros, sus inciertas esperanzas, sus dolores sin consuelo, todas las tristezas compañeras inseparables de las grandes pasiones amorosas, las cuales preferirán la luna débil y triste al sol encendido y luminoso, pues, aunque predestinadas en el plan de la Providencia eternamente á propagar la vida y á mantener por su generación las especies, sentirán invencibles propensiones á la desesperación y á la muerte.

Así como todo planeta puede llamarse satélite del sol, se llama toda luna satélite del planeta. Cuando nuestros meteorólogos experimentan las muchas perturbaciones traídas al aire terrestre por el satélite único de la tierra, miran á veces con horror verdadero aquellos mundos seguidos de varios satélites, como Júpiter, y ni por el oro de aquí ni por el oro de allí sumados emigrarían á tan subvertidas atmósferas. Y sin embargo, ¡cuántos y cuán maravillosos secretos del Universo no ha revelado la luna, y cuántos misterios no hemos sorprendido en sus miradas á nuestro mundo y en sus coloquios con nuestros reveladores y nuestros sabios! Terminaba el siglo décimoquinto cuando Copérnico dirigía su anteojo imperfectísimo al disco del satélite por reveladora noche de total eclipse. Sobre aquel romano Foro, cuyas ruinas sobrepuestas unas á otras parecen fragmentos de un sol extinguido, el cura eslavo asestaba el instrumento, que debía producir una revolución en el cielo, al rostro de nuestro satélite, pidiéndole indicaciones del misterioso Todo. Por los mismos años otro eclesiástico, un fraile germano, preparaba en la conciencia religiosa una revolución análoga de suyo á la concebida por el canónigo polonés en los conceptos del espacio, y la preparaba por los senos misteriosos de Roma, eterna madre de todas las maravillas del espíritu moderno, aun de aquellas, al parecer, atentatorias á su poder y á su

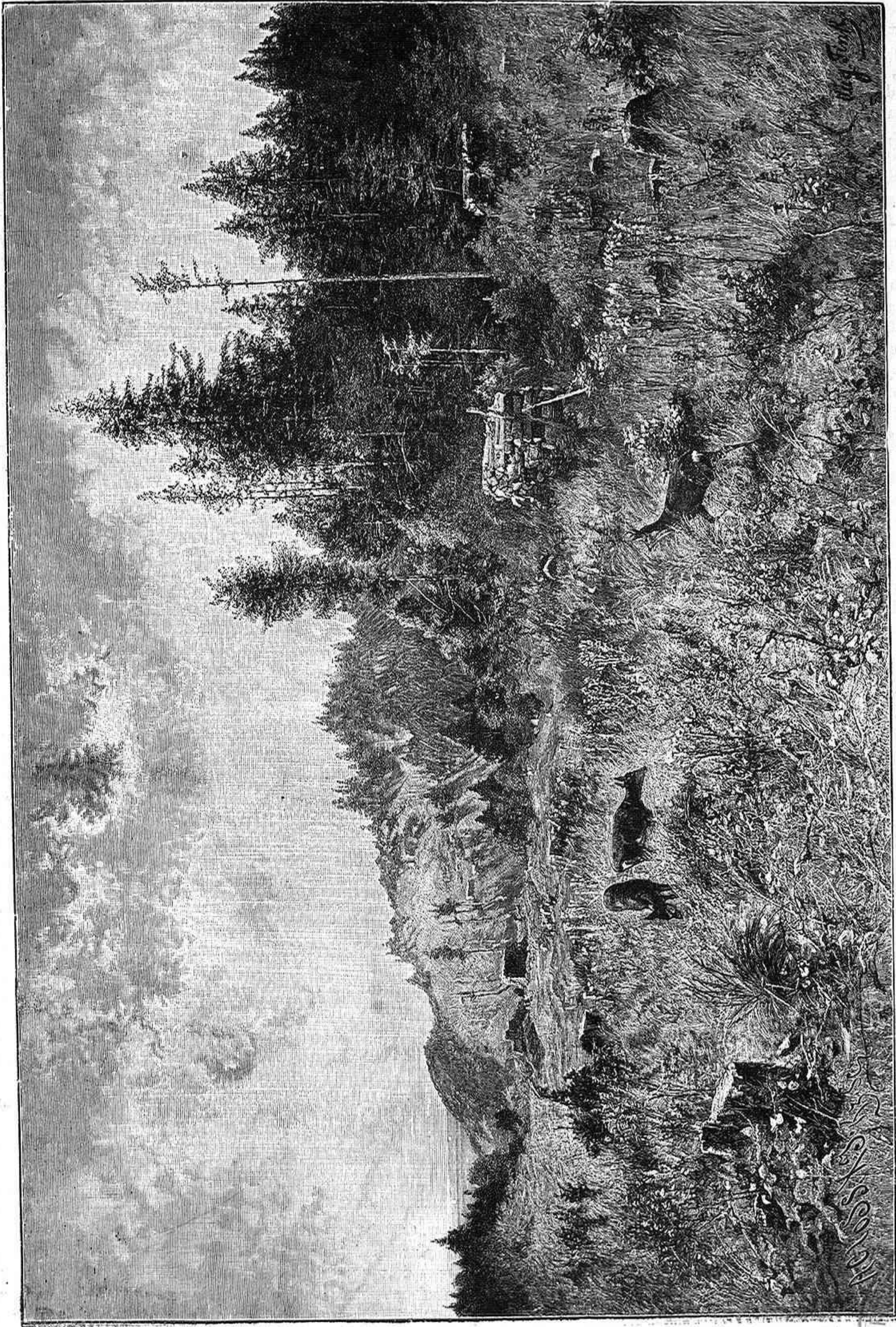
grandeza. La noche de aquellas observaciones, el melancólico astro, que brillaba con vivo resplandor, esclareciendo los arcos y los intercolumnios, recamando las cresterías y los relieves y los triángulos, rompiéndose como en espejos en las lisas piedras de la Vía Sacra, comenzó á obscurecerse, porque la encubría del sol común á todo nuestro sistema solar el ingreso é interposición de la terrestre sombra en su disco. Y mirando de hito en hito el paso de esta sombra planetaria por su satélite, la vió el sabio esférica, y alcanzó así la esfericidad de nuestro mundo. Y de tal esfericidad dedujo como era la tierra un astro parecido á los demás en los espacios, y no una extensión plana, cual querían las nociones hasta entonces divulgadas. Y de pensamiento en pensamiento, de deducción en deducción, de hipótesis en hipótesis, llegó á concebir y divulgar el concepto entrevisto por algunos filósofos antiguos, que fijando nuestro sol en el foco de las elipses planetarias, imprime un movimiento á la tierra comunicable al espíritu también, para prestarle con las apariciones sublimes de nuevo ideal el calor de nueva y más preciada vida. Desde aquel entonces anduvimos de invención en invención, y unas veces por el estudio de los satélites, otras por los viajes emprendidos y acabados alrededor del globo, ya siguiendo las oscilaciones del péndulo indicadas por una hermosa lámpara bajo las bóvedas de la iglesia mayor de Pisa, ya levantándose desde la caída de una manzana sobre la frente hasta interrogar por qué la luna jamás cae sobre nuestra tierra, comprendimos y explicamos el sistema de la universal atracción, completado por el sistema de las químicas afinidades; y creímos haber hallado en la mecánica celeste una clave para descifrar hasta el origen de los aerolitos, de los planetas y de los soles en la infinidad del espacio. De aquí la grande atención y cuidado con que seguimos á la luna y le arrancamos sus secretos. La vecindad tan próxima la pone más cerca del radio de nuestras experiencias y la hace preferente objeto de nuestras miradas movidas por una inconsciente, pero sana curiosidad. Créese mucho más fácil penetrar por medio de nuestros sentidos, ayudados de los modernos instrumentos, en ese astro que allá en los apartados por espacios inconmensurables, ó perceptibles sólo á la indagación de nuestros más intensos telescopios. Como hay un sistema filosófico muy célebre y muy vulgarizado, que cree á la tierra templo y habitación única del espíritu, negando á los astros todos la presencia de seres libres y racionales en sus espacios, hay otro sistema conjetural, puramente conjetural, pero que induce por analogía la existencia en todos los planetas análogos al nuestro de seres orgánicos, unos más cerca de la materia como nuestra especie inferiores, otros dotados de inteligencia, libertad y razón. La Naturaleza no produce nunca seres únicos y singulares; los multiplica en su increíble fecundidad, exclaman los creyentes en la pluralidad de mundos habitados. Y así como no produce una flor sino muchas flores, no un ave sino muchas aves, no un átomo sino muchos átomos, no un sol sino muchos soles, no ha podido producir en ese arenal de orbes dilatado en el espacio infinito un solo mundo habitable, sino muchos habitables y habitados. Era natural que la luna pudiese resolver esta conjetura y convertirla en realidad antes que ningún otro mundo, y por eso á la triste luna con preferencia se han dirigido las interrogaciones, y todos hemos echado en broma ó de veras nuestro

cuarto á espadas sobre los habitantes de la luna, á pesar de la célebre interrogación del aquel baturro que decía: «Si la luna estuviese habitada, compadre, ¿dónde se meterían sus habitantes cuando mengua?»

Declaro que, inquieto á mi vez por estos problemas, cuando el deber preferente de cultivar las ciencias históricas y literarias al par de las morales y políticas lo permite, ¡ah! éntrome también, aunque á guisa de profano, por los reinos de la difícil astronomía, y estudio algo en ellos, como vagar, por lo menos, de otras ocupaciones más indispensables y más imperiosas. Me avergüenzo trayendo á las mientes aquí ahora cómo nunca estuve, por pereza, en sitio tan cercano á mi casa y tan dentro de mi Universidad como el Observatorio de Madrid. Mas en París no me sucediera lo mismo; y se comprende. Solemos estudiar las ciudades que visitamos, con preferencia natural á las ciudades en que vivimos. Aquí, en Madrid, creo disponer de la vida entera para verlo todo, mientras en París, Florencia, Roma, Londres, aprovecho el tiempo de mi paso, por si no vuelvo. Y visité, una clara noche invernal de luna, rarísima por las latitudes aquellas, con frío de diez grados bajo cero, el Observatorio parisiense, conducido á él en alas de mi amor á la ciencia, ó como dijeran los antiguos, de mi filosofía. La Historia, en nuestro tiempo, abarca todo el desarrollo de la humanidad. Así, lo mismo atiende á sus facultades intelectuales que á sus facultades, por ejemplo, estéticas; y lo mismo narra los momentos por donde ha pasado el arte y la ciencia que los momentos por donde han pasado la legislación y la política. Necesita el historiador saber desde la historia de los médicos hasta la historia de los astrónomos. Imposible, ignorándola, calificar como se debe y se necesita la dominación musulmana en la Península. Yo no puedo decir que tenga competencia en estos varios estudios, pues cada cual exige la devoción completa de un alma entera; mas siento por ellos, como por todas las ciencias, aficiones incontrastables. Así miré con atención verdadera por el telescopio, y ví la blanca luna con la vista más escudriñadora y más intensa que la vista vulgar, con la vista del astrónomo. Dirigía entonces el Observatorio Leverrière, sabio ilustre, á quien sus estudios profundos habían revelado algún que otro planeta, pero á quien sus planetas habían dado alguna que otra pesadumbre, por aquel tiempo en que hasta los astrónomos imperiales, como Leverrière, solían merecer de los astrónomos republicanos, como Arago, idéntica oposición que César y el cesarismo. Senador, bonapartista, hasta cortesano, decían sus émulos, había motivo para temer falta de obsequiosidad á un demócrata, como yo, en toda la ebullición de su sangre por aquel entonces, y con todos los fanatismos connaturales á doctrinas ardientemente profesadas y de todo corazón queridas. Pero equivoquéme de medio á medio, hallando al sabio tan obsequioso conmigo como si recibiera, en vez de á un emigrado humilde, á un colega ilustre ó á un soberano europeo. Bien es verdad que llevaba recomendación muy eficaz del gran periodista Girardin, y compañía fraternal en sabio redactor de *La France* y en el querido amigo Güell y Renté, muertos todos, menos quien esto escribe, un poco fatigado ya de la vida y un mucho dolorido de sobrevivir á tantas personas amadas en este valle de lágrimas. Por la inevitable asociación de ideas, frecuentísima en mi fiel memoria y en mi activa sensibilidad, evocaba

yo las lecciones de astronomía lunar dadas en el campo á mi niñez por la tía Madeja y las ponía en parangón abierto con las lecciones de astronomía lunar dadas por el sabio Leverrière á mi edad madura en el Observatorio, pareciéndome asistir en espíritu, no á dos periodos cortísimos y cercanos de mi vida individual, á dos edades máximas de la historia, sí, á la edad en que predominaba la magia y traían del cielo noticias los aparecidos, y á la edad en que predomina la ciencia y traen del cielo noticias los prismas y los telescopios. Miré mucho, y vi poco. La impaciencia embargaba naturalmente mi atención, y el deseo de no molestar al maestro aceleraba mucho aquella rápida enseñanza de una sola noche. ¡Cuán diversas todas las cosas vistas desde lejos á vistas desde cerca! El Mont-Blanc, que mirado, al caer la tarde, por el ginebrino lago parece un coloso, mirado á sus pies, en la mar helada de Chamounix, parece una colinilla, no obstante su diadema de nieves perpetuas. Pues no creáis al astro de la noche tan poético retratado en la lente del telescopio como retratado en la retina de vuestros ojos. El telescopio afea el rostro de la pálida luna, como el microscopio afea el rostro de la mujer bella. La imagen me causaba mareos como la vista de un cuadro disolvente. Lo primero en llamar mi curiosidad y atención fué aquel contraste brusco de luz y sombras. Luego no acertaba con lo que veía, distando mucho la sensación de mis sentidos y las designaciones de mi maestro. Parecíame como una esponja lo designado por su palabra como verdadero monte, y bautizado de antiguo con nombres y apellidos propios. Unas veces creía descubrir gigantescas arañas de cuerpo blanco y patas negras, como esos seres monstruosos guardados en los archivos de las edades geológicas; otras veces se me antojaba columbrar una selva de hongos ciclópeos, aislados los unos de los otros, pero numerosísimos y enormes; ya la imaginación, poniéndose tras el sentido, fingía pirámides truncadas y agujas esbeltas y rotondas, como si toda la superficie lunar estuviera cubierta por Montserrats infinitos; ya en ciertos lados, muy oscuros, creía divisar madreporas muy raras; pero todo sin color, sin gradaciones, sin suavidad en las tintas, sin arrebolado de matices, al revés, mezclas de albayalde y carbón cristalizados en figuras geométricas imposibles, todo cuanto queráis, menos aquella melancólica y dulce luna que derrama tanta poesía en todos los objetos y aviva emociones tan dulces en todas las almas.

Había pasado mucho tiempo de tal visita, y así me acordaba yo de los estudios lunares como de las coplas de Calainos. La primera época de vida parlamentaria, y el paso por las altas regiones de un gobierno tan proceloso y combatido como el mío, divirtieron el ánimo de los estudios, puestos en olvido, bien criminal é ingrato, pues ellos, y sólo ellos, nos prestan esparcimiento con sus noticias é ideas, y nos ilustran la inteligencia, motora del albedrío y determinante de todas nuestras acciones. Así que la derrota de mi causa y la expulsión de mi partido trajéronme ciertos ocios, incompatibles con la tribuna y el gobierno, reanudé las antiguas ocupaciones científicas, y las reanudé allá en París, de intento y á conciencia. No se publicaba libro ninguno en la capitalidad intelectual de nuestra Europa sin que yo lo adquiriese, ni se decía conferencia literaria ó científica sin que yo la presenciase. A maravilla me ayudaba en tal empeño con su inteligente actividad mi fraternal amigo Adolfo



MAÑANA DE PRIMAVERA.



Calzado, trayéndome noticias de libros y procurándome reuniones de literatos y sabios, cosa fácil á su incansable actividad, tan dispuesta de suyo á un cálculo matemático y á una operación bancaria como al culto de los principios puros y al cultivo de las artes bellas. Dió por Noviembre ó Diciembre de 1875 el célebre Flammarion una lección oral acerca de la luna, y allí me presenté yo, conducido por mi curiosidad y en compañía con la familia de Calzado y con mi propia familia. No puede contarse, á pesar de la primacía que ligeramente otorgamos entre nosotros á cuantos escriben extrañas lenguas, muy subido rango dentro de la sabiduría hoy al sabio de que hablamos. El mérito de los servicios por él prestados y prestables no puede ponerse de ningún modo junto al mérito de los servicios prestados en química por Dumas, en fisiología por Bernard, en ciencias naturales por Darwin, en astronomía por Sechi. Espíritu alejandrino, por razón de sus cualidades sincreticas, y por la mezcla de un panteísmo materialista con ciertas ideas cristianas, este astrónomo, absorbido á la continua en una contemplación magnética de los astros, exhala sus teorías envueltas en rosadas nubes y en aromados vapores, sobre cuyas nubes y vapores van tendidos iris varios, muy semejantes á los que llevaba sobre sus poéticas doctrinas el oriental misticismo. La inteligencia de Flammarion pertenece á la estirpe de las inteligencias vulgarizadoras. Aunque no peca de vulgar, es uno de los ejemplares psicológicos más merecedores de alta estimación, si bien por la fuerza de su fantasía y no por la exactitud de sus conceptos. Las generalizaciones atrevidas, la inducción audaz, el método semifurierista de la universal analogía tomado como una lógica manera de llegar á la verdad, prestan á los trabajos de este filósofo un carácter más bien de poema en prosa que de rigorosísima serie científica. No colocaré yo sus libros de ciencia, como ha hecho alguien, junto á los libros de literatura producidos por Julio Verne y encaminados á vulgarizar las ideas y las nociones científicas. Todo libro de Flammarion, más que un carácter novelesco tiene un carácter épico, y se propone con bien firme propósito enseñar, no divertir, traer á quien leyere instrucción útil y no recreo estético. Estas inteligencias vulgarizadoras, que semejantes á las aves en celo, llevan las pajillas y los granos al nido y al buche de los pequeñuelos para mantenerlos y abrigo, están como dotadas de un carácter maternal que las vuelve inviolables y sagradas á mis ojos. Quien hiere allá en mis campos del Mediodía á una golondrina, se atrae tanto anatema como si hubiera herido á una persona. Cuando las democracias suben, y suben por ascensión incontrastable, como la que llevan en su crecimiento los cedros del Líbano, y han menester los infimos, los menores, de una ilustración con que reivindicar sus derechos, las inteligencias encargadas de la vulgarización del ideal ó ideales necesarios al humano linaje no aparecerán como las mayores, mas de seguro aparecen como las más útiles tarde ó temprano en el juicio universal. Fuera de aquellos profetas á cuyas revelaciones debemos las Biblias de la ciencia, el sistema de Copérnico, los libros de Galileo, no reconozco en las estirpes segundas y terceras del humano saber quienes aventajen á estos Bautistas, reñidos con las fórmulas de ignota jurisprudencia ó con las liturgias esotéricas del misterio, para conducir los pobres de sabiduría y los pequeñuelos de estatura intelectual á comulgar en las ideas aprendidas á tanta costa,

y recibir, merced á tal comunión, la sangre y la vida del genio, consustancializándose con su divina esencia. Como el pajarero pone trampas en el campo á fin de prender vivas las aves del cielo y llevarlas á vuestras manos, pone libros en el acervo de la instrucción contemporánea Flammarion para cazar las estrellas del firmamento y ponerlas á vuestro alcance. No son sus libros esos magistrales llenos de cálculos, que guardan las ideas más abstrusas y las claves más difíciles de la ciencia, y que necesitan una larga preparación de otros saberes, como el metafísico y el matemático, para ser entendidos, por accesibles á una grande aristocracia, única verdaderamente capaz de penetrar en ese Mirab ó santuario de la ciencia, vedado á los profanos; son unas guías de Bedeker ó de Joanne, como las que gastan los viajeros al uso, y que os enteran de cuanto necesitáis saber, sin esfuerzo ni fatiga, en vuestras excursiones por la pobladisima etérea inmensidad del firmamento.

Pero los discursos del popular y popularizador astrónomo no alcanzarán jamás la estima que sus libros. Cuanto produzca Flammarion en la cátedra distará mucho de cuanto produzca en la prensa. Carece de aquella prontitud en unir el concepto á su expresión, que constituye las grandes naturalezas oratorias, aptas para trocar cátedra y tribuna en trípode sublime de súbitas inspiraciones. La menor facultad, la menor, de los verdaderos oradores, quizás sea la que más al vulgo asombra, esa rapidez en verter el pensamiento en su forma con exactitud científica, corrección literaria y propiedad gramatical. Para mí no hay orador sino en el ejemplar psicológico, donde aparece un filósofo artista con facultades bastantes á encerrar dentro de limitadísimo espacio y tiempo una serie de ideas enlazadas por medio de lógica rigurosa cual están los términos de un sistema enlazados, y en proporciones como las de un monumento y una oda. Pensar, decir, ordenar de palabra, sin auxilio alguno, ya por medio de reveladoras inspiraciones, ya por medio de profunda reflexión, una obra, tanto de ciencia por su fondo, cual de arte por su forma, resulta ¡oh! tan por extremo difícil, que hacen bien los pueblos estimándola como la estiman y poniéndola donde la ponen por una especie de consentimiento universal manifestado en universales aplausos. ¡Cuán raros de suyo los grandes oradores! Por tal rareza no debe maravillarnos que Flammarion falte allá en el restricto número de tan escasa estirpe; mas debe maravillarnos que pierda por su lengua el justo renombre ganado con su pluma. Paréceme verlo, tras el tiempo desde aquella noche transcurrido, en su rubicunda placidez, la pechera ornada de relumbrantes botones, el reloj pendiente de áurea cadena, particularidades baladíes de suyo, pero notables allí donde los hombres visten con verdadera sencillez y hasta con descuido; muy dispuesto y ágil trazando cálculos astronómicos y repitiendo mapas lunares en el encerado con su albayalde, pero muy torpe y tardo en decir con claridad lo mismo que sabe con exactitud. El continuador de Fontenelle, empeñado en mostrar por la experiencia científica lo que aquel insigne literato fiaba con mayor acierto á la imaginación creadora, la pluralidad de mundos habitados, no tiene ninguno tan cerca de nosotros para sus observaciones y experimentos y estudios como esa blanca luna, planeta de un planeta, pero esclarecido y sustentado por el sol, que mantiene todo nuestro sistema planetario en su concierto y armonía. Ese mundo

aparece como el teatro más próximo y más propicio para enseñarnos en sus paisajes ó escenarios aquellos seres orgánicos y espirituales á un tiempo, buscados por las indagaciones astronómicas en los innumerables orbes. ¡Qué desengaño el contenido en su conferencia popular sobre la blanca luna! Nuestra compañera es un cementerio, donde la vida no pareció nunca ó se ha extinguido para siempre. Así la encendida luz del sol aseméjase, al tocar su disco, á la reverberación de pálida lámpara funeraria en mármorea losa sepulcral. Ved el resplandor de oro que estentan todos los soles más ó menos lejanos enfrente del resplandor argenteo de la luna, y observad cuán diversos. Parecen los unos brasas, rubies; parece la diosa de nuestras sombras como el blanquecino fosforeo de los fuegos fatuos producidos por las frías osamentas desparramadas en las innumerables sepulturas de mundos sobre los cuales no todas las regiones sirven para producir el calor de la vida y todas sirven para guardar los despojos de la muerte. ¡Oh! la media esfera ofrecida en los plenilunios siempre á nuestros ojos, tomáraisla, según resulta de la observación, por el abandonado laboratorio de un astrólogo ó el museo de un anatomista, colección de fríos esqueletos por los cuales pasaron hace siglos las encendidas burbujas del oxígeno y los rojos glóbulos de la sangre. Hasta las montañas en su aislamiento, pues jamás componen cordilleras; en su aspecto extraño, que las asemeja de suyo á setas y esponjas; en su forma de conos truncados; en su color blancuzca, parecen funerarios túmulos. Aquellos átomos se confunden con partículas de ceniza y copos de nieve. Así no encienden, apagan; y no acaloran, enfrian. Sin embargo, examinados mediante los espectros solares, resultan en su composición química los rayos de la luna idénticos con los rayos del sol, por ser estos mismos, si bien reflejos. Mas el sol carece de poder bastante á vivificar aquella soledad espantosa. Esta continua ebullición de vida en los senos terrestres, los cuales hierven á modo de calderas gigantescas, ya encendiendo jugos fácilmente convertidos en savia ó sangre, ya cuajando cristalizaciones fácilmente convertidas en cuerpos geométricos; toda esta suprema y saludable agitación del planeta nuestro vuélvese abandono y silencio profundísimos en el satélite. Los indolentes podrían allí, de respirar, consagrarse al eterno descanso, como el imperturbable de los cadáveres. En ella no temerían los medrosos el huracán que troncha los mástiles, ni el ciclón que desarraiga los árboles, pues no hay tormenta, porque tampoco aire. Así el trueno aterrador, el relámpago culebreante, las granizadas asoladoras, la centella fulminada por nubes fragorosas y tormentosísimas no se producen jamás en aquellas tristes petrificaciones y en aquellos mortales fríos. Nada hiede, porque nada huele. En vano abríais las narices para recoger las moléculas imperceptibles que componen aquí los aromas penetrantes; el mineral insípido, incoloro, inodoro llena sus desiertos. Esta paleta de colores que se llama tierra, y que nos presenta desde las praderas hasta los iris, no tiene oficio alguno que cumplir en aquellos contrastes bruscos entre luz y sombra, incapaces de coloreos y matizamientos. Calma eterna sin correspondencia posible aquí donde la vida penetra en los dominios de la muerte y un cadáver amontona gérmenes infinitos de seres nuevos por doquier, y la podredumbre resulta levadura nueva, y el fermento licor henchido de jugos vivificantes. Poneos en idea fuera del aire, y os encontraréis en esa in-

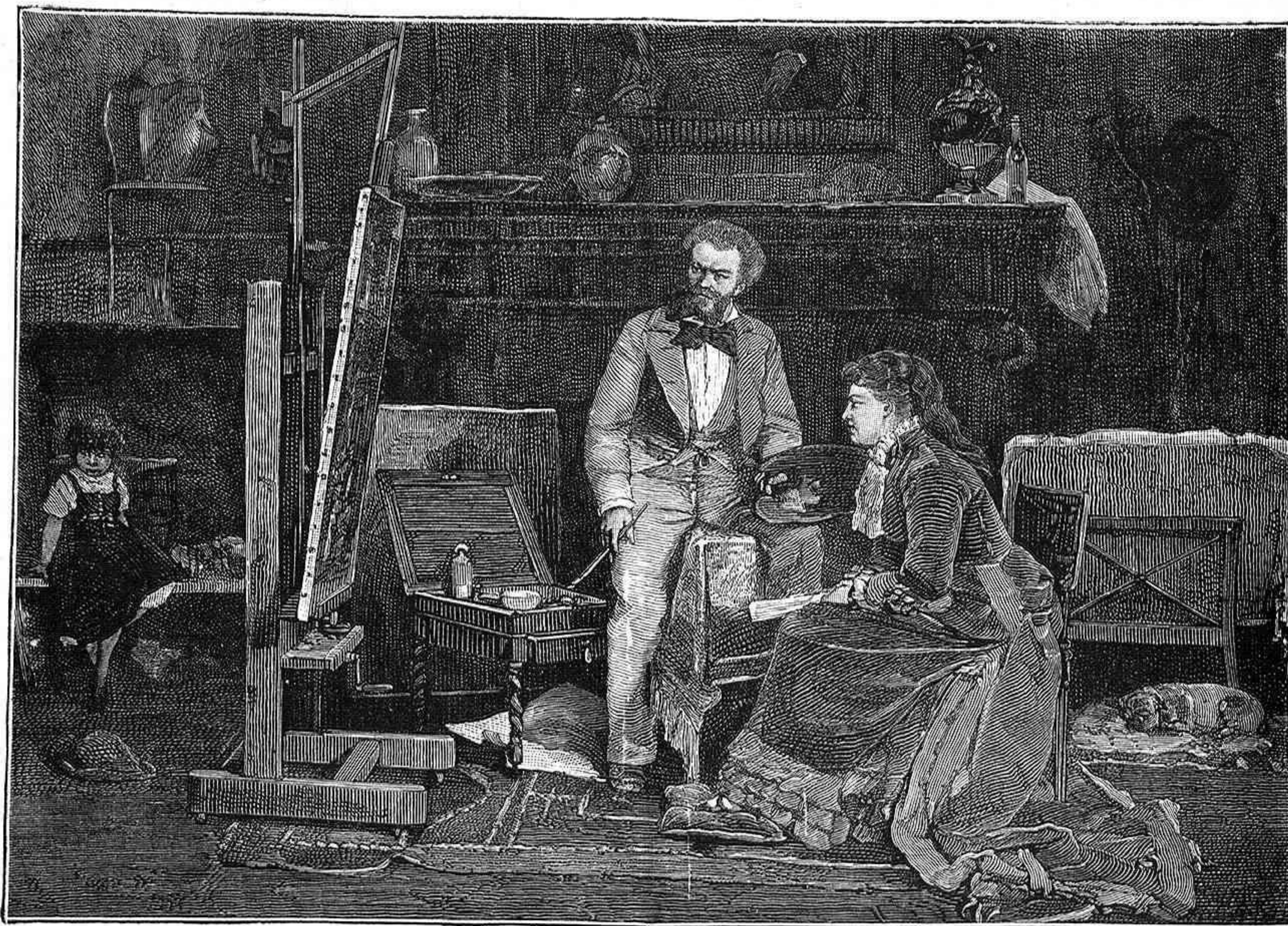
mensa máquina pneumática, donde no se respira. Más fácilmente nos formaríamos, pues, claro concepto del sobrenatural inferno soñado por nuestros místicos en el horror de sus visiones diabólicas, que del globo lunar por los adelantos astronómicos revelado á la ciencia. El desierto donde mueren los camellos exhaustos por no bastarles los odres naturales puestos por la Providencia en sus grandes buches, y donde la nave de semejantes soledades terrestres, el avestruz, cae asfixiado, parecerían un edén de frescura y humedad enfrente de aquellos abismos faltos de aire y agua vitales. Figuraos que así como los mares de nuestro polo se truecan en hielo, pudieran todos trocarse á una en granito; pues en tal figuración acaso tuviérais una fotografía del océano lunar. Y espantoso negror lo envuelve todo, como el paño fúnebre al mudo ataud. Lo que aquí es cielo azul etéreo, es allí abismo negro profundísimo. Las montañas se tienden aisladas por todas partes junto á grietas insondables; fauces de monstruos parecidos á los engendrados en una pesadilla. Bien es verdad que hasta las montañas son huecas á manera de inmensos apagaluces puestos allí para extinguir la vida. Creedlo, este planeta nuestro va por el inmenso cielo desposado con un cadáver frío.

Naturalmente debemos, al describir la luna de tal suerte, jurar nuestra descripción por la palabra de los maestros. Tiempo, competencia, estudios preliminares, lo necesario para poseer conocimiento propio y seguro en la materia, me faltan. Solamente un genio tan múltiple y vario como Echeagaray, mi célebre inmortal amigo, escribe con idéntica maestría un drama romántico y una disertación astronómica. Juan Bautista Vico incapacitaba en su profunda *Ciencia nueva*, tan leída en otro tiempo y tan olvidada hoy á pesar de su mérito, al hombre para conocer efectos de que no fuera él causa, y obras de que no fuera él autor. Mas, á la verdad, si hubiéramos de proclamar como cosas verdaderas y sabidas tan sólo aquellas experimentadas en nuestras observaciones y experiencias personales, diariamente recomenzaríamos trabajos ya concluidos por otros, y lo que ganáramos en certidumbre, habríamos de perderlo en sabiduría. Todas las ramas científicas exigen librar algo al criterio ajeno y estatuir con cualquier motivo una inevitable autoridad por mayor ó menor derecho. Ahora mismo recuerdo cómo no descubrí, ni en las observaciones telescópicas de Leverrière, ni en los mapas lunares de Flammarion, todo cuanto notaban sus dos autores en sus sendas explicaciones. Pero, al observar ciertos fenómenos psicológicos, nada tan justo y natural como decir que no descubrimos en el cielo cuanto descubren los astrónomos, ni vemos en los paisajes aquello que ven los pintores, ni oímos las armonías advertidas por el músico en las consonancias del universo, ni sacamos de las cosas aquel incienso de poesía percibido por los poetas, ni consideramos al universo envuelto en las ideas pensadas por el filósofo y constitutivas del éter espiritual difuso en lo infinito. Por tanto, hay que concederles algo en albricias á sus invenciones y en tributo debido á su incontestable superioridad. Ya lo véis por ellos, por los maestros; esa luna es fría momia. Su faz dulce y poética no tiene una gota de agua que llevarse al paladar, ni un soplo de aire que recoger en sus labios. Pobre y triste petrificación, la vida no late allí tal como la experimentamos y la conocemos en nuestro planeta. Y cuenta que telescopios potentísimos han acercado hasta pró-

ximamente catorce leguas los humanos ojos al disco lunar. Pues ni á estas catorce leguas se columbran los gigantes atribuidos en el *Micromegas* de Voltaire á otros más grandes y más tardos planetas. La luna es inmovilidad, abandono, muerte, olvido, silencio, y en comparación de tanto sol como ilumina el espacio, un átomo de fría ceniza. He ahí cuanto alcanzamos del astro más próximo á nuestro bajo mundo y más sujeto á nuestras imperiosas preguntas. Y, sin embargo, la tál esfera, desierto cementerio, en su mudez, en su pneuma, en su soledad, todavía es aquella luz que platea los cielos por las más hermosas y serenas noches; aquel astro que retrata su faz purísima en los lagos celestes; aquella musa que despierta el gorjeo en la garganta de los ruiseñores enamorados y el melodioso acento en la serenata de los jóvenes enardecidos; aquella poetisa de quien aguardan las arpas un suspiro que agite sus cuerdas, y los poetas un beso que haga vibrar en cánticos sus labios; aquella

diosa que ha encontrado templos y aras en los promontorios más armoniosos de nuestro planeta, y sacerdotes y fieles entre los hombres más ilustres de la historia, presidiendo á los nacimientos, perpetuadores de las generaciones, velando sobre nuestras cunas, las cuales prometen alegrías á los hogares como los capullos rosas al rosal; aquella confidente á cuyo regazo entregamos el secreto de nuestras penas, recibiendo en cambio consuelos, manantial eterno de poesía y de vida. Seguramente nuestra tierra desde otro mundo parece un cielo ideal, y los infelices humanos, ángeles ó bienaventurados. Cuando se observa cómo un cadáver, cual ese cadáver de la luna, vivifica, nos da ganas de gritar á cuantos lo estudian y revelan: callad con vuestros análisis, no me quitéis mis ilusiones, más ciertas y más consoladoras que todas vuestras verdades.

EMILIO CASTELAR.



JUZGANDO EL EFECTO.

UNA NOCHE EN TORTONI.

El café resplandece. Besos de oro
La luz de las artísticas lucernas
Da en mármoles, espejos, porcelanas
Y en las brillantes copas de Bohemia.

Las cristalinas notas del piano
En la cálida atmósfera se besan
Con los chasquidos de las blancas bolas
Y el rumor de la alegre concurrencia.

Todo es placer. Abandonado y solo
En medio del bullicio está el poeta,
Buscando del licor en la onda amarga
Olvido á su pesar, tumba á sus penas.

Es el cantor de Porcia; el gran Alfredo;
El que ha ceñido la gentil cabeza
De la amorosa juventud alegre
Con coronas de mirto y azucenas.

Es el vate inmortal cuyas canciones
Son copas de diamantes y de perlas

Llenas de rico Chipre perfumado
Con ojas de jazmines y violetas,
El lírico sublime de *Las Noches*,
El gladiador que en la encendida arena
Cayó herido de muerte, y palpitante
Su ensangrentado corazón nos muestra.

Vedle apurar el vaso. Su ancha frente
Que ayer ornó la rubia cabellera
Y el laurel, el laurel verde y triunfante,
Hoy abatida está, rugosa y tétrica.

De repente su rostro se ilumina;
Sus ojos de león relampaguean
Y sus labios sarcásticos sonríen:
Es que su mente enardecida sueña.

Sueña el desventurado con el tiempo
En que adoraba la beldad suprema
De la virgen de túnica estrellada:
Su siempre fiel y amante compañera.

Con la edad en que el sol resplandecía
En su laúd de melodiosas cuerdas,
Y en que anidaba la canción celeste
En su espíritu noble de poeta.

Sueña con el idilio de oro y rosa
De aquellas tardes tibias y serenas
En que reía sobre el fresco césped
Y cantaba feliz con su griseta.

Con el tiempo radiante y venturoso
Del laurel y el amor: la edad risueña
En que hay besos divinos en el labio,
Fuego en la sangre, y en el alma estrellas!

Sueña también con la argentada noche
En que bogaba en góndola ligera,
Abrazado á una pérfida hermosura,
Por los negros canales de Venecia.

Y al recordar aquel hermoso tiempo,
Viéndose hoy abismado en la siniestra
Noche del vicio y del dolor, las lágrimas
Por sus mejillas demacradas ruedan.

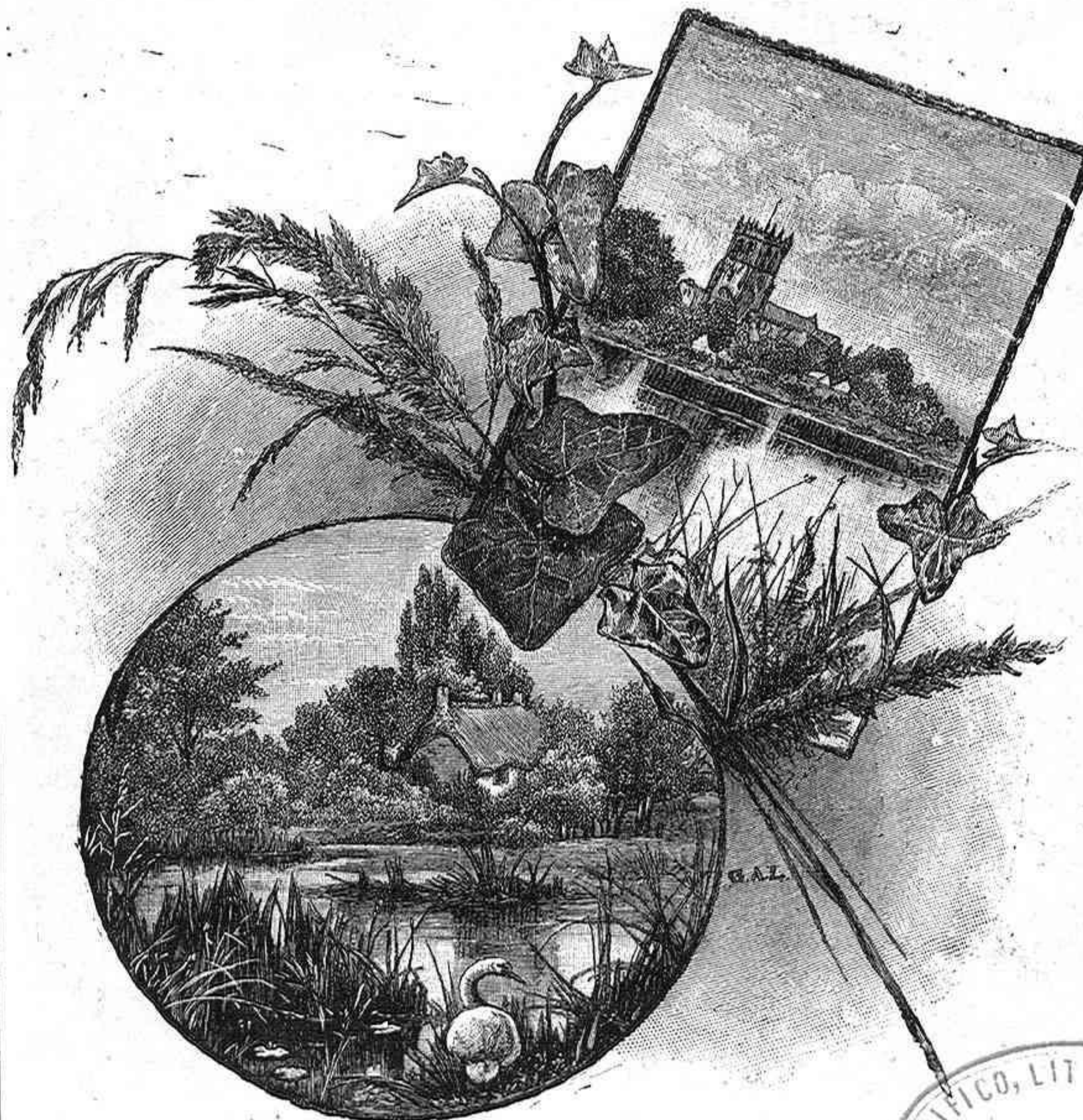
¡Ay! nadie el llanto ve del dios caído,
Más que una joven degradada y bella,
Que con sus labios rojos y culpables
Enjuga aquella faz pálida y yerta!

.....

El lodazal del vicio en que te hundiste
¡Oh corazón sublime de poeta!
Me recuerda el pantano en cuyo fondo
Miro temblar la fulgurante estrella.

MANUEL REINA.

Madrid, Julio 86.



H. ESTEVAN
1881



MAL GUARDIÁN.—(Dibujo de H. Estevan.)

EL HOMBRE-PÁJARO

CUENTO POPULAR

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



I.

NOS, decía un maestro de escuela á sus discípulos, no hagáis porquerías, porque los cerdos las aprenden, y hartas saben ellos sin enseñarles más.

Recuerdo esto para que se me perdone el que calle el nombre del pueblo donde pasó lo que voy á contar, porque hartas cosas saben los pueblos para darse mate unos á otros, sin que les enseñemos más los que nos dedicamos á recoger cuentos populares para pulirlos y aderezarlos de modo que regocijen y enseñen un poco y no sean indignos de ingresar en la literatura patria, como lo son cuando los recogemos baboseados de boca del vulgo.

Érase un pueblecillo, no sé si de la Rioja ó de Navarra ó de Aragón, cuyo nombre pertenece á los innumerables geográficos de España que, hijos de la primitiva lengua ibérica, aun subsistente como por milagro de Dios en un rincón sombreado por los montes Pirineos, no los conoce ya como tales ni la madre que los parió, que hasta pasa por el dolor de que cuando por instinto maternal ó por rasgos fisonómicos que observa en ellos sospecha que son sus hijos y quiere cerciorarse de si lo son ó no, la echan enhoramala hasta los más presumidos de sabios, diciéndole que no sea mentecata, pues aquellos nombres son griegos, ó árabes, ó celtas, ó hebreos, ó latinos, ó cualquiera otra cosa que la pobre señora no sospecha, cegada por preocupaciones de la tierra donde se refugió huyendo de invasiones extranjeras.

El pueblecillo de mi cuento está situado en un valle tan estrecho, que carece casi en absoluto de tierra siquiera un poco llana para el cultivo de cereales que no gusten de la costanera como gusta la vid, según el proverbio latino *Baculus amat colles*; y así los vecinos tienen que subsistir casi exclusivamente del cultivo de esta última planta, que se extiende por ambas vertientes del vallejuelo.

La única parte llana de éste es la que ocupan el pueblecillo y un campo llamado de la Peña porque le domina una muy alta, cuyo campo no se cultiva porque es indispensable para solaz del vecindario, que de carecer de él, apenas tendría donde pasear y desahogarse un poco, y sobre todo donde celebrar la llamada por excelencia fiesta del pueblo, sin la cual éste se vería perdido, pues con motivo de ella vende cada año la mayor parte de su cosecha de vino.

II.

Cuando sucedió lo que voy á contar, no tenían los riojanos, ni los navarros, ni los aragoneses la ganga que ahora tienen con haberse dado á la química vinícola los franceses: entonces estos señores se contentaban con dar nombre de Burdeos y Champaña á vinos que tenían derecho natural á tal nombre, y no á vinos que le tenían á rabiar porque les pusiesen motes.

Así era que los vecinos del lugarcillo de mi cuento pasaban la pena negra el año en que no vendían toda su cosecha de vino por cualquiera circunstancia, tal como la de haber hecho mal tiempo el día de la fiesta del pueblo y no haber concurrido á ella los millares de forasteros que cuando el tiempo era bueno concurrían y consumían buena parte de la cosecha.

Un año había sucedido esta desgracia, y todos los vecinos estaban que se les podía ahogar con un cabello, porque, lo que ellos decían:

—Señor, ¡qué va á ser de nosotros este invierno, teniendo la cosecha de vino casi sin vender una cántara con el chasco que nos dió el condenado temporal de la fiesta del pueblo! Nos vamos á morir de hambre si la justicia no inventa alguna otra fiesta que traiga al pueblo los miles de forasteros que entonces nos faltaron. Es menester que el pueblo pida al señor alcalde que esta otra fiesta se haga, y que invente para ella algo que sea muy sonado por lo nuevo. Y muy sonado tiene que ser lo que el señor alcalde invente; que si no salimos de los consabidos novillos, de los consabidos fuegos artificiales y de la consabida música, no va á venir la gente que necesitamos para vender lo mucho que por el condenado temporal de la fiesta del pueblo nos queda por vender de la bárbara cosecha del año pasado.

Había en el pueblo un vecino llamado por mal nombre el tío Manifestaciones, por lo mucho que se entusiasmaba cuando tenía noticia de que en España ó en el extranjero se había hecho alguna; y este tío Manifestaciones anduvo de casa en casa aconsejando que el pueblo hiciera una de doscientos mil demonios pidiendo al señor alcalde que inventase é hiciese una fiesta que fuese sonada en toda España. Esta petición, según el parecer del tío Manifestaciones, debía ser solemne, unánime, imponente y amenazadora, y debía hacerse en forma de manifestación, porque si se hacía de otro modo, pongo por caso por escrito, firmando todos los vecinos,

de su puño y letra los que supieran, y los que no, á ruego ó con una cruz, los señores de justicia harían cigarros con el papel y no se calentarían los sesos inventando una cosa que fuese sonada por lo nueva, que era lo que necesitaba el pueblo.

Todos los vecinos fueron asintiendo con entusiasmo al parecer del tío Manifestaciones, y autorizando á éste para que se encargase de organizarla, puesto que en eso le echaba la pata al más pintado del pueblo, y todos le fueron encargando que la manifestación fuese como él decía, de doscientos mil demonios, ó sea solemne, unánime, imponente y amenazadora.

III.

El tío Manifestaciones se puso en seguida á cavilar á fin de cumplir del modo más eficaz y brillante el encargo con que se le había honrado, y al cabo de unos cuantos días de cavilaciones dejó redondeado el proyecto en los siguientes literales términos:

1.º En un gran lienzo se escribirá en letras como morcillas lo que desea, ó más bien exige el pueblo en virtud de su soberanía.

2.º El pueblo soberano se reunirá en el campo de la Peña; allí se desarrollará el lienzo, y puesto éste en un gran palo á modo de estandarte, el susodicho pueblo soberano, llevando á su cabeza el letrado, se dirigirá en manifestación solemne, unánime, imponente y amenazadora, á casa del señor alcalde, ó donde éste se halle.

3.º La petición escrita en el lienzo en letras como morcillas será del tenor siguiente:

«El pueblo soberano pide al señor alcalde, y en caso necesario exige bajo pena de la cabeza del mismo dino funcionario, que para antes de las próximas vendimias invente una fiesta que sea sonada en el mundo con ser mundo, á fin de que traiga la barbaridad de forasteros que nos quitó el condenado temporal de la fiesta del pueblo, y se venda todo el vino que queda de la cosecha de antaño, que aunque fué bárbara, no lo fué tanto como amenaza serlo la de ogaño.—
LA MANIFESTACIÓN.»

Aceptado el proyecto del tío Manifestaciones, llegó el día de la organizada por él, y el pueblo partió, como estaba acordado, desde el campo de la Peña á la Casa de Ayuntamiento, donde se supo que estaban el señor alcalde y demás señores de justicia ayudando patrióticamente al consumo del vino del pueblo con unos marranillos asados.

Tal sobresalto causaron á los señores de justicia los patrióticos gritos que daba la manifestación al llegar á la casa consistorial, que con las barbas aun relucientes de grasa de los marranillos asados, se apresuraron á salir al balcón á ver qué demonios era aquello.

El tío Bramática, con cuyo sobrenombre era conocido el señor alcalde, porque su eterna muletilla era que el hombre sin bramática ni aun llegaba á mujer, leyó, al cabo de un cuarto de hora de delecto, la petición del pueblo soberano é hizo señas de que iba á hablar.

El pueblo calló como un muerto de hambre, y el señor alcalde gritó como un repleto de pan, vino y marranillo asado:

—Pueblo soberano, veo que tienes bramática, y como yo y mis dinos compañeros la tenemos también, aunque en cuanto á letura casi nos estorba lo negro, ¡porrazo, doscientos mil de á caballo nos hande llevar si la bárbara cosecha de vino de antaño no queda vendida antes que venga la de ogaño, que en efeto amenaza ser más bárbara aún! Retirate, pueblo soberano, que tus dinos señores de justicia tienen bramática bastante para responder con su cabeza de que pronto ha de venir acá la barbaridad de forasteros que nos quitó el condenado temporal de la fiesta del pueblo. He dicho, y si he dicho mal.... porrazo, es porque no tengo bastante bramática para decir mejor.

El pueblo soberano prorrumpió en patrióticas aclamaciones, tales como la de ¡mueran los consumos y los consumiores!, y se retiró á sus hogares mientras los señores de justicia se retiraban á acabar los marranillos asados, contribuyendo patrióticamente con su ayuda al consumo del vino del pueblo.

IV.

Se iba acercando la nueva cosecha, que amenazaba ser aún más bárbara que la del año anterior, y el pueblo soberano refunfuñaba porque el señor alcalde y los demás señores de justicia no habían inventado aún la fiesta que bajo pena de su cabeza habían prometido, y hasta el tío Manifestaciones opinaba que se debía hacer otra aún más solemne, unánime y amenazadora que la anterior, para obligarles á obedecer al pueblo soberano.

Ya no les quedaba pelo sobre las orejas á los señores de justicia, y muy particularmente al señor alcalde, á fuerza de rascarse allí cavilando para inventar una fiesta que fuese sonada, pero aun no habían dado con esta fiesta.

—Tío Bramática—decían los demás concejales al señor alcalde,—esto va rematadamente mal, porque á todos los señores de justicia, y particularmente á tí, nos cuesta la cabeza si no cumplimos el mandato del pueblo soberano. Que nosotros no tengamos bramática bastante para cumplirlo, puede pasar; pero que no la tengas tú que siempre la estás predicando, no puede pasar sin que el pueblo soberano nos pase un cordel por el cuello y nos cuelgue de un árbol en el campo de la Peña.

—¡Porrazo! es verdad—contestaba el señor alcalde estremeciéndose de terror;—pero por mucha bramática que uno tenga, ¿cómo inventa una fiesta que sea lo sonada que el pueblo soberano quiere, cuando en Vitoria, en Logroño, en Pamplona, en Zaragoza, en Bilbao y hasta en Madrid con ser Madrid, en lo tocante á fiestas no saben salir de los consabidos toros, de los consabidos fuegos artificiales y de la consabida música?

—Eso también es verdad—asintieron los demás concejales, y el señor alcalde continuó:

—¡Porrazo! los señores de justicia nos cortamos la cabeza con prometer al pueblo soberano lo que le prometimos, pues estábamos al fin de la calle con haberle respondido: «¡Pueblo soberano! los señores de justicia, por mucha bramática que tengamos, no podemos tener tanta como los que en Madrid gobiernan á España, y si aquéllos no cumplen lo que prometen, y eso que gobernar bien á una nación es más



EL PREFERIDO



fácil que inventar una función nueva, pues según dijo no sé qué sabio, nada nuevo hay bajo el sol, ¿cómo lo hemos de cumplir nosotros? Conque, ¡pueblo soberano! no muelas pidiéndonos lo que no hemos de poder cumplir.»

—¿Y por qué, tío Bramática, no le respondiste al pueblo soberano eso?

—Porque.... ¡porrazo! eso no se puede responder cuando le apuntan á uno lo otro marranillos asados y compañía.

—¡Malhayan los tales marranillos asados!—exclamaron en coro todos los señores de justicia, bajando tristemente la cabeza y sumiéndose en hondas y penosas cavilaciones, á ver si daban con la condenada fiesta que pedía y tenía ofrecida el pueblo soberano.

V

De estas cavilaciones sacó á los señores de justicia la llegada de un soldado licenciado que se presentó al señor alcalde solicitando papeleta de alojamiento, en virtud de la licencia absoluta que exhibió.

Con motivo de dudar el señor alcalde y los demás señores de justicia que los soldados licenciados tuviesen derecho á tal boleta, el licenciado tomó la palabra y habló con tanta elocuencia, que el señor alcalde, convencido y admirado de su mucha bramática parda, le interrumpió exclamando:

—¡Porrazo! estoy ya convencido de que todos los señores de justicia estábamos errados. Derecho tiene V. á alojamiento, y donde se va á alojar esta noche y las demás que quiera es en la mejor casa del pueblo, que es la mía, aunque me esté feo el decirlo.

El licenciado aceptó con mil amores el ofrecimiento y se fué con el alcalde á casa de éste, sospechando que allí no tendría que hacer uso de la invención de aquel soldado que llevaba en la mochila un guijarro, y mandando á los patrones que se le guisaran con aceite, agua y sal que concede la ley á los alojados, y lo demás que quisiesen añadir, por ejemplo, un par de huevos ó unos tropezones de jamón, una vez guisado así el guijarro, le añadía sopas que cenaba y le sentaban tan ricamente.

La sospecha del licenciado no había sido vana, pues licenciado y alcalde cenaron juntos, poniéndose de cuanto Dios crió, y particularmente de chuletas, pan y vino, hasta alcanzarlo con el dedo.

Conversando los dos de sobremesa, el alcalde contó al licenciado lo que á él y á los demás señores de justicia les pasaba con el pueblo soberano, y añadió:

—¡Porrazo! hombre, á ver si V. que de seguro tiene dormido más bramática que despiertos todos nosotros los señores de justicia, inventa una función nueva en que salgamos del peligro en que nos vemos de perder la cabeza, y el pueblo soberano salga del endemoniado conflicto de tener sin vender una cosecha de vino bárbara en visperas de otra cosecha que amenaza ser más bárbara aún.

—Mire V., señor alcalde—contestó el licenciado modestamente—yo, aunque me esté mal el decirlo, por debajo de la pata invento, si me pongo á ello, una fiesta como la que á VV. les hace falta.

—Ya se ve que V. es pájaro de cuenta, ¡porrazo!

—Tan pájaro debo ser, señor alcalde, que en mi batallón me llamaban el Hombre-pájaro.

—¿Y por qué? ¿Por su mucha bramática?

—No tanto por eso como por una habilidad que me ha dado Dios.

—¡Porrazo! ¿qué habilidad es esa?

—Nada menos que la de volar como un pájaro hasta perderme de vista.

—¡María Santísima, qué habilidad tan rara! ¡Porrazo, eso es increíble!

—Increíble parece á primera vista, pero no si se reflexiona un poco. Si aprendemos á nadar en el agua, ¿por qué no hemos de aprender también á nadar en el aire? Si para nadar de un modo tenemos agua que nos sostenga, para nadar del otro tenemos viento que nos sostenga también.

—Eso, ¡porrazo! el Evangelio de la misa es.

—Pues bien, señor alcalde, el asunto es acertar con el modo de sostenerse con el aire como al fin se acierta con el modo de sostenerse con el agua.

—¡Porrazo, qué razón tiene V.!

—Pues yo he acertado con ese modo, y figúrese V. si traería acá barbaridad de forasteros una fiesta que se anunciase en veinte leguas á la redonda diciendo que el Hombre-pájaro volaría delante del público hasta perderse inmediatamente de vista, desde esa peña que da sobre el paseo.

—¡Porrazo!—exclamó el señor alcalde dando con el puño en la mesa uno tremendo y abrazando radiante de alegría al licenciado;—con la venida de V. los señores de justicia hemos salvado la cabeza amenazada por el pueblo soberano!

VI.

Reunidos el día siguiente los señores de justicia y el licenciado bajo la presidencia del señor alcalde en la casa consistorial y en torno de una mesa donde entre otras cosas alegraba la vista un cordero dorado á fuego lento, el licenciado expuso las condiciones con que se comprometía á volar desde la Peña el día y hora que previamente se anunciase en todos los pueblos de veinte leguas á la redonda.

—Á mí—añadió—no se me arruga el ombligo por hacer las cosas gratis, y más cuando las hago en obsequio de quienes se han portado tan campechanamente como el señor alcalde y los demás señores de justicia se están portando conmigo.

—¡Porrazo! nos portamos nada más que como V. se merece—respondió el señor alcalde con la cortesía que le era peculiar.

—En efeuto—asintieron los demás señores de justicia.

Y el licenciado continuó:

—Pero en la presente ocasión necesito dejarme de rumbosidades. Yo era de oficio cavador cuando me tocó ir á coger el chopo, y al volver á mi pueblo, después de andar algunos años de viga derecha, tengo que buscar algún modo de vivir con que no necesite doblar el espinazo, porque se me ha de hacer muy cuesta arriba el volver á doblarle. Con la hojai de servicios que llevo, mas limpia que una patena, ya podré sacar un estanquillo; pero tras esta saca viene otra más pesada, que es la de tabaco para surtirle, y necesito siquiera un par de docenas de onzas de oro, que son las que ustedes me han de dar para volar desde la Peña, y además una buena jaquita para hacer el resto del viaje á mi pueblo

después de haber volado, y sobre todo para subir al voladero sin cansancio, que no me dejaría volar como es debido.

—¡Porrizo, veinticuatro onzas de oro y una jaca, mucho es para un pueblo tan pobre como hoy está el nuestro—dijo el señor alcalde frunciendo la boca y meneando la cabeza.

—En efecto que lo es — asintieron los demás señores de justicia.

—Pero, señores—replicó el licenciado—¿qué importa que hoy esté pobre el pueblo, si el día que yo vuele ha de volar la bárbara cosecha de vino que está por vender, quedando en su lugar el oro y el moro, y la seguridad de otra cosecha más bárbara aún?

—¡Eso, porrizo, también es cierto!—exclamó el señor alcalde, secundado con un «en efecto» de los demás señores de justicia.

Cerrado el trato entre el licenciado y los señores de justicia, con la condición exigida por el primero de que al entregarle la jaca se le habían de entregar las veinticuatro onzas de oro, porque su modestia no le permitía volver al pueblo después de haber hecho alarde de la gracia que Dios le había dado, pues se creería que volvía á recibir ovaciones, la emprendieron licenciado y señores de justicia alegre y fraternalmente con el cordero dorado á fuego lento y sus accesorios.

VII.

La víspera y el día de la gran fiesta en que el Hombre-pájaro debía volar, millares de gentes de veinte leguas en contorno afluían por todas partes al pueblo en que se iba á ofrecer un maravilloso y nunca visto espectáculo.

El vuelo del Hombre-pájaro estaba anunciado para una hora antes de anoecer; pero para esta hora ya no quedaba en el pueblo una cántara del vino de la bárbara cosecha del año anterior; y basta saber esto para saber cuán turbia estaría la vista, y sobre todo cuán turbio estaría el entendimiento de los millares de forasteros que llenaban de bote en bote el pueblo y el campo de la Peña, casi tan borrachos de curiosidad como de vino.

El campo de la Peña estaba á punto de pegar un estallido con el concurso que encerraba, y los señores de justicia se vieron negros para facilitar el paso al Hombre-pájaro, que se dirigía á la Peña montado en la consabida jaca, de la que se debía apear detrás y al pie de la Peña, dejándola arrendada á un árbol hasta que después de volar volviese, volando ó andando, á montar en ella y tomar el camino de su pueblo, que precisamente pasaba por allí.

El Hombre-pájaro había pedido al señor alcalde que al mismo tiempo que él se dirigiese á la Peña, el pastor del pueblo se dirigiese á la ladera opuesta del valle, provisto (con perdón de VV.) del cuerno, y en cuanto le viese en la Peña dispuesto á volar, tocase el cuerno como señal de atención.

En efecto, el pastor ya estaba en la ladera opuesta frente de la Peña cuando en la cima de ésta apareció el Hombre-pájaro.

Esta aparición levantó un inmenso grito de alegría y ansiedad en la muchedumbre, grito que se renovó al ver que el Hombre-pájaro hacía con los brazos ademán de volar, como ensayándose y preparándose para aquel nunca visto ejercicio.

En aquel supremo instante sonó una tocata de cuerno en la ladera opuesta, y al oirla la muchedumbre, incluso el señor alcalde y los demás señores de justicia, que desconocieron el estilo musical del pastor con motivo de los primores de ejecución que éste hizo al tener por primera vez la honra de tocar su instrumento delante de millares de personas, volvió la espalda á la Peña para mirar á la ladera opuesta y ver qué inesperada novedad artística ocurría allí.

Cuando terminó la magistral tocata de la ladera opuesta, la muchedumbre, como los señores de justicia, volvió la cara á la Peña y se encontró con que de ésta había desaparecido el Hombre-pájaro.

Maravillados todos, incluso el señor alcalde y los demás señores de justicia, de aquella desaparición, supusieron que el Hombre-pájaro no tardaría en volver á aparecer allí para emprender su vuelo, porque habría bajado para tomar de las alforjas que llevaba en la jaca, bien provistas de municiones de boca, algo que se le habría olvidado, con que reforzar el estómago en las alturas.

Todos esperaron un buen rato, y el Hombre-pájaro no reaparecía en la Peña.

—¡Porrizo!—dijo para sí el señor alcalde, viendo que la muchedumbre empezaba á alborotarse;—¡qué va á que el pueblo soberano hace una barbaridad conmigo y los demás señores de justicia, si el Hombre-pájaro tarda un poco más en volar!

El señor alcalde descendió del árbol más gordo del paseo, donde se habían instalado él y los demás señores de justicia, pensando, con mucha cordura, que la autoridad debe estar por encima del vulgo, y se dirigió á la Peña á ver qué había sido del Hombre-pájaro.

La muchedumbre se tranquilizó, calló y esperó con viva ansiedad.

El señor alcalde apareció sobre la Peña, y anunciando por señas que iba á hablar, pidió al pueblo soberano que callase.

El pueblo soberano, que á veces obedece á la autoridad, obedeció entonces, callando como un muerto.

—Pueblo soberano—gritó el señor alcalde—no esperes por más tiempo el vuelo del Hombre-pájaro. El Hombre-pájaro voló mientras tú y nosotros los señores de justicia hacíamos la barbaridad de mirar hacia otro lado, por la única razón de que hacia otro lado sonaba un cuerno. Por semejante barbaridad debíamos darnos de cachetes tú, pueblo soberano, y nosotros los señores de justicia.

Así diciendo, el señor alcalde empezó á dárselos en la cabeza con ambas manos, y después de imitarle el pueblo soberano, se fué alejando, alejando á sus hogares de veinte leguas á la redonda, reconociendo que tenía razón el señor alcalde al decir que pueblo soberano y señores de justicia habían hecho una barbaridad al volver la espalda á un hombre que iba á volar como un pájaro, para ver y oír á un hombre que tocaba un cuerno como un pastor.

Al día siguiente el tío Manifestaciones organizó una de doscientos mil demonios para dar las gracias al señor alcalde y los demás señores de justicia porque habían librado al pueblo soberano de la amenaza de morir de hambre con una bárbara cosecha de vino sin vender en vísperas de otra cosecha de vino más bárbara aún.

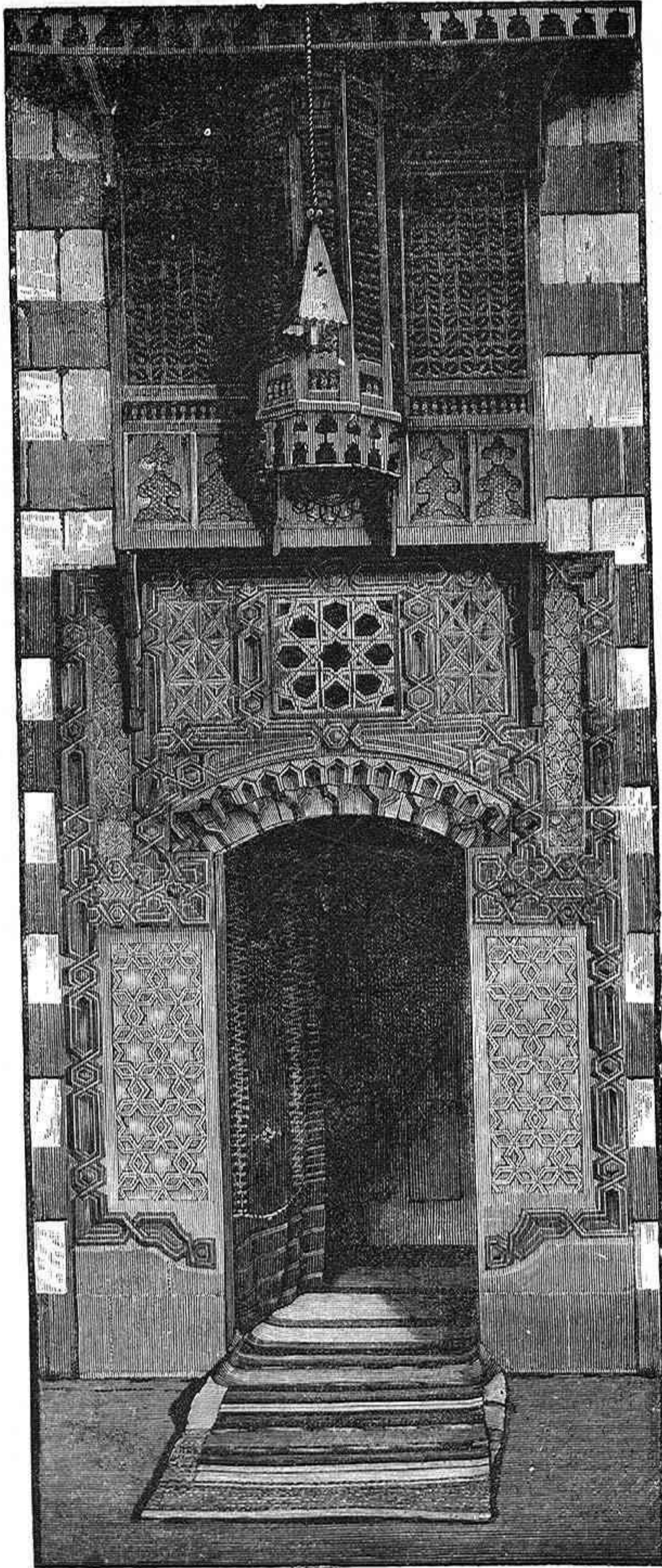
ANTONIO DE TRUEBA.



«PARA SU AMADO.....» — (Cuadro de M. Herder.)

EL CORAZÓN.

(CARTA Á UNA SEÑORA.)



Voy, señora, á escribir de un tema bello:
Del corazón; lo haré sin que os moleste;
Mas ya estoy escribiendo, y prueba es de ello
Que van tres versos y que el cuarto es este.

Inspiración celeste
Quisiera poseer la mente mía,
Y entonces correría
Mi dulce vena, en verso numeroso,
Encantando con grata melodía
La paz de vuestro pecho generoso.
Pero ni el cielo me otorgó esa gracia,
Ni visité el Parnaso, ni á Helicon,
Ni bebí de Castalia los raudales,
Ni conozco á las Musas en persona;
Lo que no es ciertamente una desgracia
En nuestro siglo, porque abundan tales
Y tan malos poetas, que el no serlo
Es un mérito en él, y el parecerlo
Es el mal más insigne de los males.

Rey de los animales
Dicen que es el león. ¡Cuántos vasallos
Tiene su majestad! Sus fueros reales
Se extienden hasta el hombre, que antes era
Rey de los animales racionales
Y hoy es un pobre, un quidam, un cualquiera
En ambas latitudes tropicales.

(La mujer, por supuesto, queda fuera
De los alcances de la fiera fiera.)

Perdón os pido y obtenerlo quiero
Si el pensamiento que emití os enfada:
Señora, perdonadme: así lo esperó
De vuestra gran bondad, tan celebrada
En esa hermosa y oriental Granada.

Formalizome, pues, y en llano estilo
Ó en alto son continuaré mi obreja,
Irritado ó tranquilo:

Veremos si yo aclaro esta madeja:
Si se llega á enredar cortaré el hilo,
Pues lo enredado así se corta y deja.

¡Ay de mi corazón amarga queja!
Sal, en verso ó en prosa,
Del pobre corazón, que se rebosa
Como vaso de hiel y acibar lleno,
Y como nube donde estalla el trueno.

¡Mi corazón! ¡mi corazón! ¿Qué suerte
Cabe á esta rica entraña,
Que la vida le daña

Y no hallará la paz sino en la muerte?

Y ¿qué es el corazón? Cien opiniones
Al definirle oí: cada vecino
Le explica á su manera, y cien razones
Al explicarle da. Centro divino
De amor y de virtud le llama el bueno:
Caverna de mentiras, el malvado:



Viscera sanguinal, Luque y Galeno:
 Asiento del valor, el fiel soldado:
 Hoguera de pasión, la enamorada
 Mujer que al hombre á quien adora escribe:
 Tesoro de placer, el hombre loco
 Que, en los abiertos brazos de su amada,
 Pruebas de amor y liviandad recibe...
 Yo creo que no es tanto ni tan poco.
 ¡ Sin él viven muchísimos! Si fuera
 El manantial de todo sentimiento,
 La humanidad entera
 Culto sagrado al corazón rindiera
 Con una sola fe y un pensamiento!
 Entonces no sería
 De tan diversos modos definido,
 Y á nadie faltaría
 Un bien que en mal la humanidad impía
 Ve con harta frecuencia convertido!
 ¡ El corazón! ¡ el corazón! Perdido
 De pasiones inmundas
 Le llevan muchos, y otros ¡ ni le llevan!
 ¡ Ah! tristezas profundas
 Del alma dolorida, que la elevan
 Sobre la vil materia en santo vuelo...
 ¡ No sois, no sois el corazón vosotras!
 Pero él recibe con piadoso anhelo
 Vuestra visita, y os concede abrigo,
 Porque enviadas sois del mismo cielo!
 ¡ Bárbaro mundo, de mi mal testigo:
 Tu risa eterna mi rencor provoca:
 Tu orgullo vano compasión me inspira!...
 ¿ De quién se rie tu soberbia loca?
 ¿ Y en qué la cifras? ¿ en la ruín mentira?
 ¡ Buena base, por Dios! La infame boca
 Muestras abierta siempre!..... Por lo pronto,
 Ó eres malvado ó tonto!
 Reir ó blasfemar; he aquí tu oficio,
 Mundo esclavo del vicio!
 Escarnecer lo temporal y eterno!...
 Pues es tu boca boca del infierno!...
 Mas vuelvo al corazón, que él es mi tema,
 Señora, y tengo en estudiarle empeño.
 Él es de mi trabajo el triste lema.
 ¿ Será la guerra su misión? Pequeño
 Fuera, en verdad, entonces! Si las lides,
 Si la fuerza cumplieran su destino;
 Si á morir ó á matar él aquí vino,
 Sólo fué grande en Hércules y Alcides,
 Y en Sansón, y en Nerón, y en Diocleciano,
 Y en Nembrod, y en Busiris, y en Atila,
 Y en otros cuantos mozos de igual mano,
 Del mismo temple, que la historia apaña,
 Negros verdugos del linaje humano!...
 No, no es la guerra su misión! La gente
 Llama gran corazón al generoso,
 Al pródigo, al rumboso;
Verbi gratia: Vicente
 Gasta, derrocha, triunfa, juega, tira
 Enamora, delira,
 Disipa su fortuna!...

— ¡ Gran corazón! — exclama el vulgo necio;
 — ¡ Gran calavera! — exclamo yo muy recio;
 — ¡ Gran pillo! ¡ gran maestro de la tuna!
 Juan regala á Teresa una mantilla,
 Un corte de vestido, una pulsera,
 Una sarta de perlas (gargantilla)
 Un mantón de lanilla,
 Un polisón de crinolina huera
 Y un enorme abanico;
 Porque el buen Juan, para artesano, es rico,
 Y Teresa bastante zalamera.
 — ¡ Qué corazón el de este Juan! — exclaman
 Con tanta boca abierta las vecinas:
 Unas á otras se llaman;
 Ver el regalo con afán reclaman,
 Y hablan del caso en puertas y en esquinas.
 Algunas, más ladinas,
 Voladas por la envidia, muy bajito
 Murmuran, con sus lenguas viperinas,
 De Teresa y de Juan, lo que yo omito;
 Pero otorgan á Juan ¡ fallo profundo!
 Un corazón tan grande como el mundo!
 Y ¿ es así? No, señora; ved lo cierto:
 Juan es un imprudente
 Que regala á Teresa,
 Y que deja, sin causa, su honor muerto;
 Y ella, á quien interesa
 Que brille puro, acepta el tal presente
 Y autoriza á la gente,
 Que de picar honrillas jamás cesa,
 Á que en la suya clave el duro diente.
 Va Enrique á un baile y, sobre casi nada,
 Sobre si Elisa le miró con ceño,
 Ó si no le miró y miró á Losada,
 Que es de que todas le contemplan dueño,
 ¡ Un desafío á muerte, una estocada!...
 Y — ¡ qué gran corazón Enrique tiene!
 ¡ Lo juega con la vida á una mirada! —
 ¡ Unos grillos, por Dios, para este nene!
 Que Juan es loco; que Atanasio bruto;
 Que Pedro espadachín; que Andrés borracho;
 Que Diego jugador y disoluto;
 Que Antón no tiene de vergüenza hilacho....
 ¡ Sociedad, sociedad, ponte de luto!
 No llares corazón al corrompido
 Vivir ni á la demencia:
 Condena á tales monstruos al olvido
 De un calabozo fuerte y escondido,
 Y hallarás tu salud en tu sentencia!...
 Pero ciento sesenta y cinco versos
 Hice, con éste que acabar procuro,
 Y ¡oh resabios perversos
 De que enmendarme juro!)
 Con tanto y tanto digresar en vano,
 Señora, todavía
 No he definido el corazón humano
 Según mi singular filosofía.
 Y ¿ qué es el corazón? Al Océano
 Lánzase altiva la potente nave,
 Mariposa del mar que por él vuela

Con alas de vapor: brisa suave
 Hinchada y empuja su tirante vela;
 Y ora resbala por el mar sereno,
 Tras sí dejando plateada estela,
 Ora la tempestad y el ronco trueno
 Bajo la quilla y sobre el tope braman:
 Su víctima reclaman
 El agua, el rayo, con soberbio grito...
 ¿Dónde el camino está? ¡La noche cierra!
 ¡He aquí la inmensidad! ¡el infinito!
 ¿Cómo llegar á la anhelada tierra?
 ¡Un abismo, otro abismo, y otro, y ciento!
 ¡Ni una estrella en el negro firmamento!
 ¿Dónde el camino está?... Dios, Dios lo sabe;
 ¡Dios nada más!... La combatida nave
 Sube y baja en las olas; gime; cruje;
 Se revuelve con rápida violencia;
 Cifñela el huracán con fiero empuje,
 Y si Dios á la humana inteligencia
 No hubiera revelado
 Un secreto sublime de su ciencia,
 Que abarca lo creado é increado
 Y el porvenir lo mismo que el pasado,
 ¿Qué fuera entonces de la pobre tabla
 Sola en la tempestad y sin camino?
 Pero esa ciencia habla
 Con el lenguaje de su Autor divino,
 É intrépido el marino,
 Gobernando el timón como ella ordena,
 Salva el banco de arena,
 El bajío, la roca,
 La borrasca, la noche de horror llena,
 Y llega al nuevo día
 Y á un mar tranquilo y terso,
 Bañado por el sol resplandeciente;
 Una oración de amor y de alegría
 Dirige al Hacedor del Universo,
 ¡Y cae de rodillas reverente!
 ¡La brújula está allí! Lengua sagrada
 Que hablaba en la tormenta,
 Leyes dando al piloto
 Para romper la bruma condensada,
 La avalancha violenta
 Y el golpe rudo del airado noto!
 La brújula está allí, fija, constante,
 Tenaz mirando al polo, cuya fuerte
 Atracción la domina!
 Instrumento de Dios, al navegante
 Ella sacó del caos y la muerte;
 Ella en la calma el rumbo determina;
 Ella el escollo sin cesar le advierte.
 ¡Tal es el corazón!... Valiente el hombre
 Lánzase al turbio mar de la existencia,
 Alguna vez hasta sin propio nombre
 Y en brazos del dolor y la indigencia:
 Del tiempo la inclemencia
 Sobre su frente nubes amontona;
 Á sus plantas agita tempestades;
 De espigas le corona;
 Le burla con engaños y maldades;

Le llena de ilusiones;
 Enciende sus pasiones;
 Le ofusca; le arrebatada;
 Y con impía crueldad desata
 El tropel de sus locas ambiciones!...
 Como la nave, entonces, combatido
 En la noche del alma tormentosa,
 Por el mar de la vida va perdido:
 La amargura rebosa
 De su pecho agitado,
 Y herido, fatigado,
 Lucha y relucha ciego...
 Un paso más, é irá desesperado
 Á sumergirse en piélagos de fuego!
 Mas no lo da!... ¿Por qué? Porque su alma
 Joya inmortal, divina,
 Es en el mundo triste peregrina,
 Que de la eternidad busca la palma
 Y hácia la eternidad siempre camina.
 Porque su corazón con insistencia
 Fijo está siempre en el celeste polo,
 Marcando de la mísera existencia
 El bien único y solo,
 Y porque, en fin, de Dios por la clemencia,
 Es en la tempestad, como en la calma,
 El corazón la brújula del alma.

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.





RECUERDO.

Cuando nos puso mi fortuna adversa
 Frente á frente á los dos,
 Tú bajaste los ojos hacia el suelo
 Con marcado rubor ;
 Yo los míos, sediento de ventura,
 En el cielo fijé ;
 Que mirar de tu rostro los hechizos
 Era mirarle á él.
 Nuestras almas sintieron desde entonces
 Misteriosa atracción ;
 Yo olvidaba las luchas de la vida
 Y me acercaba á Dios.
 Mucho aprendimos tras aquellas horas
 De candorosa fe :
 Yo, que hay corazones inconstantes ;
 Tú..... aprendiste á querer.

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA

Agosto de 1886.



ALSACIANA.



EL MUNDO DE JÚPITER.

Júpiter el gigante de los orbes planetarios, á quien el ciego paganismo designó con el nombre de su más poderosa divinidad, los antiguos egipcios con el de *dios de la vida*, y los hebreos con el de *equidad ó justicia*.

Navega en el piélago insondable de los espacios bajo la dependencia inmediata del astro rey, el cual le traza perdurable rumbo, obligándole á describir en derredor suyo una curva cerrada de figura oval, permitiéndole alejarse y acercándole dentro de límites fijos y calculables. Su mayor alejamiento del Sol es de 807 millones de kilómetros; su mayor proximidad, de 732 millones, y la distancia media, de 770 millones. Á esta distancia la intensidad de la luz y del calor que recibe del Sol es 27 veces más débil que la que recibe nuestro globo. Recorre aquella curva en once años, diez meses, diez y nueve días, ó sean doce años en número redondo; por manera que su velocidad media por segundo es de 12 600 metros. Su distancia á la Tierra varía, naturalmente, según la posición que ambos astros ocupan en sus respectivas órbitas; de que resulta que el mínimo espacio que puede separarlos es de 582 millones de kilómetros; un tren rápido, como el de la línea Paris-Lyon-Mediterráneo, tardaría en recorrerlo 1076 años.

El colosal planeta es realmente digno de este nombre, no sólo por su volumen, 1 234 veces mayor que el de la Tierra, sino también por su masa, 310 veces más considerable, la cual ejerce una influencia decisiva en todo el sistema planetario, hasta el punto de que apenas hay cuerpo alguno de los que le componen ó de los que inopinadamente se le asocian, como los cometas, cuyo movimiento no se resienta de una manera apreciable de su poderosa atracción. Tiene la forma de una naranja muy achatada, en que el diámetro menor ó polar es al ecuatorial ó mayor como 16 es á 17. Los cuerpos pesan sobre su superficie dos veces y media más que sobre nuestro globo. Una piedra que cayese allí libremente recorrería en el primer segundo 12 metros, en tanto que sobre la Tierra recorre, en el mismo intervalo, tan sólo 4 metros y medio. Su densidad, considerada en conjunto y comparada con la del agua, se representa por el número 1,36, ó en otros términos, excede apenas á la de dicho líquido; y como es una ley que los materiales que constituyen las regiones profundas de un astro han de ser más densos que los de las capas superficiales, es consiguiente que la densidad de éstas en Júpiter no llegue á equivaler á la del agua, lo cual indica que se hallan formadas de gases y vapores.

Observado con el telescopio, aunque sólo sea con un modesto antejo de 55 milímetros de abertura, lo primero que llama la atención es la forma oval ó elíptica del disco y la existencia de dos bandas oscuras paralelas que lo atraviesan

en el sentido del eje mayor simétricamente y á corta distancia del ecuador. Instrumentos de mayor fuerza hacen distinguir minuciosos detalles, observándose fácilmente el aspecto sinuoso que ofrece el recorte exterior de las bandas, cuyo color es de un gris que tira á sepia, y además la existencia de otras fajas ó bandas desleídas y de manchas menos sombrías, así como también las diferencias de intensidad luminosa con que brillan las diversas regiones de la superficie. La observación repetida á intervalos durante dos ó tres horas basta para apreciar los cambios de aspecto que se presentan y el sentido en que se renuevan, que es del Oeste al Este, en anteojos inversos, signo evidente de que el astro gira sobre sí mismo en el sentido llamado *directo*, ó sea en el que se efectúan casi todos los movimientos de rotación y de revolución en el mundo solar. Fijando la atención en algún objeto sobresaliente de la superficie, cuando se presenta en la parte más céntrica de su camino aparente sobre el disco, y midiendo el tiempo que invierte en volver á presentarse en la misma situación, es posible, previas algunas correcciones cuyo detalle huelga en este sitio, averiguar el transcurso de la rotación. Por este medio se ha calculado que es de nueve horas cincuenta y cinco minutos treinta y cinco segundos, para la región ecuatorial. El transcurso crece á medida que la región considerada se halla más próxima á los polos.

Aparte de estos cambios de aspecto, que dependen de la perspectiva originada por la rotación, obsérvanse otros, efectivos, que radican en el cuerpo mismo del astro, y que reclaman, para hacerse sensibles, mayor transcurso. Desde que Galileo dirigía por primera vez el antejo hacia este planeta y descubría las particularidades de su superficie, hasta hoy, las transformaciones han sido muchas y profundas, pudiendo decirse que, por regla general, las dos fajas oscuras y el espacio blanco que las separa no faltan nunca, si bien aquéllas y éste experimentan notables variaciones en su forma y configuración. A un lado y á otro de las fajas aparecen de vez en cuando grandes manchas oscuras; otras veces una mancha blanca se destaca sobre el fondo sombrío de las bandas. En general, las regiones polares, en una vasta extensión, afectan una tinta uniforme mucho más oscura que la zona clara ecuatorial y aun que la zona exterior de aquellas fajas.

Entre las manchas más notables que se han observado, ninguna como la que en el verano de 1878 apareció en el hemisferio austral, cerca de la banda de este lado. Medía 14 000 kilómetros en su mayor anchura, por 46 000 de longitud, y su color era de un rojo de ladrillo muy acentuado. Fotografiado su espectro el 26 de Septiembre de 1879, se notó que ofrecía los caracteres que son peculiares á los espectros de ciertos cuerpos que brillan con luz propia, deduciéndose en consecuencia que la mancha poseía luz y color intrínsecos; descubrimiento de importancia excepcional, pues,

contra lo que hasta entonces se creía, á saber, que todos los planetas de ha tiempo extinguidos brillan por la luz que reciben del Sol, resulta ahora demostrado que Júpiter brilla no sólo por esta causa, sino tambien en virtud de los vestigios de su primitiva incandescencia, que conserva todavía. Esta prueba de la elevada temperatura que allí reina explica de un modo plausible las profundas transformaciones que se operan en la superficie del planeta, la cual hay que considerar decididamente como capa externa de una atmósfera inmensa, cuyo espesor se calcula en 16 000 kilómetros, constituida por una aglomeración de nubes de naturaleza particular. La mancha ha permanecido visible en el mismo lugar hasta 1883, en cuya época comenzó á palidecer, ofreciendo el aspecto de una nebulosidad difusa, y en Abril de 1886 parecía adquirir nueva recrudescencia. Merece consignarse que, desde la invención del telescopio, se han hecho observaciones análogas, lo cual indica que la expresada mancha, ú otras de la misma naturaleza, han aparecido en diversas ocasiones. Según la hipótesis más racional, hay que considerarlas como suelo mismo del planeta, medio ígneo todavía, que una abertura de la atmósfera nebulosa deja visible durante largo transcurso. El autor de estas líneas ha observado la última repetidas veces, primero con un anteojo de 95 milímetros, y luego con otro de 108; con el segundo se percibían perfectamente los contornos y era posible dibujar la forma.

Al interés que entrañan la preponderancia, la magnitud y las vicisitudes del majestuoso planeta, se añade el que ofrece el séquito de satélites ó lunas que, en número de cuatro, giran en derredor suyo. Un anteojo de 20 milímetros de abertura es suficiente para distinguirlos con toda claridad. Sus distancias al centro del planeta y los períodos de su revolución se expresan en el adjunto cuadro:

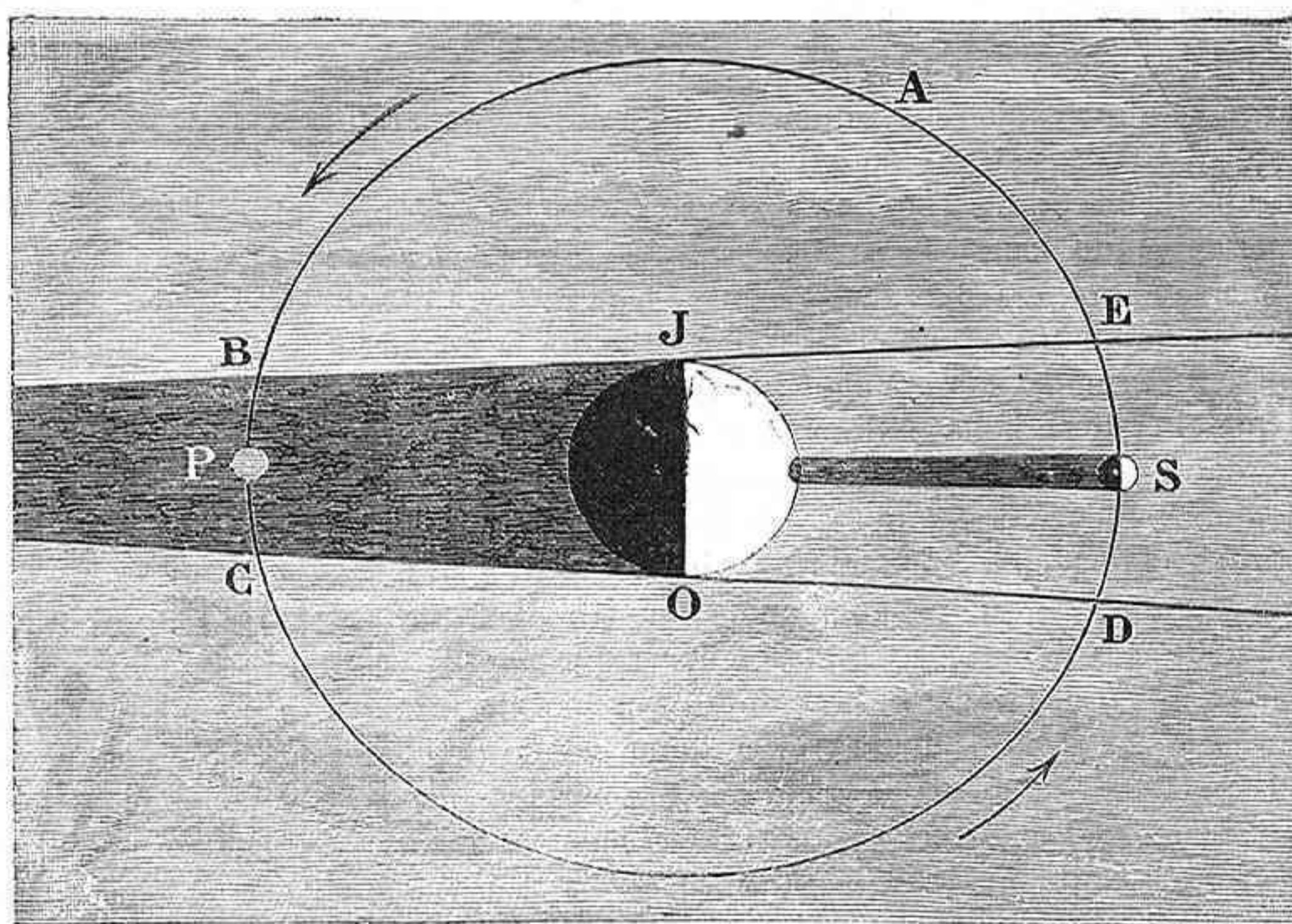
Satélite.	Distancia en leguas kilométricas.	Período de su revolución.
I	104 962	1 d 18 ^h 27 ^m 33 ^s
II	167 088	3 13 14 36
III	254 009	7 3 42 23
IV	493 825	16 16 31 50

El tercero es el más voluminoso y de mayor masa, y luego siguen, en orden al tamaño, el cuarto, primero y segundo. El volumen de éste es casi igual al de nuestra Luna, y el del tercero cinco veces mayor. Los planos de sus órbitas discrepan apenas del ecuador de Júpiter, y como este último plano discrepa, á su vez, muy poco del de la eclíptica, ó sea del de nuestra órbita, siguese que el de los satélites lo vemos como de canto, y de resultas estos cuerpos, en sus movimientos, aparecen siempre, sensiblemente, en la alineación de las bandas del planeta, las cuales, como queda dicho, marcan la posición de su ecuador. De esta disposición de las órbitas y de la rapidez de aquellos movimientos se origina, además, que la perspectiva para un habitante de la

Tierra varíe de un modo apreciable de una noche á otra, y que los satélites se presenten, por lo tanto, repartidos de mil maneras diferentes, ora á un lado del planeta, ora á uno y otro lado. La figura 1.^a los representa en la disposición que afectaban, mirados con anteojo inverso, á las once horas de la noche del 24 de Mayo de 1886.

Figura 1.^a

Júpiter arroja, á la parte opuesta al Sol, una sombra cónica, que se halla contenida en el plano común antes expresado, y alcanza una extensión máxima de 2 308 050 leguas kilométricas. Dada la posición de este cono y la de las órbitas de los satélites, se comprende sin dificultad que cuando pasen por el punto diametralmente opuesto al Sol queden envueltos en la obscuridad ó se eclipsen, como lo deja entender la figura 2.^a, en la cual el satélite describe la órbita ACD en el sentido directo indicado por las flechas, alrededor

Figura 2.^a

dor del planeta JO, cuyo cono de sombra JBCO se extiende á la izquierda, supuesto el Sol á la derecha. Al hallarse en B efectúa su *inmersión* en la sombra, y permanece eclipsado hasta su salida ó *emersión* en C, ocurriendo el medio del eclipse al encontrarse en el punto P. Los tres primeros se eclipsan en todas sus revoluciones al hallarse en dicha situación; el cuarto deja algunas veces de eclipsarse en razón á que, siendo muy considerable su distancia al planeta, por poco que el plano de su órbita se halle inclinado sobre la de Júpiter, puede darse el caso de que pase por fuera de la sombra. El último período de sus eclipses ha tenido lugar desde Septiembre de 1882 á Abril de 1886, y no volverá á co-

menzar hasta el verano de 1888. Los eclipses de los satélites de Júpiter han desempeñado importante papel en la historia de la Geografía, por lo que han contribuido á facilitar la determinación de las longitudes de numerosos lugares del globo.

Cuando los satélites se hallan en la parte de su órbita opuesta á aquel cono, ó sea entre D y E, su sombra se proyecta sobre el hemisferio iluminado del planeta y define sobre el disco una mancha negra circular, que se ve pasar de occidente á oriente (visión inversa) á lo largo de las bandas ó paralelamente á las mismas, según la situación del satélite. Por la razón ha poco apuntada, las sombras de los tres primeros tropiezan siempre con el planeta; la del cuarto puede pasar sin tocarle. El período de los pasos de la sombra de este satélite se relaciona, como es fácil comprender, con el de sus eclipses, habiendo terminado el último con el paso de 22 de Abril de 1886. Dichos fenómenos son un espectáculo encantador, aun para las personas más ajenas á la contemplación de las maravillas celestes. Para los iniciados, siquiera medianamente, en la ciencia de Urania, ofrecen un atractivo excepcional, por lo que pueden contribuir á perfeccionar la compleja teoría de los satélites, que todavía no es todo lo completa que el inusitado rigor de la astronomía matemática exige. El último paso de la sombra del cuarto era por tal concepto muy interesante, y el que abajo suscribe, que se ocupa en este estudio desde hace algunos años, encargó la observación de aquél al eminente Schiaparelli, director del Observatorio de Milán (1), por si el cielo se mostraba desfavorable (en Valencia) para la observación, y porque debiendo ocurrir la entrada de la sombra poco antes de ponerse el Sol, era más fácil asegurar esta primera observación en un punto como Milán, que adelanta la noche 38 minutos 3 segundos sobre Valencia. Quiso, empero, el destino que el cielo se hallase despejado en la segunda localidad y cubierto en la primera, habiéndome sido posible percibir distintamente la sombra desde el medio del paso hasta la salida, que sucedió á 7 horas 18 minutos de tiempo local.

Con el objeto de que los aficionados puedan disfrutar del espectáculo de estos pasos y de los eclipses que han de verificarse en 1887, doy adjunta lista de los que han de revestir mayor interés y podrán observarse á horas bastante cómodas. Los eclipses están tomados de las efemérides que publican algunos Observatorios importantes, como la *Connais-sance des temps* del de Paris y el *Almanaque Náutico* del de San Fernando, sin haber tenido que modificar más que la hora, para referirla al meridiano de Madrid.

Los pasos de las sombras no se dan en las efemérides y he tenido que calcularlos directamente, con la suficiente aproximación para el objeto que han de llenar. Los satélites van indicados con números romanos, según su orden de situación, á partir del más próximo al planeta.

ECLIPSES.

13 Marzo. I á 11^h 10^m 20^s, inmersión.
29 » . I » 9 25 31, inm.

3 Abril.. II » 10 39 24, inm.
8 » . III » 8 39 46, inm.
» » . III » 9 49 7, emersión.
14 » . I » 7 51 4, inm.
21 » . II » 7 41 12, emers.
28 » . II » 10 17 29, emers.
30 » . I » 8 4 38, emers.
21 Mayo. III » 8 31 26, inm.
» » . III » 10 14 18, emers.
23 » . I » 8 15 18, emers.
30 » . II » 10 2 34, emers.
» » . I » 10 19 33, emers.
22 Junio. I » 10 21 28, emers.
1 Julio.. II » 9 50 44, emers.
3 » . III » 8 26 14, inm.
» » . III » 10 4 16, emers.
8 » . I » 8 39 18, emers.

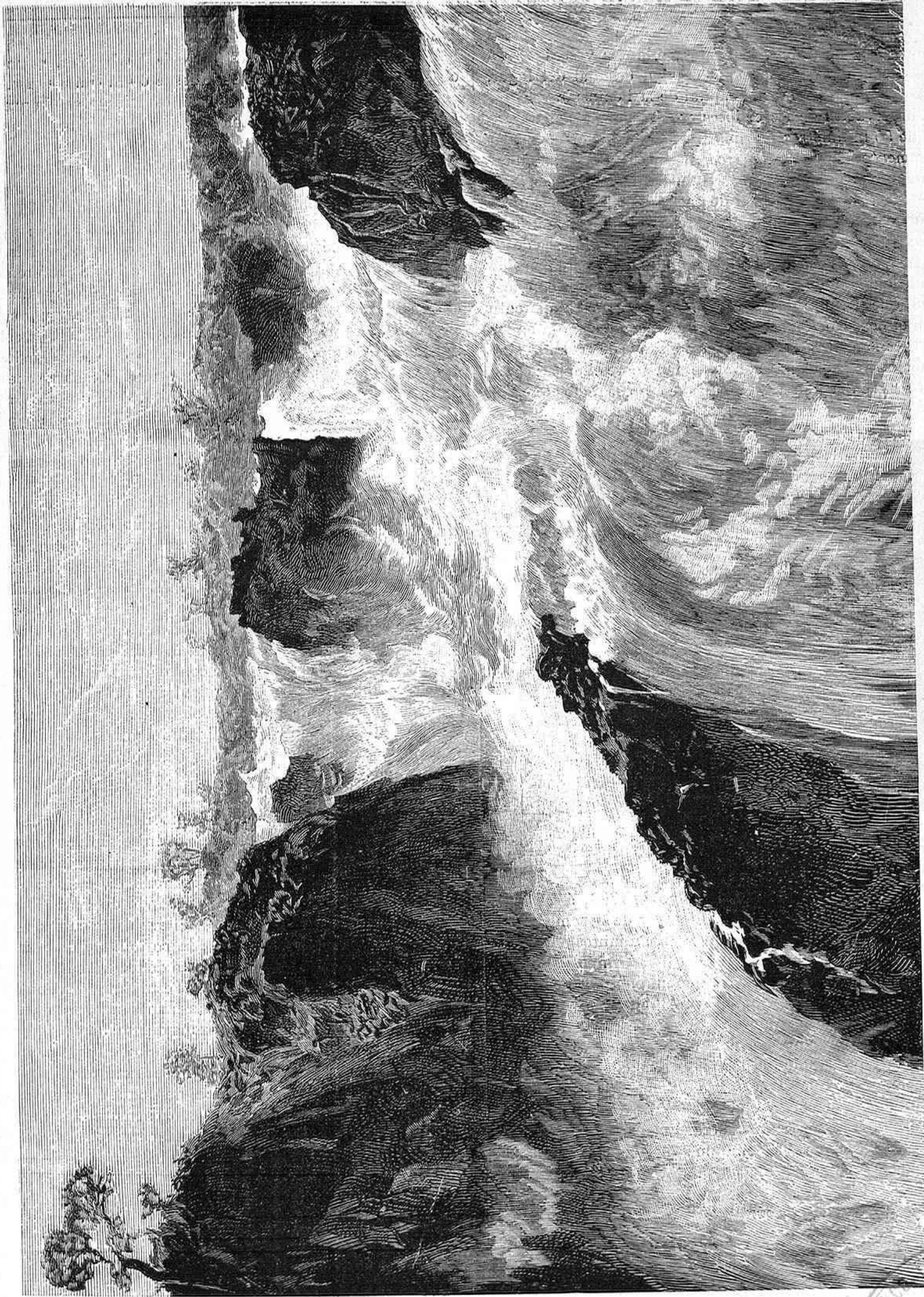
PASOS DE LAS SOMBRAS.

21 Marzo. III á 10^h 36^m, entrada.
» » . III » 12 25, salida.
» » . I » 10 23, entr.
» » . I » 12 17, sal.
22 Abril.. I » 6 58, entr.
» » . I » 8 56, sal.
26 » . III » 6 24, entr.
» » . III » 8 10, sal.
3 Mayo. III » 10 25, entr.
» » . III » 12 7, sal.
15 » . I » 7 10, entr.
» » . I » 9 7, sal.
15 Junio. III » 10 15, entr.
» » . III » 11 49, sal.
28 Julio.. III » 10 10, entr.
» » . III » 11 40, sal.

La sombra del primer satélite correrá casi en contacto con la banda boreal del planeta. La del tercero, lejos de esta banda, casi en las inmediaciones del polo boreal. En anteojos inversos este polo será, sensiblemente, el que aparezca menos elevado.

Para prepararse á la observación es útil saber que cuando estos fenómenos se verifican durante la época del año en que Júpiter pasa por el meridiano antes de media noche, sólo se ve, de los eclipses del primero y segundo satélites, la inmersión, lo cual proviene de que el cuerpo del planeta oculta la porción del cono de sombra por donde se efectúa la emersión. Lo contrario sucede después de dicha época. En los eclipses de los otros dos satélites se puede ver la inmersión y la emersión. Hay, además, que tener en cuenta que, en anteojos inversos, la inmersión de los dos primeros ha de buscarse al oriente del planeta, y la emersión á occidente. En los otros dos, ambos fenómenos se ven á oriente en la primera época y á occidente en la segunda. En 1887, el día en que Júpiter pasará por el meridiano á media noche, ó sea el que marcará la separación de las aludidas épocas, será el 21 de Abril. Con todos estos datos, el aficionado que quiera observar y se halle en otra localidad distinta de Madrid, no tiene más que añadir ó restar, respectivamente, á

(1) Que posee una magnífica ecuatorial de 50 centímetros de abertura célebre ya en los anales de la Astronomía, por ser el primer instrumento con que se han visto los famosos canales del planeta Marte.



LA CATARATA DE SAN PAULO (BRASIL)



las horas que aquí doy, las horas, minutos y segundos á que equivalga la longitud occidental ú oriental del lugar, contada del meridiano de la capital de la Península.

La observación de los eclipses puede hacerse con un anteojo de 55 milímetros de abertura, provisto de un ocular que aumente 50 ó 60 diámetros. Los pasos de las sombras reclaman instrumentos de más potencia. La del tercer satélite puede seguirse muy bien de un extremo á otro del disco con un anteojo de 75 milímetros, con tal de que la atmósfera se halle despejada y no sople viento seco (1). Las de los otros tres, singularmente la del segundo, no se perciben sino con un anteojo de 95 milímetros, y mejor aún con uno de 108, que permite distinguir, no sólo la muesca aparente que en el borde ó *limbo* del disco produce la sombra en los primeros momentos de la entrada y últimos de la salida, sino también el satélite mismo al proyectarse sobre el disco; como puede verse en la figura 3.^a, en que he representado el aspec-

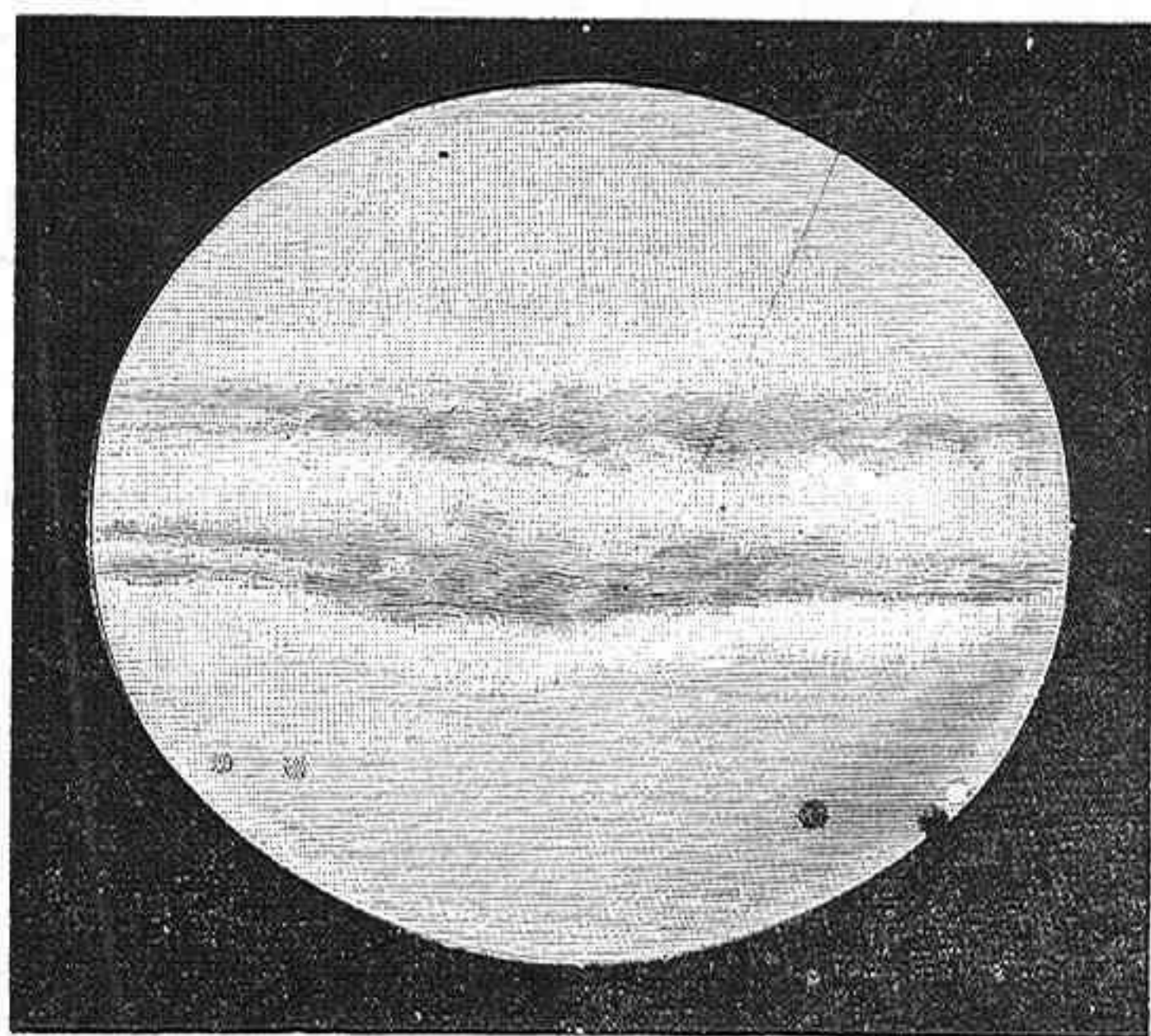


Figura 3.^a

to que ofrecía el planeta el 24 de Mayo de 1886, á 7^h 40^m de la noche, y el paso del tercer satélite y de su sombra que observé la misma noche. En los primeros minutos de su entrada (á la derecha del dibujo), á 7^h 6^m, tiempo medio de Tortosa, el satélite se destacaba como un punto blanco sobre el fondo, menos brillante, del disco. Algún tiempo después, á 9^h 19^m y 9^h 35^m el satélite se destacaba (á la izquierda) como un punto obscuro. La muesca del limbo se percibió á 11^h 46^m, y pocos minutos después se hallaba ya en pleno disco, como se ve á la derecha. En algunas ocasiones, como durante todo el paso ocurrido el 25 de Noviembre de 1881, en que el satélite recorría una cuerda del disco muy próxima al polo austral, se destaca como un punto blanco. El cuarto satélite suele aparecer como un punto casi negro, aun des-

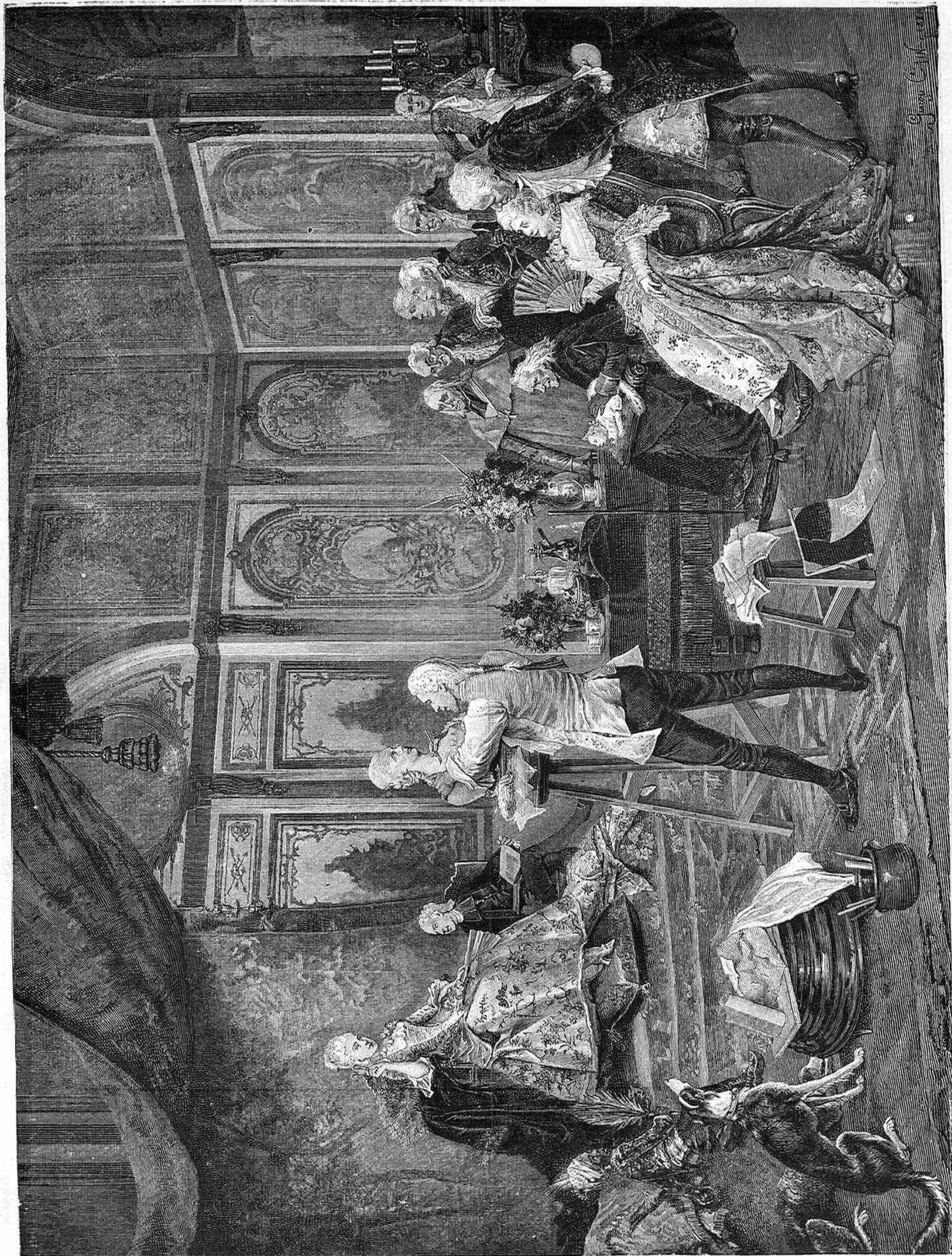
(1) El lector que desee más pormenores sobre instrumentos y condiciones atmosféricas más favorables, puede leer « El culto de Urania » que publiqué en LA ILUSTRACIÓN de 22 y 30 de Mayo de 1884.

tacándose sobre el fondo obscuro de las bandas, como lo observé el 18 de Abril de 1885, desde 6^h 57^m á 8^h 22^m.

Sobre la espesa capa de nubes que constituye, según queda explicado, la superficie visible del astro, existe una atmósfera diáfana, que puede considerarse como la parte más elevada y tenue de aquella. Dicha capa ejerce una absorción electiva muy notable sobre determinados colores componentes de la luz solar. Sabido es que la luz blanca del Sol consta de siete especies elementales de luz, á saber: roja, anaranjada, amarilla, verde, azul, azul obscuro y violada. Pues bién, la atmósfera de Júpiter absorbe de preferencia los colores azul y violado, de que resulta que los restantes, el amarillo sobre todo, son los que quedan libres, y por consiguiente, los que más contribuyen á dar al planeta su coloración amarillenta. Como, por un efecto de esfericidad, el rayo visual atraviesa de estas capas atmosféricas un espesor tanto mayor cuanto más oblicuamente, ó lo que es igual, cuanto más lejos del centro del disco tropieza con la superficie del astro, la absorción se hace, necesariamente, tanto más sensible cuanto más lejos de aquel centro se halla la región considerada, y de ahí la diferencia de intensidad luminosa que se nota entre el centro y los bordes de este planeta. Una razón parecida explica el hecho de que el borde dirigido más directamente al Sol aparezca más iluminado que el opuesto. Estas diferencias son bastante perceptibles con un anteojo de 95 milímetros. Ahora se comprenderá por qué, cuando los satélites se proyectan sobre el disco, se ven, por regla general, tanto más claros cuanto más cerca de los bordes pasan, aparte de que la rotación misma de dichos cuerpos interviene también como factor en el resultado, haciendo que varíe la cara que mira hacia la Tierra y presentando sus manchas más ó menos oscuras.

Las condiciones de habitabilidad del planeta Júpiter se infieren lógicamente de su estado actual, siendo permitido concluir que el género de vicisitudes y trastornos de que es teatro se compadece mal con la existencia de la vida. Hay, sin embargo, quien abdica del criterio de la observación y de la experiencia, que son el sólido y único fundamento de toda inducción racional, y vislumbra seres imaginarios en todas las esferas celestes; mas la Astronomía positiva desecha la fantasía y la quimera, y partiendo de los hechos y de las leyes que regulan el ciclo de la evolución en los mundos orgánico é inorgánico, deduce la *posibilidad* de la existencia de seres vivientes allí tan sólo donde las condiciones del medio ofrecen analogía con las de esta Naturaleza en que respiran y prosperan las floras y las faunas sujetas á nuestro examen. Sólo subordinando el razonamiento á este riguroso proceder puede aseverarse que el mundo de Júpiter es un desierto todavía, sin que sea dado prever si, al terminarse la fase cosmológica que hoy recorre, despuntará la aurora de la vida y del pensamiento. Atengámonos, pues, á las enseñanzas de la ciencia que merece realmente el nombre de seria, á la que rinden culto los talentos más preclaros de nuestros tiempos, y admiremos los arcanos que á cada paso se descubren en el plan que en el vasto Universo desarrolla su Supremo Autor.

JOSÉ J. LANDERER.



«EL ESCULTOR PAJOU HACIENDO EL BUSTO DE LA CONDESA DUBARRY.»—(Cuadro de Jorge Cain.)

CAMINO DEL PARAISO.

(DEL «REGISTRO DE JOYAS PERDIDAS»).

I.



EN los primeros días del invierno de la tercera campaña del Norte, se hizo cargo de la división de Alava mi compañero de colegio y de carrera el general Peña Trujillo. Entonces pudimos poner en práctica, sin obstáculo alguno, el plan de un nuevo sistema de combate, que habíamos concebido después de discutir mucho, en nuestras conferencias amistosas, la historia y el desarrollo del arte militar moderno.

Convinimos en realizar la primera experiencia en la notable posición estratégica del cerro de Jundiz, situado á doce kilómetros de la capital, en la zona ocupada por el enemigo. Proyectamos sorprender el pueblo de Ariñez, inmediato al cerro, tomar éste, ponerlo en estado de defensa, resistir un largo asedio, rechazando toda clase de ataques, y constituir una base de instrucción de la nueva táctica, haciéndola extensiva á otros cuantos centros de acción de la llanura y de la montaña. La fuerza que iba á realizar esta tentativa inicial constaba de cien hombres á mis órdenes. No pertenecían á ninguna de las armas que hoy se conocen; eran soldados de nuestra nueva escuela, ya educados, útiles y aptos para todas las armas, y componían en conjunto lo que se ha dado en denominar *guerrilla completa*.

Montados en cien caballos del país, de esos que lo mismo se escurren por las veredas estrechas, desempedradas y mal cuidadas del llano, que suben y trepan por los ásperos senderos de las cordilleras, eran todos excelentes jinetes, y pertenecían, dentro de la guerrilla, á diversas secciones, aunque indistintamente podían formar, si era necesario, en cualquiera de ellas. Habían aprendido la táctica completa de la guerrilla de infantería, eran consumados tiradores y sabían batirse en el llano y en las cumbres sin faltar á ninguna de las reglas del último tratado de los movimientos. Al montar para salir á campaña, todos llevaban á la espalda el pico, la pala ó la barra-barreno corto, para efectuar la apertura de líneas de trincheras en tierra ó en roca, cumpliendo como verdaderos soldados ingenieros, conocedores de los modernos trabajos de defensa rápida de una posición. De los cien caballos, diez y seis, además de conducir á sus jinetes, arrastraban, de cuatro en cuatro, tres ametralladoras de calibre mixto y un furgón de aparatos de electricidad para señales ópticas, comunicaciones y explosiones.

Las cureñas y armones, de chapa martillada, de ligero peso y de grandísima resistencia, podían desmontarse con gran facilidad. Las ametralladoras mixtas se componen de una pieza central fija, de mayor calibre, que funciona sola si es preciso, y de un disco que envuelve aquélla y que contiene diez y ocho cañones de calibre pequeño. Con cada ar-

món desarmado y sobre el montaje del carro se hace una delantera blindada y aspillerada, que protege á los encargados de las ametralladoras, amparándolos perfectamente del fuego exterior.

Nuestra *guerrilla completa* tenía, pues, representadas todas las armas en sus cien hombres. Esperábamos que fuera utilísima para la guerra de montaña, y bien pronto nos convencimos de ello.

Al prepararme á salir para Jundiz, dividí *mi ejército* en dos partes:

Guerrilla de ataque:

60 cazadores.
60 tiradores de caballería.
60 ingenieros.
8 artilleros, con dos ametralladoras.

TOTAL..... 68 hombres.

Reserva de la guerrilla:

24 cazadores.
24 tiradores de caballería.
24 ingenieros.
8 artilleros, con una ametralladora
y un furgón eléctrico.

TOTAL..... 32 hombres.

TOTAL GENERAL.... 100.

A las siete de la noche salimos de la capita recorrimos los doce kilómetros en poco menos de una hora, sorprendimos la pequeña partida que guarnecía á Ariñez, uniéndola á nosotros para los trabajos mecánicos de la noche, recogimos todos los hombres útiles que había en el pueblo, destinándolos al mismo objeto, y establecí un cordón de veinte caballos alrededor del recinto, para que no saliera de él ningún habitante. A las diez ocupamos el alto de Jundiz; los prisioneros y los vecinos se dedicaron toda la noche á abrir y fortificar un amplio reducto en la línea de la explanada que rodea el pequeño monasterio de San Juan, en la cumbre de aquella colina; y mis soldados abrieron tres líneas de trincheras en espiral, que circundaban perfectamente las laderas del cerro. Al amanecer estaba ya en perfectas condiciones de defensa el alto de Jundiz.

En ningún pueblo de las cercanías se habían apercibido de nuestra operación militar. Dí á mi gente un descanso de cuatro horas, pasado el cual armamos nuestras ametralladoras reductos movibles; sepultamos una doble serie de botes explosivos en la línea avanzada de nuestra posición, uniéndolos todos por medio de conductores al aparato de inducción eléctrica de la guerrilla, y convoqué por fin una asam-



«NOTICIAS DE LA GUERRA.»—(Cuadro original de Jiménez Aranda.)

ATENEAS CENTRALES
BIBLIOTECA

blea de oficiales y sargentos, para cerciorarme de que no habían olvidado un solo detalle de nuestro nuevo sistema de campaña. Al anochecer fueron conducidos los prisioneros á la capital, por veinte jinetes, que regresaron para la media noche; y muy de madrugada, otros veinte, destacados en grupos, recorrieron los pueblecitos inmediatos, recogiendo víveres en todos ellos. Pocas horas después, el enemigo, que había tenido noticia de nuestra presencia, coronaba con sus guerrillas y avanzadas las crestas de las sierras vecinas, cuyas fuerzas descendieron poco á poco hacia las aldeas del llano, y cuyos movimientos pudimos observar con todo cuidado, gracias á nuestros excelentes anteojos de campaña.

La acometida contra nuestro cerro de Jundiz debía empezar muy pronto.

II.

La casa que yo escogi para mi alojamiento en el pueblo, durante las operaciones, fué la del Sr. Villalba, principal propietario de la comarca. Me recibió con mucho agrado, y ordenó que no se hiciera mesa aparte para mí, sino que acudiera á la suya, como de la familia. Constituían ésta su señora y dos hermosas jóvenes, que bien pronto fueron novias temporeras del segundo jefe y del ayudante de mi guerrilla. Como agregado á la casa vivía en ella un exclaustro muy anciano, el P. Miguel, único resto vivo del monasterio de San Juan de Jundiz.

Mi patrón Villalba había hecho una buena fortuna, ascendiendo desde horterá á principal en una casa de comercio de Barcelona, y una vez en posesión del suficiente papel nacional y extranjero para dominar el porvenir, volvió á su pueblo, dedicándose á la agricultura contemplativa, á cuidar de sus tierras y montes, que otros trabajaban, y á ver cómo crecían y se desarrollaban en su huerta los rosales, los claveles, las verduras, las cerezas y las peras. Hombre rico, de buen fondo moral y de escasa instrucción, decía que era «indiferente» en todo, en política y en filosofía, en cuyas tonterías no había querido meterse nunca, aunque no así en religión, de la que era firme creyente «de nacimiento», y en cuyas «altas profundidades» opinaba que no debía meterse ni él ni nadie.

En tiempo de esta guerra recibía y trataba en su casa lo mismo á nosotros que á nuestros enemigos, porque él «no era ni negro ni blanco.» Era hombre útil, positivista, y lo mismo encargaba á un general del ejército, á quien había hospedado, que le negociara en Madrid, con toda la ventaja posible, los atrasos de Ultramar que había comprado á unos licenciados, que conseguía que un jefe de partida enemiga, también huésped suyo, consiguiese en Durango ó en Estrella que la corte ordenase el pago de algunos centenares de fanegas de cebada que acaparó á poco precio en los pueblos, y que suministró él después al precio corriente, siempre muy alto, por ser servicio «de compromiso y muy expuesto para él.»

Cuando se vendieron los bienes de la Iglesia, compró, entre otros, el monasterio de Jundiz, para convertirlo en granja y corral, y cargó entonces con el censo de mantener al pobre P. Miguel, que vivía de limosna en una ruinosa habitación de aquella santa y olvidada casa, adherido con

el corazón á ella, no pudiendo separarse jamás del templo ya olvidado, del claustro tan querido y de las desiertas celdas, donde pasó sesenta años de su casi cenobítica existencia.

Villalba consideró al comprar el monasterio, que el P. Miguel no era útil, porque consumía y no producía, é iba ya á ponerle la despedida en la mano, cuando intercedieron por el anciano su mujer y sus hijas, rogándole que le mantuviese en casa, y que en cambio el pobre monje pediría á Dios por todos ellos. Calculó el economista creyente los ochavos de limosna que se iba á ahorrar con los Padrenuestros que el exclaustro rezase al cabo del año, entendiéndolo que no había ya necesidad de repartirlos á los pobres que acudían á rezar á la puerta, y se decidió á sostenerle hasta que muriera, «que no tardaría.»

Sabía el P. Miguel historia, literatura, muchos cuentos y muchas cosas raras, que Villalba calificaba de pasatiempos improductivos, pero que entretenían sobremanera á su cariñosa mujer y á sus dos alegres y simpáticos pimpollos. Les había referido á su modo la historia de su monasterio y las de los viejos monjes que él conociera, y les había tratado de describir las maravillas de las dos mil figuras que estaban esculpidas en el claustro, y que ningún sabio acertó á descifrar.

Conocí á todos estos personajes la primera noche que pasé en casa de Villalba, y estudié detenidamente el carácter del patrón y del monje, tipos para mí muy curiosos. Con extraordinaria atención y complacencia examinaron el contenido de mi álbum de campaña, en el que están dibujados todos los lugares famosos de la guerra y gran número de objetos y personas notables. Ni el uno ni el otro me hablaron una sola palabra de mi expedición á Ariñez y Jundiz, aparentando prudentísima reserva, que yo contribuí á mantener, por la obligación en que estaba de no dar á conocer mis planes y propósitos.

Cuando nos levantamos de la mesa y nos dirigimos á nuestras habitaciones, me dijo el P. Miguel, luego que Villalba nos hubo despedido:

—Señor coronel, mañana muy temprano tenemos que hablar.

Apreté cariñosamente la mano que me tendía, manifestándole mi asentimiento, y una vez convencido, por mi telégrafo portátil, de que ni en el cerro fortificado ni en el pueblo ocurría novedad, me dormí tranquilamente.

Al amanecer, después que los oficiales tomaron mis órdenes, entró en mi cuarto el P. Miguel, sorbió un poco de perfumado rapé, y me dijo:

—Anoche, al oír á usted hablar de artes antiguas y modernas, le miré como un enviado de la Providencia. En sus manos está la salvación del templo y claustro de mi querida casa, el monasterio de Jundiz, en el que he vivido cerca de sesenta años. Yo quiero á esa reliquia del pasado como á mi madre propia. Usted ha fortificado el monasterio, pero es necesario además que impida su destrucción. ¿No ha contemplado usted el claustro ni la nave?

—No hice anoche más que cruzarlos de paso, con escasa luz, y mandar que cerraran las puertas. ¿Tienen algún mérito artístico?—pregunté al monje.

—¡Oh señor mío! No hizo nada más acabado, ni más reducido, ni más hermoso, la orden de mi venerable P. San

Benito. Yo le aseguro—añadió el anciano con efusión—que no ha visto usted cosa que pueda comparársele.

—¿De veras, P. Miguel?

—Vámonos allá y se convencerá el amigo; y luego que se convenza, le haré la súplica que deseo.

Subimos poco á poco la cuesta de la colina, revisé el estado de mi vigilante guerrilla, vi que el enemigo no se había movido de sus posiciones de la víspera, y siguiendo al padre benedictino, penetré en la plazuela del monasterio.

El templo, muy pequeño en dimensiones, ofrecía á la vista una rústica fachada con pobre portegal y alto tímpano, en el que estaban simbolizados los cuatro Evangelistas alrededor de un óculo calado de labores ocultas entre la oscura hiedra. Al lado del Norte se alzaba una pequeña torrecilla sin adorno ni carácter alguno. La obra, por sus detalles del exterior, era de la época de la transición del arte románico al ojival. Pero no así en su interior, en el que campaba, con todas sus magnificencias, una sola y ancha nave del último período ojival florido. No quedaba en ella altar alguno; las grandes ventanas rotas y sin vidrieras daban franco paso, por entre las enredaderas silvestres, á la alegre luz de la mañana.

Componían la nave tres bóvedas, inclusa la del ábside, apoyadas en imitadas columnas de relieve empotradas en los muros y compuestas de múltiples fustes. En el espacio que dejaban éstos entre sí, de abajo á arriba, y en intermedios correspondientes de las ojivas que componían la bóveda, había derramado el cincel del gótico artista tal y tan variada profusión de figuras de relieve, que yo retrocedí asombrado al contemplar la cristiana maravilla. La labor de los corridos capiteles era tan rica como profusa y bien ejecutada, y en el alto piso que los unía veíanse curiosas inscripciones.

Permanecí absorto más de diez minutos, mientras el padre Miguel, situado á pocos pasos de mí, se sonreía maliciosamente con aire de triunfo, dando vueltas entre sus manos á su descomunal y verdoso sombrero de teja.

Sin hablar palabra me siguió cuando pasamos al claustro. Era éste una joya del arte del Renacimiento, y estaba cuajado de adornos, símbolos y bustos de santos en sus pilastras, en sus capiteles del muro y en las arcadas y enjutas de sus tres naves. La cuarta, cerrada desde un principio, había sido el *De profundis* del monasterio.

Volví al templo y volví á maravillarme cien veces de aquella riqueza artística. Cuando salimos á la plazuela me dijo el monje:

—¿Ha visto usted algo semejante, mi coronel?

—No, por cierto, mi abad—le contesté.

—¿Merece conservarse esta joya?—añadió.

—Á todo trance—respondí sin vacilar.

—¿Y si la convierte usted en un fuerte y los enemigos la cañonean?

—No necesito utilizar para nada el monasterio para defenderme.

—¿De modo que no hará usted nunca fuego desde arriba?

—Nunca.

—¿Y cómo lo sabría el enemigo, para que no dirigiera los tiros al monasterio?

—Pues muy fácilmente: diciéndoselo.

—¿Y quién se lo va á decir?

—Usted, si tiene interés en ello.

—Es verdad. Yo creía que podría conseguirse ese ob-

jeto poniendo la bandera de la Cruz Roja en la torre.

—La pondremos; pero además, bueno será que usted se lo suplique, porque entiendo que entre mis enemigos tendrá usted bastantes conocidos; ¿no es así, P. Miguel?

—¡Pscht! Algunos tengo, ¿para qué negarlo?

—Encárguese usted, pues, de recomendárselo; pero guárdese bien de decir lo que aquí ha visto.

—Conste, mi coronel, que para no ver nada, he subido desde el pueblo con los ojos fijos en el suelo.

—Lo he notado y le he entendido.

Volvimos á apretarnos la mano en señal de cordial inteligencia, y mientras yo recorrí las trincheras y las guardias y dí algunas disposiciones, él sacó su breviario, se metió el sombrero debajo del brazo y tomó por la cuesta hacia el pueblo, andando y leyendo con sosegado compás.

Desde las ocho de la mañana hasta la una, en que me llamaron á comer, estuve estudiando el templo, ayudado de mis anteojos de campaña y utilizando una escalera de mano que, con unos troncos de chopos jóvenes, improvisaron mis soldados.

Este análisis fué para mí una revelación que me hizo recorrer con la memoria mis estudios de chico. Tomé abundantes notas en mi álbum y me propuse pasar una buena tarde con el P. Miguel.

Mientras comimos en familia trabamos el siguiente diálogo: —¿Se ha fijado usted en lo que representan las imágenes de las paredes y bóvedas del templo?—pregunté al exclaustrado.

—Sí, señor; hay unas quinientas, y figuran todo el año cristiano—me respondió muy ufano.

—Dios le perdone á usted el disparate—repliqué.

—¿Cómo que no?

—Ha visto usted allí á San José, á San Roque, á Santa Bárbara, á Santa Lucía, á San Blas y á otros santos tan conocidos?

El P. Miguel se quedó pensativo un rato, como haciendo memoria, y contestó:

—¡Hombre, efectivamente, ninguno de esos santos está allí!

Villalba, su mujer y sus hijas, y el segundo jefe y mi ayudante, que comían con nosotros, celebraron con grandes muestras de alegría la cogida del monje, que añadió después:

—Siempre había oído decir á mis hermanos, los más viejos del monasterio, que aquella es la representación de la corte celestial; pero....

—Pero ¿qué?

—Pues que parece que no es así, señor coronel. Y diga usted, ¿no ha notado que en los aristones, ó como se llaman, de las columnas hay en cada uno entre muchas flores y adornos un escudo con una letra en el centro?

—Sí, señor.

—Pues ahí tiene usted otra cosa que jamás he entendido, por muchas vueltas que le he dado; unidas todas las letras parece que dicen:

ARA DISIVI A. P.

—¿Y qué?

—Pues nada, que eso ó no es latín, ó está mal escrito, ó faltan letras, ó que yo no lo entiendo.

— ¿Por cuál escudo empieza usted á leer?
 — Por el que está en la primera fila de columnas del altar mayor.
 — Muy mal hecho.
 — ¿Pues por dónde ha de empezarse?
 — Por el principio; por donde empieza la nave.
 — ¿Y qué dice entonces la inscripción?
 — Vamos al monasterio, y allí lo veremos—contesté poniéndome en pie y tomando el camino de la puerta. Todos los demás comensales me siguieron, prometiéndose pasar un buen rato.

Entre la gente de mi guerrilla no ocurría novedad; las guardias aparecían muy bien cubiertas; el trabajo de apertura de una trinchera avanzada, rasante al suelo, se había terminado; y á lo lejos veíanse algunas masas enemigas, cuyo número había aumentado bastante, preparándose sin duda á darnos un mal rato.

Entramos en la nave admirable del diminuto y desierto templo, saqué mi espada para que me sirviera de puntero, me rodearon los amigos, poniéndose casi delante de mí el venerable monje P. Miguel, y señalando con la punta del desnudo acero las figuras, conforme las iba indicando, les dije lo siguiente:

— En este primer arco, inmediato al coro, empieza el glorioso poema de piedra que hábiles é inspiradísimos artistas cincelaron en el siglo xv, bajo la sabia dirección de algún abad benedictino. Apelaré á mi memoria para explicarlo, cuya tarea no es difícil, porque la mayor parte de las figuras llevan en ondulantes cintas y en caracteres góticos grabado el nombre que las determina. Aquí está sobre la pila lustral, en un óvalo de lo más característico del ojival florido, la imagen del gran fundador San Benito, padre de esta casa, con la fecha 515, del año en que escribió su regla. Estos cuatro ángeles que parecen irradiar del óvalo y que sostienen cuatro escudos con la letra *C* en el centro, son el símbolo de las cuatro congregaciones que nacieron de la regla del santo, á saber: Cluni, Cister, Camáldula y Cartuja. En las hornacinas que suben á lo largo de este haz de columnas están: San Benito, abad de Aniano; San Agustín, apóstol de los ingleses, con la cifra de la época de su propaganda, 596; San Bernardo, fundador de Cluni (910); Hugo de Sconcut, el benedictino de los Alpes, 865; San Romualdo, fundador de la orden de Camáldulos, 1023, con estos cuatro monasterios que llevan sus leyendas: Murano, Monte Corona, Massacio y Fonte-Avellana. Arriba sobre el capitel está San Juan Gualberto, de la orden de Vallumbroso; el beato Mainard de Umbría, de la congregación de Sasso-Vivo, 1060, y San Gerardo de Corbia, del monasterio de Silva Major, 1077.

En la clave está San Roberto de Molesmo, fundador del Cister, 1098; con el símbolo de los primeros monasterios: Ferté, Pontigni, Clairvaux y Morimond. Después, en el descenso del arco, el abad Joaquín de Flora, de Calabria, 1189; Bernardo de Mont-Gaillard, fundador de la famosa abadía de Orval, 1605, y Armando de Rancé, fundador de la Trapa, 1140.

En esta segunda arcada, y siguiendo el mismo orden, están: los inolvidables caballeros Templarios; San Raimundo de Fitero, fundador de la orden de Calatrava, 1158; los caballeros de Alcántara recibiendo sus estatutos de Odón,

obispo de Salamanca; los caballeros de Cristo, sucesores de los Templarios en Portugal, 1317; los Hospitalarios de Burgos; los caballeros de la Montesa, 1316; los caballeros Guillelmitas, representados por su abad Guillermo el Grande, ermitaño de Malval, 1157; los Celestinos, que representa el papa San Pedro Celestino, vestido de monje; los abades benedictinos de Monte Olivete en Italia; de Melk en Austria; de Bursfeld en Alemania; del Angel Guardián en Baviera y Alsacia, y de Santa Justina en Padua. Allá en los frisos corridos que unen estos dos arcos ó bóvedas se encuentran: los monjes benitos de Valladolid, salidos de la abadía de Nogal sobre el Carrión, 1390; los de la gran abadía de Sahagún con el abad Bernardo de Cluni y el rey don Alfonso VI; los de Samos y los de San Zoil y San Félix de Carrión, con los condes D. Gómez y D.^a Teresa.

En la tercera arcada hay un conjunto de interesantísimos recuerdos, porque contiene los primeros religiosos y ermitaños. Helos aquí: San Pablo primer ermitaño; San Antonio primer cenobita, 270; San Pacomio escribiendo la regla de los cenobitas en la Tebaida, 340; su discípulo San Teodoro; los santos solitarios Serapio, Macario y Pafnucio; el abad Isaías escribiendo sus discursos; San Macario de Alejandría; San Orsesio de Tabena; el diácono Vigil, maestro de los cenobitas de Oriente; San Basilio, obispo de Capadocia, con su libro donde dice *Regula fusius tractata*, 355; el famoso escita Juan Casiano, predicador de Egipto, Palestina, Constantinopla y Marsella, 420; el gran San Jerónimo, 410; el gran San Agustín, 423; San Honorato, fundador de la abadía de Lerins, y San Cesáreo, discípulo del mismo, 501; San Aureliano, obispo de Arlés, 546; San Hilario, fundador de la abadía de Galeata en la Romanía, 550; y por fin, cerrando la serie, volvemos á encontrar á vuestro patriarca San Benito, escribiendo también su regla y rodeado de múltiples atributos.

Allá arriba en el friso aparecen respectivamente en uno y otro lado de la nave: el apóstol de Irlanda, San Patricio; San Donato, obispo de Besançon; San Isidoro, arzobispo de Sevilla; San Leandro; San Fructuoso, obispo de Braga; Pedro de Honestis; San Juan de Jerusalén, general de los carmelitas, y Alberto, patriarca de Jerusalén; todos ellos escritores de reglas y constituciones religiosas.

Vuelve á aparecer, en los medallones que adornan las arcadas del ábside, San Benito en la clave del centro, y en los de los lados San Francisco de Asís y Santo Domingo. Está, pues, el templo dedicado á la mayor honra y gloria de San Benito, á la de sus hijos, á la de sus predecesores los ermitaños y cenobitas, y por fin, para coronar el cuadro concedieronle al santo los monjes de este templo la supremacía sobre San Francisco y Santo Domingo, sin duda porque era el amo de la casa.

Tal es, señor abad y respetable P. Miguel, lo que está aquí tan admirablemente representado, además de un sinnúmero de otros personajes, símbolos y letras que no me ha sido posible descifrar. En cuanto á las letras de los escudetes de las columnas, sigamos el mismo orden, y verá usted cómo dicen:

VIA PARADISI,

esto es: «Camino del Paraíso», porque tal es, en efecto, el que siguieron durante toda su existencia los venerables y



SOLDADOS DE MAESTRICHT.

ARI Y A
ID
OTEGA
+ ATEG CIE

santos varones, que aquí están inmortalizados por la escultura.

Sin perder una sílaba había seguido el exclaustro mi relación, abriendo desmesuradamente los ojos y haciendo frecuentes señales de admiración; y en el momento en que concluí, echóse en mis brazos y dió en suspirar y reírse á un tiempo, exclamando:

— ¡Oh, señor coronel, si vivieran mis hermanos de comunidad y le hubieran oído! ¡Oh, qué maravilloso templo! ¡Oh, señores, vean ustedes si vale este humilde monasterio, mi casa querida, donde he pasado sesenta años! ¡Bendito sea, señor coronel, el momento en que ha venido á vernos! ¡Cuánto he gozado en este día!

Mientras tanto Villalba, que escuchó mi descripción como si la hubiera relatado en alemán, sonreía y callaba, diciendo para sí:

— ¡Lástima de tiempo perdido! ¿Y para qué vale el saber todo eso? ¿A que no tiene este coronel mil reales ahorrados, ni sabe descontar una letra, ni qué sustancias figuran en la columna segunda del arancel? ¡Cuánto se habla en vano en el mundo! ¡Lástima de hombres!

Las señoritas y mis compañeros de guerrilla se deshicieron en elogios del monasterio, de los santos, del coronel, del monje y del buen gusto que había tenido Villalba al comprar esta posesión.

— Es preciso — dije al P. Miguel — que no se destruya esta obra de arte tan original. Yo pondré la Cruz Roja en la bandera de la torre; y usted, padre, váyase á decir á sus amigos, mis enemigos, que no cañoneen el templo, si tienen cañones.

Al anochecer de aquel día inolvidable, salió, en efecto, el benedictino, apoyado en un nudoso bastón, dirigiéndose hacia las alturas de Nanclores y Tuyo, al otro lado del Zadorra, donde parecían hallarse la mayor parte de las fuerzas enemigas, que aun tardaron dos días en atacarnos. Izé en una fuerte asta-bandera la de la Cruz Roja, que ondulaba al viento durante el día, y cuyo mástil me servía durante la noche para comunicarme con Vitoria, por medio de una serie de magníficos tubos eléctricos Geissler, alumbrados por el aparato de inducción, y cuyas señales se percibían muy claras con buenos gemelos de campaña, desde uno de los torreones del palacio de Montehermoso en la ciudad, que á su vez sostenía otro aparato semejante, que le servía al general Peña Trujillo para comunicarse conmigo, con arreglo á una clave que ambos solamente conocíamos.

III.

Pasáronse aquellos dos días en agradables conferencias con la familia de Villalba. Consumí á éste la pesadilla de que no teniendo ningún hijo varón, y «siendo tan casquivanas hoy las mujeres», pudiese ir con el tiempo su hacienda á manos de «cualquier chiviricuatro» que tomaran por marido y que la derritiera toda en poco tiempo. Quería tener un par de yernos labradores, «personas útiles», comerciantes ú hombres de negocios, que supieran prácticamente lo que valen el tiempo y el dinero. Para prepararse á que así fuera, compró y compró tierras y prados, extendió sus plantaciones y encargó al extranjero multitud de máquinas agri-

colas, de todas cuyas adquisiciones y proyectos enteró minuciosamente á sus hijas, «ruralizándolas poco á poco», según decía. Nuestras pacíficas tertulias terminaron pronto.

El enemigo se acercó á Jundiz decididamente, y hube de probar de hecho las condiciones de resistencia de mi guerrilla. Tres batallones, con dos piezas *Whirvout*, trataron de rodear el cerro, apoderándose antes del pueblo de Ariñez. El fuego certero de nuestras trincheras, donde estaban bien protegidos los tiradores, y cuyo sistema habíamos aprendido del enemigo mismo, detuvo siempre á muy respetable distancia á las compañías, que nos hacían á su vez nutrido, pero poco dañoso fuego. Nuestras ametralladoras blindadas móviles, en cuyo manejo no se perdió un solo hombre, tuvieron á raya, desde la subida del monasterio, á los que, protegidos por el fuego del pueblo, trataron de asaltar nuestra posición por aquella parte, causándonos grandes bajas.

Tres días duró la acometida, perfectamente rechazada siempre por la mitad de la guerrilla, mientras la otra mitad descansaba sin cuidarse del efecto de los pepinillos. Mis tubos eléctricos Geissler comunicaban de noche á Vitoria, con toda exactitud, el estado de la gente. A los ataques diurnos sucedieron los nocturnos. Un centenar de enemigos, rebasando la línea de nuestros fuegos, se acercó á la trinchera rasante en una noche terrible, marchando en apretados grupos, con ánimo de tomar el cerro á la bayoneta. Nosotros teníamos ya previsto el caso. Uno de los timbres de la línea de botes explosivos enterrados nos dió á conocer el momento crítico del paso de aquella masa por encima de ellos. Tenia yo unidos á la bobina los reóforos de los números impares de las dos líneas de botes, que distaban entre sí cinco metros. Al oír el timbre hice girar el conmutador. El suelo se abrió en una extensión de treinta metros, tembló el cerro, resonaron múltiples estampidos entre grandes llamaradas y fulgores de luz, y se oyó una gritería infernal. Sobre el revuelto grupo que se agitaba, descargamos dos veces las ametralladoras. Multiplicáronse los ayes y los alaridos, siguió después un rumor espantoso de voces y de carreras, y al fin parece que se alejaron los que sobrevivían, y todo quedó en silencio. Nosotros también callamos y vigilamos hasta el amanecer, en que contemplamos con horror los efectos de nuestros torpedos subterráneos en la línea avanzada de la posición. Recogimos á algunos infelices á quienes aun podía salvarse; colocamos nuevos botes explosivos diez metros más adelante, y dejamos á los vecinos del pueblo, que nos pidieron permiso para ello, que enterrasen á las numerosas víctimas que cubrían el suelo. Por nuestra parte apenas sufrimos pérdida alguna, dado nuestro sistema de amparar por todos los medios posibles la vida del soldado, impidiendo siempre la lucha cuerpo á cuerpo.

Repetidos algunos ataques parciales en los días siguientes, se convencieron de que eran en vano sus esfuerzos para tomar la posición.

En resumen: su infantería no resistía el fuego certero de las trincheras, ni el combinado y exacto de las ametralladoras; su artillería no nos causaba efecto alguno, y el asalto se había demostrado que era difícilísimo, á no perder mucha gente.

Probada la resistencia efectiva de nuestro sistema, me envió el general otras dos guerrillas completas, cuyo contingente nuevo mezclé con el ya instruido en Jundiz, y con ellas se

tomaron y fortificaron, por el mismo método, las posiciones de Nanclares y Subijana, avanzadas sobre el boquete de La Puebla. Constantemente en contacto por la caballería, con que contaban, formaron una red ó espacio único con Jundiz, y estuvieron siempre bien provistas de viveres, bien unidas y en mutuo y perfecto juego de defensa.

Después que dejé aleccionados en este sistema á muy bravos y entendidos jefes, salí para el ejército del Centro. En Jundiz y sus alrededores conservábase todo invariable cuando fui á despedirme de mis buenos amigos. El monumento artístico se había salvado. El P. Miguel quedaba satisfecho.

IV.

Después de terminada la guerra, volví á Vitoria á visitar á mis antiguos compañeros de armas. Resolví pasar á Jundiz para hacer un estudio detenido del famoso templo, y me acompañaron hasta el pueblecito de Gomecha el segundo jefe y el ayudante de mi guerrilla. Aunque yo les insté muchísimo, no quisieron pasar de este punto.

Sin poder dar crédito á lo que veía desde lejos, observé que sobre el cerro de Jundiz no se alzaba ya el monasterio, y que en su lugar había numerosos árboles jóvenes. Febril y sorprendido espoleé mi caballo, llegué á Ariñez, subí á casa de Villalba, y sin contestar á sus cariñosos saludos, le dije:

—¿Qué ha sido del monasterio de San Juan?

—Me había figurado que venía usted á eso, amigo mío—respondió con mucha calma Villalba;—el monasterio ya no existe; pero en su lugar, ¡qué plantío de acacias de rosa, de tres púas, de castaños de Indias, de morales chinos, de sapindos, servales, tilos y zumaques hay allá arriba!

La indignación me ahogaba, y al oír á aquel hombre «útil», á aquel asesino del arte, de buena gana le hubiera levantado la tapa de los sesos.

—Ha cometido usted una infamia, señor Villalba—le dije;— es usted un bárbaro incomparable.

—¿Tiene usted razón! Así se lo hemos repetido cien veces—exclamaron su esposa y sus hijas, haciendo coro á mis palabras.

—Ya pasó el tiempo de las fantasmagorías, señores—contestó Villalba riéndose;—los frailes no volverán, y eso que yo los quiero mucho; la arqueología es un pasatiempo; el monasterio no me producía una peseta tal cual estaba; y, es claro, yo que soy partidario de que todo produzca, porque todo cuesta, yo que soy hombre de orden, que no soy político ni artista, he dispuesto de mi propiedad en uso de mi derecho, y estoy seguro de que aquella posesión me producirá dentro de breve tiempo, con el arbolado, un tres por ciento muy fijo.

—¿Y para eso nos esforzamos en salvar el monasterio los liberales y los tradicionalistas? ¿Y para eso lo cuidó tanto el pobre P. Miguel?

—Yo no soy ni tradicionalista ni liberal; todo eso es música, como la arqueología; y en cuanto al P. Miguel, ha sido un desagradecido.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto vió que empecé á tirar el monasterio, dió en gritar y llorar, y sin acordarse de que aquí le dá-

bamos casa y mesa de balde, se largó y no hemos vuelto á saber una palabra de su persona.

—¡Pobre monje! Se habrá muerto de pena maldiciéndole á usted.

—Me tiene sin cuidado; pero, vamos á comer, amigo mío, y luego subirá usted conmigo al cerro por el *Camino del Paraíso*, y verá usted cómo cambia de opinión.

—¿Por qué camino del Paraíso?

—Vea usted si le he tenido presente. Al derruir el monasterio y rellenar la difícil subida con la piedra que saqué de él, la he plantado de tantas y tan preciosas variedades de árboles, que, francamente, es una gloria el subir por allí. Al ver que á todos admira y complace, al ver cuánto se goza al subir al hermosísimo plantío de la cumbre, me acordé de la inscripción que usted nos leyó, y bauticé á esa subida con el nombre de *Camino del Paraíso*, porque lo es verdaderamente, y así le llama ya aquí todo el mundo.

—Camino del presidio es donde debiera usted ir á estas horas—le dije yo, asombrado de su barbarie.

—¡Muchas gracias, querido amigo! Yo no he de tomar en serio estas cosas, como usted; y le perdono todo lo que me diga, con tal de que visite despacio mis nuevas posesiones y plantíos y me haga justicia.

—No subiré yo jamás por ese camino asentado con el polvo de las gloriosas piedras del monasterio. No pisaré yo nunca lo que fué maravilla del genio y del arte.

—¡Pues qué hacer, hombre! ¡No lo ha de pisar usted! En el mundo todo se convierte en polvo, y si tuviéramos esos escrúpulos no podríamos andar por ninguna parte. Verá usted á los lados del camino tejos, enebros, tulíperos, adelfas encarnadas y rosa, boj plateado, escalonias, rododendros, torbiscos, cítilos, plumbagos, acerolos, alisos, cerezos de monte, membrilleros, cierres de aligustre, hermosos evónibos y madreselvas de grana.....

—¡Calle usted, hombre, y no tiente mi paciencia! Repito que no he de subir á Jundiz y que merece usted ser ahorcado.

Cumplí mi propósito. No subí á la altura y me entretuve con Villalba toda la tarde en correr por aquellos campos. A la mañana siguiente oí discutir muy acalorados á Villalba y á su mujer, que lloraba y gemía con desesperación.

Sali de mi cuarto sin perder tiempo, para enterarme de lo que ocurría, y hallé á Villalba que quería darse de cabezadas contra las paredes, mientras agitaba una carta en la mano y mientras su mujer suspiraba, como si fuera á hacer explosión.

—¿Qué pasa, amigos míos?—exclamé.

—¡Nada, casi nada! ¡nada; una friolera! ¡entérese usted!—contestó Villalba entregándome la carta.

Era de sus dos hijas, que habían desaparecido de casa aquella madrugada, y que decía así:

«Queridísimo papá: Te has propuesto sepultarnos en vida en este pueblo, hasta que nos vengán á buscar algunos rústicos pretendientes, y de sobra sabes que nuestros respectivos corazones son de Agrelo y de Saleta (el segundo jefe y el ayudante de mi guerrilla). Nos es imposible sufrir más; sabemos que te vamos á dar un mal rato, pero ya no hay otro camino. Hoy tomamos el *Camino del Paraíso*, que es para nosotras el del matrimonio. Nuestros futuros esposos, tus amantes yernos, nos esperan en Gomecha, y el santo padre Miguel, que ha arreglado todos los papeles y que ha diri-

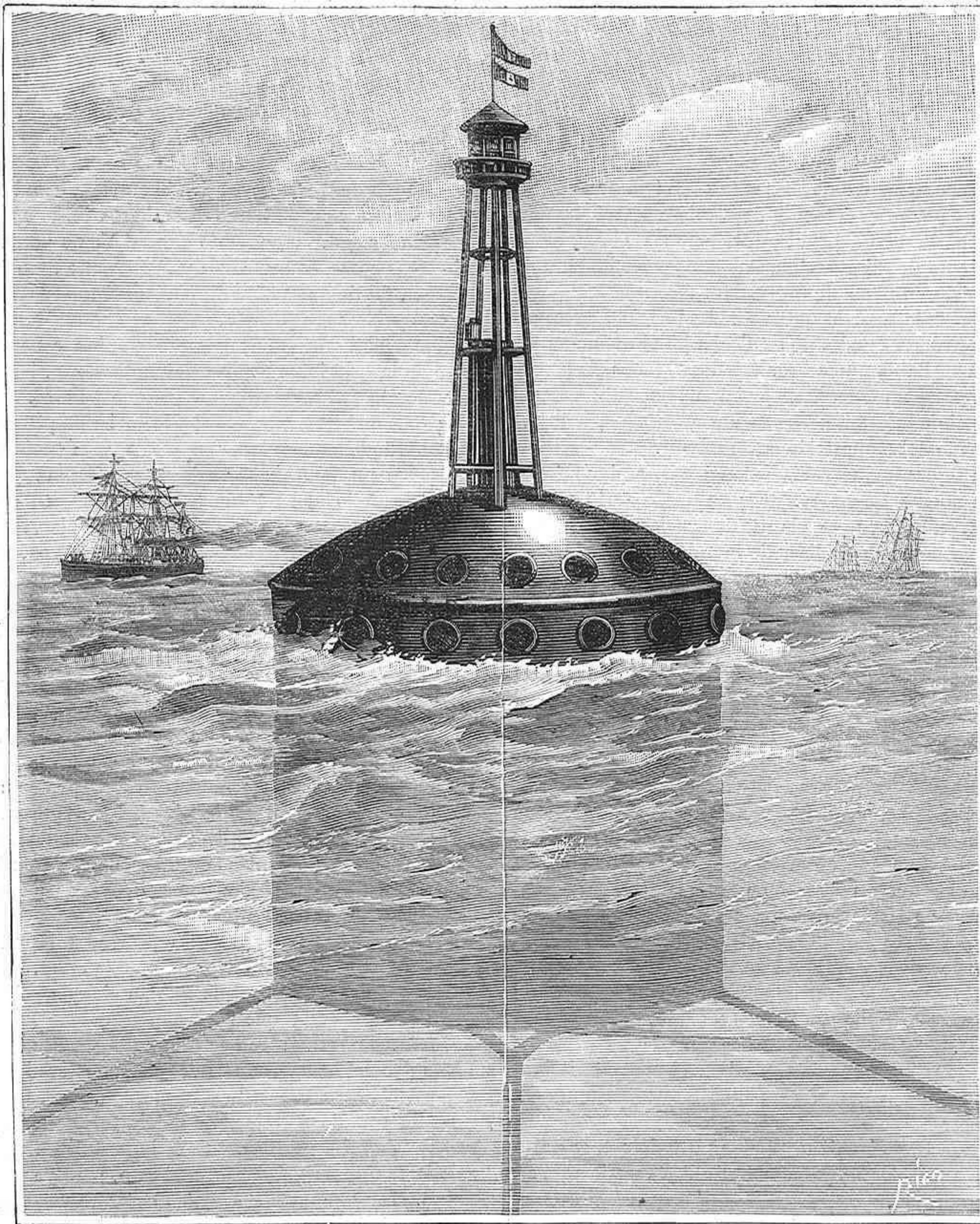
gido este asunto, nos casará mañana en Armentia, donde está de cura. A mamá, aunque llore mucho, no la creas, porque como es tan buena, estaba en el secreto. Perdónanos y echa la bendición á tus amantísimas hijas=*Elena y Carmen.*»

Al leer esta epístola, el corazón se me saltaba del pecho de alegría. Mi sorpresa fué gratisima é incomparable. Tomé de la mano á Villalba y le dije:

—Resígnese usted; el amor también es una fantasmagoría, pero con él se han vengado Dios y el P. Miguel de su barbaridad de usted. Adiós, amigos; voy á montar á caballo para acompañar á esos dichosos jóvenes en el *Camino del Paraíso.*

¡Ahora, suba usted solo por el suyo de Jundiz!

RICARDO BECERRO DE B-NGOA.



FAROS FLOTANTES ENTRE EUROPA Y AMÉRICA: UNA ESTACIÓN EN EL ATLÁNTICO.



M. DE LESSEPS Y SU COMITIVA VISITANDO LAS OBRAS DEL CANAL DE PANAMÁ.

Rico



LAS ESTACIONES.

I.

El árbol su capa erguida
 Extiende de hojas vestida,
 Libre ya del cierzo ronco,
 Y la savia baña el tronco
 Como plétora de vida.

El sol, sin vivos ardores,
 Esparce vida y calor;
 Crecen las hermosas flores,
 El campo respira amor
 Y anidan los ruiseñores.

La naturaleza entera
 Sin recelo y sin engaño
 Sonríese placentera....
 ¡Parece la *Primavera*
 La dulce infancia del año!

II.

Las aves cantan á coro:
 Su fuego el sol no mitiga,
 Y derrochan su tesoro,
 El cielo en rayos de oro
 Y el campo en dorada espiga.

De dulce fruto cargadas,
 Que rico néctar da luego,
 Caen las cepas desgajadas
 Entre ardientes oleadas
 De luz, de vida y de fuego.

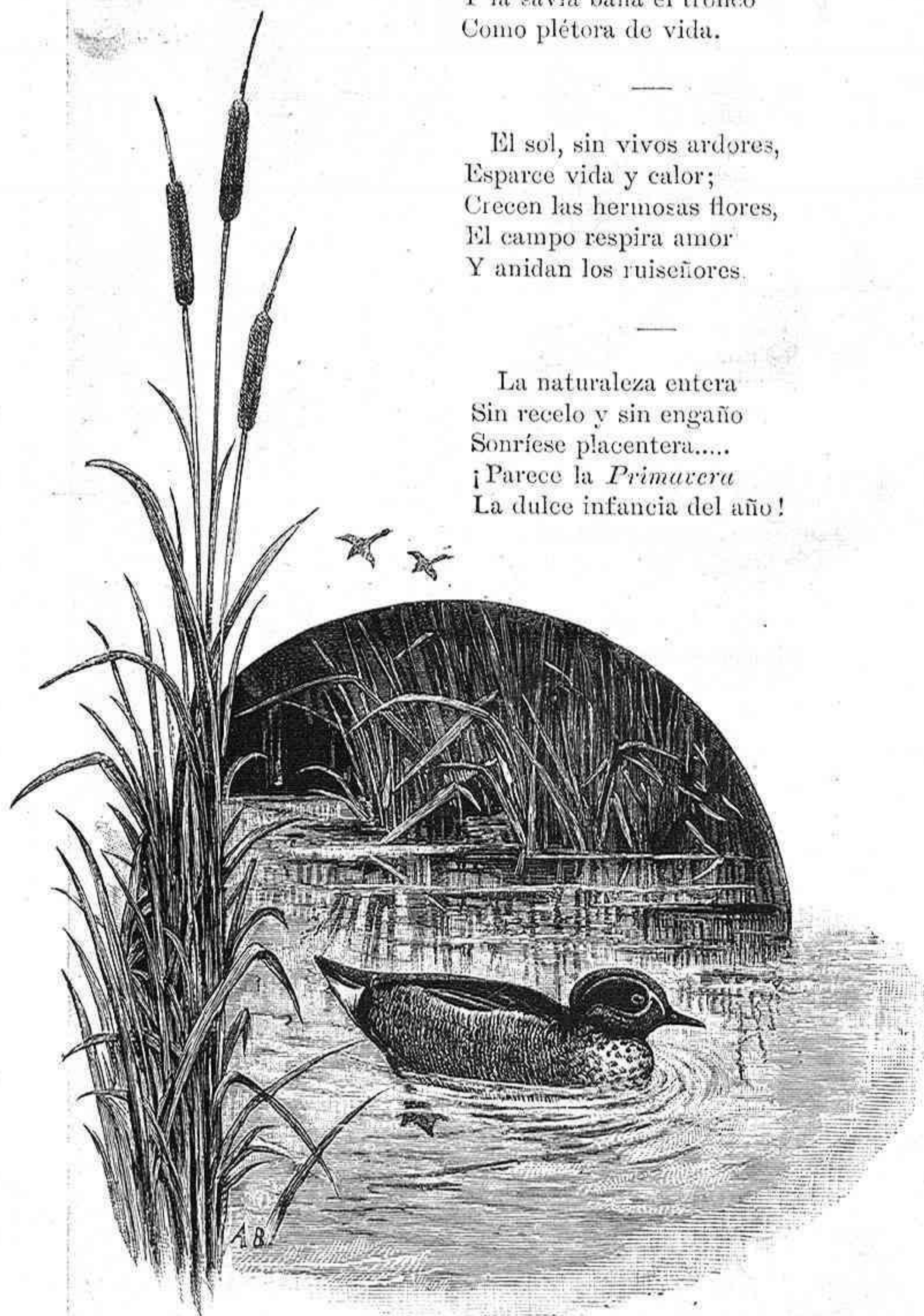
Con gigante poderío
 Fuerza es que la tierra ascumbre
 Al mostrar todo su brio.
 El año llega al *Estío*
 como el niño llega á hombre.

III.

Pálida la flor erguida
 Húndese en la tierra ingrata
 Y muere apenas nacida:
 ¡El fuego la dió la vida
 Y el mismo fuego la mata!

Sin nido las avecillas
 Lloran trovas lastimeras,
 Tan tristes como sencillas,
 Y las hojas amarillas
 Suspiran por las praderas.

Ni un encanto se mantiene
 Del deslumbrador edén,
 Y todo al dolor previene....
 ¡Como el año, el hombre tiene
 Su triste *Otoño* también!



IV.

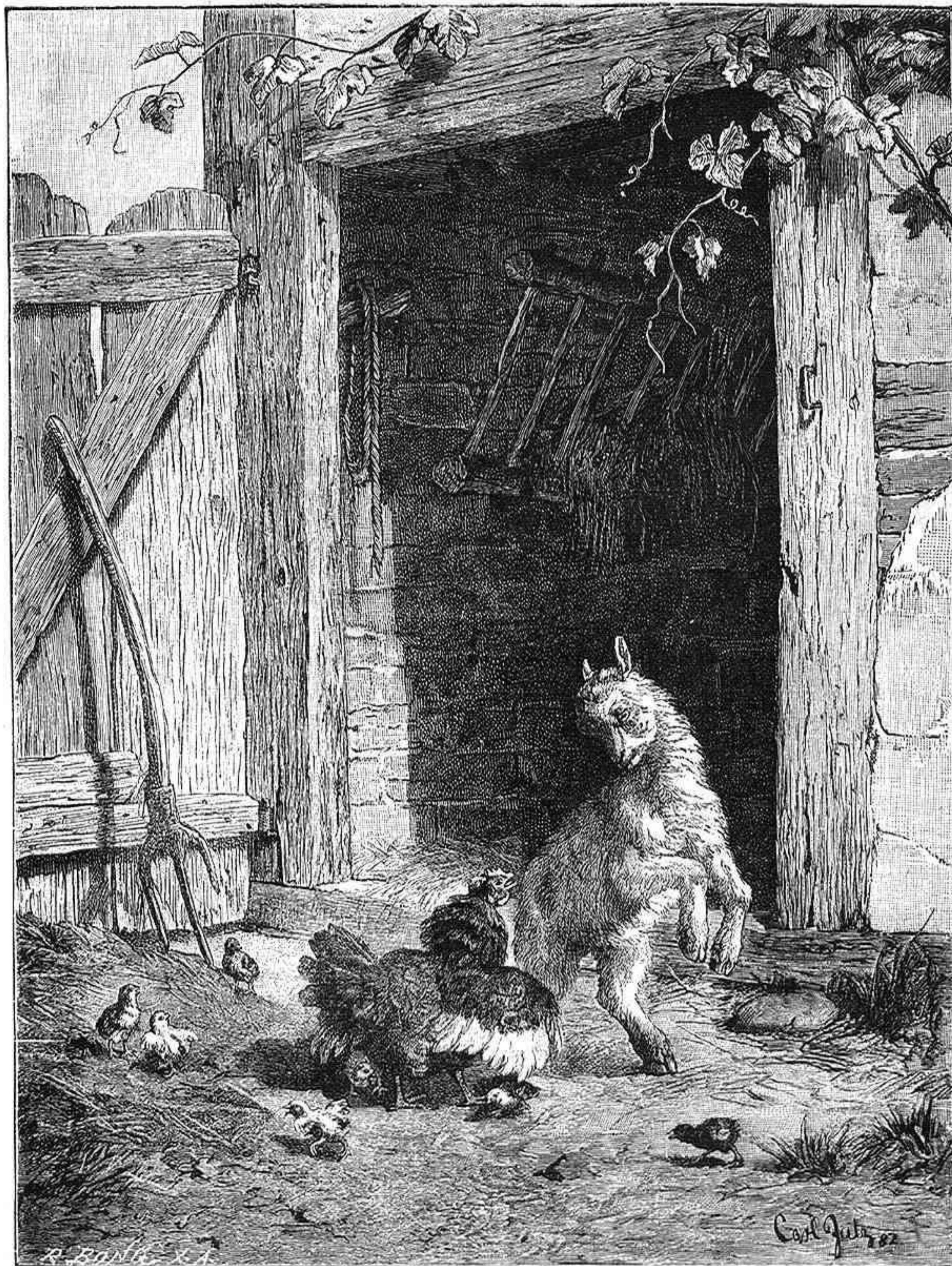
Congelado el arroyuelo
 Detiene su curso breve,
 Y estéril el blanco suelo,
 Retratar parece el cielo
 La palidez de la nieve.

Ruge el cierzo asolador,
 Y los pájaros cantores

Se esconden con su dolor:
 ¡No hay en el campo una flor
 Ni anidan los ruiseñores!

De tanta felicidad
 Sólo queda el frío eterno;
 La espantosa realidad.
 ¡El año tiene su *Invierno*,
 Y el hombre su ancianidad!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.



TE, CAFÉ, OPIO Y TABACO.

I.



Hay aquí cuatro sustancias cuyo consumo se halla difundido por todo el globo y produce á la industria y el comercio tal cantidad de millones, que nadie puede con exactitud calcularla. Baste decir que desde el mísero jornalero al opulento capitalista las conocen, compran y gastan diariamente, siendo mayor ó menor la afición á unas ú otras según los climas y las costumbres. Por ejemplo: en Europa, Africa y América apenas el opio tiene aficionados; pero éstos abundan en Asia y Oceanía; los del te en China, en los Estados Unidos, Inglaterra, Austria y Alemania; los del café y tabaco, en todas partes.

Originario es el te de la China, y singularmente de la provincia de Fou-Kien, donde se produce con más abundancia y con mayor esmero se cultiva. También lo dan las provincias de Kiang-Nan, Kiang-Si y Che-Kiang, donde son numerosas sus variedades. Entre ellas merecen señalarse el te verde, cuyas hojas no fermentadas las secan rápidamente al fuego; el te negro, de hojas fermentadas y secadas al fuego con suma lentitud; el te imperial, que es el más estimado y cuyo consumo se reserva para la familia soberana y principales dignatarios de la nación; de suerte que nunca llega á Europa. El que se anuncia aquí con tal nombre no es legítimo, sino falsificado con más ó menos destreza. De estos dos géneros fundamentales, te verde y te negro, proceden las demás variedades, que son ocho según unos, y trece según otros, y en cuyo producto influyen la naturaleza de los terrenos, los diversos métodos de cultivo y tiempos de recolección y la manera de preparar y desecar las hojas. Por los varios modos de moldearlas y presentarlas á la venta, la industria nos muestra el te en granos, en hierbas, trezado y prensado en tabletas muy parecidas á nuestras libras de chocolate.

Así lo usan calmuco y tártaros y muchos pueblos del Asia central. Lo cuecen con agua hirviendo, leche, harina, sal y manteca, y resulta un alimento sano y nutritivo. Cuando carecen de te emplean en su lugar otros vegetales. En varias naciones también existen diversas plantas equivalentes al te, como el *mate* paraguayo y la *coca* del Perú, los cuales, hervidos en infusión de agua caliente, se sirven y toman de igual manera.

La acción fisiológica del te, del mate y de la coca son muy semejantes, pues tales bebidas son diuréticas, y su abuso desvela, adelgaza y aun da margen á padecimientos de los riñones, sobre todo en individuos nerviosos, enjutos y habitantes de países cálidos. Los japoneses y holandeses emplean el te para corregir el mal sabor de algunas aguas potables,

mezclándolo con ellas en varia proporción, según la calidad y cantidad del agua que por este medio trata de modificarse.

Es la planta del te un arbusto que en China, su país natal, llega próximamente á dos metros de altura; pues cuando pasa de este límite su fruto (que con las hojas) pierde en sabor y mérito, por lo cual se le arrancan los mejores vástagos para trasplantarlos y producir nuevos y más tiernos arbustos. El terreno más conveniente y propio para el medro y lozanía de tales plantas es la pendiente de ribazos ó collados fronteros al mediodía, cerca de las aguas y algo húmedos. Aunque también suelen regarse á mano, son muy deseadas por los cultivadores las ligeras lluvias de primavera y principios del estío, como singularmente provechosas, hasta lograrse en algunas comarcas cuatro cosechas al año, cuyas recolecciones se verifican á fin de Febrero ó entrada de Marzo, á fines de Abril, á fines de Mayo ó primera semana de Junio, y la última, que es la más productiva y abundante, suele hacerse durante la segunda quincena de Octubre.

De la China pasó á la India el cultivo de esta planta, corriendo un tiempo dilatadísimo antes de que en Europa fuese conocida, pues no llegó aquí hasta mediado el siglo XVII. Pero su uso tardó todavía no poco en propagarse, mirándose al principio como una curiosa novedad sin la menor importancia. Los holandeses, por sus antiguas relaciones comerciales con la China y el Japón, fueron los introductores de esta planta; y sus propagadores y apologistas los médicos Tulpio, de Amsterdam; Souquet, francés, y Bouterkoe, de Brandeburgo, quienes en 1641, 1667 y 1678 relativamente publicaron escritos encomiando las virtudes y excelencias del te, haciendo su análisis y dándolo á conocer en sus respectivos países. Sobre todo, la *Memoria* de Bouterkoe alcanzó gran resonancia; fué traducida á muchos idiomas, y contribuyó singularmente á difundir el uso de la referida planta. En 1763 Linneo trasplantó á Europa el arbusto: poco después lo llevaron los ingleses á sus colonias orientales, y los mismos chinos á las fértiles llanuras del Imperio brasileño. Mas ya sea por la naturaleza de las tierras, ó por el especial cuidado y arte con que saben cultivarlo en China y el Japón, fuera de estas naciones en ninguna otra parte han logrado producirlo semejante en calidad y abundancia. Consiguen al principio regulares cosechas, que van sucesivamente disminuyendo hasta que del todo concluyen, sin que puedan, sino muy raras veces, trasplantar fructuosamente algunos vástagos.

Los padres misioneros y los viajeros de distintas naciones y épocas refieren curiosas particularidades acerca del esmero singularísimo con que en las provincias de Fou-Kien, Kiang-Nan y Kiang-Si cultivan esta planta, y especialmente la llamada imperial. Bajo severísimas penas está mandado que

los trabajadores, antes de entrar en los plantíos, se bañen y limpien el cuerpo, se muden de vestido y no coman nada capaz de dar mal olor al aliento, con otras minuciosas precauciones que demuestran el sumo interés de las autoridades para llevar á perfección el mencionado cultivo. Los chinos y japoneses la llaman *teha*, y sólo distinguen las dos ya mencionadas clases del te verde y el negro.

Los escritos de los doctos por una parte, y por otra los intereses del comercio, fueron propagando por Europa y América esta bebida, cuyo consumo á fines del siglo XVII pagaba ya en Inglaterra considerables impuestos. No menos se difundió por Holanda, Alemania y Suiza, pasando luego á los demás países.

Analizado químicamente el te, resulta contener las sustancias que siguen: tanino, un aceite volátil, cera, resina, goma, algunas sales, algo de albúmina, un álcali vegetal llamado *teina*, que da al te el sabor que lo distingue. La teina es una sustancia cristalina, amarga, poco soluble en alcohol y en el agua, idéntica á la que en el café lleva el nombre de *cafeína*.

Los llamados te de América, de la Martinica, de Méjico, de Europa, de Francia, de los noruegos, de los jesuitas y te suizo, son hojas de otras plantas con que en vano se ha intentado sustituir el te verdadero, cuya bebida ha triunfado siempre de todas sus imitaciones. Mucho varía la manera de prepararla; pero la mejor y que más conserva su especial aroma, es la siguiente: colócanse las hojas (que deben haber estado preservadas de la humedad y el aire) en el fondo de la tetera; viértese sobre ellas media taza de agua hirviendo; pocos minutos después otra media taza, y así hasta llenar el recipiente. De esta manera se logra desarrollar gradualmente todo el aroma; el te mediano parece bueno, y el bueno exquisito y superior. Conviene que la tetera sea de loza fina, más bien que de ningún metal, sin exceptuar la plata y el oro.

Aunque el te, bebido con exceso, produce males á la salud, no falta quien lo considere como panacea maravillosa contra todas las enfermedades: hay quien lo toma para aliviarse de los callos. La moda ha hecho de esta bebida un pretexto para todo género de reuniones: en ellas abundan las pastas de harina y huevo, los dulces, vinos, licores y otras cosas más succulentas: dícese *te político*, *te literario*, *te danzante*, etc., según que los concurrentes son hombres políticos, literatos, ó partidarios de Terpsicore. Los verdaderos aficionados al te, que son muy pocos aquí, lo toman puro y hervoroso, aunque se abrasen las fauces y el estómago; los demás lo endulzan con azúcar, suelen mezclarlo con leche, esperan un poco y luego se lo beben.

II.

El café proviene de una de las tres Arabias; la llamada *Feliz*. Su nombre árabe es *cahouk*, que significa vigor, fuerza. Otros dicen que la voz café se deriva de Kaffa, ciudad cuyos habitantes fueron los primeros cultivadores y consumidores de este producto.

Acercas de su descubrimiento y antigüedad de su uso existen numerosas y diversas opiniones. Hay quien sostiene que ya lo bebía el rey David, y que es el mismo licor desig-

nado por Homero bajo el nombre de *nephtes*; otros afirman que mucho después de esta época lo descubrió un pastor del Asia; pero sólo consta por seguro que los médicos árabes de la Edad Media ya lo conocían, así como sus principales efectos fisiológicos: el célebre Avicena, en el siglo XI, le llama *bunkjún* y añade que es originario del Yemen. En el siglo XIV había pasado de Kaffa á la Meca, Medina y demás poblaciones de Arabia; en el siguiente lo usaban mucho los persas; pronto fué conocido en Egipto, y desde el Cairo lo llevaron después á Constantinopla.

En esta capital, á mediados del siglo XVI, y durante el reinado de Solimán III, se abrió en Europa el primer establecimiento destinado á tomar café. Era una sala baja, ruín, sin mesas ni asientos, ni más muebles ni adornos que unas esterillas ó ruclos en el entarimado, sobre cuyas esterillas se colocaban con las piernas cruzadas á la manera oriental unos cuantos desocupados que allí concurrían, no á conversar ó discutir como ahora se acostumbra, sino con profundo silencio, á tomar café servido en tazas muy pequeñas y á fumar la pipa, absortos en una especie de éxtasis. Aunque estos primeros consumidores europeos no solían hablar dentro del establecimiento, á la puerta de él y en la plaza pública formaban animados grupos donde, por gentes de diversos trajes, lenguas y naciones, se comentaban las noticias de aquel tiempo, la paz, la guerra, y las altas y bajas del comercio levantino.

Tal vez la primera nación cristiana en que algunos saborearon esta bebida fué España, á fines del reinado de Felipe II. Pero no se generalizó entonces, ni mucho menos, ni tampoco en Francia en el siglo siguiente, sino ya en el XVIII, en que se difunde rápida y simultáneamente por casi toda Europa. No hay capital que no tenga muchos locales bien decorados y espaciosos, *cafés*, para tomar esta bebida, universal hoy: aun en los pueblos de escasa importancia existen algunos establecimientos de esta clase, donde también se expenden otros licores y se reúnen los par. oquianos para conversar y leer periódicos.

Pero no sin contrariedades y luchas ha logrado el café carta de naturaleza en todas las comarcas y naciones del antiguo y nuevo mundo. La religión, la medicina, los gobiernos y las leyes le han declarado guerra tenaz en muchas épocas y ocasiones, sin conseguir otra cosa que darle mayor importancia y propagar su cultivo, comercio y consumo. Además del *café* citado, abierto en Constantinopla hacia 1550, dos ó tres años después se estableció otro por un tal Xekem, el cual procuró adornarlo con cierta comodidad y elegancia, y logró que fuese lugar de reunión donde concurrían cadíes, poetas, literatos, jefes del ejército, etc., como si dijéramos hoy que fué el *café* de los caballeros, así como el primitivo era frecuentado por mercaderes, artesanos y gente llana. Si en éste se guardaba silencio por lo común, en el de Xekem se hablaba de todo, y muchos de sus tertulianos pasaban allí entretenidos largas horas. Pero los *muftis* ó sacerdotes la emprendieron contra semejantes reuniones, bajo pretexto de que los concurrentes descuidaban sus plegarias de la tarde: predicadores fanáticos tronaban en las mezquitas contra lo que, á su parecer, era gravísimo pecado; y tanto dijeron y de tal modo intrigaron con el Sultán, que al fin mandó éste cerrar todos los *cafés* (ya bastante numerosos), bajo la pena de cincuenta á cien palos. Ochenta nada ments

sufrió un pobre musulmán, convencido por la policía de haber bebido café en su propia casa. Y para que fuese más ejemplar el castigo, se lo aplicaron paseándolo por toda la ciudad sobre un burro y desnudas las espaldas, como nuestros antiguos azotados antes de ir á presidio ó á bogar en las galeras del rey.

Mas no fué duradero tan bárbaro rigor, pues muy pronto los mismos visires ó gobernadores procuraron que se abriesen cafés, de los cuales obtenían rentas mediante arbitrarios

impuestos. Un siglo después, y durante la guerra de Candia, mandó nuevamente el gobierno cerrar los cafés, porque en ellos se hablaba de asuntos de política y administración del Estado. Abiertos luego otra vez, tomaron cierto carácter científico, literario y artístico: los doctos explicaban ó discutían, los poetas declamaban sus *divanes* ó composiciones; los músicos cantaban ó tocaban instrumentos, juntándose á la par el recreo y la instrucción. Otra vez se opusieron los sacerdotes; pero ya nadie les hizo caso. En Persia lo entendían de distinto modo; pues lejos de predicar en las mezquitas contra los cafés iban á ellos, y mientras dirigían al concurso un sermón sobre la brevedad de la vida ó las miserias de las grandezas humanas, en otro ángulo un poeta declamaba sus versos; más allá un narrador de cuentos ó chascarrillos alegraba á su auditorio,

y á corto trecho sonaba la flauta ó la dulzaina, armándose tal estruendo y confusión, que los viajeros europeos se maravillan de que pudieran entenderse las gentes aquellas y permanecer allí juntos largas horas sin volverse locos.

Después de Constantinopla fué Venecia la primera ciudad europea que tuvo cafés numerosos y concurridos: Londres sigue el ejemplo y abre uno en 1672: tres años después tenía más de mil, cuando Carlos II los mandó cerrar todos,

temiendo que en ellos se hablara de política y se fraguasen conspiraciones.

Soliman-Agá, embajador turco en Francia, puso de moda en esta nación la bebida del café. Dado ya el impulso, el armenio Pascall y el siciliano Procopio fundaron establecimientos de este género en la capital, cuyo ejemplo siguieron las provincias, excepto Marsella, puerto muy concurrido de gente levantina, donde hubo café antes que en París. Casi al mismo tiempo se fundaron otros en Suecia, Alemania,

Países Bajos y Austria, cuando ya los había en Italia. Rápidamente se propagó este uso á todas partes, y hoy es el café un producto de cuyas ganancias viven millones de familias en uno y otro continente.

Dicho queda que le declararon cruda guerra la religión y la política, aunque en vano. Lo mismo hicieron la medicina y la higiene. Hahneman, patriarca y jefe del sistema homeopático, atribuye al café gravísimas perturbaciones en la salud: los médicos Suides, Calvet, Hoffman, Boerhaave, Simón Pauli, Tissot y otros, lo prohibían en absoluto á sus enfermos: y se ha dicho repetidas veces que esta bebida, aun en hombres robustos, suele producir erupciones, cefalalgias intensas, tumores hemorroidales y toda suerte de irregularidades y desórdenes en el aparato nervioso; ponderando de tal modo sus estragos, que algunos llegaron has-

ta apellidarle veneno. Tal opinión procuraba inculcar un médico al célebre Fontenelle, y graciosa es la respuesta del venerable centenario:—«Tenéis mucha razón, doctor amigo, en llamar al café veneno lento; pues tal es su lentitud, que hace ochenta años que lo tomo cada día y aun me conservo bueno y sano.»

Otros, en cambio, proclaman las excelencias de esta bebida, dejándose llevar por su entusiasmo al extremo de considerarla como panacea ó lenitivo de cuantos males afligen



al género humano. Lo verdaderamente difícil es distinguir en su empleo el uso del abuso; pues la dosis que aprovecha á unos, á otros les daña, según las edades, temperamentos, climas, circunstancias fisiológicas, etc. Así como, en general, perjudica á los niños y á las mujeres de gran susceptibilidad nerviosa, conviene mucho á los habitantes de países bajos y pantanosos, de valles húmedos y regiones frías, á los que sufren privaciones ó un excesivo trabajo, á los convalecientes y á los ancianos. La medicina lo emplea contra la cefalalgia, la embriaguez, las fiebres intermitentes y tifoideas, la albuminuria, tos ferina, etc.; y el sabio español Orfila, contra los envenenamientos por opio, tabaco, estriquina y setas. Sus efectos generales son conocidos, pues casi nadie ignora que despeja la cabeza y aviva las funciones del cerebro, por lo que muchos le llaman el «licor de la inteligencia» y el «néctar de los sabios». Aumenta el calor y la transpiración, dando impulso al sistema circulatorio; excita y promueve la secreción urinaria, y mezclado con leche en partes iguales, es un verdadero alimento sano y nutritivo. Como curiosidad puede añadirse que el café es venenoso para las gallinas y los papagayos, y no para los cuervos ni los gorriones.

Analizado químicamente el café, hállase que contiene los siguientes principios: sustancias celulosa y grasas, dextrina, legumina, caseína, chloroginato de potasa y de cafeína, cafeína libre, etc. Siendo un artículo de consumo tan apreciado y productivo para el comercio, la codicia y mala fe lo han adulterado repetidas veces con diversos elementos, algunos muy nocivos. Las falsificaciones menos perjudiciales son por la achicoria, bellota y castaña. El café más estimado es el Moka, de Arabia; siguenle los de Cuba y Puerto Rico, y quedan bastante inferiores los producidos en las colonias inglesas, francesas y holandesas.

Respecto de los *cafés*, ó establecimientos para el despacho y consumo de esta bebida, los hubo y hay muy notables en Asia, Europa y América. Unos se llaman *literarios*, porque en ellos se reúnen literatos que leen poesías y pronuncian discursos; otros *concertantes*, por la orquesta que los ameniza; otros *políticos*, por las materias de que en ellos se habla; otros *cantantes*, ó *fondas*, ó *económicos*, etc., según la particularidad que los caracteriza. A la larga matará el café á la taberna: hoy, por lo menos, la obliga á reformarse, y en vez de aquellos antiguos antros sucios y hediondos, se ven hoy estos *cafés-mancheños*, como en Madrid les llaman, aludiendo al Valdepeñas que en ellos se vende, bastante limpios algunos y regularmente decorados, aunque todavía no llegan con mucho á las famosas tabernas de Cádiz, Sevilla y Málaga.

III.

Del vocablo griego *opos*, y de su diminutivo *opion*, suponen derivada los etimologistas la palabra castellana *opio*, con que designamos cierta sustancia ó jugo espeso y gelatinoso extraído de varias especies de adormideras (*papaver somniferum*), y muy especialmente de la blanca, por ser la más activa.

Las regiones donde más se cultiva y beneficia este producto mediante el comercio son: el Asia Menor, Persia, Tur-

quía, el Egipto y la India. Cuando la adormidera está en sazón, se le hacen incisiones horizontales, y de ellas brota un jugo resinoso que á la madrugada siguiente recogen los cultivadores con una espátula ó cucharilla y van echando en una vasija que llevan sujeta á la cintura. El opio así recolectado es el superior, ó de primera clase, y se le llama *en lágrimas*, porque al brotar forma goterones á lo largo del tallo de la planta. La segunda clase es el *tebáico* (de Tebas, en Egipto), y se obtiene por la evaporación de los jugos de cabezas de adormidera, resultando una sustancia gomo-resinosa de color obscuro, rojizo ó amarillo, de olor fuerte y sabor acre y amargo, algo soluble en el agua y el alcohol, que al calor se ablanda y arde con el fuego. La clase inferior y tercera es el *meconio*, y se prepara con las cabezas de adormideras después de extraído el primer jugo. Este opio es el más barato y menos eficaz; su proporción activa, comparado con el de *lágrimas*, es de 3 á 10 próximamente.

Para obtener mayor producto, los cultivadores persas usan cuchillos de cinco hojas, colocadas en el puño ó mango á distancias iguales, con cuyo instrumento hacen de un golpe cinco heridas ó incisiones en el tallo de la adormidera, dejando todo un día brotar el jugo y recogiéndolo, como ya dije, á la siguiente madrugada; operación que suele hacerse en la temporada de verano y cuando son más intensos los calores. El opio mejor elaborado y de más precio es el de Esmirna, por cuya razón siempre fué objeto de numerosas falsificaciones.

Lo que nos cuenta Homero de la famosa lanza de Aquiles, sucede con el opio: cura y mata. Empleado como calmante por la terapéutica, es remedio, y cuando menos, lenitivo para las dolencias humanas; mascado ó fumado para procurarse los imaginarios gozos de sueños agradables, ocasiona todos los años la muerte de millares y millares de individuos. Como sustancia terapéutica sirve de mucho en las cefalalgias, insomnios y en todo género de irritaciones: se receta para uso interno y externo, según los casos, para lo cual existen más de 400 fórmulas. Por su energía, como por la varia susceptibilidad de los temperamentos, es necesaria mucha prudencia para administrarlo con acierto; debiendo tener en cuenta que en primavera es más activo y hay que aminorar las dosis, mientras en los pacientes acostumbrados á tomarlo causa menos efecto, y es preciso entonces ir las gradualmente aumentando. El opio usado en la farmacia es el *tebáico*. Tomado en cantidad excesiva es un tósigo: sobreviene sudor, pesadez, náuseas, gastralgia y luego un frío glacial, rigidez cadavérica, sueño invencible, y por último la muerte. Si la bebida acaba de tomarse, hay que provocar abundantes vómitos: si ya fué absorbida por el estómago, se aplican, además de los eméticos, lavativas de café sin azúcar, muy espeso y caliente, cuyo procedimiento ha salvado á muchos la vida.

Pero los beneficios medicinales que debemos al jugo elaborado de la adormidera son muy poca cosa comparados al increíble número de sus víctimas, gracias á la codicia de unos y á la estupidez de otros. Embriáganse con opio, mascado á veces, y fumado las más, en Turquía, Persia, el Japón, China y las islas de la Sonda; pero es en el Celeste Imperio donde el vicio ahondó más sus raíces y produce estragos mayores. Tales son éstos, y en tan espantosa progre-

sión aumentan, que muchos temen la conclusión y total ruina de este pueblo, á pesar de la vastísima extensión de su territorio y del incalculable número de sus habitantes.

que en 1800 importaron los ingleses en China 4.000 grandes cajas de opio de á 72 kilogramos cada una de ellas. Para los exportadores, incluso todos los gastos, el precio de cada caja era 2.430 reales por término medio, y como la vendian



«EL FUMADOR.»—(Cuadro de Meissonier.)

Por mucho tiempo ejercieron los portugueses el monopolio del comercio de opio con la China, siendo este tráfico entonces no muy activo, aunque ya producía pingües ganancias. Pero en 1773 lo emprendió por su cuenta la Compañía inglesa de Indias, y desde entonces, protegido poderosamente por Inglaterra, fué desarrollándose hasta el punto de

en 14.200, les resultaba una ganancia enorme. Por este mismo tiempo de principios del siglo prohibió el Emperador de China la introducción de opio en sus dominios; pero los mercaderes ingleses continuaron acrecentando la importación como contrabando después de sobornar gran número de empleados infieles. A tal grado llegó el abuso, que fué va-

rias veces reiterada la prohibición, y por último se adoptaron medidas eficaces que estorbaron la entrada de la dañosa mercancía; por cuyo motivo Inglaterra en 1838 declaró á China la guerra más injusta de que hay memoria. Venció el fuerte, sucumbió el débil, y desde este año el tráfico del opio, libre por la fuerza de toda traba, adquirió extraordinario incremento. En 1840 los ingleses vendieron á China 22.000 grandes cajas de la mencionada clase; en 1848 ya fueron 30.000; en 1851, 36.000, y tres años después 67.000 cajas. Este fué el máximo, que desde entonces empezó á bajar, siendo hoy la importación de 40 á 42.000 cajas anuales. El motivo de tal descenso no es, por desgracia, que los chinos vayan abandonando su funesta costumbre de embriagarse fumando el opio, sino que han empezado á cultivar la adormidera y á extraer su jugo en varias provincias de su propio país; y aunque el opio así obtenido es de inferior calidad, resulta mucho más barato y abastece el consumo de la clase pobre. En ésta y en la aristocrática es donde se halla arraigado el vicio: el Emperador tiene en todos sus palacios salones para fumar, decorados con maravilloso lujo, y á menudo se embriaga como el mísero jornalero. Tal ejemplo da la suprema autoridad á sus vasallos, y de tal modo cumple sus propias leyes.

La única diferencia está en que las personas de categoría se emborrachan en su casa y con opio de buena calidad y mayor fuerza, cuyos efectos son más desastrosos por contener más cantidad de morfina y de otras sustancias desorganizadoras, mientras la plebe usa del opio inferior y concurre á los fumadores públicos. Son éstos unas salas bajas, por lo común al nivel de la calle, sombrías y húmedas, donde sobre el suelo terroso hay quince ó veinte camastros destinados á otros tantos fumadores. Las puertas y ventanas están cerradas de continuo, y no hay otra luz que la de algunas lamparillas para encender las pipas, que suelen ser largas de dos palmos; por las paredes se ven escritas algunas sentencias de Confucio, y la atmósfera de tales aposentos es pesada, acre y nauseabunda. El fumador prepara con singular esmero el extracto de opio, carga su pipa, la enciende en la lamparilla próxima y aspira y saborea con delicia el humo, tendido en su petate y teniendo al lado una taza de te, pues el primer síntoma de la borrachera es una sed ardiente. Después sobreviene un sueño agitado y nervioso, donde las facultades anímicas se exaltan hasta el delirio, imaginando cada cual lo más adecuado á su carácter y naturales propensiones. Así el avaro cree ser dueño de inagotables riquezas; el ambicioso, que ocupa los más altos puestos del imperio; el lascivo se finge escenas voluptuosas, etc. El despertar es terrible. A estos cuadros halagüeños de la fantasía sucede un estado de postración espiritual y física, un tan profundo hastio de todas las cosas, que sólo puede expresarse con esta palabra *aplanamiento*. El desdichado á quien ya hizo su esclavo el vicio de la embriaguez, únicamente desea embriagarse de nuevo, y si no tiene dinero para hacerlo, cometerá los mayores crímenes y vilezas con tal de adquirirlo y satisfacer la pasión que por entero le domina. Dios, patria, ciencias, artes, honradez, amor, amistad, son para él palabras vacías de sentido; el sér inteligente y moral ha muerto, y sólo queda el bruto bajo la degradada figura del hombre. Porque á esta ruina espiritual va unida siempre la más espantosa decadencia física; los ojos, hundidos dentro de un círculo violáceo,

aparecen como deslustrados y absortos; los dientes y encías se deterioran y corrompen; las manos y las rodillas tiemblan; el vigor desaparece; el espinazo se ablanda y encorva, y la cabeza se inclina á la tierra como buscando la sepultura. No todos los fumadores de opio llegan á este grado de envilecimiento; los hay que se limitan á cierto número de pipas por mes ó por quincena; pero aun así menoscaban sus fuerzas físicas, su inteligencia y su memoria.

Al par de la progresión en el consumo del opio ha ido la del robo, el suicidio, la prostitución y el asesinato en China, hasta el extremo de que muchos ilustres publicistas de Europa vaticinan para un tiempo más ó menos remoto la muerte de esta nación, sobre cuyo inmenso territorio extiende ya su garra el leopardo inglés para dilatar sus dominios de Asia. Dicen algunos escritores que no debe achacarse á la codicia inglesa la corrupción y envilecimiento de China, sino que cuando Dios quiere perder á un pueblo, lo impulsa por malos caminos hasta consumir su ruina. Sin duda es muy cómodo atribuir á Dios los resultados lógicos de nuestras malas acciones.

Relativamente en Java no es menor que en la China el consumo de opio: los holandeses lo permiten á los indígenas, y aun estimulan en ellos semejante vicio por las ganancias que de él obtienen. Pero como la embriaguez opiácea produce á veces una exaltación furiosa que inclina al homicidio, colocan á las puertas de los fumadores hombres armados con la consigna de matar en el acto á quien intente salir en tal estado. Igual demacración, languidez, embrutecimiento y muerte prematura se advierte en los fumadores de la Oceanía que en los de China y en los de todas partes. Los que llegan á edad algo avanzada son mirados como raros fenómenos. También amortigua la sensibilidad el uso constante de este veneno, produciendo una impresión muy débil los golpes, heridas, quemaduras, etc.

Para formar idea más exacta de esta materia, conviene leer las siguientes obras: *Relación de algunas experiencias hechas en mí mismo con el opio*, por M. Martín: 1778.—*Acción de la morfina sobre la economía animal*, por el químico Orfila: 1819.—*Del uso de fumar opio*, por Botta: 1829.

IV.

A la palabra *tabaco* designan los doctos tres principales orígenes: unos dicen que viene de *Tubago*, pequeña isla de las Antillas; otros de *Tabasco* (Yucatán), y los últimos de *habacac*, nombre que daban á esta planta algunas tribus del Nuevo Mundo. Sea lo que quiera, es indudable que proviene de América; pues aunque no falta quien asegure que desde la edad más remota la conocían indios, chinos, persas y algunos pueblos del Asia Menor que lo fumaban y mascaban, tal argumento es más aparente que verdadero, y no prueba lo que se intenta demostrar. Hay muchas plantas que se han fumado y fuman, y no son tabaco, ni siquiera tienen con él caracteres comunes ó semejantes. Estas, ciertamente, usarían los antiguos pueblos citados; y el hecho de mascarlas ó de aspirar su humo es lo que ha dado margen á la equivocación.

En 1515, el gran descubridor genovés trasplantó el tabaco á España, y aquí fué cultivado para aplicarlo á la cu-

ración de enfermedades. Muy poco después un navegante, natural de Huelva, excitaba la admiración y asombro de sus paisanos arrojando el humo por boca y nariz, pues durante su permanencia en San Salvador aprendió de estos indígenas á liar en forma de canuto las hojas ya secas del tabaco, haciendo así un cigarro toscó, y á fumarlo ni más ni menos como hoy se fuma.

Pero sería un grave error figurarse que el procedimiento hizo pronta fortuna y tuvo imitadores y rápidamente se convirtió en general costumbre. Lejos de ser así, tardó largo tiempo en ser conocido y adoptado, y sufrió prohibiciones y atrajo sobre los fumadores castigos desproporcionados, algunos de ellos terriblemente crueles. Seid Abbas, sultán de Persia, mandó cortar los labios á los fumadores de tabaco, y la nariz á cuantos lo tomaran en polvo; lo mismo ordenó Amurat IV; Miguel Federowitch, emperador de Rusia, dispuso apalear á los fumadores por la primera vez, y si eran reincidentes los condenaba á pena capital; la reina Isabel de Inglaterra fué menos intolerante, y se limitó á prohibir bajo ciertas multas que se fumara en las iglesias; y el monarca de la misma nación, Jacobo I, compuso un libro contra el tabaco, y amenazaba á sus aficionados nada menos que con la horca; pero como no había de ahorcar á cientos de miles de fumadores, lo hizo con Walter Raleigh, quien pagó por todos, pues además de ser fumador cometió el enorme crimen de introducir en la Gran Bretaña el uso de la pipa. A los castigos materiales se unieron otros del orden espiritual cuando el papa Urbano VIII en 1624, y luego muchos obispos, excomulgaron á los fumadores. También se les persiguió en nuestro país, aunque no con tal dureza; pero aquí, lo mismo que en todas partes, su número crecía prodigiosamente, dándose con frecuencia el caso de fumar en secreto los que más gritaban en público en contra del tabaco. Cuéntase de un fraile que acerbamente combatía el uso del tabaco en sus sermones; pero distraído sin duda y llevado por la costumbre, sacaba de vez en cuando la tabaquera y tomaba un buen polvo.

En suma, el desarrollo del tabaco fué contrariado y reciamente combatido de palabra y obra desde su origen, lo cual no estorbó que en España se cultivase para fines terapéuticos y lo fumasen algunos á mediados del siglo XVI; que Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, volviese á su país llevando á él (1559) esta planta, que por esto fué llamada *hierba del embajador*; que un año después se introdujesen muestras de ella en Inglaterra, y que por último se haya propagado á todas las comarcas del globo, siendo el sostenedor de millones de familias y una de las más crecidas rentas de todas las naciones.

Además de reyes y pontífices, muchos médicos intentaron desacreditar el tabaco, atribuyéndole males sin cuento, desde la intoxicación hasta la brevedad de la vida, el idiotismo y la locura. Pero otros, con no menos autoridad científica, han sostenido lo contrario, elevando á la hipóbole cuantas excelencias y virtudes se le suponen. Baste decir que Tomás Willis le concede propiedades contradictorias, como excitar y satisfacer el apetito, ahuyentar y provocar el sueño, etc. Larguísima y pesada resultaría la sola enumeración de los escritores amigos ó enemigos del tabaco, aun sin apuntar los argumentos en que fundan sus opiniones.

Conviene á esta planta la tierra grasa y húmeda con pen-

diente hacia el Ecuador y situada en climas tropicales. Donde mejor se produce es en la isla de Cuba y Turquía, y después en Méjico, Estados Unidos, Brasil, Filipinas, Borneo y en la isla de Ceylán. En Italia, Hungría y Holanda es muy inferior; por el contrario, es de exquisita calidad en la parte occidental de Cuba, que llaman de *Vuelta Abajo*, ó sea en la fertilísima vega del Yara.

Úsase el tabaco en cigarros imperiales, regalías, panetelas, trabucos, etc.; en pitillos, que es la picadura envuelta en papel; en hebra, para la pipa; en polvo, para sorberlo por la nariz, y en masita ó barra para masticarlo, costumbre sucia que ya va desapareciendo y sólo se conserva algo entre la marinería. Se recolecta en tiempo seco y cálido hacia fines de verano, cuando las hojas amarillean y se inclinan; contiene potasa, cal, magnesia, amoniaco, ácidos minerales, cuerpos neutros, y como base orgánica la nicotina. Débese advertir que mientras el tabaco es mejor, lleva en sí menos cantidad de esta nociva sustancia, de modo que el habano y el turco apenas la tienen.

Tanto los impugnadores como los apologistas del tabaco han extremado fuera de razón sus juicios, á semejanza de lo sucedido con el te y el café; por lo cual hay que reducir á término justo lo dicho en tal materia.

Inconvenientes.—Ennegrece la dentadura y suele dar mal olor á la boca si no hay mucha limpieza. Debilita á los que fuman de continuo, sobre todo por el saliveo que en algunos produce. Irrita á veces la garganta y el estómago. Es perjudicial siempre para los niños. Tomado en polvo, causa lagrimeo, embota el olfato, y á la larga lo destruye. Mascado es mucho peor por la irritación ó debilidad que la saliva, tragada ó escupida, produce forzosamente en el estómago. Origina á veces violentas cefalalgias, cólicos, vómitos, mareos, etc. Pero á las experiencias verificadas en animales introduciéndoles en las venas ó en el canal del recto cierta cantidad de tabaco, puede responderse que por ahí no se toma, y en este sentido la prueba es absurda.

Ventajas.—En general, acrecienta la industria y comercio, y es un río de oro que corre por todos los climas y naciones. En particular, acompaña y distrae: al jornalero, proporcionándole breves descansos en su ruda faena; al hombre docto y literato, con cierta excitación cerebral y oportunas pausas en sus estudios, que le permiten reflexionar sobre una idea, planear la estructura de una obra y dar adecuada forma á un pensamiento rebelde. ¡Cuántas veces un autor suelta la pluma, enciende un cigarro, lee con calma lo ya escrito y lo corrige ventajosamente, ó halla la expresión verdadera, el rasgo característico, la resolución de la dificultad que antes le atormentaba! El tabaco es antipútrido y antiepidémico: también es poderoso contra el escorbuto en tierra y mar, en ésta principalmente. Es barómetro de la salud, pues mientras el enfermo no pierde el gusto de fumar hay esperanzas de curación. Es muy sociable, inclinándolo á los hombres á prestarse pequeños servicios mutuos que avivan la simpatía y pueden ser preliminares de verdadera amistad. Después de las comidas succulentas contribuye á la digestión, activando las funciones estomacales. Y otras muchas excelencias y virtudes tiene, que se hallan consignadas en *La Tabacología* del médico Juan Neander, y en el poema latino de otro médico inglés, Thorins, titulado *Hymnus tabaci*.

Consejos.—No deben reunirse muchos fumadores en una misma sala, sobre todo estando cerradas las ventanas y puertas. No conviene encender el cigarro después de apagado y ya frío. Todavía es peor fumar cigarro empezado por otro, ó servirse de pipa ajena. La pipa será larga y se tendrá siempre muy limpia. Las pipas cortas calientan los labios y lengua demasiado, irritan la garganta y aun pueden originar daños mayores. El fumador cuidará con esmero su dentadura y se enjuagará la boca antes de acostarse y al levantarse. No se debe nunca, aunque haya viento, encender el cigarro al inflamarse el fósforo, porque es aspirar un veneno. Y finalmente, debería preferirse no fumar á fumar tabaco malo. Digo *debería*, porque la costumbre y deseo del

aficionado son tales, que no teniendo tabaco superior, lo fuma pésimo; y no teniendo ninguno, fuma hojas secas de nogal, de álamo, etc., y hasta serrín de madera muchas veces en largas navegaciones.

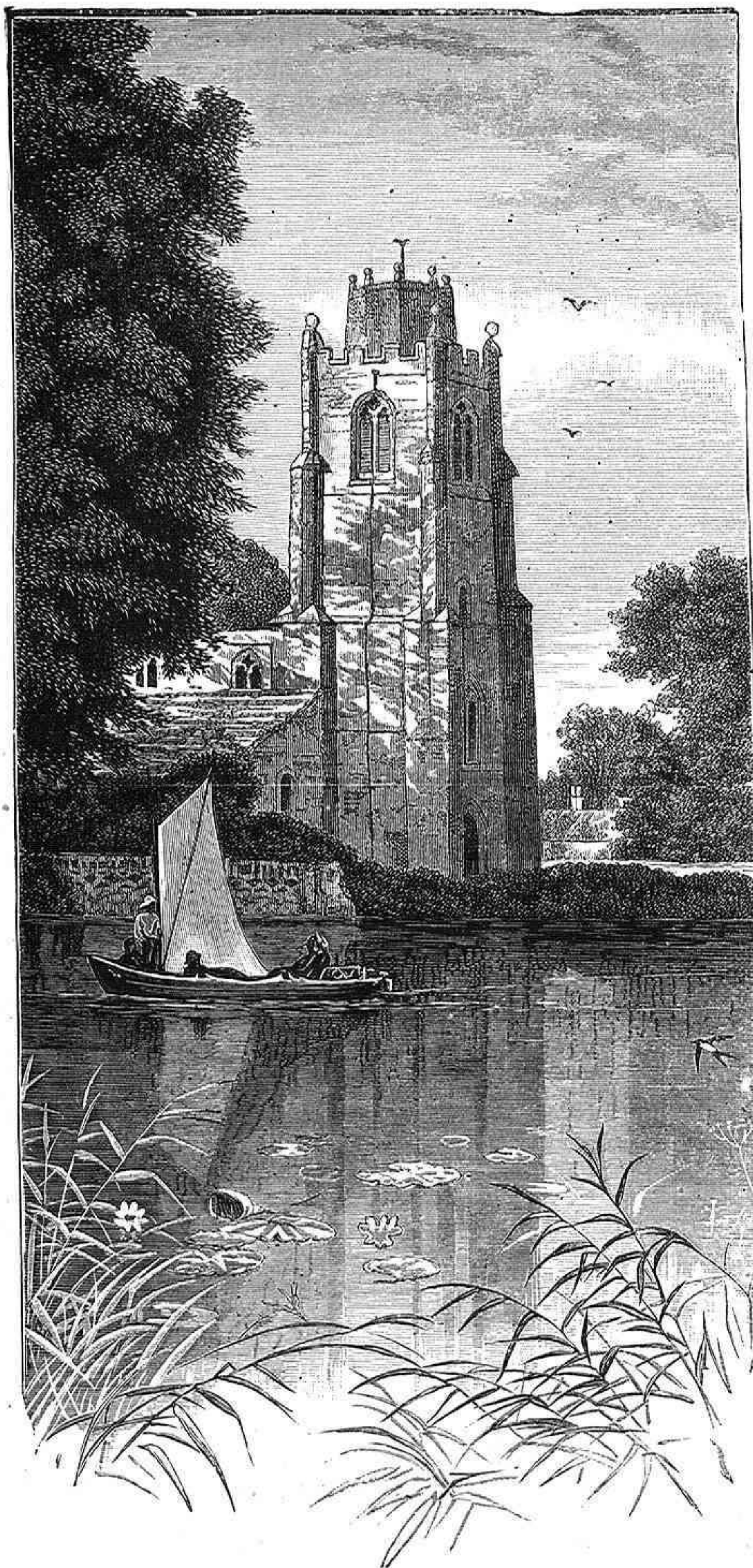
Al llegar aquí leo en los periódicos que la Guardia civil, cumpliendo las órdenes del Gobierno, ha ido arrancando en varias provincias del Mediodía las plantaciones de tabaco: ¿querrá explicar algún sabio cómo es malo y perjudica en España lo que es bueno y constituye en Cuba la mayor fuente de riqueza, y no sólo se permite, sino que se estimula y fomenta en las demás naciones?

NARCISO CAMPILLO.



SRA. MILA KUPFER, DISTINGUIDA «PRIMA DONNA».

UN CRIMEN.



¿Te acuerdas? Deslizábase el esquife
 Á lo largo del río,
 Que tiene orillas de color de plomo
 Y ondas que se atropellan sin rüido.
 Una luna pesada y macilenta
 Bañaba con sus rayos indecisos
 La superficie cenagosa y lúgubre
 Donde temblaba el eco de si mismo,
 Y los lejanos términos, cubiertos
 De árboles descarnados y crecidos,
 Una avanzada de gigantes sombras
 Daban á aquellos tenebrosos sitios.

Nuestra barca era estrecha como un féretro ;
 Tú ibas al lado mío
 Temblando de terror bajo tus pieles,
 Lívida, inmóvil, con los ojos fijos ;
 Yo remaba, remaba sordamente
 Con la calma febril del asesino,
 Y á cada golpe de la sorda pala
 Estaban nuestros rostros más sombríos.
 ¡Qué horrorosos detalles! Ningún crimen
 Se forjó con cuidados más prolijos ;
 Cerca de mí, el puñal, la piedra, el garfio :
 ¡Todo nuestra maldad lo había previsto!
 ¡Oh inconcebible instante ! ¿ Lo recuerdas ?
 Desnudo, desvalido,
 Reclinándose en flores deshojadas
 Por el rigor de su infantil capricho ;
 Rota la venda azul, doblado el arco
 Y sin haces de flechas en el cinto ;
 Con la rubia guedeja por la espalda
 Y los rosados brazos extendidos,
 En la orilla funesta y solitaria,
 Sin sospechar nuestro crüel designio,
 Con una rosa mustia entre los labios
 Estaba nuestro cándido enemigo.

Tomamos tierra : al verle dormitando
 Nos asombró el delito :
 ¡ Era tan inocente, tan hermoso,
 Tan delicado, tan gentil, tan niño !
 Nos llamaban sus tiernas manecitas
 Con expresión de afán tan infinito,
 Que, apoyándome en tí, dudé un momento
 Y corrió por mi frente sudor frío.
 Ya iba á arrojar el hierro entre las ondas,
 Cuando volvió el orgullo á hacer su oficio.
 ¡ Te miré, me miraste..... ! En un relámpago
 Se firmó la sentencia. ¡ Estaba escrito !

Di un paso más ; cual tigre cauteloso
 Me incliné sobre el niño,
 Y tan certera descendió mi mano,
 Que hallé su corazón con el cuchillo.
 ¡ Suceso extraño ! El alevoso golpe
 Cayó sobre nosotros repetido :

Dos agudos puñales invisibles
 Punzaron á la par nuestros espíritus.
 ¡No sé por qué providencial mandato,
 Sintiéndonos morir quedamos vivos,
 En tanto que espiraba á nuestras plantas
 Aquel sér tan odiado y tan querido!.....
 Medió la noche: el horroroso crimen
 Ocultar fué preciso,
 Y alzamos el cadáver de la arena
 Para arrojarlo al silencioso río.
 ¡Cuánto pesaba!..... ¡cuánto!..... aquella carga
 Era la enorme roca de Sisifo,
 Irresistible, eterna: así los mundos
 Deberán gravitar en el vacío.
 De la orilla desierta y solitaria
 Nos separaba siempre el infinito.....
 ¡Mas llegamos al cabo! ¡Quién no llega
 A donde le conduce el egoísmo?
 La superficie oscura de las aguas
 Como un pavés bruñido
 Brillaba á nuestros pies. La luna triste
 De blandón funeral servirnos quiso;
 Y aquel horrible grupo parecía
 Agigantarse á su reflejo tibio,
 Cual se agigantan de los altos Andes
 Al declinar el sol los viejos picos.
 Se hizo el último esfuerzo; columpiamos
 El cuerpo inanimado, y despedido

Con todas nuestras fuerzas, giró un punto,
 Dando pesadamente en el abismo.
 La onda tragó sin murmurar la presa,
 Y siguió su camino,
 Acariciando la plomiza margen,
 Altar del alevoso sacrificio.....
 En alas del terror, á nuestra barca
 Por opuestas pendientes descendimos,
 Consiguiendo, á favor de la corriente,
 Volver la espalda á los fatales riscos;
 Mas al doblar la peligrosa punta
 Que daba vista al puerto apetecido,
 Brotó del fondo el mutilado cuerpo
 Delante del esquife fugitivo.
 Aun se erizan de espanto mis cabellos
 Recordando el prodigio,
 Que á ennegrecer la noche de la culpa
 En nuestras almas laceradas vino.....
 Inútil fué que enarbolando el remo
 Azotara el cadáver con ahinco;
 Inútil que con bárbara insistencia
 Procurase apartarlo y sumergirlo.....
 ¡Flotaba siempre! ¡siempre!..... Todavía
 Flotar parece en los ensueños míos:
 ¡Amores que asesina el necio orgullo
 No pueden sumergirse en el olvido!

BENITO MAS Y PRAT.

LO INSONDABLE.

SONETO.

¡ He de morir!.... Mas ¿cuándo el triste día
 Ha de llegar que alumbre indiferente,
 Bañando con su luz mi yerta frente,
 El suspiro postrer de mi agonía?
 Y aunque esta duda me atormenta impía
 Hiriendo mi razón, nunca clemente,
 Sin que alejarla pueda de la mente,
 Continuo torcedor de mi alegría,
 No es la muerte el suceso que me aterra,
 Pues á sufrirla vivo sometido;
 Lo que al alma conturba en honda guerra
 Es pensar como pienso entristecido:
 ¡ Si el hombre concluyese aquí en la tierra,
 ¡ Ah! qué inmensa desgracia haber nacido!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.



EL DUELO DE LOS GORRIONES.

Ya se va sintiendo el fresco ambiente precursor del invierno, los árboles amarillean, alfómbrense los campos y los paseos de hojas secas; vuelve la vida á reconcentrarse en el hogar doméstico, ó en esos otros ficticios hogares creados por la moderna civilización, que se llaman el café y el casino.

Hay frente á mi casa otra, construída á la inglesa, con su jardincito delante de los muros, separado de la calle por una verja. Es una casa conocida en todo Madrid, porque fué de las primeras que tuvieron esa especie de pulmones de la arquitectura ciudadana, porque ha albergado inquilinos ilustres y porque está situada en cierta calle que lleva un nombre famoso en las letras.

Pocos años há vivían allí dos ancianos, marido y mujer. Habitaban en un piso calificado por el arquitecto ó el dueño de la casa de *tercero*, cuando en realidad es *quinto*; modo

inocente de halagar la vanidad de los inquilinos, muy semejante al que resulta de pintarse las canas del cabello ó de la barba: el que lo emplea no engaña á nadie, ni siquiera á sí mismo; pero se hace la ilusión de que la gente toma por juventud la obscura huella del nitrato de plata.

Mis vecinos de enfrente tenían convertidos los balcones en otros tantos *pensiles* ó jardines colgantes, y diariamente asomábanse á ellos para arrojar por el aire puñados de migas de pan, limosna destinada á un sinnúmero de gorriones que anidan en las entrelazadas copas de dos hermosos árboles que adornan el jardín contiguo.

Muchas generaciones de estos pajarillos han debido el sustento á las caritativas manos de mis vecinos, que durante años y años, sin faltar un solo día, mostraban su longanimidad con los volátiles mendigos, á quienes un amigo mío califica de *plebe del aire*.

Pero en cierta ocasión llegaron como de costumbre los gorriones á la casa de enfrente, revoloteando alrededor de los cerrados balcones, y acercándose primero los más audaces y luego los otros, sin que aparecieran las pródigas manos de sus bienhechores.

¿Qué les habrá sucedido?—se decían entre sí y unos á otros los pájaros.—¿Se habrán mudado de casa? No es posible. Esta les pertenece sin duda, como á nosotros el árbol aquel. ¿Se habrán olvidado de nosotros? Mucho menos—exclamó un gorrion viejo;—toda mi vida y la de mi padre, y si no recuerdo mal, hasta la de mi abuelo, nos han dado sin falta el pan de cada día.

Y después de mucho esperar, de rozar con el ala los cristales, como las golondrinas de Becquer, el hambre los hizo ir á buscar sustento por otro lado.

Al día siguiente sucedió lo propio: nadie se asomaba á los balcones, que permanecían cerrados, y los asombrados hambrientos tuvieron que matar el apetito con lo que por acaso hallaran en la calle.

Algunos se quedaron sin comer; algún otro se proporcionó un opíparo banquete metiendo el pico por entre los alambres de la jaula de un canario de la vecindad, y por ello fué objeto de mil consideraciones entre sus compatriotas del árbol. Los que se quedaron sin comer adquirieron fama de honrados, pero se les calificó unánimemente de tontos. ¡Ni que hubieran sido hombres!

Pasados algunos días, uno de los balcones de la casa amaneció abierto.

Acercáronse precipitadamente los gorriones, y vieron á su bienhechor que yacía en una cama grande muy colgada de negro; tenía cerrados los ojos, el rostro blanco y afilado, y á pesar de acercarse al balcón sus protegidos, á pesar de que hubo quien se arriesgó á pararse un momento en la fría balaustrada, el anciano amigo de los gorriones permaneció inmóvil.

Dentro de la casa oyeron los pajarillos lamentos y llantos, ruido triste hasta para las mismas aves.



Y por la noche, algún gorrioncillo, desvelado por el hambre, vió que el balcón seguía abierto y que salía por él, rompiendo la masa negra de la obscuridad, un torrente de amarillenta luz.

Y el día después, el amigo, el bienhechor cariñoso de los pajarillos fué sacado y puesto en un negro coche, tirado por caballos negros, que le llevaron lejos, muy lejos de la casa que fué providencia de los gorriones.

Y éstos piaron dolientemente por el que les cuidaba: no volvieron á verle en el balcón, ni recibieron de sus manos las migajas de pan con que antes les daba el cotidiano sustento.

Muchos amigos lloraron al difunto; los periódicos dieron cuenta de su muerte dedicándole frases de elogio y de cariño, porque le conocía, le trataba y le estimaba en Madrid mucha gente. Pero nadie le echó de menos tanto como los

inquilinos del árbol próximo, y el duelo de los gorriones acompañó también á la tumba al que cuidaba de alimentarlos.

.....
¿Quién era el bienhechor de los pajarillos?

Perteneció á una dinastía de artistas, fundada por un hermano suyo que también vivió y murió en la misma casa (el inolvidable, el gran actor *Julián Romea*), y en Madrid nadie le conocía sino por *Florencio*.

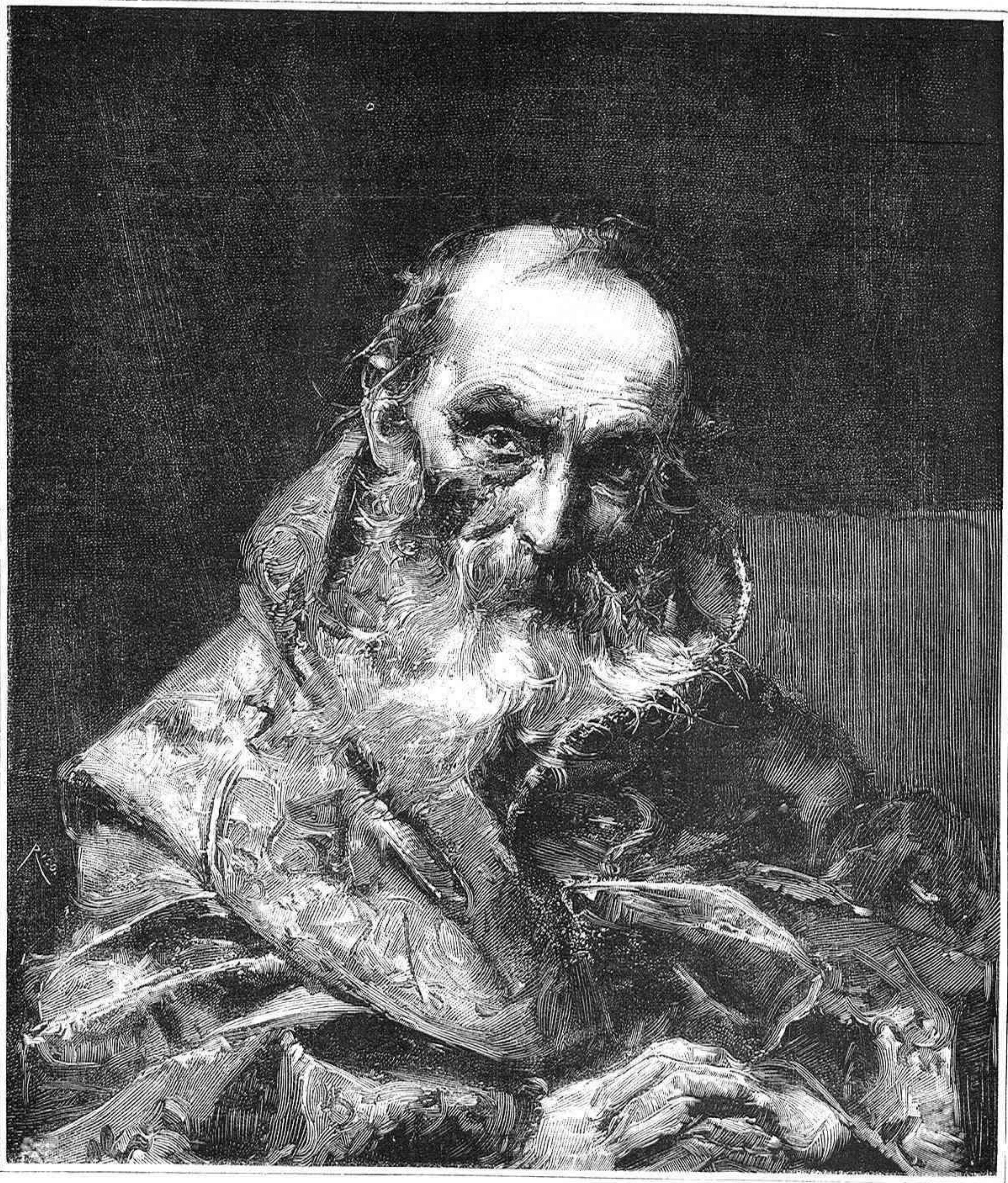
Como las manifestaciones del talento de los actores son tan efímeras, pocos le recuerdan ya. A mí no me dejan olvidarle los gorriones vecinos.

ANGEL AVILÉS.

Madrid, Noviembre 1886.



«UNA ELEGÍA».—(Dibujo de Carbonell.)



«CABEZA DE ESTUDIO.»

(Cuadro de D. Casto Plasencia.)

PRÓLOGO DEL «ROMANCERO DE COLÓN.»

FRAGMENTOS DE LA PARTE PRIMERA.

I

¡Arriba el corazón, oh patria mía!
Voy á cantar el día
En que, vencido el bárbaro africano,
Tu aliento soberano
Al mundo viejo estremecer hacia,
Y arrancaba otro mundo al Oceano.

No como entonces ¡ay! la fe te enciende,
Ni el bélico entusiasmo te arrebatara,
Ni el orbe absorto de tu ciencia aprende,
Ni el arte tus grandezas aquilata.

Quaja tu sangre el hielo de la duda;
En la inercia tu espíritu se apoca;
Sorda á las ciencias, en las artes muda,
Y manca para aquel que te provoca.



Angel maldito que abortó el infierno,
El pesimismo por la tierra cunde,
Asolador como huracán de invierno,
Y en nuestros pechos míseros infunde
La fiebre lenta del dolor eterno.

Rindiendo al mal tributo,
Busca en la rosa la acerada espina,
El gusano en el fruto,
Las heces en la copa cristalina
Y en el humano corazón el luto.
Ve tan sólo en la tierra
La sima aterradora y el baldío,
La traición en la guerra,
Y en el amor los celos y el hastío.

Es la noche su luz, su fiesta el duelo,
El gemido su voz, su altar la tumba,
El arma vil con que atormenta el suelo
La piqueta que todo lo derrumba,
Y sólo en risa trueca su recelo
Cuando ve que, ante el mal que nos azota,
Helado y mudo permanece el cielo.



¿Quién ¡ay! logra matar la inútil hierba
Que el manantial de la ventura agota

Y el vigor de los ánimos enerva?
La poesía lo alcanza,
Riquísimo venero del que brota
La regalada miel de la esperanza.

Trocando en alegrías los dolores,
Sobre el triste recinto de la muerte
Echa una alfombra de esmaltadas flores;
Y á su mirada avivase lo inerte,
Como ante el sol radioso
Del caracol el rastro glutinoso
En nácar irisado se convierte.

Levántanse á su voz los corazones
Brindando al mundo con la fe divina
Y venciendo el rigor de las pasiones,
Cual retando del cielo la crudeza,
Yérguese el árbol en la cumbre alpina,
Por los poros del áspera corteza
Sudando la balsámica resina.

En ser fecunda en el dolor se aplice,
Como al sufrir las otoñales sañas
El airoso penacho de las cañas
En lluvia de simientes se deshace.

Ganosa de sentir, lo mismo apura
En la copa de Horacio la alegría
Que en el cáliz de Cristo la amargura;
É inmaculada cual la luz del día,
Si la obscurece el polvo de la tierra,
Crisálida medrosa,
En su capullo místico se encierra
Y renace pintada mariposa.



Ni constante es el mal ni prevalece.
¿Qué importa si un momento
Con nubes el espacio entenebrece?
A un suspiro del viento
Disípase el nublado, y reaparece
Con su eterno esplendor el firmamento.

Se malogran sus pérfidos afanes
Si contra el pensamiento
Desata furibundos huracanes;

Que á las ideas que vertió la mente,
 Como á las secas hojas del camino,
 El aura las dispersa blandamente
 Y las junta en montón el torbellino.
 El bien es perennal. En lo profundo
 Del alma descreída
 La fe vive, esperando adormecida
 La voz de gracia que la llame al mundo,
 Como en el huevo, donde inerte anida,
 Aguarda el germen que el calor fecundo
 Le imprima el movimiento de la vida.

Aquel que juzgue, por la duda yerto,
 Que pesa sobre el mundo, abrumadora,
 La noche sin rocío del desierto,
 A la voz del poeta salvadora
 Abra los ojos, y verá, despierto,
 Llorando perlas despuntar la aurora.



¿Qué virtud sucumbió? ¿Qué sacrificio?
 Allí, vestida el áspera estameña,
 Encarnado en los miembros el cilicio
 Y con la cruz por arma y por enseña,
 De nuestra fe el intrépido soldado
 En regiones ignotas se aventura ;
 Arrostra denodado
 La miseria, el ultraje, la tortura ;
 Y hallando al cabo muerte desastrosa,
 Bendice á sus verdugos cuando muere,
 Como el árbol de savia generosa
 Aromatiza el hacha que lo hiere.

Allá esperando días de bonanza
 Y premios á su afán, la barquichuela
 Á los peligros de la mar se lanza ;
 Y aunque todo á su paso se rebela,
 Segura al puerto sin cesar avanza,
 Que va empujando la tendida vela
 El soplo bienhechor de la esperanza.

Y allí donde la peste se entroniza,
 Ó la miseria cunde asoladora,
 Ó feroz el combate se encarniza,
 Una santa mujer viste al desnudo,
 Cura al enfermo, con el triste llora,
 Conforta al débil, atempera al rudo,
 Y al par que da á los vivos sus consuelos,
 En fe abrasada por los muertos ora
 Para abrirles las puertas de los cielos.



¡Que solo reina el mal! Bello querube
 Allá va sonriendo la inocencia,
 Sin que empañe la sombra de una nube
 El cielo todo azul de su conciencia,
 Y la virgen hermosa
 Conservando integérrimo un tesoro

Tan deleznable como el polvo de oro
 Del ala de la frágil mariposa.

Entre lágrimas dulces y lamentos,
 Allí nace el amor, como la espuma
 Del choque de las aguas y los vientos.
 ¡El amor, el amor! Próvida llama
 Que ilumina la tierra, la perfuma,
 Y en procreadores ímpetus la inflama.
 Fuerza del débil, del malvado yugo,
 Del pobre hacienda, de los cielos guía
 Y del estéril sér único jugo,
 ¡Bendecido el amor que se gloria
 En dar á la mudez lengua de fuego,
 Al oído cerrado melodía
 Y visiones beatíficas al ciego!

¡Oh principio del sér y la poesía!
 Ora en éxtasis místicos delires
 Ó con rivales pérfidos batalles,
 Ora gozoso, lánguido suspires
 Ó en carcajadas y ósculos estalles,
 Que tu aliento fecundo
 Jamás nos deje adormecer en calma,
 ¡Ay! que sin tí se nos anubla el mundo
 Y se nos hiela para siempre el alma.



¡Que acaban las virtudes, patria mía!
 Aunque acabaran en la tierra todas,
 La de amarte jamás acabaría.
 ¡Patria del corazón! Si hoy te acomodas
 Á sufrir la insultante tiranía
 Del mercader estúpido y avaro,
 La autoridad del charlatán plebeyo
 Y las artes capciosas y el descarro
 Del venal y cobarde leguleyo;
 Sé que mañana, al recordar tu gloria,
 De tu suelo bendito
 Las barrerás como podrida escoria;
 Acabando á tu grito
 Confundida la raza de pigmeos
 Que en sus redes de araña te encadena,
 Y te impone sus cínicos deseos
 Y de desdichas y baldón te llena.

Rompiendo en tempestades,
 Fulmina el rayo en sus congresos viles,
 Sentinas de miserias y maldades,
 Y aplasta de gusanos y reptiles
 La viva muchedumbre
 Que ha corrompido tu fecundo seno
 Para saciarse en él de podredumbre.



Alzando á Dios el corazón sereno,
 Engendra nueva raza de titanes
 Que los hechos emule de los Cides,

Pelayos, Isabeles y Guzmanes.
 Calpe te está gritando ¡no me olvides!
 Inulta aún y palpitando tibia
 Te llama á nuevas lides
 Enrojeciendo la abrasada Libia
 La sangre de tus bravos adalides;
 Y de las garras del Leopardo presa,
 —Florón de tu corona desprendido,
 Ó mejor arrancado por sorpresa —
 El orgulloso pueblo te requiere

Donde se oculta nuestro sol vencido
 Y nuestro Tajo avergonzado muere.
 La espada por razón, la fe por guía,
 Y del mar con la fuerza soberana,
 Dilata tus fronteras, patria mía;
 Y como ayer la tierra americana
 Corre á buscar, con ánimo atrevido,
 De nuestras dudas en el mar sin nombre,
 Ese mundo moral desconocido
 Por quien suspira desolado el hombre.

II

Tu nombre al escuchar, triste Edad Media,
 Se azora el corazón más alentado,
 Y el más alegre espíritu se atedia;
 Tan lúgubre y terrible te ha pintado
 El siglo ingrato que bebió en tu seno
 El licor de la vida regalado;
 Siglo que niega, á la verdad ajeno,
 Que, á modo de arcaduz, cuando en ti sonda,
 Baja vacío y se remonta lleno.

Que vomitó el reptil del fanatismo,
 De la barbarie la obcecada fiera
 Y el hambriento dragón del feudalismo.

»Se encastilla en la cúspide roquera
 De la nobleza el águila bravía;
 Como mancha de aceite por el llano
 Extiéndese ambiciosa la abadía,
 Y sólo espera quien nació villano,
 Dar en las fauces de la sierpe fría,
 Al caer de las garras del milano.

Así, para su mengua,
 Te increpa, sin hallar quien le responda
 Ni quien le arranque la atrevida lengua:

»Aquí el infame que embadurna á Apeles
 Y pone la piqueta
 Donde Fideas sus mágicos cinceles;
 Allá demente asceta
 Que sueña apocalípticos horrores
 Y predice la muerte del planeta.
 En todas partes sombras y dolores:
 El hombre siervo, la mujer vendida,
 El arte mudo, la verdad ignota
 Y apercebidos ¡ay! contra la vida
 El tormento, la hoguera y la picota.

«De tus sombras reniego y tus horrores,
 Maldita edad, que sólo me legaste
 Absurdos, y miserias y dolores.
 Cuando al mundo asomaste
 Al frente de los bárbaros del polo,
 Selló Palas el libro de la ciencia;
 Rompió su lira Apolo;
 Enmudeció en Mercurio la elocuencia,
 Quien de Oriente con púrpuras y gomas
 No volvió más, ni fatigó á Neptuno
 Corriendo á Hesperia por doradas pomas;
 Rasgóse el velo de la casta Juno;
 Negóse á derramar Ceres, airada,
 De su cuerno abundante fruto alguno,
 Y Venus, aterrada,
 Montó en su concha de cuajada espuma,
 Y en alas de sus cisnes y palomas
 Se perdió para siempre entre la bruma.

»No eres mi madre, no; de tí abomino,
 Maldita edad que en Agustín comienzas;
 Vas cayendo de Atila á Saladino;
 Con Kempis, de la vida te avergüenzas;
 Abdicas tu razón en el de Aquino;
 En Dante te retuerces dolorida,
 Y retas desde Roma al mundo entero,
 Para morir, por Gutenberg herida,
 Ahogada entre los brazos de Lutero.»

»Babel hiciste del Imperio Lacio,
 Descomponiendo en bárbaros idiomas
 La rica lengua del divino Horacio;
 Y amiga del misterio y de la tumba,
 En vez de alzar tu espíritu á la esfera,
 Lo sepultaste en honda catacumba,
 Horrible madriguera

Así el siglo te ultraja,
 ¡Ah! porque sabe que á azotar su rostro
 No te has de alzar, rasgando la mortaja.
 Mas yo la empresa de humillarle arrostro,
 Y si á cantar tus glorias se resiste,
 Trocando por el látigo la lira,

Con la hipócrita piel de que se viste,
Le arrancaré del alma la mentira.

¿Que el mundo entero luchará conmigo?
Con todo el mundo lucharé animoso;
Cuando á luchar hasta vencer me obligo,
No pregunto si es fuerte ó numeroso,
Sino dónde se encuentra el enemigo.

¿De mi voz y mis luces desesperas?
Quien reviste á las aves pasajeras,
Para el amor, de peregrinas galas,
Les dá también fortísimas remeras
Con que tiendan al trópico las alas.
El hará, remontándome á su seno,
Que mi idea deslumbre como el rayo
Y mi voz ensordezca como el trueno.

Ya vencido el desmayo,
Mi corazón en cóleras estalla,
Rivalizando en impaciencia suma
Con el bridón que, oyendo la batalla,
Desempiedra, piafando, el pavimento,
El labio baña en jabonosa espuma
Y arroja en nubes su encendido aliento.



«Eres glorioso y grande, siglo mío,
Pero es mayor tu orgullo que tu gloria,
Mayor que tu saber tu desvarío.
¿De tu madre en el campo de la historia
No ha de haber una flor, si hasta el baldío
Se engalana con musgos en invierno,
Se cuaja de amapolas en estío?

»Al caer como furias del averno
Sobre Roma el Escita y el Germano,
No era el Imperio caudaloso río,
Sino fuente dormida en el pantano.
Jove, en vez de vibrar sus rayos de oro,
Ya extinguidas las fraguas de Vulcano,
Brutal mugía, convertido en toro.
En lugar de acudir á las alarmas,
Sin fuerzas Marte y sin valor el pecho,
Huía del estruendo de las armas.
Al sofisma, y al robo y al cohecho
Se entregaba Mercurio.
Apolo, trastornado, prefería
Al habla virgiliana el verso espurio
Que la moral y el arte corrompía.
Minerva en el absurdo deliraba,
Y haciendo de sus gracias mercancía,
La diosa del amor se revolcaba
En el inmundo cieno de la orgía.

»Igual aquella religión al gozo
Del amor terrenal que la inspiraba,
Nace de un beso y muere en un sollozo;
Mas, fugaz como el lúbrico embeleso,

Prorrumpe fatigada en el suspiro
Cuando aun vibra el estrépito del beso.

»De la social vorágine en el giro
Ve rodar hasta hundirse en lo profundo
Artes y ciencias, leyes y costumbres,
Estremecido de terror el mundo.
—¿En donde están las fuentes del consuelo,
Que me siento morir?—grita en su duelo.—
Y una voz bendecida,
—Alza—le dice—la mirada al cielo,
Inagotable manantial de vida.—

»A acento tan sublime,
Sus armas cuelga el bárbaro temido,
Halla consuelo el que apenado gime,
Levántase del polvo el oprimido,
El poderoso sus riquezas dona,
Se ablanda el corazón empedernido,
Y ardiente fe pregona
Quien en el foro blasonó de ateo;
Que al cielo se dirige, redimida
Por la sangre del Mártir Galileo,
La triste humanidad, antes perdida
En el mar sin orillas del deseo.

»Ya la cabeza de la sierpe hollada,
La mujer, como Aspasia, no se entrega
Para ser de los hombres adorada.
Castamente en su manto se repliega,
Por pura más que por hermosa amada,
Y cual árbol que en Mayo reflorece,
Por Dios bendita, cuando á madre llega,
De nuevo immaculada resplandece.

»El bárbaro se trueca en caballero;
Deifica á la mujer, por ella justa;
Acoge, cariñoso, al pordiosero
Y al peregrino en su morada adusta;
Del monje aprende; escucha placentero
Del bardo los cantares,
Y con valor que arrebatara á Homero,
Fatigando las tierras y los mares,
Corre á Salem, sus muros desmorona,
Y cambia, vencedor de mil azares,
Lanza y casco por cetro y por corona,
Ó sube como santo á los altares.

»Los errores reducen al silencio
Ya Agustín, ya Atanasio, ya Basilio;
Con religiosos cánticos Prudencio
Santifica la lengua de Virgilio;
La mística Paloma, que en Nicea
El mundo transformó, sigue arrullando
Aun después de ahuyentada en Basilea;
Estremécese el orbe ante Hildebrando;
En alas del ardiente misticismo
Á Dios vuelan las almas con denuedo,
Y encarnan la virtud y el heroísmo
En el Cid, Carlo-Magno y Godofredo.

Quién abre nuevas vías
 Con nuevas lenguas al talento humano;
 Quién funda poderosas monarquías
 Que convierten al siervo en ciudadano;
 Este amasa la pólvora estallante;
 Vence aquél con la aguja al Océano;
 Las horas, otro, instante por instante,
 Con maquinaria complicada mide;
 Gutenberg con la imprenta se levanta,
 Y el porvenir del mundo se decide,
 Al surgir entre palmas y laureles,
 Á coronar magnificencia tanta,
 Copérmicos, Colones é Isabeles.



»Ante la obra cristiana, siglo mío,
 Que todo lo invadió cual la marea,
 Tu trabajo de análisis impío
 Es labor mujeril de taracea.

»Todo entonces lo anima y embellece,
 Alma del mundo, la cristiana idea,
 Que cuando el sol sin nubes resplandece,
 Hasta el húmedo fango centellea.

»Acallando la voz de la Sibila,
 —Amame—dice al mundo—cual te amo.—
 Y ni tan sólo un corazón vacila
 En volar presuroso á su reclamo;
 Y al cielo á velar sube
 Por el débil, el triste, el oprimido,
 Cual la alondra que está desde la nube
 Con la mirada custodiando el nido.

»Levanta el hospital para el enfermo
 Que en olvidado muladar yacía;
 A la apacible soledad del yermo
 Los conturbados corazones guía;
 Al huérfano que gime abandonado,
 —¡No llores más—le dice cariñosa;—
 Yo tu madre seré, vive á mi lado
 Y en mi seno amantísimo reposa!—
 —¡Acabaron tus penas,
 Vuelve á tu amado hogar!—dice al cautivo,
 Quebrantando sus ásperas cadenas;
 Que no deja trás sí, por donde avanza,
 Boca sin pan, dolor sin lenitivo,
 Alma sin luz, ni amor sin esperanza.

»A todos presta amparo. El comerciante
 Á la alta catedral pega su lonja;
 A los atrios del templo el comediante
 Va á buscar del aplauso la lisonja,
 Y alimento y abrigo el mendicante.
 El reo á la picota condenado,
 Libre se encuentra si tocar consigue
 Las cadenas de un pórtico sagrado;
 Y si á las artes y al saber persigue

De la noche vandálica el nublado,
 Se acogen, cual palomas, al convento
 La ciencia y la poesía,
 De donde salen á cruzar el viento,
 Aun más hermosas al romper el día.

»Al partir, se encomienda
 A su amparo también el peregrino,
 Que ella en el bosque le abrirá la senda,
 Le indicará con cruces el camino,
 Y lo mismo en la arena del desierto
 Que en el helado ventisquero alpino,
 La Ermita le pondrá, seguro puerto
 Que hallará á toda hora
 A su fatiga y su desgracia abierto.
 Que así, el que muertas ilusiones llora,
 Como el que en balde en trabajar se afana,
 Ó el que se pierde en soledad traidora,
 Todo infeliz acude á la campana
 Con que á los tristes dice halagadora:
 —¡Venid á mí!—la religión cristiana.»

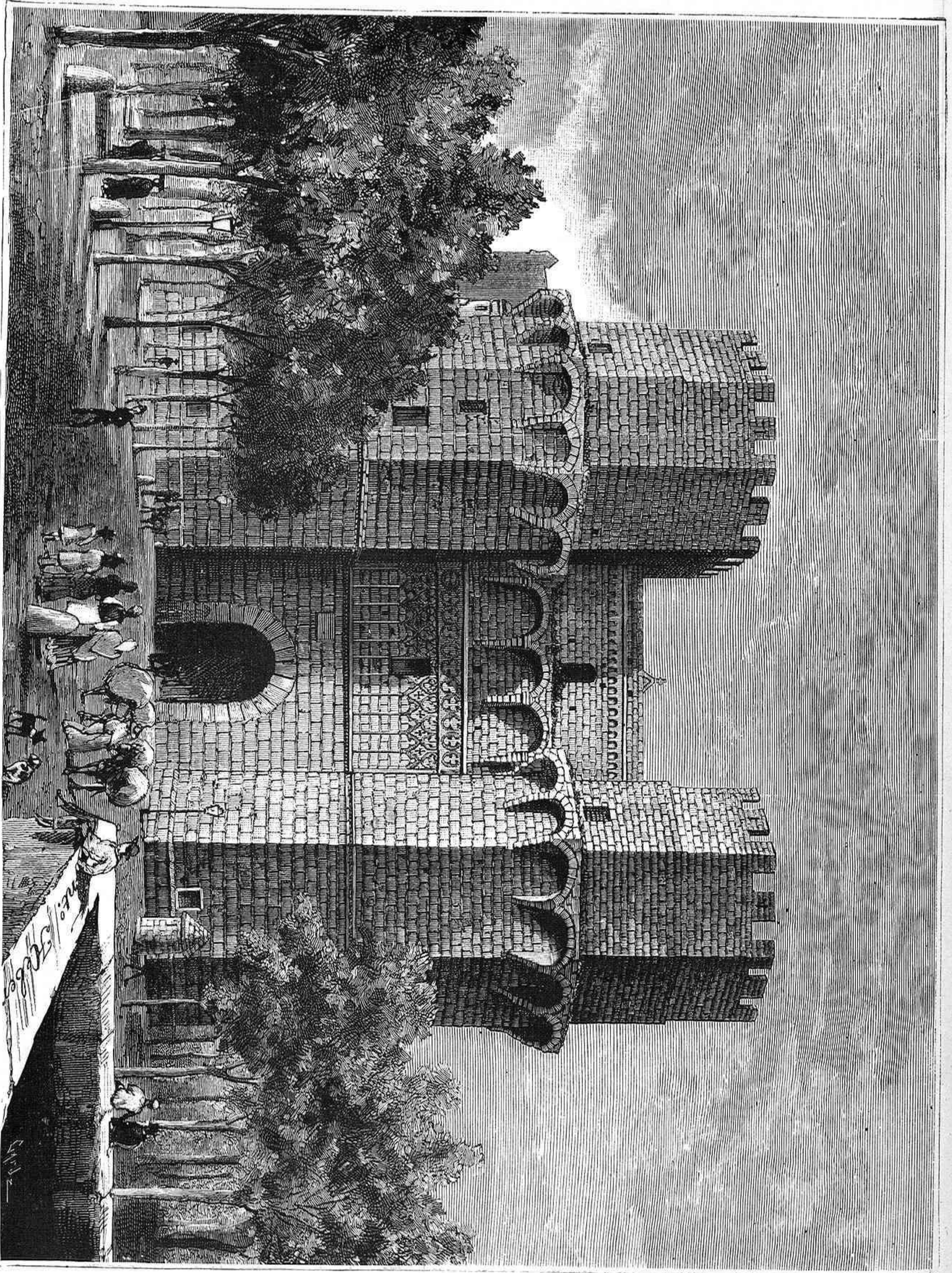


¡Iglesia de Jesús, madre bendita,
 Feliz quien en tu seno
 Nace, vive, fallece y resucita!
 Con eco amante de promesas lleno,
 Si me aparto de tí, llama á mi oído,
 Y si no acudo, con la voz del trueno;
 Que al pájaro engreído,
 Si no el reclamo dulce, la tormenta
 Le hace volver precipitado al nido.
 Haz que encuentre mi boca regalado
 El pan que me sustenta,
 Con lágrimas y hieles amasado.
 Haz que la débil alma que me alienta
 Mire gozosa, al vuelo apercebida,
 Cómo la muerte, del dolor armada,
 Va destorciendo el hilo de mi vida;
 Y al ver mi hora llegada,
 Acude presurosa á mi retiro,
 Como acogiste mi naciente lloro,
 A recibir mi postrimer suspiro.

Después, madre amorosa,
 Si no al pie de tu altar, como lo imploro,
 Cava cerca de tí mi humilde fosa;
 Muy cerca, donde el órgano sonoro
 Me arrulle con el ronco Miserere;
 Donde oyendo los cánticos del coro
 De mis errores el perdón espere;
 Donde acudan mis hijos en su duelo
 A implorar del Señor que el alma mía
 Con alas de ángel se remonte al cielo.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, 1886.



VALENCIA.—PUERTA Y TORRES DE SERRANOS.—(Dibujo de A. Herbert.)



LA HERMANA LOCA.

I.

KRA en la época de la primera guerra carlista, en un pueblo de la montaña de Cataluña. Un día halláronse allí los cristinos y los carlistas, y trabaron cruel combate, en el que los primeros llevaron la peor parte.

Muy cerca de antiquísima casa solar de linajuda familia cayó gravemente herido un bizarrísimo oficial de las tropas leales. Dejaronle por muerto los suyos, y acosados por el enemigo, enardecido por las ventajas obtenidas, salieron del pueblo en forzada huida, perseguidos por los carlistas, cuyo número era mucho más considerable.

Cuando los combatientes, unos y otros, se alejaron, algunas mujeres piadosas dedicáronse con ardiente caridad á recoger los heridos que habían quedado en las calles.

El oficial había podido, arrastrándose, guarecerse en el pórtico de aquella mansión señorial; pero la puerta estaba cerrada, y el herido no tenía fuerzas para gritar, y menos para incorporarse y dar golpes con el enorme aldabón.

—¡Socorro!—exclamó á tiempo que pasaban las mujeres caritativas por delante del palacio.

En medio del triste silencio que había sucedido al estruendo del combate, oyéronle las mujeres y acudieron. Y era tiempo, que cuando una de ellas se inclinaba sobre el herido, éste perdía el conocimiento, y su cabeza habría caído sobre la vetusta piedra si aquella no la hubiese sostenido en sus brazos.

—¡Se muere!—exclamó la mujer.

—Llamaremos en casa del Conde—dijo otra; y cogiendo el pesado aldabón de la puerta, dió un golpe.

Pocos momentos después, el Conde, un anciano alto, rígido, de severo aspecto, de mirada profunda y dura, ayudado por dos de sus servidores, recogía al herido, y entre los tres y dos de las mujeres le entraban en la casa y le llevaban á una cama. Allí quedó el oficial, y las mujeres fuéronse á proseguir su obra de caridad y amor al prójimo.

El Conde y su hija, la hermosa Elena, cuidaron al herido con el más solícito esmero. La curación fué larga y penosa; pero la robusta naturaleza del gallardo militar y la incomparable asistencia de sus bienhechores triunfaron al fin.

Sucedió lo que en casos análogos ha sucedido muchas veces. El oficial se enamoró perdidamente de su gentil enfermera, y ésta amó con delirio al hombre que por su valor, por su gallardía y por su desgracia era á sus ojos el más simpático é interesante de cuantos había conocido hasta entonces. Ella y él confesaron al Conde el amor que se profesaban, y pidieron su consentimiento. El Conde contestó severamente:

—Es imposible.... Sólo con una condición—dijo al oficial—podría consentir; pero usted no la aceptará.

—¿Cuál es?

—¿Sería usted capaz de abandonar la bandera de la Reina?

—Nunca.

—Pues eso sería preciso para que yo concediera á usted la mano de mi hija. Yo soy carlista. Usted es un valeroso y noble joven, y estimo en mucho sus excelentes cualidades; pero la guerra en que estamos empeñados fatalmente abre un abismo entre los dos. Olvide usted á mi hija, y ya que está usted restablecido, cumpla su deber, como yo cumplo el mío y le cumpliré mientras aliente. Dios quiera que no nos encontremos en el campo de batalla. Por mi hija no estoy ya con los que pelean por el altar y el trono.

—Siempre será sagrado para mí el padre de la mujer que adoro con toda mi alma, el hombre digno y generoso que ha salvado la vida á su enemigo.

—Joven, Dios quiera que no nos encontremos.

II.

Luis Bermúdez fué destinado á un fuerte destacamento que ocupó aquel pueblo y otros próximos, y el lector adivina sin duda que los enamorados hallaron medio de comunicarse, á pesar de la severa actitud del padre de Elena, que por otra parte confiaba demasiado en la caballerosidad de su huésped y en la fortaleza de su hija.

La pasión devoradora que dominaba á Luis y á Elena por idéntico modo, cególes de tal suerte que ella desmintió la fortaleza de las hembras de su raza, y él, que era hombre bien nacido y rendía ferviente culto á las leyes del honor, no supo resistir los impulsos de un amor delirante, y olvidó en hora aciaga los grandes respetos que debía al anciano que le había amparado cuando se hallaba á punto de perecer.

El viejo se dió cuenta de que la deshonra había entrado en su hogar, cuando ya estaba lejos el ingrato á quien debía tan grande vergüenza. El destacamento había sido relevado, y Luis se batía á algunas leguas del pueblo. Encerróse el Conde con su hija, despidió á sus servidores, exceptuando la que había sido nodriza de Elena, y esperó sin proferir una queja, sin reconvenir á su hija, que la infeliz temblaba suponiendo que algo terrible meditaba su padre, cuyo carácter conocía bien.

Una tarde el Conde llamó á la nodriza y le dijo:

—Ha llegado el momento. Cuida de mi hija; tú sabes que no podemos llamar á persona extraña, y es preciso que suplas la falta de médico. Tú sabrás lo que has de hacer. Yo espero en este aposento inmediato.... Tú me avisarás y me entregarás la criatura.

Y allí esperó el viejo horas mortales el aviso de la fiel criada que asistía á su hija.

A las dos de la mañana la nodriza salió del aposento y dijo al Conde :

— Un niño.

Y le entregó el ángel que acababa de nacer.... La buena mujer le había fajado perfectamente y envuelto en fina fra-nela.

— ¡ Señor, por caridad!... — murmuró suplicante.

El Conde no contestó.

Eran las tres de obscura y tempestuosa madrugada, cuando se abrió el portón del gran patio, y durante buen espacio oyóse el trotar de un caballo camino de la ciudad, que distaba del pueblo unas tres leguas.

III.

Pocos días después aparecía en la montaña una fuerte partida carlista, perfectamente equipada y armada, cuyo jefe era el padre de Elena. El prestigio de éste era grande en el país, y su salida á campaña un suceso tan ventajoso para la causa carlista como funesto para los liberales.

El general que mandaba las fuerzas leales puso empeño en copar esta partida antes de que aumentase en número y lograse alguna ventaja sobre las tropas. Hizo salir varias columnas volantes destinadas á cerrar, si era posible, todos los caminos al Conde, obligándole á rendirse.

Luis Bermúdez iba en una de estas columnas, y ardientemente deseaba que otra fuera la que encontrase al Conde; pero precisamente sucedió lo que más podía temer.... El choque fué rudo; en aquella función de guerra perecieron los jefes de la columna, excepto el bizarro Luis, que tuvo que asumir el mando de la tropa. Los soldados, codiciosos de vengar la fatal suerte de sus jefes y de sus camaradas, hicieron prodigios de temerario valor, y no luchaban con menos rabia los carlistas, desesperados al verse perdidos. El combate era cuerpo á cuerpo, y al infeliz que caía rematabanle á bayonetazos. El jefe fué cogido prisionero; pero los soldados respetaron su vida, cumpliendo la orden que tenían de presentarle vivo. Así lo hicieron, llevándole á donde estaba el capitán Bermúdez, jefe de los restos de la columna.

Presentóse el cabecilla erguido, sereno, impassible. Luis temblaba, avergonzado como si él fuera el vencido.

— Dejad á ese hombre y venid — dijo el capitán á los seis soldados que habían hecho prisionero al anciano.

Los soldados obedecieron; el Conde quedó inmóvil, mirando altivo al capitán.

— Amigos míos — dijo éste á los soldados, — ese hombre salvó mi vida, y yo-sería un miserable si no salvase la suya. Si queréis vengar en él la muerte de vuestros camaradas presentándole al general, que le hará fusilar, podéis hacerlo; pero yo no iré con vosotros; yo aquí mismo me quitaré la vida.—Y montó la pistola, esperando la contestación de sus soldados.

— Mi capitán — dijo uno, — lo que usted haga, bien hecho está. Si quiere usted dejarle libre, ninguno de nosotros lo impedirá.

— Es que tampoco ha de saberse que le hemos cogido.

— Tampoco se sabrá — repuso el soldado.

Luis preguntó á los demás si estaban conformes con lo que había expresado su camarada, y todos contestaron afirmativamente.

El capitán abrazó á los soldados, y luego, adelantándose dijo al Conde, que le miraba con fiereza :

— Está usted libre.

— Libre y deshonorado, ladrón de mi honor — contestó el viejo acercándose al capitán. — No puedo agradecerle la libertad que me concedes; y si otra vez nos encontramos y la suerte me es propicia, si caes en mi poder, yo no te dejaré libre; yo te mataré. Y ten por seguro que cumpliré lo que te prometo. Así, pues, ahora que me tienes en tu poder, no seas generoso, es decir, no seas cobarde, y completa tu obra. Me arrebataste la honra, quitame la vida, ó entrégame á tus soldados, sedientos de venganza.

— Basta, señor Conde. Cae la noche; puede usted marchar sin riesgo, mientras yo reuno mis soldados.

— No lo olvides; si caes en mi poder, te haré fusilar.

— Sea lo que Dios quiera.

Los ecos de la montaña repitieron el sonido de la corneta que llamaba á los soldados.

El Conde se internó en la espesura.

La partida carlista había quedado deshecha; pero quince días después habíala reorganizado el implacable anciano, aumentándola considerablemente, y otra vez el general cristino dirigió todos sus esfuerzos á aniquilar una fuerza que constituía un gran peligro para el ejército.

Un día el capitán Bermúdez, cumpliendo orden superior, avanzó con su compañía por un desfiladero donde habían preparado los carlistas sigilosamente hábil emboscada, y allí fueron cogidos él y sus soldados.

Allí estaba el padre de Elena.

Mandó desarmar á los soldados, y los puso en libertad, haciéndolos escoltar hasta alguna distancia. Luego, acercándose á Luis, que, sereno, digno, resignado, esperaba la muerte, le dijo :

— ¿ Recuerdas lo que te prometí ?

— No lo he olvidado.

— Aun hay salvación para tí.

— Lo dudo.

— Abandona el ejército y ven con nosotros. Te daré mi hija, y te devolveré tu hijo, que está en la Inclusa de....

— ¡ Mi hijo! — exclamó Luis con indefinible acento de angustia.

— Sí; yo solo sé el día y la hora en que fué expuesto en la puerta de la Inclusa. El 13 de Enero fué abandonado allí tu hijo, nacido la noche anterior.

— Señor Conde, cumpla usted su promesa y no me haga sufrir ofreciéndome la felicidad al precio de la infamia. ¡ Yo ser traidor! ; jamás! ; Ni por la mujer adorada, ni por el hijo idolatrado! ; Jamás, jamás!

— Mayor fué la infamia, y más negra y villana la traición que cometiste en la casa honrada donde en un enemigo hallaste noble y generosa hospitalidad y recobraste la vida.

— Grande fué mi falta, y no me disculpo, aunque podría, porque obscureció mi entendimiento pasión irresistible. Fui un malvado y merezco el castigo que usted me ha prometido, la muerte; pero dejarme la vida y hacerme traidor, eso no, señor Conde, eso no lo acepto. Morir con honra, ¡ qué gloria! Vivir deshonorado, ¡ qué vergüenza!



COQUETERÍA INFANTIL

—Pues cúmplase tu destino. Yo no puedo perdonarte.

—Dios me perdonará.

El cabecilla hizo una seña á uno de sus satélites que estaba á cierta distancia, y á los pocos momentos llegaron ocho carlistas.

—Yo soy cristiano—dijo Luis—y quiero confesarme, á no ser que los que se dicen defensores de la religión maten á los cristianos como á perros.

—Llamad á Mosen Antonio—dijo el viejo.

Mosen Antonio era un cura que seguía á la partida del Conde, un fanático clérigo, agreste é indocto, gran reclutador de partidarios para la causa del Pretendiente, y que de buena fe creía que era empresa meritoria la en que estaba empeñado. Pero no era sanguinario y cruel, como lo han sido otros curas de fatal recordación en nuestras guerras civiles.

Era la primera vez, desde que seguía á la partida, que se le entregaba un reo de muerte, y el clérigo se echó á temblar cuando supo con qué objeto le llamaba el jefe. Quiso interceder por el capitán cristino, ofreciendo que conseguiría hacerle carlista si podía prometerle la vida. El cabecilla le contestó que no había salvación para el capitán; insistió el cura; el Conde replicó airado; Mosen Antonio, que era tozudo y se había propuesto salvar al prisionero, no se dió por vencido; el Conde amenazó con que fusilaría al gallardo militar sin confesión, y Mosen Antonio corrió á abrazar al desventurado Luis y gritó al implacable viejo:

—¡A ver si te atreves á fusilarnos á los dos!

Y en voz baja decía á Luis:

—¡Hijo mio! por tu madre, si la tienes; por tu mujer, por tus hijos, si eres padre, grita conmigo, grita:—«¡Viva Carlos V!» Así te salvas.

Luis quería desasirse de los brazos del cura; pero éste le apretaba con más fuerza y le repetía:

—Por Dios, que te va la vida; que si te dejas te mata ese tigre. Grita conmigo, por María Santísima:

—¡Viva Carlos V!—gritó el cura con voz estentórea.

Y Luis, para desprenderse de aquellos brazos que le sujetaban como los de unas enormes tenazas, gritó también:

—¡Viva la Reina! ¡viva la libertad!.....

Y en el mismo instante se produjo entre los carlistas la más espantosa confusión.

Llovía sobre ellos la metralla, y en el primer momento caían muertos el cabecilla y los ocho hombres destinados á fusilar al capitán.

Las tropas leales habían llegado á tiempo. Luis no fué fusilado por el implacable padre de Elena; pero en aquella lluvia de plomo, alcanzóle una bala cuando aun le tenía en sus brazos el cura, que no se había dado cuenta de lo que allí pasaba.

Desplomado cayó Luis, atravesado el corazón, y el cura huyó horrorizado.

Y él fué uno de los pocos que lograron salvarse en aquella terrible sorpresa, que dió fama imperecedera al general que la imaginó y la llevó á cabo. Por una oportuna confianza supo que el temible cabecilla preparaba su emboscada en el desfiladero, y allí fué él á sorprenderle, consiguiendo un gran triunfo moral y material, pues con la muerte de aquél la causa carlista perdió un jefe de inmenso prestigio, de temerario valor y de grandes recursos.

La Providencia, entonces como siempre, se mostró grande

y justa. Allí donde el Conde creyó obtener la satisfacción de la venganza que perseguía, surgió terrible catástrofe en que pereció.

La muerte del capitán Bermúdez fué muy sentida en el ejército, donde ya se había conocido y estimado su bravura; y en la orden general en que se hizo saber la derrota de la partida del Conde y la muerte de éste, se citó el nombre de aquel valiente, y se encareció, aunque no con muy buena literatura, su bizarría y su heroísmo.

IV.

Elena, abandonada por el irritado padre, privada del hijo de su amor, no habría sobrevivido á tanto infortunio si no hubiese velado por ella con maternal solicitud la buena mujer que había sido su nodriza. Esta, en la grave enfermedad que Elena sufrió á consecuencia del parto, suplió la falta de médico y salvó á su amada enferma, bien que, mujer piadosa, atribuía á la Divina Providencia la milagrosa curación; porque Elena había estado realmente en grave peligro de muerte, y ella, además de los cuidados materiales de su amor y su experiencia, había rezado mucho y hecho muchas promesas, y pedido con gran fervor y con la sublime elocuencia de su fe cristiana, la salud para aquella pobre criatura á quien había dado la sangre de sus venas y por quien daría sonriente y feliz su vida entera.

—Dios me ha oído—decía la buena mujer al contemplar el semblante de la joven—ya no se muere, ya no se muere; y su padre, cuando vuelva, tendrá que perdonarla; ¿qué ha de hacer el viejo?... y casarla con ese diablo de militar, si no me le matan antes en esta guerra maldita.....

Elena, durante su enfermedad, había intentado muchas veces hablar de su hijo, pero la nodriza le imponía silencio, la tranquilizaba diciéndole que el niño estaba muy bien cuidado y que cuando estuviera ella restablecida podría verle.—¡Y Dios me perdone la mentira!—pensaba la excelente mujer, que no sabía dónde estaba la inocente criatura, ni si era viva ó muerta. Y cuando Elena estuvo convaleciente, ya no hubo medio de eludir la respuesta á sus preguntas.

—¿Dónde está mi padre?..... ¿dónde está mi hijo?.....—preguntaba Elena á su nodriza, que no podía contestar.—Tú me has dicho que no hay peligro para mi hijo, y debes saber dónde está, y también debes saber adónde ha ido mi padre..... Yo lo quiero saber, yo necesito pedir perdón á mi padre, arrastrarme humilde á sus pies, calmar su justa cólera contra mí, humillándome y expiando mi falta como él quiera, como él lo mande, y pidiéndole por Dios, por la memoria de mi madre, la vida de mi hijo, inocente de la culpa de sus padres. Supongo que no me habrás conservado la existencia para matarme ahora con tu silencio, que me llena de confusiones y me hará creer que lo he perdido o lo, todo, mi padre, mi hijo, todo, menos esta inútil y triste vida.

—Elena mía de mi alma—dijo por fin la atribulada nodriza, que ya no encontraba manera de calmar la excitación de la desventurada,—¿no comprendes que si yo supiera algo de lo que me preguntas, lo sabrías tú también?..... Si hubiera jurado callar, creo, Dios me perdone, que no

habría tenido valor para cumplir mi juramento, contemplando la pena que te devora..... Hija mía, es que no sé nada; tu padre marchó, marchó aquella noche terrible, y tu hijo..... tu hijo, él se lo llevó.....

—¡ Mi padre !.....

—Sí, hija mía. ¿ Quién se oponía á su voluntad?.....

—¿ Y no ha vuelto?.....

—No.

—¡ Dios mío ! ¿ Y qué te dijo al marchar ?

—Me dió la llave de aquel mueble antiguo que tiene en su gabinete, y me dijo que allí había dinero y su testamento. Yo no he necesitado dinero y no he abierto el mueble.

En aquel momento resonó un fuerte aldabonazo. Las dos mujeres miráronse con espanto.

—¡ María Santísima me valga !—exclamó la nodriza.

Sonó otro golpe.

—Roseta, baja á abrir..... ¡ Será mi padre !.....

—¡ Jesús ! tengo un miedo horrible —dijo la mujer; y tropezando con los muebles, temblorosa y aturrida, salió de la estancia y cruzó las largas galerías hasta llegar á la escalera. Parecíale que se movían los escalones, y dos ó tres veces estuvo á punto de caer... Al fin llegó á la puerta, que no se abría desde que marchó el Conde; descorrió con trabajo el fuerte cerrojo y abrió.

Quien llamaba no era el Conde; era Mosén Antonio, muy conocido de Roseta, que le desconoció en aquel punto, porque el clérigo llegaba todo roto y maltrecho, barbudo, sucio, vestido con un desgarrado chaquetón, cubierta la cabeza con barretina morada obscura y llevando en la mano un garrote nudoso con un pincho á modo de contera que sin duda le había servido para trepar por los breñales y defenderse de lobos.

—¡ Jesús, María y José !—exclamó Roseta, viendo aquel extraño personaje, que más parecía bandido que persona regular.

—No te asustes, Roseta —dijo el clérigo;—soy Mosén Antonio.

—¿ El señor cura, el amigo del Conde ?

—Sí, mujer, sí; cierra la puerta, y adentro, que vengo destrozado y rendido.

—¿ Y el Conde ?.....

—El Conde..... rézale un *Padrenuestro*.

—¡ Jesús

—Vengo á decir á la Condesa que ya no tiene padre. ¡ Lástima de hombre ! ¡ Una fiera, Roseta, una fiera !... Carlos V perdió el hombre que le hubiera llevado al trono.....

El clérigo, que conocía perfectamente la casa de su amigo, subió la gran escalera, más ágil que la pobre nodriza, que no sabía lo que le pasaba.

—Espere, espere, señor cura, no vaya á asustar á mi Elena—le decía Roseta.

Detúvose el clérigo, reconociendo lo razonable de la observación de la mujer, y dejó pasar á ésta, que temblando como azogada, llegó á la habitación donde esperaba Elena el terrible trance de verse en presencia de su airado padre, pues creía que sólo éste podía ser el que había llamado con tan fuertes golpes.

—Hija mía, hija mía—entró diciendo Roseta,—tranquillízate, es persona conocida; Mosén Antonio, que te quiere tanto.....

—Sí, yo soy—dijo el cura, entrando detrás.

Elena no pudo contener un grito de espanto, viendo el siniestro porte del sacerdote.

—¿ Te extraña verme de esta conformidad ? No me asombra. Más me asombro yo de verme vivo. Vengo de la guerra..... Han tenido lástima de mí y me han canjeado..... Yo creí que me iban á fusilar..... Gracias que no me encontraron armado..... No me encontraron más que este Santo Cristo. Por éste no me fusilaron.....

Y sacó del bolsillo interior del chaquetón un tosco Crucifijo, que besó y guardó luego.

—Hija, Elena, hay que tener resignación; tu padre era un héroe, un defensor de la religión y del trono.....

—¡ Mi padre !—exclamó la jóven con un grito desgarrador—¡ mi padre ha muerto !.....

—Sí, fué una sorpresa, un instante, no pudo defenderse..... La metralla, que no sé desde dónde la vomitaban aquellos demonios que han de arder en los infiernos, mató al Conde y á cien valientes más.....

Elena no oía ya. Prostrada en tierra gemía, sollozaba, se culpaba de la muerte de su padre, se maldecía, y en vano intentaba consolarla Roseta con sus caricias, con sus tiernas palabras.

—Déjenos solas, Padre Antonio —dijo Roseta al cura;—déjenos solas, á ver si logro que esta pobrecita de mi alma no se me vuelva loca.

Salió el clérigo, sentóse, ó mejor dicho, se tendió en un ancho sillón de cuero, y poco después dormía el hombre como quien no había dormido en setenta horas y estaba rendido de fatiga.

Roseta, cuando pudo dejar en el lecho á la huérfana, prostrada por el dolor y la fiebre, salió á ver dónde se había metido el áspero Mosén, y viéndole dormido intentó despertarle para ofrecerle alimento y mejor cama que el sillón de cuero; mas no le fué posible conseguir que aquella mole se moviera. Dormía profundamente, y no roncaba, bramaba el bueno del cura, con la cabeza echada atrás sobre el respaldo del sillón, alto el recio pecho, cruzadas las manos sobre el vientre descomunal y extendidas las piernas, apoyando los talones en el suelo. Y en esta postura durmió el clérigo diez y seis horas mortales, despertando súbitamente en lo más crítico de tremenda pesadilla, gritando:—« ¡ Viva Carlos V ! » y mirando en derredor, asombrado de hallarse en aquel salón, y no dándose cuenta de su verdadera situación hasta que vió aparecer en la puerta de la habitación de Elena la amable figura de la buenísima y caritativa Roseta.

V.

Dos días después, habiendo cedido un tanto los ataques nerviosos de la infeliz Elena, descansado y aseado el cura, y llamados como testigos dos ancianos del pueblo, abrióse el testamento del Conde. Bajo el mismo sobre había otro en el que se leía este renglón:

« Para mi hija sola. »

El testamento hacía dueña á Elena de la fortuna de su padre; aseguraba el porvenir de la fiel Roseta, y dejaba á Mosén Antonio una cantidad para que la dedicara á sufragios.



DIBUJO ORIGINAL DE LA SEÑORITA DOÑA ADELA CROOKE.

Elena, encerrada en su habitación, abrió la carta de su padre y leyó:

«Hija, por tí no hay honra en mi hogar, y voy á la guerra, donde la hay en la muerte para los hombres como yo. Si muero, mi fortuna es tuya; y si quieres redimir tu falta, aun puedes. En la Inclusa de..... está tu hijo desde el 13 de Enero. Te perdono si en aquella santa casa, siendo Hermana de la Caridad, te haces digna de la divina misericordia.»

Elena pensó que debía obedecer la voluntad de su padre para obtener su perdón. Podría vivir cerca de su hijo, amarle, protegerle..... Esta era para ella la suprema felicidad, toda la felicidad posible para una madre que no podía declarar que lo era.....

En medio de la confusión de ideas que rápidamente debilitaba el cerebro de la desgraciada, aparecía la figura gallarda del capitán Bermúdez, y Elena dudaba entonces entre el deber de obedecer á su padre y el amor al hombre á quien había entregado su honra..... Era para volverse loca. ¿Viviría Luis?..... ¿Vendría á ofrecerle la única reparación posible?..... Pero ¿y su hijo?..... ¿Podría reconocerle?..... ¿El Conde habría dejado en el asilo de maternidad papel ó señal alguna por donde pudiera Elena saber cuál era su hijo?.....

Faltaba á la triste el postrer golpe, y le recibió leyendo en una *Gaceta* extraordinaria que refería la horrible jornada en que el Conde perdió la vida, la gloriosa muerte del capitán Bermúdez. Llevóle Mosén Antonio este papel, recibido por el alcalde del pueblo con gran retraso, y como el cura había sido testigo y actor en el tremendo drama, añadió detalles que enloquecieron á Elena, tales como el de haber sido llamado á prestar los auxilios espirituales al capitán condenado á muerte por el Conde, sus esfuerzos por salvarle, la sorpresa del ataque de las tropas liberales, la muerte del Conde, producida por la metralla, y la de Bermúdez en sus brazos.

Elena no podía dudar ya.

Para la inmensidad de su infortunio no había más refugio que la religión.

En su propio dolor halló fuerza y energía para cumplir su deber.

Acompañada de Roseta y el clérigo se encaminó á la capital y se presentó á la autoridad eclesiástica, que recibió amorosamente á la ilustre Condesa, que deseaba hacer donación de toda su fortuna al Asilo de maternidad y alistarse entre esos ángeles de la tierra que se llaman Hermanas de la Caridad.

VI.

Elena no encontró á su hijo en la Inclusa.

En el libro de entradas constaba que el 13 de Enero de madrugada fué expuesto un recién nacido, envuelto en ropas finas, pero sin indicación, señal ni papel alguno. Este niño fué entregado el mismo día, después del bautismo, á una excelente mujer que acababa de perder el suyo, casada y vecina de un pueblo inmediato, para que le criara, y un mes después el marido de aquella mujer había prohijado la criatura con todas las formalidades debidas.

El niño se llamaba Ventura de Dios.

La triste Elena logró averiguar por medio de Roseta, que

entró de criada en el asilo, cuál era la cuna donde había estado el expósito durante su breve paso por aquella santa casa, y allí junto á aquella cuna estaba siempre Elena pálida como una muerta, y colmaba de caricias á los niños que la ocupaban sucesivamente. Roseta, única poseedora del secreto de Sor Elena, averiguó en el pueblo donde residían los padres adoptivos del niño, que habían trasladado su residencia no se sabía adónde, probablemente á América.

Elena cayó en una profunda tristeza precursora de la locura.

Desempeñaba sus obligaciones como todas; no hablaba, no dormía; siempre estaba atenta á la campana que avisaba la entrada de un nuevo expósito, y corría presurosa, se arrojaba delante de la criatura y decía á sus compañeras:— «¡Miradle! ¡miradle! Este es mi hijo.» Y le besaba, y le cogía en sus brazos, y había que procurar quitarle la criatura, porque tal era la violencia de sus caricias que las Hermanas llegaron á temer que ahogase á algún niño en sus brazos.

Elena fué para todos la *Hermana loca*.

Así vivió treinta y un años más en el asilo, recibiendo expósitos, llamándolos *hijos* y contemplando largas horas aquella cuna donde suponía que había estado su hijo antes de que le recogiera su madre adoptiva.

VII.

Treinta y un años después de la profesión de Sor Elena como Hermana de la Caridad, visitaba una tarde la casa de maternidad el nuevo capitán general del distrito, á quien acompañaba un coronel joven, de gallardo porte y severo aspecto.

La superiora y Sor Elena guiaban en su visita á la autoridad militar.

El capitán general elogiaba el buen orden del asilo, y decía:

—Se conoce que aquí hay recursos porque esta casa está montada con verdadero lujo.

—Sí, señor general - contestó la superiora;— el asilo tiene una buena renta, donación de esta Hermana que nos acompaña, Sor Elena, hija del Conde de..... A la muerte de su padre nos cedió toda la fortuna que había heredado y tomó nuestro hábito.

—Hermosa acción, señora—dijo el general, haciendo una elegante cortesía á Sor Elena. Y añadió dirigiéndose al coronel:

—Comprendo el empeño que tenía usted, mi querido coronel, en que visitara este asilo modelo.

—Mi general, el verdadero motivo va usted á saberlo.

Elena miraba fijamente al coronel, porque, en medio de las sombras de su inteligencia, le recordaba el aspecto y la voz de su padre.

—Señora—dijo el coronel á la superiora,—aquí, como en todos los asilos, habrá un libro de entradas; todos los expósitos tendrán su pequeña historia. ¿Podría yo ver los asientos del año 18.....?

—Sí, señor—contestó la anciana.—Tengan ustedes la bondad de seguirnos á la secretaria.

La superiora buscó el libro y le colocó sobre una mesa. El

coronel le abrió por las primeras hojas, y no tardó en hallar lo que buscaba. Señalando uno de los renglones dijo con visible emoción:

«13 de Enero de 18 Ventura de Dios.» Este hijo de esta santa casa soy yo, mi general.

Sor Elena dió un grito desgarrador y cayó desp'omada.

El coronel la levantó en sus robustos brazos y la sentó en un ancho sillón; pero tuvo que sostenerla para que no volviera á caer.

Sor Elena había muerto en brazos de su hijo.

CARLOS FRONTAURA.



«¡MUY BUENOS DÍAS!»—(Del natural.)





EXCMO. É ILMO. SR. D. NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,

PRIMER OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

Nació en Rueda (Guadalajara), el 29 de Octubre de 1831; † en Madrid, víctima de criminal atentado,
el 18 de Abril de 1886.



El Album de una niña

OFRECIDO POR EL AUTOR
A LA PRECIOSA HIJA DEL DISTINGUIDO MÉDICO
Y SENADOR URUGUAYO
PEDRO VISCA.

I.

Eres niña, mas no importa!
Pasan los años tan leves!....
Y es la existencia tan corta! ...
Y las venturas tan breves!
Cuando entre dichas ó enojos
Leas estos desvarios,
Tu irás abriendo los ojos,
Yo habré cerrado los míos.
Piensa entonces y repara
Con qué júbilo y placer
Quien niña te acariciara
Quisiera volverte á ver!

II.

Ama á tu madre ; yo amé á la mía,
Y desde el punto que la perdí,
Pálida encuentro la luz del día
Y algo parece que ha muerto en mí.

III.

Anoche soñé contigo;
Desde que la edad me abate,
Como ayer con las mujeres
Suelo soñar con los ángeles.

IV.

Las flores y las niñas
Son mis amores;
Yo busco en todas partes
Niñas y flores.
Mas me entristecen;
¿Cómo no? Si me seco
Cuando ellas crecen!

V.

Hay en tus ojos azules
La transparencia del lago,
Y siento al mirarme en ellos
Un indefinible encanto.
Si mañana, como anuncian,
Reflejan el Oceano,
¡Dios tenga, querida niña,
Piedad de los pobres náufragos!

VI.

Casarte conmigo quieres,
Y ahora empiezas á crecer!.....
Si alguna vez resucito,
Veremos si puede ser!

VII.

Cuando una niña encuentres
En tu camino,
Que no tenga ni madre,
Ni pan, ni abrigo,
Abrazada á la tuya
Piensa un momento
Que los bienes del mundo
No son eternos!

VIII.

Fotógrafo inimitable
Es, niña, mi corazón;
Retrato que él ilumina,
Ya puede ponerse al sol.

IX.

No te disculpes, niña,
Si rompes la muñeca;
Igual que tú los grandes
Las rompen con frecuencia.
Averiguar pretenden
Lo que se oculta en ellas,
Y hasta que ven la estopa
En su labor no cesan.
Yo he roto muchas..... tantas
Que ya no tengo entera
Más que una, que se nombra
La vila..... ¡la más fea!

X.

Mariposa es mi labio
Y el tuyo busca;
No te abaniques, niña,
Porque la asustas.

XI

En las heladas noches
Del triste invierno,
¿Sabes tú lo que á veces
Me quita el sueño?
Pensar en esas niñas
Flacas y hambrientas
Que se duermen cantando
Sobre las piedras.

XII.

No llores si me abrazas
Acaso por vez última;
Y así como se unieron
Tu afecto y mi ternura,
Hagamos que al besarse
Un punto se confunda
Con mi cabeza calva
Tu cabecita rubia.

MANUEL DEL PALACIO.



LAS ROSAS.

¡Es tan lindo el color de las rosas, y su aroma tan delicioso, que, si por mí fuese, toda la tierra estaría únicamente cubierta de rosales!—decía un niño.—¡Cuántas espinas en el invierno!—le contestó un anciano.

•••

Dos orientales ensalzaban las maravillas de la creación, y convenían en que la naturaleza no tiene adorno, ni encanto, ni primor comparable á la rosa. Después hablaron del cuerpo humano, que también les parecía digno de admiración, aunque le encontraban defectos muy graves.

—Se me alcanza—dijo uno de ellos—que teníamos necesidad de los ojos para ver; y se me alcanza también la grande hermosura de los ojos; pero yo creo que el cuerpo del hombre ganaría mucho suprimiéndole su indecorosa nariz.

—Yo te diré—le contestó el otro; la piedad suprema de Alá se muestra precisamente en ella. Inventó la nariz después de haber sentido lo bien que oían las rosas.

En todos los tiempos los poetas han cantado á la rosa, y sus versos se han aromatizado con su esencia. Es que en todos los tiempos ha sido mensajera del Amor.

No hay una sola mañana de primavera ó de estío en que no caigan de los balcones muchas rosas arrojadas por lindas manos.

Cuando veis á una mujer joven asomarse al balcón, buscar con la vista la mejor de las rosas que centellean entre los hierros, extender la mano hacia una de ellas, y dudar antes de arrancarla de si aquélla es la más fresca, la más ufana, la más encantadora de todas.... ¿podéis dudar de que aque-la mujer esté enamorada?

¡Oh juventud, ó edad en que las rosas no tan sólo tienen color y olor, sino en que también hablan sólo tú puedes comprender el lenguaje de las rosas!

Al entrar en tu cuarto, y al abrir la puerta oyes una voz dulcísima que te dice: «¡Aquí estoy, amor mío, lejos de ti; pero siempre junto á tu corazón, por el recuerdo! ¡No dudes jamás de mi cariño ni de que mi pensamiento es tuyo desde la mañana hasta la noche, y luego también en sueños: no dudes, no, de que sabré vencer por tí todos los obstáculos y peligros, y seré tuya, y sólo tuya, contra la voluntad de mis padres y del tiempo y del mundo!.... ¡Sólo tú, nada más que tú, tú siempre llenas mi corazón!.... ¡Pier-sa en mí también, no me olvides; ámame, bien mío, como yo te amo!»

Y en el cuarto no hay nadie, y la voz dulcísima se difunde entre deliciosísimos aromas. ¡El alma de la mujer amada es aquel aroma: el eco de su voz es aquella música!....

Pero alguien hay; alguien.

En un vaso de cristal hay una rosa. Ella es quien habla.

¡Mortales, inclinaos ante ese vaso como ante una custodia!

En el catálogo de un jardinero he visto clasificadas hasta tres mil variedades de rosas. Y cada día se aumenta el número, porque cada día entre las rosas—como entre los hombres—se confunden más las clases.

Pero algunos botánicos ilustres dicen que todas las especies de rosas vienen de una sola: que sin duda en los primitivos tiempos hubo un rosal nada más.

Esto fué cuando sólo vivían Adán y Eva. Con un rosal tenían bastante para los dos; para las coronas de flores que ella le tejía, para los *bouquets* que él la regalaba.

Era un rosal de rosas de color de rosa. Si dió rosas de otro color, se debió al mal comportamiento de Adán con Eva. Durante el primer año de amores, Adán regalaba todos los días un ramito á su compañera; pero luego se fue olvidando de este delicadísimo detalle. El primer día creyó Eva que era un olvido; el segundo, que el rosal no habría dado rosas; y en el tercero, fué al rosal para convencerse de que no las había dado.... ¡El rosal estaba florido y maravilloso como nunca! Eva lloró mucho sobre él, y las ramas sobre las cuales cayeron sus lágrimas no dieron ya sino rosas amarillas.

¡Ah! desde el tiempo de Adán e cultivo de las rosas ha progresado mucho. Progresar, para las rosas, es sufrir.

Hemos querido tener rosas en todas las estaciones; hemos forzado á la Naturaleza ¿Sería tolerable que la Duquesa de Valfrio y la Condesa de las Nieves no tuviesen rosas á millares para revestir sus salones y aparadores y rinconeras en sus fiestas de invierno?... ¿Se puede bailar sin pasar antes por una habitación festoneada de rosales de los Alpes ó de cien hojas, ó de musgo, ó de la China, ó de Inglaterra? ¿Puede haber mesa de Navidad sin rosas, ni pueden los elegantes asistir sin una rosa en la soapa de' frac á los bailes de máscaras?

Así, pues, cuando llega el nublado Octubre, los pobres rosales son arrancados de la madre tierra; metidos en tiestos; llevados á las estufas; cubiertos con esteras, calentados artificialmente; se les ahogará, se les asfixiará, y los pobres reventarán en flores, derrochando su vida, dando una rosa por cada dolor que el hombre codicioso les impone. Producir mucho en poco tiempo, este es el problema: no se salvarán de esta ley las rosas, como no se salvan los hombres. ¡Dichosas vosotras, rosas del campo! ¡vosotras podéis vivir despacio todo lo que Dios quiera: las rosas de los jardines viven de prisa y sólo mientras le producen al jardinero!

No hace mucho tiempo entré en casa de cierta señora que tiene una linda niña y un precioso rosal. Estaba plantando el rosal en un tiesto lleno de tierra muy sustanciosa, y sus lindas manos mezclaban esta tierra con estiércol bien repodrido, regándola después con agua caliente,—y al mismo tiempo conversaba con tres ó cuatro profesores de su hija y les decía: «Es preciso que impongan ustedes más horas de estudio á la niña. ¡Quiero que sea pronto, muy pronto, una notabilidad!»

¡Así, de esta manera, las rosas luego nacen ya lacias, y al más ligero soplo sueltan los pétalos sin olor y descoloridos: así, las niñas son mujeres reducidas que todo lo saben, menos sentir, amar y hacer dichosas!

Hemos inventado tantas rosas magníficas, que las rosas vulgares ya no tienen ciento, sino mil hojas. Así es que los hombres delicados buscan las rosas de los bosques; esas que sólo tienen media docena de pétalos fresquísimos, pero coronados de algunas tembladoras gotas de rocío.

¡La rosa primitiva; la rosa del primer rosal, no martirizada ni explotada, como Dios la encontró buena cuando la hizo, que no figura en las exposiciones, esa es la única, la verdadera rosa;—la rosa emblema de la Virtud y de la Felicidad.

¡Desgracia! del viejo que al revolver los libros de su biblioteca no encuentra entre las páginas alguna hoja de rosa seca!

Las ilusiones son rosas

FERNANFLOR.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO.)

PRECIOS EN MADRID.

DE D. JUAN VALERA.

- * **Pepita Jiménez.**—Un tomo en 16.º—2,50 pesetas.
- * **El Comendador Mendoza.**—Un tomo en 16.º—2,50 pesetas.
- * **Las Ilusiones del doctor Faustino.**—Dos tomos en 16.º—5 pesetas.
- * **Doña Luz.** (Segunda edición.)—Un tomo en 16.º—Pesetas 2,50.
- * **Pasarse de listo.** (Tercera edición.)—Un tomo en 16.º—Pesetas 2,50.
- * **Cuentos y diálogos.** (Primera edición.)—Un tomo en 16.º—Pesetas 2,50.
- * **Algo de todo.**—Un tomo en 16.º—2,50 pesetas.
- * **Poesía y Arte de los árabes en España.**—Tres tomos en 16.º—9 pesetas.
- * **Disertaciones y juicios literarios.**—Dos tomos en 16.º—6 pesetas.
- * **Dafnis y Cloe, por un aprendiz de helénista.**—Un tomo.—3 pesetas.

DE D. JOSÉ SELGAS.

- Escenas fantásticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.
- * **Un Retrato de mujer.**—Un tomo.—2,50 pesetas.
- * **El Mundo invisible.**—Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.
- * **Hechos y dichos.**—Un tomo.—3 pesetas.

DE D. EMILIO CASTELAR.

- Recuerdos de Italia** (Primera parte).—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- Recuerdos de Italia** (Segunda parte).—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- La Rusia contemporánea.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.
- Las Guerras de América y Egipto.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- Europa en el último trienio.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- Historia de 1883.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- Historia de 1884.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. PEDRO A. DE ALARCÓN.

- Amores y amorios** (Historietas en prosa y verso).—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pts.

DE D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

- * **Nuevos pequeños poemas.**—Un tomo.—4 pesetas.
- * **Doloras y cantares.**—Un tomo.—7 pesetas.
- * **Los Buencos y los sabios.**—Un tomo.—2 pesetas.
- * **El Amor y el Río Piedra.**—Un tomo.—2 pesetas.

DE D. ANTONIO DE TRUEBA.

- Mari-Santa.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- Nuevos cuentos populares.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.
- De flor en flor.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D.ª MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

- La Vida íntima.**—En la culpa va el castigo.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.
- La Abuela.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

El Sol de invierno.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

La Senda de la gloria.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. RAMÓN DE MESONERO.
ROMANOS (*El Curioso Parlante*).

Panorama matritense (Primera serie de las Escenas), 1832 á 1835.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

Escenas matritenses (Segunda serie), 1836 á 1842.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

Tipos y caracteres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, paseos histórico-antecdóticos por las calles y casas de esta villa.—Dos tomos, 8.º mayor francés, con varios grabados.—8 pesetas.

Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

DE D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Venturas y desventuras, colección de novelas.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **La Mar descrita por los mareados** (*Más disquisiciones*).—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos, libro III de las Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo, libro IV de las Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **A la mar, madera, libro V de las Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **El Arca de Noé, libro VI de las Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—6 pesetas.

* **Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado.**—Cuatro volúmenes de 600 páginas, en 4.º—7,50 pesetas cada tomo.

* **La Armada invencible** (tomo 1).—Un volumen de 536 páginas, 8.º mayor.—7 pesetas.

* **El Gran Buque de Osuna y su marina.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—7 pesetas.

* **Colón y la Historia póstuma.**—(Obra escrita por encargo de la Real Academia de la Historia.)—3 pesetas.

* **La Conquista de las Azores.**—Un tomo 8.º mayor francés.—7 pesetas.

DE D. MANUEL DEL PALACIO.

Letra menuda.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

* **Fruta verde.**—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D. LUSEBIO BLASCO.

Malas costumbres.—Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pts.

DE D. ANTONIO FLORES.

* **Ayer, hoy y mañana, ó La Fe, el vapor y la electricidad.**—Cuadros sociales de

1800, 1850 y 1899.—Seis tomos en 8.º—3 pesetas cada tomo.

DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

El Tren directo.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D. JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra.—Edición reformada. Dos tomos, 8.º mayor francés.—8 pesetas.

DE D. ANSELMO FUENTES.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generación presente. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D. RAMÓN DE NAVARRETE.

Sueños y realidades.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. NARCISO CAMPILLO.

Una Docena de cuentos, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Cuentos.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D. EDUARDO BUSTILLO.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DEL DUQUE DE RIVAS.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitán Morgán.—Un tomo, 8.º mayor francés.—3 pesetas.

DE D. JULIO MONREAL.

Cuadros viejos, colección de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. VENTURA HIDALGO.

Adriana de Wolsey, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer.—Un tomo, 8.º mayor francés.—4 pesetas.

DE D. TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA.

* **Colón en España.**—Un tomo en 4.º—4 pesetas.

VARIOS AUTORES.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Núñez de Arce, Echevarría, Larnig, Alarcón, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

* **El Bazar, revista literaria ilustrada.** En su primera parte está impresa la novela *La Fe del amor*, original de D. Manuel Fernández y González, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne *Victor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos.—25 pesetas.

Manual de la Moda Elegante.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demás labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Tercera edición, revisada y aumentada, con láminas en cromo.)—4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

NOTA. De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 1, 1,50 ó 2 pesetas por volumen.

OTRA. Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administración, Alcalá, 23, principal, Madrid.